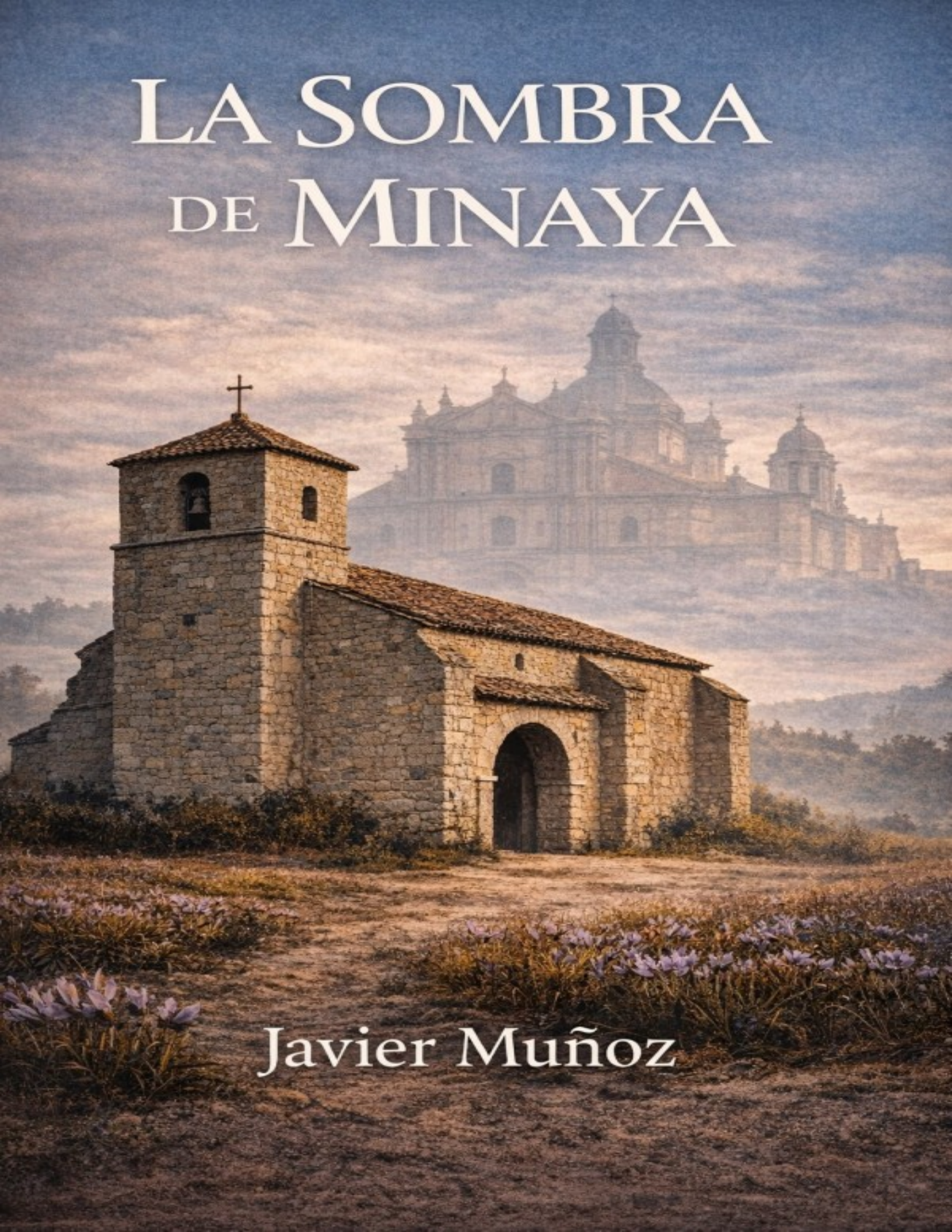
La Sombra de Minaya



Javier Muñoz

LA SOMBRA DE MINAYA

Javier Muñoz
2026

LA SOMBRA DE MINAYA

1. Dedicatoria
2. Nota del autor
3. PARTE I: EL ECO DEL ASFALTO
4. Capítulo 1: *El Eco del Asfalto*
5. Capítulo 2: *El Expreso de las Sombras*
6. Capítulo 3: *El Umbral del Tiempo*
7. Capítulo 4: *El Refugio de Fontainhas*
8. Capítulo 5: *La Piedra de las Monjas*
9. Capítulo 6: *El Código de las Sombras*
10. Capítulo 7: *La Liturgia del Miedo*
11. Capítulo 8: *La Llama de Oriente*
12. PARTE II: EL LABERINTO DE LA LLANURA
13. Capítulo 9: *La Jaula de Cristal*
14. Capítulo 10: *La Fundación*
15. Capítulo 11: *La Tierra Árida*
16. Capítulo 12: *El Espejo de Piedra*
17. Capítulo 13: *La Geometría de la Sombra*
18. Capítulo 14: *Los Pulmones de la Tierra*
19. Capítulo 15: *La Noche de los Galgos*
20. Capítulo 16: *El Puerto de la Niebla*
21. PARTE III: RETORNO AL MONZÓN
22. Capítulo 17: *El Juramento del Arquitecto*
23. Capítulo 18: *El Regreso del Fantasma*
24. Capítulo 19: *La Garganta del Mandovi*
25. Capítulo 20: *El Guardián del Subsuelo*
26. Capítulo 21: *La Celda del Silencio*
27. Capítulo 22: *La Frontera de Hielo*
28. Capítulo 23: *El Vientre de la Tierra*
29. Capítulo 24: *La Traición de los Guardianes*
30. Capítulo 25: *El Derrumbe*
31. Capítulo 26: *La Geografía del Olvido*
32. Capítulo 27: *El Mar de los Nombres Perdidos*
33. Capítulo 28: *La Niebla de Albión*

34. Capítulo 29: *La Tinta de la Verdad*
35. Capítulo 30: *El Claustro de las Sombras*
36. Capítulo 31: *El Algoritmo de Dios*
37. Capítulo 32: *El Juicio de las Pantallas*
38. Capítulo 33
39. Capítulo 34: *La Semana de Cristal*
40. Capítulo 35: *El Veredicto de los Sabios*
41. Capítulo 36: *El Caballero de la Triste Figura*
42. Capítulo 37: *Las Líneas de Fuga*
43. Capítulo 38: *La Estación*
44. Capítulo 39: *Tierra de Nadie*
45. Capítulo 40: *El Moleskine*
46. Capítulo 41: *La Puerta*
47. Capítulo 42: *La Sombra de Minaya*
48. Sobre el autor

Dedicatoria

A mis padres.

A mi padre, que me enseñó que algunos viajes empiezan mucho antes de salir de casa.

Y a mi madre, por sostener siempre el regreso.

Nota del autor

Esta novela nace de una historia real.

Mi padre era de Minaya. Durante años me habló de una tumba, de una iglesia y de una promesa que nunca pudo cumplir. Cuando falleció, quedaron sus cuadernos y muchas preguntas sin respuesta.

Años después, durante un viaje de nueve meses como mochilero por Asia, llegué a Goa en la fecha de mi cumpleaños. Por una coincidencia difícil de explicar, me permitieron acceder a una cripta que normalmente permanece cerrada. Aquella visita no resolvió nada, pero abrió el camino de esta historia.

La Sombra de Minaya no es un relato fiel de esos hechos, pero tampoco habría existido sin ellos. Todo lo demás —los silencios, los viajes, las decisiones— pertenece ya a la ficción.

PARTE I: EL ECO DEL ASFALTO

Capítulo 1: *El Eco del Asfalto*

Bangalore olía a diésel y a jazmín podrido.

Lucas Alarcón se detuvo en el arcén de Mahatma Gandhi Road mientras un rickshaw pasaba rozándole la mochila. El conductor ni siquiera giró la cabeza. Aquí nadie miraba a nadie. Ocho millones de personas ocupadas en sobrevivir al siguiente cruce, al siguiente cliente, al siguiente plato de arroz.

Seis meses atrás, Lucas habría tenido un ataque de ansiedad. El Lucas de la calle Princesa, el que caminaba con auriculares de cancelación de ruido para no oír Madrid, el que desayunaba tostadas de aguacate en aquel café de Argüelles donde todos los clientes tecleaban en portátiles idénticos. Ese Lucas habría salido corriendo hacia el primer hotel con aire acondicionado y wifi de alta velocidad.

Pero ese hombre ya no existía.

O quizá nunca había existido del todo. Quizá solo había sido un disfraz, una versión de sí mismo lo bastante pulida como para que nadie preguntara de dónde venía realmente. De un pueblo de dos mil habitantes en la llanura manchega, de esos donde todos saben tu nombre antes de que abras la boca. De una casa con goteras y un padre que olía a vino peleón y a tinta de bolígrafo barato.

Se ajustó las correas de la mochila y cruzó la calle sin esperar al semáforo. Había aprendido que en este país los semáforos eran sugerencias, no órdenes. Como casi todo lo demás.

El hostal estaba a tres manzanas, según Google Maps. Pero Google Maps no contaba con los puestos de fruta que invadían la acera, ni con el templo improvisado que bloqueaba medio callejón, ni con la vaca que dormía exactamente en el centro del paso de peatones. Lucas rodeó el animal con el respeto que seis meses de Asia le habían enseñado. En Tailandia había visto a un turista francés empujar a un perro callejero y recibir una lluvia de escupitajos de tres vendedoras que no hablaban una palabra de inglés pero comunicaron su mensaje con claridad.

El hostal se llamaba Backpacker's Nest y era exactamente lo que prometía: un nido. Pequeño, sucio, con olor a incienso quemado para

disimular el olor a humedad que no se disimulaba. La recepcionista era una chica de no más de veinte años con un punto rojo en la frente y una camiseta de Nirvana.

—Single room?

—Dormitorio —dijo Lucas—. El más barato.

Ella asintió sin sorpresa. Otro mochilero blanco con pinta de llevar demasiado tiempo en la carretera. Había visto cientos.

Lucas pagó tres noches por adelantado —seiscientas rupias, menos de siete euros— y subió las escaleras con la mochila golpeándole los riñones en cada peldaño. El dormitorio tenía ocho literas, cuatro ocupadas. Un italiano con rastas dormía en la de abajo a la izquierda. Una pareja de alemanes revisaba un mapa en la litera del fondo. El cuarto ocupante era un bulto bajo una sábana del que solo asomaban unos pies muy blancos.

Lucas eligió la litera más alejada de la ventana. No por la luz —las cortinas estaban tan mugrientas que apenas dejaban pasar el sol— sino por costumbre. Seis meses moviéndose de hostal en hostal le habían enseñado que las camas junto a la ventana recibían todo el ruido de la calle y, en según qué países, las visitas nocturnas de mosquitos del tamaño de helicópteros.

Dejó caer la mochila sobre el colchón y se sentó a su lado. El somier protestó. Lucas no se movió.

Así se quedó durante un rato que no supo medir. Minutos, quizá. O una hora. El tiempo funcionaba distinto cuando no tenías nada que hacer ni ningún lugar donde estar. Cuando el único objetivo del día era llegar al siguiente día.

Abrió el bolsillo frontal de la mochila y sacó la Moleskine.

La libreta estaba destrozada. La cubierta de cartón negro se había reblandecido con la humedad de Indonesia, las esquinas se habían doblado en algún tren nocturno de Tailandia, y varias páginas amenazaban con desprenderse del lomo. Pero seguía entera. Lucas la había protegido como si fuera un órgano vital trasplantado, un corazón ajeno que latía dentro de su equipaje.

La letra de su padre llenaba cada página. Apretada, inclinada hacia la derecha, con esa caligrafía de maestro de escuela que Julián Alarcón nunca fue. Su padre había sido mecánico de tractores, fontanero ocasional, manitas del pueblo. Un hombre que arreglaba cosas rotas con las manos y dedicaba las noches a romper otras cosas con la cabeza.

El misterio.

Así lo llamaba siempre. No “mi investigación“ ni “mi trabajo“. El misterio. Como si fuera algo que le hubiera caído encima, una enfermedad crónica que no había elegido contraer.

Lucas pasó las páginas sin leer. Conocía el contenido de memoria. Treinta años de obsesión destilados en notas al margen, dibujos de símbolos que su padre copiaba de libros de la biblioteca provincial de Albacete, transcripciones en un latín que Julián había aprendido solo, sin profesor, con un diccionario comprado en un mercadillo de Hellín.

Todo giraba alrededor de un nombre: Beato Pacheco.

Un monje portugués del siglo XVII que, según los documentos oficiales, había muerto en Goa en 1626 y estaba enterrado en la Basílica del Buen Jesús, junto a los restos de San Francisco Javier. Un personaje menor de la historia colonial portuguesa. Una nota a pie de página que nadie leía.

Nadie excepto Julián Alarcón, que había decidido dedicarle media vida.

Su padre había pasado décadas convencido de que Pacheco era algo más que un misionero olvidado. Algo más que un santo de segunda categoría. Las notas de la Moleskine estaban llenas de conexiones que Lucas nunca había terminado de entender: referencias al Cid Campeador, a un pacto secreto, a una verdad enterrada bajo la iglesia del pueblo. Minaya. El pueblo donde Lucas había nacido, del que había huido a los dieciocho años y al que solo había vuelto para enterrar a su padre.

Cerró la libreta.

El entierro había sido en marzo. Hacía ahora siete meses. Un funeral de pueblo con más silencios que palabras, porque en Minaya la gente no hablaba del loco de Julián, del viudo que se había pasado la vida persiguiendo fantasmas en lugar de criar a su hijo. Lucas había aguantado el pésame de los vecinos con la mandíbula apretada y las ganas de gritar que él no era mejor, que también había abandonado a su padre, que se había ido a Madrid a hacerse el moderno mientras el viejo se pudría solo en aquella casa que olía a papel amarillento y a orgullo rancio.

El médico dijo que había sido el corazón. Pero Lucas sabía que había sido la soledad.

Y la culpa. Las dos cosas matan igual, solo que más despacio.

Se tumbó en la litera con la Moleskine sobre el pecho. El techo del dormitorio tenía manchas de humedad que formaban mapas de países inexistentes. Lucas las estudió como si fueran importantes.

No había venido a India por el misterio de su padre. O eso se había dicho a sí mismo durante seis meses. Había venido porque necesitaba desaparecer, dejar de ser el Lucas de Madrid, el analista de datos que vivía en un piso de cuarenta metros cuadrados en Tetuán y salía con una chica que trabajaba en marketing digital y usaba la palabra "sinergia" sin ironía. Había necesitado romper con todo. Con el trabajo, con la novia, con la ciudad, con la versión de sí mismo que había construido durante quince años.

Pero la Moleskine había venido con él.

No recordaba haberla metido en la mochila. Simplemente estaba allí cuando desembarcó en Yakarta, en el fondo del bolsillo frontal, como si se hubiera colado sola. Y no había sido capaz de tirarla. Ni de dejarla en un hostal. Ni de perderla a propósito en un tren.

La culpa viaja ligera, pero nunca se pierde.

Sacó el móvil del bolsillo y abrió Google Maps. Goa estaba a seiscientos kilómetros al oeste. Diez horas en tren, más o menos. Había un nocturno que salía a las ocho de la tarde y llegaba a Madgaon a las seis de la mañana.

No tenía por qué ir.

Goa era un destino turístico, playas y fiestas y mochileros buscando drogas baratas. No tenía nada que ver con el misterio de su padre. Excepto que sí. Siempre había un "excepto". Porque allí estaba enterrado Pacheco. Porque su padre había soñado toda la vida con ver aquella tumba y nunca había salido de la provincia de Albacete.

"Prométeme que irás."

Las últimas palabras que Julián le había dicho. No en persona. En una nota que el abogado le entregó después del funeral, junto con las escrituras de la casa y una cuenta bancaria con cuatro mil euros que Lucas no esperaba. La nota estaba escrita en el reverso de un recibo de la ferretería del pueblo. Cuatro palabras con la letra temblorosa de un hombre que sabía que se moría.

"Prométeme que irás."

Lucas no había prometido nada. Había metido la nota en el bolsillo, había firmado los papeles del abogado y había vuelto a Madrid en el primer autobús. Pero la nota seguía en la Moleskine,

marcando la página donde su padre había dibujado un plano de la Basílica del Buen Jesús.

Miró la hora. Las cuatro de la tarde.

Podía quedarse tres noches en Bangalore, como había planeado. Visitar el palacio, pasear por Cubbon Park, buscar un restaurante decente que sirviera algo que no fuera curry. Seguir huyendo.

O podía ir a la estación y comprar un billete para el nocturno.

No sería por su padre. Ni por el misterio. Sería porque Goa tenía playa y estaba cansado del ruido de las ciudades. Eso podía decirse a sí mismo. Eso podía creerse durante las diez horas de tren.

Se levantó de la litera y volvió a guardar la Moleskine en la mochila.

El italiano de las rastas se había despertado y lo miraba con ojos legañosos.

—You leaving already?

—Goa —dijo Lucas.

El italiano sonrió.

—Party, eh?

Lucas no respondió. Cargó la mochila a la espalda, bajó las escaleras y salió a la calle. El calor de Bangalore lo golpeó como una toalla húmeda en la cara. Olía a diésel y a jazmín podrido.

Echó a andar hacia la estación.

No sabía que aquella decisión —tomada sin pensar, casi por inercia, como quien elige un plato en un menú que no entiende— iba a arrastrarlo hasta el fondo de la tierra. Hasta una verdad que llevaba mil años esperando.

Pero eso es lo que tienen las promesas incumplidas. Que encuentran la manera de cobrarse.

Capítulo 2: *El Expreso de las Sombras*

La estación de Bangalore olía a humanidad comprimida.

Lucas se abrió paso entre familias que dormían sobre mantas extendidas en el suelo, vendedores de chai que gritaban sus precios, y un grupo de monjes budistas que avanzaban en fila india con la serenidad de quien ha renunciado a tener prisa. El panel de salidas parpadeaba en un inglés aproximado que mezclaba destinos con números de andén y horarios que nadie parecía tomarse en serio.

El tren a Madgaon salía del andén 4. O eso decía el panel. Lucas había aprendido a no fiarse de los paneles.

Encontró su vagón después de preguntar a tres personas que le dieron tres direcciones distintas. El billete decía "Sleeper Class", que en la jerga ferroviaria india significaba un compartimento abierto con literas de tres alturas y ninguna puerta que separara tu sueño del pasillo. Lucas había viajado en peores condiciones. En un autobús nocturno de Laos, con las rodillas clavadas en el asiento de delante y un gallo en una jaula de mimbre cantando cada cuarenta y cinco minutos con una puntualidad admirable.

Su litera era la del medio. La peor. Demasiado baja para sentarse, demasiado alta para subir sin esfuerzo. Un limbo de metro y medio de ancho donde pasaría las próximas diez horas.

Se quitó las botas, las metió en una bolsa de plástico y las ató a la estructura metálica de la litera. Otro truco aprendido. En Camboya le habían robado las sandalias mientras dormía y había tenido que caminar descalzo hasta el mercado más cercano. Guardó la mochila bajo la almohada —un bloque de gomaespuma envuelto en tela que olía a desinfectante— y se tumbó boca arriba.

El techo del vagón estaba a treinta centímetros de su nariz. Alguien había grabado iniciales con una navaja. R+S. Un romance de tren que probablemente había terminado antes de llegar a destino.

El vagón se fue llenando poco a poco. Una familia con tres niños ocupó las literas de enfrente. El padre cargaba más bolsas de las que

parecía posible llevar, la madre arrastraba al más pequeño de la mano, y los otros dos correteaban entre los pasajeros como si el tren fuera un parque de atracciones. Lucas los observó con la distancia de quien ha olvidado lo que significa pertenecer a algo.

A las ocho en punto —milagrosamente puntual— el tren se sacudió y comenzó a moverse.

Bangalore se deslizó al otro lado de la ventana. Primero los andenes, luego los almacenes, después las chabolas que crecían junto a las vías como hongos después de la lluvia. Lucas vio a un niño saludando desde el techo de una casa de chapa. Le devolvió el saludo sin saber por qué.

El traqueteo del tren encontró un ritmo. Un golpe sordo cada tres segundos, como un corazón metálico. Lucas cerró los ojos e intentó dejarse llevar por el movimiento, pero el sueño no vino. Nunca venía fácil. Llevaba meses durmiendo a ratos, despertando a las cuatro de la madrugada en habitaciones que tardaba segundos en reconocer, con el pecho apretado y la sensación de haber olvidado algo importante.

Sabía lo que había olvidado. No era algo. Era alguien.

Abrió los ojos y se giró hacia la ventana. El paisaje había cambiado. Ya no eran chabolas sino campos. Arrozales, quizá. Era difícil saberlo en la penumbra del atardecer. India se extendía como un manto arrugado, verde y ocre y gris, infinita.

—First time to Goa?

La voz venía de la litera inferior. Lucas se asomó por el borde y vio a un anciano sentado con las piernas cruzadas. Tendría setenta años, quizá más. La piel oscura y arrugada como cuero viejo, el pelo blanco y escaso, los ojos hundidos pero vivos. Vestía una kurta de algodón blanco que había sido blanca hacía muchas lavadas.

—Yes —dijo Lucas—. First time.

El anciano asintió como si la respuesta confirmara algo que ya sabía.

—Goa is changing. Too many tourists. Too many buildings. When I was young, you could walk from Panjim to Calangute and see only coconut trees.

Lucas no tenía ganas de conversación. Pero había aprendido que en India la conversación no era opcional. Era parte del viaje, como el chai y el polvo y los retrasos inexplicables.

—You're from Goa? —preguntó por cortesía.

—Born there. Left when I was twenty. Came back when I was sixty. —El anciano sonrió, mostrando una dentadura incompleta—. Forty years in Mumbai. Forty years building other people's houses. Now I go back to die in mine.

Lucas no supo qué responder a eso. El anciano no parecía esperar respuesta. Miraba por la ventana con la tranquilidad de quien ha hecho las paces con su biografía.

—And you? —preguntó sin girarse—. What are you looking for?

La pregunta pilló a Lucas desprevenido. No "qué vas a hacer en Goa" ni "cuánto tiempo te quedas". Qué estás buscando. Como si el anciano supiera que nadie viaja diez horas en un tren nocturno solo por ver una playa.

—Nothing —dijo Lucas—. Just traveling.

El anciano asintió de nuevo. Esa forma de asentir que tienen los viejos cuando saben que les estás mintiendo pero no les importa.

—My father wanted to see Goa —añadió Lucas, sin saber por qué —. He never did.

—Ah. —El anciano se volvió hacia él—. Then you are carrying him.

Lucas sintió algo apretarse en su garganta. Tragó saliva.

—He died. Seven months ago.

—I know —dijo el anciano.

No lo sabía. No podía saberlo. Era solo una forma de hablar, el inglés aproximado de un hombre que había aprendido el idioma en las obras de Mumbai. Pero Lucas sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el ventilador del techo.

El anciano volvió a mirar por la ventana.

—The dead travel with us until we take them where they need to go. Then they rest. And we rest.

Lucas no respondió. Se tumbó de nuevo en la litera y clavó los ojos en el techo. R+S. Qué habría sido de ellos. Quizá seguían juntos. Quizá uno de los dos había muerto. Quizá ninguno recordaba ya aquel viaje en tren donde habían grabado sus iniciales con una navaja, creyendo que el amor era algo que podía tallarse en metal.

El tren atravesó un túnel y el vagón se sumió en la oscuridad. Cuando salieron al otro lado, el sol se había puesto del todo. India era ahora una mancha negra salpicada de luces. Pueblos que Lucas nunca conocería, vidas que nunca rozaría, historias que morirían sin que nadie las contara.

Se giró hacia la pared y cerró los ojos.

El traqueteo del tren se mezcló con el murmullo de las conversaciones a su alrededor. Hindi, kannada, konkani, inglés. Un coro de lenguas que no entendía y que, precisamente por eso, resultaba reconfortante. Ruido blanco. Un manto de sonido bajo el que esconderse.

Pensó en su padre. Como siempre que no quería pensar en nada.

No en el padre del final, el viejo encogido que apenas salía de casa y hablaba solo con sus papeles. Sino en el padre de antes. El que lo llevaba a pescar cangrejos al arroyo del Záncara. El que le enseñó a leer la hora en el reloj de la iglesia y a distinguir las estrellas del cinturón de Orión. El que le contaba historias del Cid Campeador mientras cenaban migas en invierno, historias que nunca coincidían del todo con las de los libros del colegio.

"El Cid no era como dicen, Lucas. Era mejor. Y peor. Era un hombre."

Su padre siempre había hablado del Cid como si lo conociera. Como si hubiera compartido mesa con él, como si hubieran sido amigos en otra vida. De pequeño, Lucas pensaba que era un juego. De adolescente, que era una locura. De adulto, simplemente dejó de escuchar.

Ahora, en un tren nocturno que atravesaba el sur de India, se preguntó cuántas cosas habría dejado de escuchar.

El sueño llegó sin avisar. Un sueño sin imágenes, negro y denso, del que despertó cuando el tren frenó en una estación cuyo nombre no pudo leer. Eran las tres de la madrugada según su móvil. Fuera, en el andén iluminado por neones, un hombre vendía samosas de un carrito metálico. Lucas tenía hambre pero no energía para bajar.

Miró hacia la litera inferior. El anciano dormía con la boca abierta, roncando suavemente. A la luz de los neones parecía más viejo aún. Un fardo de huesos y piel que el tren arrastraba hacia su último destino.

"Los muertos viajan con nosotros hasta que los llevamos donde necesitan ir."

Lucas se tumbó de nuevo.

Cuando volvió a abrir los ojos, el tren estaba detenido y una luz gris entraba por la ventana. Olía a mar. A sal y a pescado y a algo vegetal que no supo identificar. El aire era distinto. Más húmedo, más denso, más vivo.

Se asomó a la litera inferior. Estaba vacía. El anciano se había bajado en alguna estación intermedia, o quizá simplemente había desaparecido como desaparecen las cosas en los viajes: sin aviso, sin despedida, sin dejar rastro.

Lucas recogió sus cosas y bajó al andén.

Un cartel azul anunciaba: MADGAON JUNCTION.

Goa.

Había llegado.

Capítulo 3: *El Umbral del Tiempo*

El taxi dejó a Lucas en una explanada de tierra roja frente a una iglesia que no se parecía a ninguna iglesia que hubiera visto.

La Basílica del Buen Jesús era un bloque de laterita oscura, casi negra bajo el sol de la mañana. Sin la fachada blanca de las iglesias portuguesas de postal, sin las columnas barrocas que esperaba encontrar. Solo piedra desnuda, ventanas estrechas como ojos entornados, y una cruz de hierro en lo alto que parecía más una advertencia que una promesa.

Lucas pagó al taxista —trescientas rupias, el doble de lo justo como mínimo, pero ya había dejado de pelear esas batallas— y se quedó de pie en la explanada, con la mochila a los pies y el sudor empezando a empaparle la camiseta. Eran las nueve de la mañana y el calor ya era un animal que se te echaba encima.

No había dormido más de tres horas en el tren. Tenía la boca pastosa, los ojos irritados y un dolor sordo en la base del cráneo que llevaba días instalado ahí. Necesitaba una ducha, un café y una cama horizontal que no se moviera. Pero había venido directamente desde la estación, sin pasar por ningún hostal, sin dejar la mochila en ningún sitio.

La explanada estaba más concurrida de lo que esperaba. Grupos de turistas indios posaban para selfies con la basílica de fondo. Un guía con paraguas amarillo arrastraba a una docena de japoneses hacia la entrada, como quien pastorea ovejas obedientes. Vendedores ambulantes ofrecían rosarios, postales y botellas de agua a precios inflados.

Lucas esquivó a un niño que intentaba venderle una figurita de San Francisco Javier y entró en la basílica.

El interior era fresco y oscuro. Sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse después del sol de fuera. Cuando lo hicieron, vio una nave única, sin capillas laterales, con el techo de madera y las paredes cubiertas de retablos dorados que absorbían la escasa luz que entraba por las ventanas.

Y al fondo, a la derecha del altar mayor, el mausoleo.

Lucas lo reconoció por las fotos de la Moleskine. Una estructura de mármol blanco y jaspe, con relieves que representaban escenas de la vida de Francisco Javier. El cuerpo del santo estaba dentro, en una urna de plata que solo se abría cada diez años para la veneración pública. Pero no era eso lo que su padre había querido ver.

Se acercó al mausoleo y lo rodeó despacio, como un perro que olfatea un territorio desconocido. Los turistas pasaban a su lado, sacaban fotos, murmuraban en idiomas que no entendía. Nadie se fijaba en él. Otro mochilero sucio mirando cosas que no comprendía. Uno más.

Buscó alguna referencia a Pacheco. Alguna placa, alguna inscripción. Nada. La Moleskine mencionaba algo de una cripta, pero Lucas nunca había leído los diarios de su padre con atención. Los había hojeado, sí. Había reconocido nombres, fechas, dibujos. Pero leerlos de verdad, intentar entenderlos, habría significado tomarse en serio la obsesión que le había robado un padre. No había estado preparado para eso.

Quizá seguía sin estarlo.

—¿Busca algo en particular?

La voz era femenina, con un acento que mezclaba el inglés británico con algo más musical. Lucas se giró.

La mujer tendría su edad, quizá algo menos. Piel morena, pelo negro recogido en una trenza que le caía sobre el hombro, ojos oscuros que lo estudiaban con una mezcla de curiosidad y sospecha. Vestía unos vaqueros gastados, una camisa blanca remangada hasta los codos, y llevaba una carpeta de plástico bajo el brazo.

—La tumba del Beato Pacheco —dijo Lucas.

Algo cambió en la expresión de la mujer. Un parpadeo, un endurecimiento casi imperceptible de la mandíbula.

—¿Es usted historiador?

—No. Solo… —Lucas buscó la palabra—. Turista.

—Los turistas no preguntan por Pacheco. Preguntan por Francisco Javier. Por el cuerpo incorrupto. Por el dedo que le cortaron y se llevaron a Roma.

Lucas no supo qué responder. La mujer lo miraba como si pudiera leerle el currículum en la frente.

—¿Quién es usted? —preguntó él.

—Aparna Deshmukh. Trabajo aquí. Restauración y conservación. —Señaló la carpeta con la cabeza—. Llevo tres años intentando que

no se les caiga el techo encima.

—Lucas Alarcón.

—Español.

—De la Mancha.

Aparna ladeó la cabeza. El gesto le recordó a un pájaro evaluando si una miga de pan valía el riesgo de acercarse.

—La tumba de Pacheco no está abierta al público —dijo—. Está en la cripta, bajo la capilla de los mártires. Solo se accede con permiso especial de los monjes. Y los monjes no dan permisos especiales.

—¿Por qué?

—Porque Pacheco no es Francisco Javier. No atrae peregrinos ni donaciones. Es una nota a pie de página. Un beato menor que murió aquí hace cuatrocientos años y al que nadie recuerda.

—Mi padre lo recordaba.

Aparna arqueó una ceja.

—¿Su padre?

—Murió hace siete meses. Pasó treinta años investigando a Pacheco. Nunca pudo venir aquí. —Lucas se encogió de hombros—. Me pidió que viniera yo.

—¿Y qué espera encontrar?

—No lo sé. No he leído sus diarios. Solo… los cargo conmigo.

Aparna lo estudió durante un largo momento. Lucas sostuvo la mirada. No sabía qué estaba buscando ella, pero intuía que la honestidad era su única moneda de cambio.

—¿Por qué no los ha leído?

—Porque leerlos significaría que me importaban. Y durante mucho tiempo preferí fingir que no.

La respuesta pareció sorprender a Aparna. O quizá la sorprendió que alguien la dijera en voz alta, sin adornos.

—Los monjes no van a abrirle la cripta —dijo—. Se lo digo para que no pierda el tiempo.

—Ya. —Lucas miró hacia el mausoleo de Francisco Javier—. ¿Cuándo nació?

—¿Quién?

—Javier. El santo.

Aparna frunció el ceño, desconcertada por el cambio de tema.

—El 7 de abril. 1506. ¿Por qué?

Lucas sintió algo frío en el estómago. Una sensación que no supo nombrar. No era miedo. Era algo más parecido al vértigo.

—Es mi cumpleaños —dijo—. El 7 de abril.

Aparna no respondió inmediatamente. Lo miró con una expresión nueva, como si lo estuviera viendo por primera vez.

—¿Ha venido aquí el día de su cumpleaños?

—No. Mi cumpleaños fue hace dos semanas. Pero nací el mismo día que él. —Señaló el mausoleo con la cabeza—. No lo sabía hasta ahora.

—¿No lo sabía?

—No sé nada de santos. Ni de historia. Solo sé que mi padre quería que viniera aquí y que llevo seis meses dando vueltas por Asia intentando no pensar en ello.

Aparna guardó silencio. Lucas vio cómo algo se movía detrás de sus ojos. Un cálculo, una decisión que se estaba formando.

—Espere aquí —dijo.

No esperó respuesta. Se giró y caminó hacia una puerta lateral junto a la sacristía. Lucas la vio hablar con un hombre mayor vestido con hábito marrón. El monje miró hacia Lucas. Aparna siguió hablando, gesticulando con las manos. El monje negó con la cabeza. Aparna insistió. El monje volvió a mirar a Lucas.

Pasaron cinco minutos. Luego diez.

Lucas se sentó en un banco de madera y esperó. No tenía nada mejor que hacer. Había cruzado medio mundo para llegar hasta aquí; podía esperar un poco más.

Aparna volvió acompañada del monje y de otro más joven, con gafas y expresión de estudiante perpetuo. Los tres se acercaron a Lucas, que se puso de pie.

—Este es el hermano Anand —dijo Aparna, señalando al mayor—. Y el hermano Thomas.

Lucas asintió con la cabeza. No sabía qué protocolo seguir.

El hermano Anand lo estudió con ojos oscuros y tranquilos. Tenía la piel del color de la madera vieja y las manos cruzadas sobre el vientre.

—La señorita Deshmukh dice que usted nació el 7 de abril.

—Sí.

—El mismo día que San Francisco Javier.

—Eso parece.

—¿Y ha venido a ver la tumba del Beato Pacheco sin saber esto?

—No sabía nada hasta hace diez minutos.

El hermano Anand intercambió una mirada con Thomas. Algo pasó entre ellos que Lucas no pudo descifrar. El hermano Thomas se ajustó las gafas y habló por primera vez:

—En nuestra tradición, las coincidencias no existen. Son señales de algo más grande. Caminos que se cruzan por una razón.

Lucas no supo qué responder. No creía en señales ni en caminos predestinados. Creía en el azar y en la mala suerte y en las decisiones que tomamos sin pensar y que nos persiguen el resto de la vida.

Pero no dijo nada de eso.

—Mi padre dedicó su vida a investigar a Pacheco —dijo en cambio —. Murió sin poder venir aquí. Yo he venido en su lugar. Eso es todo.

El hermano Anand asintió lentamente.

—Un hijo que cumple la promesa de su padre. Un hombre que nació el mismo día que nuestro santo. —Miró a Aparna—. Quizá tenga razón. Quizá esto sea algo que debemos atender.

Aparna no dijo nada, pero Lucas vio un destello de satisfacción en sus ojos.

—Venga con nosotros —dijo el hermano Anand.

Lo guiaron hacia la puerta lateral. El pasillo que se abría detrás era estrecho y mal iluminado, con olor a humedad y a cera de velas. Las sandalias de los monjes resonaban contra las baldosas de barro. Lucas los seguía en silencio, con la mochila golpeándole la espalda.

El pasillo terminaba en una escalera de piedra que bajaba hacia la oscuridad. El hermano Thomas encendió una linterna.

—Cuidado con los escalones —dijo—. Algunos están sueltos.

Bajaron en silencio. El aire se volvía más frío a cada peldaño, más denso, más viejo. Lucas contó veintitrés escalones antes de llegar a una puerta de madera con herrajes de hierro oxidado.

El hermano Anand sacó una llave del bolsillo de su hábito. La cerradura chirrió cuando giró.

—Esta cripta lleva cerrada tres años —dijo—. Desde la última inspección de conservación.

Empujó la puerta.

La cripta era pequeña. Cinco metros por cinco, quizá menos. Paredes de piedra sin enlucir, suelo de tierra apisonada, techo abovedado tan bajo que Lucas tuvo que agachar la cabeza. En el centro, un sarcófago de granito gris sin ninguna ornamentación. Ni nombre, ni fechas, ni símbolos. Solo piedra.

—João Pacheco —dijo el hermano Anand—. Murió en 1626. Beatificado en 1834. Nadie sabe muy bien por qué.

Lucas se acercó al sarcófago. Pasó los dedos por la piedra. Estaba fría y áspera, cubierta de una fina capa de polvo.

—¿Por qué lo beatificaron?

—Los documentos hablan de una vida de santidad y sacrificio. Pero los detalles son vagos. —El hermano Thomas se ajustó las gafas —. Hay quien dice que Pacheco trajo algo de Europa. Algo importante. Pero no hay pruebas.

Lucas miró a Aparna. Ella estaba apoyada en el marco de la puerta, observando.

—¿Qué clase de algo? —preguntó Lucas.

—Leyendas —dijo el hermano Anand—. Historias que se cuentan en voz baja. Nada que la Iglesia reconozca oficialmente.

Lucas volvió a mirar el sarcófago. Una caja de piedra en una cripta olvidada bajo una iglesia en el sur de la India. Cuatrocientos años de silencio.

Y su padre había pasado toda la vida intentando romperlo.

Sacó la Moleskine del bolsillo frontal de la mochila. La sostuvo un momento, sintiendo el peso de las páginas que nunca había leído.

—¿Puedo quedarme un rato? —preguntó—. Solo.

Los monjes intercambiaron otra mirada. El hermano Anand asintió.

—Media hora. Luego tenemos que cerrar.

Salieron en silencio. Aparna fue la última. Se detuvo en el umbral y miró a Lucas.

—Voy a estar arriba —dijo—. Cuando termine, búsqueme. Quiero saber qué hay en esa libreta.

Lucas asintió. Qué remedio.

La puerta se cerró.

Se quedó solo con el sarcófago y con treinta años de obsesión que cabían en una libreta de tapas negras.

Abrió la Moleskine por la primera página.

Y empezó a leer.

Capítulo 4: *El Refugio de Fontainhas*

Lucas salió de la cripta con los ojos irritados y la cabeza llena de palabras que no terminaba de entender.

Había leído durante media hora. Quizá más. El hermano Thomas había tenido que bajar a buscarlo, tocando suavemente la puerta antes de asomar la cabeza con expresión de disculpa. Lucas había cerrado la Moleskine a mitad de una frase que hablaba de coordenadas y sombras y algo llamado "la cerradura de Oriente".

Ahora estaba de pie en la explanada de tierra roja, con el sol de mediodía cayéndole encima como un castigo, y no sabía qué hacer.

Aparna lo esperaba junto a una moto Honda destartalada, con el casco en la mano.

—¿Y bien?

—No lo sé —dijo Lucas—. Hay cosas que no entiendo. Latín, símbolos, referencias a lugares que no conozco.

—¿Pero?

—Pero mi padre creía que Pacheco escondió algo aquí. Algo que trajo de España.

Aparna se puso el casco y le tendió otro a Lucas.

—Suba.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa. Necesita una ducha, una comida y alguien que sepa latín mejor que usted. —Arrancó la moto—. Y yo necesito ver esa libreta con calma.

Lucas no discutió. Se puso el casco y se subió a la moto. No había sitio para la mochila, así que se la colgó del pecho, abrazándola como a un niño. Aparna aceleró sin avisar y Lucas tuvo que agarrarse al asiento para no caer.

Atravesaron Goa Velha por carreteras estrechas flanqueadas de palmeras. El paisaje era un desorden de colores: paredes amarillas, tejados rojos, buganvillas moradas que trepaban por las fachadas. Todo estaba húmedo y verde y vivo, tan distinto de la Mancha que

Lucas sintió una punzada de algo que podría haber sido nostalgia o alivio.

Fontainhas apareció después de veinte minutos de curvas. Un barrio de calles empedradas y casas coloniales portuguesas pintadas de azul, ocre y rosa. Balcones de hierro forjado, azulejos desconchados, ropa tendida entre ventanas. Parecía un trozo de Lisboa trasplantado al trópico y dejado a su suerte durante siglos.

Aparna detuvo la moto frente a una casa estrecha de tres plantas, pintada de un azul desvaído que el sol había ido aclarando hasta convertirlo en el color del cielo al amanecer.

—Es aquí.

Bajaron de la moto. Lucas se quitó el casco y se quedó mirando la fachada. Había una maceta con albahaca junto a la puerta y una mecedora de mimbre en el balcón del primer piso. Olía a especias y a algo dulce que no supo identificar.

—Vivo con mi madre —dijo Aparna, como si necesitara justificarse—. Es más práctico.

—No tengo nada en contra de las madres.

—Ya veremos si sigue pensando lo mismo después de conocer a la mía.

Entraron. El interior era fresco y oscuro, con suelos de baldosas hidráulicas y paredes cubiertas de fotografías enmarcadas. Lucas vio retratos de familia, paisajes de Goa, una imagen descolorida de lo que parecía una boda de los años setenta.

—¡Amma!

Una voz respondió desde algún lugar de la casa. Palabras en un idioma que Lucas no entendió. Konkani, probablemente. O hindi. O cualquiera de las docenas de lenguas que convivían en este país imposible.

Aparna le indicó que la siguiera. Atravesaron un pasillo estrecho y llegaron a una cocina que ocupaba toda la parte trasera de la casa. Una mujer de unos sesenta años removía algo en una olla enorme. Tenía el pelo gris recogido en un moño, la piel del mismo tono que Aparna, y unos ojos que evaluaron a Lucas en menos de dos segundos.

—Amma, este es Lucas. Es español. Ha venido a ver la tumba de Pacheco.

—Nadie viene a ver la tumba de Pacheco —dijo la mujer en un inglés con menos acento que el de su hija.

—Él sí.

La madre de Aparna —Shanti, recordó Lucas de la Moleskine, aunque no, eso no tenía sentido, la Moleskine no mencionaba a Shanti— dejó la cuchara de madera sobre la encimera y se acercó a él.

—¿Por qué?

—Mi padre quería que viniera.

—¿Y dónde está su padre?

—Muerto.

Shanti asintió como si la respuesta confirmara algo.

—Entonces come. Los muertos no descansan hasta que los vivos hacen lo que les piden.

No era una pregunta. Lucas aceptó. No tenía fuerzas para negarse.

Shanti les sirvió arroz con un curry de pescado que ardía en la lengua y un pan plano que Aparna llamó poi. Lucas comió en silencio, demasiado hambriento para hablar, demasiado cansado para pensar. Shanti lo observaba desde el otro lado de la mesa con una expresión que él no supo interpretar.

—¿De qué parte de España? —preguntó ella.

—Albacete. La Mancha.

—Don Quijote.

—Sí. Todos dicen lo mismo.

—¿Y usted? ¿También persigue molinos?

Lucas dejó el tenedor sobre el plato.

—No lo sé. Quizá. Mi padre perseguía algo. No sé si era real o si se lo inventó.

Shanti intercambió una mirada con Aparna. Algo pasó entre ellas que Lucas no pudo leer.

—Enséñale la libreta —dijo Shanti—. Aparna lee latín mejor que los curas de la basílica.

Aparna puso los ojos en blanco, pero extendió la mano hacia Lucas.

—Después de comer. Y después de que se duche. Huele a tren nocturno.

Lucas no discutió.

La ducha fue el mejor momento de los últimos tres días.

El agua estaba tibia y olía a óxido, pero caía con presión suficiente para llevarse el polvo y el sudor y parte del agotamiento que se le

había pegado a los huesos. Lucas se quedó bajo el chorro más tiempo del necesario, con los ojos cerrados, dejando que el ruido del agua ahogara el ruido de su cabeza.

Cuando salió, encontró ropa limpia doblada sobre una silla. Una camisa de algodón azul claro y unos pantalones de lino que le quedaban un poco anchos. Ropa de hombre. No preguntó de quién.

Bajó a la sala de estar. Aparna estaba sentada en un sofá de mimbre con la Moleskine abierta sobre las rodillas. Shanti había desaparecido.

—Su padre tenía una letra horrible —dijo Aparna sin levantar la vista.

—Lo sé.

—Y mezclaba castellano con latín y con algo que parece un código personal.

—También lo sé.

Aparna levantó la vista.

—¿Y no intentó descifrarlo?

—Intenté no pensar en ello durante quince años.

Ella no respondió. Volvió a bajar la vista hacia la libreta y pasó una página. Lucas se sentó en una silla frente a ella y esperó.

El silencio se extendió. Aparna leía con el ceño fruncido, pasando páginas, volviendo atrás, murmurando palabras que Lucas no entendía. De vez en cuando sacaba el móvil y tecleaba algo. Buscando, quizá. Traduciendo.

—Aquí —dijo finalmente.

—¿Qué?

—Su padre menciona un patrón arquitectónico. Algo que conecta la Basílica del Buen Jesús con otro lugar. —Giró la libreta para que Lucas pudiera ver—. Mire esto.

Lucas se acercó. Vio un dibujo a pluma que ocupaba media página. Una planta de iglesia con anotaciones en los márgenes. Flechas que señalaban puntos específicos. Y debajo, una frase en latín que no supo traducir.

—“Sub umbra alarum tuarum“ —leyó Aparna—. “Bajo la sombra de tus alas.“ Es un salmo. Pero su padre lo ha modificado. Ha escrito “Sub umbra Alarcónis“. Bajo la sombra de Alarcón.

—Mi apellido.

—Sí. —Aparna lo miró—. ¿Su familia tiene alguna conexión con Goa? ¿Antepasados portugueses, quizá?

—No que yo sepa. Somos de la Mancha desde siempre. Campesinos, mecánicos, gente de pueblo.

—Entonces, ¿por qué su padre escribiría esto?

Lucas no tenía respuesta.

Aparna volvió a la libreta. Pasó más páginas. Se detuvo en otra.

—Aquí hay un dibujo de la basílica. La planta, vista desde arriba. Y al lado… —Frunció el ceño—. Al lado hay otra planta. Otra iglesia. Pero no reconozco cuál.

Lucas miró el dibujo. Dos plantas de iglesia, una junto a la otra. La de la izquierda tenía escrito "Goa" debajo. La de la derecha, una sola palabra: "Minaya".

—Esa es la iglesia de mi pueblo —dijo—. Santiago Apóstol.

—¿Está seguro?

—Pasé mi infancia jugando en esa iglesia. Conozco cada piedra.

Aparna comparó ambos dibujos. Pasó el dedo por las líneas, midiendo proporciones.

—Son casi idénticas —dijo—. La misma planta, las mismas proporciones. Solo cambia la orientación.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Pero su padre creía que había una conexión. Mire. —Señaló una anotación en el margen—. "Espejo. Lo que está arriba está abajo. Lo que está en Oriente está en Occidente."

Lucas sintió algo frío en el estómago. No era miedo. Era la sensación de estar al borde de algo que no podía ver pero que estaba ahí, esperando.

—Mi padre nunca me habló de esto —dijo—. Nunca me explicó qué buscaba.

—Quizá no quería involucrarle.

—O quizá sabía que no le habría escuchado.

Aparna cerró la libreta.

—Hay más. Mucho más. Referencias a un pacto, a documentos escondidos, a algo que llama "la Llave" y "la Cerradura". Pero necesito tiempo para procesarlo todo.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de días. Quizá más. —Lo miró—. ¿Tiene prisa?

Lucas pensó en la pregunta. No tenía trabajo, ni casa, ni nadie esperándole en ningún sitio. Llevaba seis meses huyendo de todo y ahora estaba sentado en una sala de estar en Goa, con la ropa de un

desconocido y los diarios de su padre en manos de una mujer que acababa de conocer.

—No —dijo—. No tengo prisa.

Aparna asintió.

—Hay un hostal barato a dos calles. Puedo acompañarle.

—Gracias.

Se levantó. Aparna se levantó también, con la Moleskine todavía en las manos.

—Me la llevo esta noche —dijo—. Si le parece bien.

Lucas dudó. Esa libreta era lo único que quedaba de su padre. La única conexión con treinta años de obsesión que nunca había querido entender. Pero Aparna podía leerla mejor que él. Podía encontrar cosas que él jamás vería.

—Cuídela —dijo.

—Lo haré.

Shanti apareció en la puerta de la cocina. Llevaba un paquete envuelto en papel de periódico.

—Para mañana —dijo, tendiéndoselo a Lucas—. Samosas. Se conservan bien.

Lucas cogió el paquete.

—Gracias. Por todo.

Shanti hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Los que buscan a los muertos necesitan comer. Si no, se convierten en muertos ellos también.

Lucas no supo si era un consejo o una advertencia.

Aparna lo acompañó hasta la puerta.

—Mañana a las nueve —dijo—. Aquí. Habrá avanzado algo.

—De acuerdo.

Salió a la calle. El sol se estaba poniendo y las fachadas de Fontainhas brillaban con una luz dorada que lo hacía todo parecer irreal, como un decorado de película. Lucas se quedó un momento en la acera, con el paquete de samosas en una mano y la mochila vacía en la otra.

Vacía.

La Moleskine no estaba. Por primera vez en seis meses, no la llevaba encima.

Sintió un alivio extraño. Y también miedo. Como si hubiera soltado una cuerda que lo mantenía atado a algo que no sabía nombrar.

Echó a andar hacia el hostal.

A su espalda, en alguna ventana de la casa azul, una luz se encendió. Aparna empezando a leer. Aparna buscando respuestas en las palabras de un muerto.

Lucas no miró atrás.

Capítulo 5: *La Piedra de las Monjas*

El convento apareció entre la vegetación como un hueso blanqueado por el sol.

Lucas lo vio primero: una pared de laterita cubierta de enredaderas, un arco sin puerta que se abría a la nada, el esqueleto de lo que alguna vez fue un campanario asomando entre las copas de los árboles. La selva se lo estaba comiendo. Raíces gruesas como brazos trepaban por los muros, y de las ventanas sin cristales colgaban cortinas de lianas que se mecían con una brisa que no llegaba al suelo.

—Santa Mónica —dijo Aparna, apartando una rama que le bloqueaba el paso—. Fue el convento de monjas más grande de Asia. Ahora es esto.

Llevaban cuarenta minutos caminando desde donde habían dejado la moto. El sendero había empezado siendo un camino de tierra y había terminado siendo una sugerencia entre helechos y raíces. Lucas tenía la camiseta empapada de sudor y picaduras de mosquito en los antebrazos. Aparna, en cambio, parecía inmune al calor, al barro y a los insectos. Caminaba con la seguridad de quien conoce el terreno.

—¿Por qué aquí? —preguntó Lucas.

—Por esto.

Aparna sacó la Moleskine del bolsillo de su mochila y la abrió por una página marcada con un post-it amarillo. Lucas reconoció la letra de su padre: apretada, inclinada, casi ilegible.

—Su padre menciona Santa Mónica tres veces. Siempre en relación con Pacheco. —Señaló una línea subrayada—. “El camino del Beato pasó por las piedras de las monjas antes de llegar a su tumba.“

—¿Pacheco estuvo aquí?

—No hay registros oficiales. Pero los diarios de su padre sugieren que sí. Que dejó algo aquí antes de ir a la Basílica del Buen Jesús.

Cruzaron el arco de entrada. El interior del convento era un laberinto de muros a medio caer y patios invadidos por la maleza. Olía a humedad, a tierra podrida, a algo dulzón que Lucas no quiso identificar. En un rincón, una estatua de la Virgen sin cabeza los miraba con el cuello roto.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó Lucas.

—Una inscripción. Su padre la dibujó en la libreta, pero no especifica dónde está. Solo dice "bajo la sombra del claustro mayor".

Avanzaron por lo que debió ser el pasillo principal. El techo había desaparecido en varios tramos, dejando entrar columnas de luz verdosa que atravesaban el polvo suspendido en el aire. Lucas pisó algo que crujió. Un hueso. De animal, esperaba.

El claustro mayor apareció después de una puerta sin hojas. Era un patio cuadrado rodeado de arcos, con una fuente seca en el centro y un árbol enorme que había crecido donde antes hubo un jardín. Las raíces del árbol habían levantado las baldosas y agrietado los muros, pero los arcos seguían en pie, desafiando el tiempo y la vegetación.

—Aquí —dijo Aparna.

Se detuvo junto a uno de los pilares del claustro. La piedra estaba cubierta de musgo y de manchas de humedad que formaban mapas de países inexistentes. Aparna sacó una botella de agua de la mochila y vertió un poco sobre la superficie del pilar, frotando con la mano para limpiar la suciedad.

—Ayúdeme —dijo.

Lucas se acercó. Juntos fueron limpiando la piedra, quitando capas de mugre acumulada durante décadas. El agua se volvía negra al contacto con el musgo.

Y entonces Lucas lo vio.

Letras talladas en la piedra. Toscas, irregulares, como si las hubiera grabado alguien con prisa o con herramientas inadecuadas. Pero legibles.

SVB VMBRA ALARCONIS

—"Sub umbra Alarcónis" —leyó Aparna en voz baja—. Bajo la sombra de Alarcón.

Lucas tocó las letras con los dedos. La piedra estaba fría a pesar del calor. Las incisiones eran profundas, hechas para durar.

—Mi apellido —dijo—. En un convento abandonado en la India.

—Tallado hace cuatrocientos años, si su padre tenía razón sobre Pacheco.

Lucas se apartó del pilar. Necesitaba aire. Necesitaba pensar. Pero el aire era espeso y húmedo y pensar era como intentar correr en el agua.

—No tiene sentido —dijo—. Mi familia no tiene ninguna conexión con Goa. Ni con Portugal. Ni con nada que no sea un pueblo perdido en la Mancha.

—Quizá la conexión no es con Goa. —Aparna seguía mirando la inscripción—. Quizá es con Pacheco. Con lo que Pacheco trajo de España.

—¿Y qué trajo?

—Eso es lo que su padre intentaba descubrir.

Aparna sacó el móvil y fotografió la inscripción desde varios ángulos. Luego se agachó y examinó la base del pilar.

—Hay más —dijo.

Lucas se arrodilló a su lado. En la base del pilar, casi a ras del suelo, había otra inscripción. Más pequeña, más difícil de leer. Aparna volvió a verter agua y a frotar.

CLAVIS IN ORIENTE
SERA IN OCCIDENTE
VERITAS SVB TERRA

—"La llave en Oriente. La cerradura en Occidente. La verdad bajo tierra." —Aparna se sentó sobre los talones—. Es un acertijo.

—O unas instrucciones.

—¿Instrucciones para qué?

Lucas no respondió. Estaba mirando la inscripción, intentando recordar algo que había leído en la Moleskine la noche anterior, en el hostal, con una linterna porque la luz del techo no funcionaba.

—Mi padre escribió algo parecido —dijo—. Algo sobre una llave y una cerradura. Decía que estaban separadas a propósito. Que alguien las había puesto en extremos opuestos del mundo para que nunca pudieran juntarse.

—¿Quién?

—Pacheco. Según mi padre, Pacheco.

Aparna se levantó y se sacudió el polvo de los pantalones.

—Si Pacheco separó una llave y una cerradura, y la llave está en Oriente… —Miró a Lucas—. Estamos en Oriente.

—Y Minaya está en Occidente.

El silencio que siguió fue denso. Lucas oyó el canto de los pájaros en la selva, el zumbido de los insectos, el crujido de las ramas bajo el

viento. Pero todo sonaba lejano, como si llegara desde otro mundo.

—Tenemos que volver a la basílica —dijo Aparna.

—¿Por qué?

—Porque si hay una llave escondida en Goa, el lugar más probable es la tumba de Pacheco. Y ahora tenemos una excusa para pedir que abran el sarcófago.

—Los monjes no van a abrir un sarcófago de cuatrocientos años porque encontramos una inscripción en un convento abandonado.

—No. Pero quizá abran la cripta de nuevo si les enseñamos esto. —Aparna sostuvo el móvil con las fotos—. Y quizá, si buscamos bien, encontremos algo que no vimos la primera vez.

Lucas la miró. Había algo en sus ojos que no había visto antes. No era solo curiosidad. Era hambre. La misma hambre que había visto en los ojos de su padre cuando hablaba del misterio, en las pocas ocasiones en que Lucas se había molestado en escuchar.

—¿Por qué le importa tanto? —preguntó.

Aparna guardó el móvil en el bolsillo.

—Llevo tres años restaurando una basílica que guarda el cuerpo de un santo al que medio mundo venera. Y debajo de esa basílica hay una cripta con otro cuerpo al que nadie recuerda. Un hombre que hizo algo tan importante que alguien talló su nombre en piedra y lo escondió en la selva. —Hizo una pausa—. Quiero saber qué hizo.

—Aunque sea peligroso.

—¿Peligroso? Es una investigación histórica. ¿Qué puede tener de peligroso?

Lucas no respondió. Pero pensó en su padre, encerrado en una casa llena de papeles, persiguiendo fantasmas hasta que los fantasmas lo mataron. Pensó en treinta años de obsesión que habían consumido un matrimonio, una familia, una vida.

—Vámonos —dijo Aparna—. Antes de que oscurezca.

Salieron del claustro por donde habían entrado. Lucas echó un último vistazo al pilar con la inscripción. SVB VMBRA ALARCONIS. Su apellido tallado en piedra en el otro extremo del mundo, esperándolo desde hacía cuatro siglos.

Su padre había muerto buscando esto. Había sacrificado todo lo que tenía por un misterio que nunca pudo resolver.

Y ahora el misterio era de Lucas.

No lo había pedido. No lo quería. Pero ahí estaba, grabado en piedra, imposible de ignorar.

Siguió a Aparna hacia la salida. La selva se cerró a su espalda, tragándose el convento como se traga todo en este país: despacio, sin prisa, con la paciencia de quien sabe que el tiempo siempre gana.

El camino de vuelta fue más rápido. O quizá solo lo pareció porque Lucas iba en silencio, rumiando lo que habían encontrado, intentando encajar las piezas de un rompecabezas que no sabía qué forma tenía.

La llave en Oriente. La cerradura en Occidente. La verdad bajo tierra.

Si la llave estaba en Goa, en algún lugar de la basílica o de la tumba de Pacheco, entonces la cerradura estaba en España. En Minaya. En el pueblo del que Lucas había huido quince años atrás y al que había jurado no volver.

La ironía no se le escapó.

Cuando llegaron a la moto, el sol estaba bajando hacia el horizonte y el cielo había adquirido ese color naranja sucio que precede al crepúsculo tropical. Aparna arrancó sin decir nada y Lucas se subió detrás, agarrándose al asiento mientras aceleraban por la carretera de tierra.

El viento le secó el sudor de la cara. Olía a mar, aunque el mar estaba lejos. O quizá era el olor de los arrozales inundados que bordeaban la carretera, ese olor a agua estancada y vida fermentando que lo impregnaba todo en Goa.

Llegaron a Fontainhas cuando las farolas empezaban a encenderse. Aparna detuvo la moto frente a la casa azul.

—Entre —dijo—. Mi madre habrá preparado la cena. Podemos hablar mientras comemos.

—No quiero molestar.

—No molesta. Y además necesito que me cuente todo lo que sabe sobre Minaya. Sobre la iglesia de su pueblo. Sobre cualquier cosa que pueda conectar con lo que hemos encontrado.

Lucas bajó de la moto. Le dolían las piernas del camino por la selva y tenía hambre suficiente para comerse un búfalo entero.

—No sé mucho —dijo—. Me fui a los dieciocho años. No he vuelto desde el funeral de mi padre.

—Entonces cuénteme lo que recuerda. A veces los detalles más pequeños son los más importantes.

Entraron en la casa. Shanti estaba en la cocina, como siempre, removiendo algo en una olla que olía a especias y a coco. Levantó la

vista cuando los vio entrar.

—Habéis encontrado algo —dijo. No era una pregunta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Aparna.

—Porque entráis con la misma cara que ponía tu padre cuando encontraba una pieza rara en el mercado de antigüedades. —Shanti señaló la mesa con la cuchara de madera—. Sentaos. Comeréis primero, hablaréis después.

Lucas obedeció. Estaba aprendiendo que en esta casa no se discutía con Shanti.

La cena fue un curry de gambas con arroz y verduras salteadas. Lucas comió sin hablar, dejando que el calor de las especias le quemara la lengua y le despejara la cabeza. Aparna comía más despacio, con la Moleskine abierta junto al plato, pasando páginas entre bocado y bocado.

Shanti los observaba desde el otro lado de la mesa. Cuando terminaron, recogió los platos sin decir nada y los dejó en el fregadero.

—Ahora —dijo, sentándose con ellos—. Contadme qué habéis encontrado.

Aparna le mostró las fotos del móvil. Shanti las estudió en silencio, ampliando la imagen con los dedos, frunciendo el ceño ante las inscripciones en latín.

—Alarcón —dijo finalmente—. Como él. —Señaló a Lucas con la barbilla.

—Sí.

—¿Y qué significa?

—Todavía no lo sabemos —dijo Aparna—. Pero creemos que hay algo en la tumba de Pacheco. Algo que los monjes no saben que está ahí.

Shanti dejó el móvil sobre la mesa.

—Los monjes saben más de lo que dicen. Siempre es así con los que guardan secretos viejos. —Miró a Lucas—. ¿Vas a seguir buscando?

Lucas pensó en la pregunta. Podía decir que no. Podía levantarse, dar las gracias por la cena, volver al hostal, y mañana coger un autobús hacia cualquier otro lugar. Tailandia, Nepal, Vietnam. Seguir huyendo, como llevaba haciendo seis meses.

Pero la inscripción estaba ahí. Su apellido tallado en piedra. La sombra de Alarcón esperándolo desde hacía cuatrocientos años.

—Sí —dijo—. Voy a seguir buscando.

Shanti asintió.

—Entonces ten cuidado. Los secretos viejos tienen dientes. Y a veces muerden.

Lucas no supo si era una advertencia o una bendición.

Quizá era las dos cosas.

Capítulo 6: *El Código de las Sombras*

Lucas supo que los seguían antes de verlos.

Fue una sensación, más que una certeza. Algo en la nuca, un cosquilleo primitivo que los millones de años de evolución no habían conseguido borrar. El instinto del animal que sabe que hay un depredador cerca.

Estaban en la biblioteca de la Universidad de Goa, en una sala de archivos que olía a papel viejo y a aire acondicionado rancio. Aparna había conseguido acceso a través de un colega del departamento de Historia, un hombre calvo y nervioso llamado Fernandes que les había dejado las llaves con la condición de que no tocaran los manuscritos originales sin guantes.

Llevaban tres horas revisando documentos. Cartas del siglo XVII, registros eclesiásticos, inventarios de la Basílica del Buen Jesús. Aparna buscaba cualquier referencia a Pacheco que no apareciera en los archivos oficiales. Lucas pasaba páginas sin saber qué buscar, sintiéndose inútil.

Y entonces lo sintió.

Se levantó de la mesa y se acercó a la ventana. El campus se extendía abajo, verde y tranquilo bajo el sol de la tarde. Estudiantes cruzando los jardines, profesores caminando hacia el aparcamiento, un perro dormido a la sombra de un árbol.

Y un hombre de pie junto a una moto, mirando hacia la ventana de la biblioteca.

No hacía nada sospechoso. Solo estaba ahí, fumando un cigarrillo, con gafas de sol y una camisa blanca que brillaba bajo la luz. Podía ser cualquiera. Un estudiante esperando a alguien. Un repartidor descansando entre entregas.

Pero Lucas lo había visto antes.

En la explanada de la basílica, el día que llegó. Y ayer, en Fontainhas, pasando en moto por la calle de Aparna mientras cenaban.

—Tenemos compañía —dijo.

Aparna levantó la vista de los documentos.

—¿Qué?

—Abajo. Junto a la moto negra. No mires directamente.

Aparna se acercó a la ventana con movimientos casuales, como si solo quisiera estirar las piernas. Echó un vistazo al campus.

—El de la camisa blanca.

—Sí.

—¿Estás seguro de que nos sigue?

—Lo vi en la basílica. Y ayer en tu calle.

Aparna se apartó de la ventana.

—Puede ser coincidencia.

—¿Tú crees en las coincidencias?

Ella no respondió. Volvió a la mesa y empezó a recoger los documentos, apilándolos con cuidado.

—Hay una salida trasera —dijo—. Da al aparcamiento de profesores. Podemos salir por ahí y rodear el edificio.

—¿Y si nos está esperando allí también?

—Entonces sabremos que no es coincidencia.

Dejaron los documentos en la bandeja de devolución y salieron de la sala. El pasillo estaba vacío. Sus pasos resonaban contra las baldosas de terrazo, demasiado ruidosos en el silencio del edificio.

La salida trasera era una puerta de emergencia que daba a un callejón entre la biblioteca y el edificio de Ciencias. Aparna la empujó y salieron al calor de la tarde. El callejón estaba vacío.

—Por aquí —dijo Aparna.

Rodearon el edificio por la izquierda, manteniéndose pegados a la pared. Cuando llegaron a la esquina, Aparna se asomó.

—Se ha ido.

Lucas miró. El espacio junto a la moto negra estaba vacío. El hombre de la camisa blanca había desaparecido.

—O se ha movido —dijo Lucas.

—O nunca nos estaba siguiendo.

—¿De verdad lo crees?

Aparna no respondió. Echó a andar hacia el aparcamiento donde habían dejado su moto.

—Vámonos. Tenemos que hablar con alguien.

—¿Con quién?

—Con el hermano Thomas. Es el único de los monjes que parece dispuesto a hablar.

El hermano Thomas los recibió en una sala pequeña junto a la sacristía de la basílica. Había té en una bandeja de latón y galletas de jengibre que nadie tocó.

—No deberían haber ido a Santa Mónica —dijo Thomas, ajustándose las gafas—. Es propiedad del gobierno. Técnicamente, necesitan permiso para entrar.

—Lo sabemos —dijo Aparna—. Pero encontramos algo.

Le mostró las fotos en el móvil. Thomas las estudió en silencio, ampliando las imágenes, frunciendo el ceño.

—"Sub umbra Alarcónis" —leyó en voz baja—. ¿Alarcón como usted?

—Sí —dijo Lucas.

—¿Tiene alguna explicación?

—Ninguna. Esperaba que usted pudiera ayudarnos.

Thomas dejó el móvil sobre la mesa. Se quitó las gafas y las limpió con el borde de su hábito, un gesto que Lucas empezaba a reconocer como señal de que estaba pensando.

—Hay cosas que la Iglesia guarda —dijo finalmente—. No por maldad. Por prudencia. Documentos que podrían malinterpretarse. Historias que podrían dañar la fe de los creyentes si se sacaran de contexto.

—¿Qué clase de documentos?

—Cartas. Diarios. Testimonios de personas que vivieron hace siglos y que veían el mundo de forma muy distinta a como lo vemos hoy.

—¿Hay documentos de Pacheco?

Thomas dudó. Lucas vio el conflicto en su rostro: el deber del monje enfrentado a algo más. Curiosidad, quizá. O la misma hambre de verdad que había visto en Aparna.

—Hay un diario —dijo Thomas—. Se encontró hace veinte años, durante una restauración del suelo de la cripta. Estaba en una caja de plomo, sellada con cera. El hermano Anand decidió que era mejor no hacerlo público.

—¿Por qué?

—Porque lo que dice no encaja con la versión oficial de la vida de Pacheco. Ni con la versión oficial de muchas otras cosas.

Aparna se inclinó hacia adelante.

—¿Podemos verlo?

—No. —Thomas levantó una mano antes de que ella protestara—. No porque no quiera. Porque ya no está aquí. Se lo llevaron a Roma hace quince años. A los archivos del Vaticano.

—Entonces está perdido.

—No del todo. —Thomas se puso las gafas—. Antes de enviarlo, hice una copia. Fotografías de cada página. Las tengo en mi ordenador.

Lucas sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Puede enseñárnoslas?

Thomas miró hacia la puerta, como si temiera que alguien estuviera escuchando.

—Si lo hago, tienen que prometerme algo.

—¿Qué?

—Que no dirán de dónde las han sacado. Y que si encuentran algo importante, me lo contarán antes de hacerlo público.

—De acuerdo —dijo Aparna.

—Y una cosa más. —Thomas los miró a los dos—. Tengan cuidado. El hermano Anand es un buen hombre, pero hay cosas que prefiere no saber. Y hay otras personas que prefieren que nadie sepa.

—¿Qué personas?

Thomas no respondió. Se levantó y salió de la sala. Volvió cinco minutos después con un pendrive en la mano.

—Está todo aquí. Setenta y tres páginas. El latín es difícil, eclesiástico del siglo XVII, pero supongo que la señorita Deshmukh podrá manejarlo.

Aparna cogió el pendrive.

—Gracias.

—No me las dé todavía. Espere a leerlo. —Thomas los acompañó hasta la puerta—. Y recuerden lo que les he dicho. Cuidado.

Salieron a la explanada. El sol estaba cayendo y las sombras de las palmeras se alargaban sobre la tierra roja. Lucas miró alrededor, buscando al hombre de la camisa blanca.

No lo vio.

Pero eso no significaba que no estuviera ahí.

Leyeron el diario de Pacheco en la cocina de Shanti, con los portátiles sobre la mesa y tazas de té que se enfriaban sin que nadie las tocara.

El latín era denso, lleno de abreviaturas y giros que Lucas no entendía. Aparna iba traduciendo en voz alta, deteniéndose cada pocas frases para consultar diccionarios online o para releer pasajes que no tenían sentido.

Pacheco escribía como un hombre asustado.

Eso fue lo primero que Lucas notó. No era el diario de un santo sereno, confiado en la providencia divina. Era el testimonio de alguien que huía de algo. Que cargaba con un peso que apenas podía soportar.

"He dejado mi tierra para siempre", traducía Aparna. "He dejado a los míos, la tumba de mi madre, la casa donde nací. Todo por guardar lo que me fue confiado. A veces me pregunto si el precio es demasiado alto. Pero luego recuerdo las palabras del Guardián: 'Lo que llevas vale más que una vida. Vale más que mil vidas. Porque es la verdad, y la verdad no puede morir.'"

—¿El Guardián? —preguntó Lucas.

—No dice quién es. Solo lo menciona así: el Guardián. —Aparna pasó a la siguiente página—. Espera. Aquí hay algo.

Leyó en silencio durante un minuto. Luego levantó la vista hacia Lucas.

—Pacheco describe lo que trajo de España. No dice qué es exactamente, pero habla de dos objetos. Uno que llama "la Llave" y otro que llama "la Cerradura".

—Como en la inscripción del convento.

—Exacto. Dice que la Cerradura se quedó en España, "en la tierra del Arquitecto, bajo la sombra de la torre que vigila". Y la Llave viajó con él a Goa.

—¿Dónde la escondió?

Aparna siguió leyendo. Lucas la vio mover los labios mientras traducía mentalmente, el ceño fruncido por la concentración.

—Aquí —dijo—. "He encontrado el lugar. Descansará conmigo, en mi tumba, hasta que venga quien deba venir. El que comparta la sangre del Arquitecto. El que lleve su nombre en la sombra."

—"El que lleve su nombre en la sombra" —repitió Lucas—. Sub umbra Alarcónis.

—Eso parece.

Lucas se levantó de la silla. Necesitaba moverse. La cocina de repente le parecía demasiado pequeña, las paredes demasiado cerca.

—Pacheco escondió algo en su tumba —dijo—. Algo que llama la Llave. Y lo hizo esperando que viniera alguien de mi familia a buscarlo.

—Eso es lo que parece.

—Pero ¿cómo sabía mi apellido? ¿Cómo sabía que existíamos?

—No lo sé. Quizá lo sabía por el Guardián. O quizá tu familia ya existía entonces y tuvo algún papel en todo esto.

Lucas pensó en su padre. En los treinta años de obsesión. En las noches encerrado en su despacho, rodeado de papeles, persiguiendo un secreto que ahora resultaba que llevaba el nombre de su familia.

Julián no estaba loco.

Esa fue la revelación que golpeó a Lucas con la fuerza de un puñetazo. Su padre no había perdido la cabeza persiguiendo fantasmas. Había estado siguiendo un rastro real, una pista que cruzaba siglos y océanos y que terminaba aquí, en una cocina de Goa, con su hijo leyendo las palabras de un monje muerto hacía cuatrocientos años.

—Tenemos que abrir esa tumba —dijo Lucas.

—Los monjes no van a permitirlo.

—Entonces tendremos que encontrar otra forma.

Aparna cerró el portátil.

—Hay una ceremonia el domingo. El aniversario de la fundación de la basílica. Los monjes estarán ocupados con los visitantes. La cripta estará vacía.

—¿Estás sugiriendo que entremos sin permiso?

—Estoy sugiriendo que aprovechemos una oportunidad. —Aparna lo miró a los ojos—. Mira, sé que esto es una locura. Sé que podríamos meternos en problemas. Pero tu padre pasó toda su vida buscando esto. Y murió sin encontrarlo. ¿De verdad vas a detenerte ahora, cuando estamos tan cerca?

Lucas pensó en la pregunta. En la respuesta que debería dar y en la respuesta que quería dar.

No eran la misma.

—El domingo —dijo—. ¿A qué hora empieza la ceremonia?

Aparna sonrió. Era la primera vez que Lucas la veía sonreír de verdad.

—A las seis de la tarde. Tendremos dos horas antes de que oscurezca.

—Entonces el domingo.

Fuera, en la calle, una moto pasó despacio. Lucas no la vio, pero oyó el motor. Un ronroneo bajo que se alejó hacia la noche.

No pensó en el hombre de la camisa blanca.

Quizá debería haberlo hecho.

Capítulo 7: *La Liturgia del Miedo*

La basílica estaba llena de gente.

Lucas y Aparna se mezclaron con la multitud que entraba por la puerta principal. Familias con niños, ancianos con rosarios, turistas con cámaras. El olor a incienso era tan denso que se mascaba. El órgano rugía desde algún lugar invisible, llenando la nave con acordes que vibraban en el pecho.

—Por aquí —murmuró Aparna.

Se deslizaron hacia la izquierda, alejándose del altar mayor y del mausoleo de Francisco Javier. La ceremonia había empezado hacía diez minutos. El hermano Anand oficiaba la misa con voz grave que resonaba contra las paredes de piedra. Todos los ojos estaban fijos en él.

Nadie miraba hacia la puerta lateral junto a la sacristía.

Aparna la abrió con una llave que Lucas no preguntó de dónde había sacado. Quizá del hermano Thomas. Quizá de algún lugar menos legítimo. En este momento, no importaba.

El pasillo estaba oscuro. Lucas encendió la linterna del móvil y la sostuvo baja, apuntando al suelo para no llamar la atención. Caminaron deprisa, sin hablar, con el corazón en la garganta.

La escalera de la cripta apareció ante ellos. Veintitrés escalones hacia la oscuridad.

Bajaron.

El aire cambió a mitad del descenso. Se volvió más frío, más húmedo, más viejo. Como si el tiempo se espesara a medida que se alejaban del mundo de los vivos. Lucas sintió la presión en los oídos, ese silencio denso de los lugares que llevan siglos cerrados.

La puerta de la cripta estaba cerrada con llave.

—Mierda —susurró Aparna.

—¿No tienes…?

—Solo tenía la de arriba. Esta es distinta.

Lucas examinó la cerradura. Era antigua, de hierro forjado, con un mecanismo simple de palanca. El tipo de cerradura que su padre

le había enseñado a abrir cuando era niño, en las puertas de las bodegas abandonadas del pueblo.

—Dame una horquilla —dijo.

—¿Una horquilla?

—O un clip. Algo fino y metálico.

Aparna rebuscó en su bolso. Encontró un pasador de pelo y se lo dio. Lucas lo enderezó, lo dobló en ángulo, y lo introdujo en la cerradura. Cerró los ojos para concentrarse en el tacto. El metal raspó contra el mecanismo. Una vez. Dos veces.

Clic.

La puerta se abrió.

—¿Dónde aprendiste eso? —susurró Aparna.

—En un pueblo donde las bodegas siempre están cerradas y los niños siempre quieren entrar.

Entraron en la cripta. Lucas barrió el espacio con la linterna. Todo estaba igual que la primera vez: las paredes de piedra, el techo abovedado, el sarcófago de granito gris en el centro.

Excepto por una cosa.

Había marcas en el polvo alrededor del sarcófago. Huellas de pies. Recientes.

—Alguien ha estado aquí —dijo Aparna.

Lucas se acercó al sarcófago. Pasó los dedos por el borde de la tapa. Sintió una línea fina, casi imperceptible, donde la piedra se encontraba con la piedra.

—La tapa se mueve —dijo—. No está sellada.

—¿Puedes abrirla?

—Necesito ayuda.

Se colocaron uno a cada lado del sarcófago. La tapa era pesada, probablemente cien kilos de granito macizo. Empujaron. La piedra se resistió. Empujaron más fuerte.

La tapa se deslizó con un chirrido que resonó en la cripta como un grito.

Lucas apuntó la linterna hacia el interior.

Huesos.

Un esqueleto completo, vestido con los restos de un hábito que el tiempo había convertido en jirones pardos. Las cuencas vacías de los ojos miraban hacia el techo. Las manos descansaban cruzadas sobre el pecho.

Y entre las manos, un objeto que brillaba bajo la luz.

—Dios mío —susurró Aparna.

Era un anillo. No de oro ni de plata, sino de un metal oscuro, casi negro, con reflejos azulados. Hierro, quizá. O algo más antiguo. Tenía un sello en la parte superior: un escudo con un símbolo que Lucas no reconoció.

—La Llave —dijo.

Extendió la mano hacia el anillo. Los dedos le temblaban. Cuatrocientos años. Ese anillo llevaba cuatrocientos años esperando entre los huesos de un monje muerto.

Lo cogió.

Era más pesado de lo que esperaba. Y estaba tibio, como si conservara algo de calor de la mano que lo había sostenido por última vez.

—Lucas.

La voz de Aparna sonaba rara. Tensa.

—¿Qué?

—Mira.

Aparna apuntaba con su linterna hacia la pared del fondo de la cripta. Lucas giró la cabeza.

Había una inscripción que no habían visto la primera vez. Estaba oculta detrás de donde se abría la puerta, en un ángulo que la luz natural nunca alcanzaba.

VERITAS SVB TERRA MINAIA

QUI CLAVIS HABET VIAM INVENIET

—"La verdad bajo tierra en Minaya. Quien tiene la Llave encontrará el camino." —Aparna tradujo en voz baja—. Es la confirmación. La Cerradura está en tu pueblo.

Lucas guardó el anillo en el bolsillo. El peso era mínimo, pero lo sentía como si cargara con una piedra.

—Tenemos que irnos —dijo.

Volvieron a colocar la tapa del sarcófago. No quedó exactamente como estaba, pero cerca. Salieron de la cripta y cerraron la puerta.

Y entonces oyeron las voces.

Venían de arriba. Del pasillo. Voces masculinas, hablando en inglés con acento que Lucas no pudo identificar.

—...tiene que estar aquí abajo. La puerta estaba abierta.

—Comprueba la cripta.

Lucas y Aparna se miraron. No había otra salida. Solo la escalera que subía hacia las voces.

—El pozo —susurró Aparna.

—¿Qué pozo?

—Al fondo del pasillo. Hay un pozo de ventilación que conecta con el exterior. Lo usaban para renovar el aire de las criptas.

—¿Cabe una persona?

—No lo sé. Nunca lo he intentado.

Pasos en la escalera. Bajaban.

—Vamos —dijo Lucas.

Corrieron hacia el fondo del pasillo, alejándose de la escalera. La oscuridad era casi total. Lucas tropezó con algo —una piedra suelta, un escalón que no esperaba— y estuvo a punto de caer. Aparna lo agarró del brazo.

—Aquí —dijo.

El pozo era un agujero en el techo, de unos sesenta centímetros de diámetro. Demasiado pequeño para pasar con comodidad. Demasiado alto para alcanzarlo sin ayuda.

—Súbete a mis hombros —dijo Lucas.

—¿Qué?

—No hay tiempo. Sube.

Aparna no discutió. Se quitó los zapatos y trepó por Lucas como si fuera una escalera. Él sintió el peso en los hombros, las manos de ella buscando apoyo en el borde del pozo.

—Lo tengo —dijo Aparna—. Hay peldaños de hierro. Puedo subir.

—Hazlo. Yo voy detrás.

Aparna desapareció en el agujero. Lucas la oyó trepar, el metal resonando bajo sus pies.

Los pasos estaban más cerca. Una linterna barría el pasillo, acercándose.

Lucas saltó. Alcanzó el borde del pozo con las manos, los dedos resbalando en la piedra húmeda. Apretó los dientes y se impulsó hacia arriba. Los músculos de los brazos gritaron de protesta. No hacía ejercicio desde hacía meses. El cuerpo de mochilero no estaba preparado para esto.

Pero el miedo es un motivador excelente.

Encontró el primer peldaño con el pie. Luego el segundo. Trepó en la oscuridad, siguiendo el sonido de Aparna arriba. El pozo era estrecho, húmedo, y olía a siglos de abandono. Algo le rozó la cara —una telaraña, esperaba— y tuvo que morderse la lengua para no gritar.

Abajo, en el pasillo, una voz gritó:

—¡Aquí hay un pozo! ¡Están subiendo!

Lucas trepó más rápido. Los peldaños estaban oxidados, algunos sueltos. Uno cedió bajo su peso y tuvo que agarrarse con las manos para no caer.

Luz arriba. Aparna había llegado a la superficie.

—¡Dame la mano! —gritó ella.

Lucas alcanzó el borde del pozo. La mano de Aparna encontró la suya. Tiró con fuerza. Lucas salió del agujero rodando sobre hierba húmeda.

Estaban en un jardín. Detrás de la basílica, entre muros cubiertos de enredaderas y árboles que bloqueaban la luz de las farolas.

—Corre —dijo Aparna.

Corrieron.

A través del jardín, saltando un muro bajo, cruzando una calle vacía. Las sandalias de Aparna golpeaban el asfalto. Lucas la seguía de cerca, con el corazón desbocado y el anillo golpeándole el muslo a través del bolsillo.

Detrás de ellos, voces. Gritos. Pero cada vez más lejos.

Aparna torció por un callejón, luego por otro. Fontainhas era un laberinto de calles estrechas y casas apretadas, y ella conocía cada recoveco.

Se detuvieron en un portal oscuro, jadeando. Lucas se apoyó contra la pared, intentando recuperar el aliento. El corazón le latía tan fuerte que estaba seguro de que podían oírlo desde la basílica.

—¿Quiénes eran? —preguntó cuando pudo hablar.

—No lo sé. —Aparna respiraba igual de agitada—. Pero sabían que estábamos ahí. Nos esperaban.

—El hombre de la camisa blanca.

—O alguien que trabaja con él.

Lucas metió la mano en el bolsillo. El anillo seguía ahí. Frío ahora, como si el calor que había sentido antes hubiera sido imaginación suya.

—Tenemos que irnos de Goa —dijo.

—¿Adónde?

—A España. A Minaya. —Sacó el anillo y lo sostuvo bajo la escasa luz que entraba en el portal—. Tengo la Llave. Ahora necesito encontrar la Cerradura.

Aparna lo miró. Había algo en sus ojos que Lucas no supo interpretar. Miedo, quizá. O excitación. O las dos cosas.

—No puedo ir contigo —dijo—. Mi trabajo está aquí. Mi madre está aquí.

—Lo sé.

—Pero puedo ayudarte desde la distancia. Seguir investigando. Mantenerte informado de lo que encuentre.

Lucas asintió. No esperaba que ella lo acompañara. Apenas se conocían. Esto no era su pelea.

—Gracias —dijo—. Por todo.

—No me las des todavía. —Aparna señaló hacia el final del callejón—. Primero tenemos que llegar a casa sin que nos pillen.

Salieron del portal y echaron a andar, manteniéndose en las sombras. El barrio estaba tranquilo, las ventanas iluminadas por la luz azulada de los televisores. Un perro ladró en algún lugar cercano.

Llegaron a la casa azul sin incidentes. Shanti los esperaba en la puerta, con los brazos cruzados y expresión de saber exactamente lo que habían hecho.

—Dentro —dijo—. Ahora.

Entraron.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó Shanti.

Lucas sacó el anillo del bolsillo.

Shanti lo miró durante un largo momento. Luego asintió, como si la respuesta confirmara algo que ya sabía.

—Entonces tienes que irte. Esta noche.

—¿Cómo?

—Conozco a alguien en el puerto. Puede meterte en un barco hacia Bombay. Desde allí puedes coger un avión a cualquier parte.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó Lucas—. Apenas me conoces.

Shanti lo miró con esos ojos oscuros que parecían ver más de lo que mostraban.

—Porque tu padre vino aquí hace muchos años —dijo—. Antes de que nacieras. Buscaba lo mismo que tú. No encontró nada, pero me hizo una promesa.

Lucas sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—¿Conociste a mi padre?

—Una semana. Hace treinta y cinco años. Me dijo que algún día vendría alguien de su familia. Alguien que terminaría lo que él había

empezado. —Shanti sonrió, pero era una sonrisa triste—. Y aquí estás.

Lucas notó algo en su expresión. Una sombra antigua.

—¿Qué te costó ayudarlo?

—Mi marido. —Shanti no apartó la mirada—. Hizo preguntas equivocadas a la gente equivocada. Tres meses después de que tu padre se marchara, apareció flotando en el Mandovi. —Se encogió de hombros, como si hablara del tiempo—. Los secretos viejos tienen dientes, Lucas. Recuérdalo.

Lucas no supo qué decir. Su padre había estado aquí. Había caminado por estas mismas calles, había hablado con esta misma mujer, había buscado este mismo secreto.

Y no le había contado nada.

—El barco sale a medianoche —dijo Shanti—. Tienes dos horas para prepararte.

Lucas miró a Aparna. Ella asintió.

—Vete —dijo—. Encuentra la Cerradura. Y cuando lo hagas, llámame.

Lucas guardó el anillo en el bolsillo.

Dos horas.

Y luego, de vuelta a España. De vuelta a Minaya. De vuelta a todo lo que había pasado quince años huyendo.

El misterio de su padre lo había alcanzado.

Y ya no había forma de escapar.

Capítulo 8: *La Llama de Oriente*

Llegué a Minaya con el hábito cubierto de polvo y el alma cubierta de dudas.

El camino desde Toledo había sido largo. Ocho días a lomos de una mula que cojeaba del cuarto trasero y que se negaba a avanzar más de cuatro leguas por jornada. Ocho noches durmiendo en ventas miserables donde el vino sabía a vinagre y la carne a cuero viejo. Ocho amaneceres preguntándome si no estaría cometiendo el mayor error de mi vida.

Pero fray Gonzalo me había pedido que viniera. Y a fray Gonzalo no se le negaba nada.

El pueblo apareció al final de una llanura interminable, marrón y seca como el lomo de un animal muerto. Una iglesia de piedra oscura dominaba el caserío, con una torre cuadrada que se alzaba contra el cielo como un dedo acusador. Alrededor, casas bajas de adobe y tejados de paja, corrales con gallinas flacas, niños descalzos que me miraban pasar con ojos de hambre.

Castilla.

Yo era portugués, de Coímbra, y nunca había entendido esta tierra. Demasiado seca, demasiado dura, demasiado orgullosa de su propia miseria. Los castellanos llevaban la pobreza como una medalla, como si sufrir fuera una virtud y no una desgracia. En Portugal al menos teníamos el mar. Aquí solo había polvo y silencio y ese sol que quemaba sin calentar.

Fray Gonzalo me esperaba en la puerta de la iglesia.

Era viejo. Más viejo de lo que recordaba. La última vez que lo había visto, en el Capítulo General de nuestra orden en Salamanca, todavía caminaba erguido y tenía fuego en los ojos. Ahora estaba encorvado, apoyado en un bastón que temblaba bajo su peso, y sus ojos habían adquirido esa opacidad de los que miran más hacia dentro que hacia fuera.

—João —dijo, y su voz era un susurro rasposo—. Has venido.

—Me lo pedisteis, fray Gonzalo.

—Te lo pedí porque no tenía a nadie más. —Me tomó del brazo con una mano que era puro hueso—. Entra. Tenemos que hablar antes de que anochezca.

La iglesia de Santiago era más grande por dentro de lo que parecía desde fuera. Una nave única, con columnas gruesas que sostenían un techo de madera oscurecida por siglos de humo de velas. El altar estaba desnudo, sin más adorno que un crucifijo de hierro y un par de candelabros de latón. Olía a incienso frío y a piedra húmeda.

Fray Gonzalo me guió hacia la sacristía. Era una habitación pequeña, con una mesa, dos sillas y un arcón de madera que parecía más antiguo que la propia iglesia.

—Siéntate —dijo.

Me senté. Él se quedó de pie, apoyado en el bastón, mirándome con esos ojos que ya no veían bien pero que seguían viendo demasiado.

—¿Sabes por qué te he llamado?

—No. Vuestra carta solo decía que era urgente. Y que no hablara con nadie.

—Y no has hablado.

—Con nadie.

Fray Gonzalo asintió. Se acercó al arcón y lo abrió con una llave que llevaba colgada del cuello. Del interior sacó un objeto envuelto en tela oscura.

—Esto ha estado guardado en esta iglesia durante más de quinientos años —dijo—. Desde que un hombre llamado Álvar Fáñez lo trajo aquí y construyó este templo para protegerlo.

—¿Álvar Fáñez? —El nombre me sonaba—. ¿El primo del Cid?

—El mismo. —Fray Gonzalo desenvolvió la tela.

Era un anillo. De hierro negro, con un sello que mostraba un escudo partido en dos: una espada a la izquierda, una pluma a la derecha. Debajo del escudo, una inscripción en latín tan pequeña que tuve que acercarme para leerla.

Veritas liberabit vos.

La verdad os hará libres.

—No entiendo —dije—. ¿Qué tiene de especial este anillo?

—Es una llave. —Fray Gonzalo volvió a envolverlo—. Una llave que abre algo que lleva enterrado bajo esta iglesia desde el siglo XI.

Algo que podría cambiar la historia de España. De la Cristiandad entera.

Sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío de la sacristía.

—¿Qué hay enterrado?

—La verdad sobre Rodrigo Díaz de Vivar. Sobre lo que hizo realmente en Valencia. Sobre los pactos que firmó y las alianzas que forjó. —Fray Gonzalo se sentó frente a mí, con el esfuerzo de un hombre al que cada movimiento le cuesta dolor—. El Cid no fue lo que la Iglesia dice que fue, João. No fue un cruzado. No fue un guerrero de Cristo contra el moro. Fue algo mucho más peligroso.

—¿Qué fue?

—Un hombre que creyó que cristianos, musulmanes y judíos podían vivir juntos. Que firmó tratados de paz y colaboración con reyes moros. Que construyó en Valencia un reino donde la fe era asunto privado y el conocimiento era asunto de todos. —Fray Gonzalo hizo una pausa—. Un hereje, según los criterios de la Inquisición.

La palabra quedó flotando en el aire como el humo de una hoguera.

—¿Por qué me contáis esto?

—Porque voy a morir. —Lo dijo sin dramatismo, como quien comenta el tiempo—. El médico me da un mes, quizá dos. Y no puedo llevarme este secreto a la tumba. Alguien tiene que continuar.

—¿Continuar qué?

—Guardándolo. Protegiéndolo. —Fray Gonzalo me miró con una intensidad que contrastaba con la fragilidad de su cuerpo—. Durante quinientos años, mi familia ha custodiado este lugar. Somos los descendientes de Álvar Fáñez, aunque hace siglos que dejamos de usar ese nombre. Cada generación ha pasado el secreto a la siguiente. Pero yo no tengo hijos. No tengo hermanos. Solo te tengo a ti.

—Yo no soy de vuestra sangre.

—No. Pero eres el hombre más íntegro que conozco. Y el único en quien confío para esto.

Me levanté de la silla. Necesitaba moverme. Necesitaba pensar. La sacristía de repente me parecía demasiado pequeña, las paredes demasiado cerca.

—Lo que me pedís es… —No encontré la palabra—. Si la Inquisición descubre que guardo pruebas de que el Cid fue un

hereje…

—La Inquisición no puede descubrirlo. Porque no vas a quedarte aquí.

—¿Qué?

Fray Gonzalo se levantó con esfuerzo. Se acercó a mí y me puso el anillo en las manos.

—Tienes que llevártelo. Lejos de España. Lejos de cualquier lugar donde el Santo Oficio tenga poder.

—¿Adónde?

—A las Indias Orientales. A Goa. —Sus manos se cerraron sobre las mías—. Allí la Inquisición existe, pero es débil. Allí podrás esconder esto donde nadie lo encuentre. Y allí podrás esperar.

—¿Esperar qué?

—A que llegue el momento. A que el mundo esté preparado para la verdad. —Fray Gonzalo sonrió, pero era una sonrisa triste—. Quizá no sea en tu vida. Quizá no sea en la de tus sucesores. Pero algún día, alguien vendrá a buscar lo que escondes. Alguien de la sangre del Arquitecto.

—¿Quién es el Arquitecto?

—Álvar Fáñez. El que construyó todo esto. El que diseñó el sistema para proteger la verdad. —Fray Gonzalo señaló hacia abajo, hacia el suelo de la sacristía—. Bajo esta iglesia hay una red de túneles. Y al final de esos túneles hay una cámara. Y en esa cámara está todo. Los documentos, los tratados, las pruebas. Y algo más.

—¿Qué más?

—La mano del Cid. Su mano derecha, conservada en sal y mirra. El Arquitecto la cortó del cadáver antes de que lo embalsamaran para la leyenda. Es la prueba final. La que nadie podrá negar.

Sentí náuseas. El peso de lo que me estaba pidiendo. Cargar con un secreto de quinientos años. Huir al otro lado del mundo. Vivir el resto de mi vida guardando una verdad que podía destruirme.

—¿Por qué yo? —pregunté—. ¿Por qué no otro monje de vuestra orden? ¿Por qué no alguien de España?

—Porque los españoles no pueden ver más allá de su orgullo. Porque mi orden está infiltrada por el Santo Oficio. Y porque tú, João, eres la única persona que conozco capaz de cargar con un peso sin doblarse. —Fray Gonzalo apretó mis manos—. Te he observado durante años. Sé quién eres. Sé lo que puedes soportar.

No supe qué responder.

El anillo estaba frío en mis manos. Frío y pesado y lleno de siglos.

—La Inquisición está investigando esta iglesia —dijo fray Gonzalo —. Un denunciante anónimo, probablemente alguien del pueblo que vio algo que no debía ver. Tienen espías en todas partes. Es cuestión de semanas que vengan a interrogarme.

—¿Y qué les diréis?

—Nada. Porque para entonces estaré muerto. —Me soltó las manos y se apartó—. Pero tú estarás en un barco hacia Lisboa. Y de Lisboa a Goa. Y en Goa encontrarás un lugar donde esconder esto para siempre.

—¿Cómo sabré dónde esconderlo?

—Lo sabrás. El Arquitecto dejó instrucciones. Están grabadas en el propio anillo, para quien sepa leerlas. —Fray Gonzalo fue hacia la puerta—. Pero ahora tienes que irte. Esta noche. Antes de que amanezca.

—Fray Gonzalo…

—No hay tiempo para despedidas, João. —Se detuvo en el umbral —. Solo prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que cuando llegue el momento, cuando venga quien deba venir, le darás lo que busca. Sin preguntas. Sin condiciones. La verdad pertenece al mundo, no a nosotros.

Lo miré. Este hombre que había sido mi maestro, mi mentor, la persona que más respetaba en el mundo. Este hombre que me estaba pidiendo que abandonara todo lo que conocía por un secreto que no entendía.

—Os lo prometo —dije.

Fray Gonzalo asintió.

—Entonces vete. Y que Dios te acompañe.

Salí de la iglesia con el anillo escondido bajo el hábito. La noche había caído sobre Minaya, una noche sin luna, negra como el interior de un pozo. Las estrellas brillaban con esa claridad brutal que solo tienen en los lugares donde no hay nada que las oculte.

Me dirigí hacia la venta donde había dejado la mula. Cada paso me alejaba de la vida que conocía y me acercaba a un futuro que no podía imaginar.

No miré atrás.

Tres semanas después, embarqué en Lisboa en una nao que se dirigía a las Indias. El anillo iba cosido en el dobladillo de mi hábito,

junto a un pequeño diario donde escribía cada noche, intentando dar sentido a lo que me había ocurrido.

Fray Gonzalo murió dos días antes de mi partida. Me llegó la noticia a través de un hermano de nuestra orden que viajaba hacia el norte. Dijeron que fue el corazón, pero yo sabía que fue otra cosa. Fue el alivio de haber cumplido su misión. De haber pasado el peso a otra espalda.

Ahora esa espalda era la mía.

Y el peso era más grande de lo que jamás había imaginado.

El barco zarpó con la marea de la mañana. Vi cómo Portugal se alejaba, primero las torres de Lisboa, luego los acantilados, luego solo una línea oscura en el horizonte. Cuando desapareció, supe que no volvería.

Abrí el diario y escribí la primera entrada de mi nueva vida:

"He dejado mi tierra para siempre. He dejado a los míos, la tumba de mi madre, la casa donde nací. Todo por guardar lo que me fue confiado. A veces me pregunto si el precio es demasiado alto. Pero luego recuerdo las palabras del Guardián: 'Lo que llevas vale más que una vida. Vale más que mil vidas. Porque es la verdad, y la verdad no puede morir.'"

El viento hinchó las velas.

Oriente me esperaba.

PARTE II: EL LABERINTO DE LA LLANURA

Capítulo 9: *La Jaula de Cristal*

Madrid olía a tubo de escape y a lluvia sucia.

Lucas salió de la terminal de Barajas con la mochila al hombro y la sensación de haber retrocedido en el tiempo. Siete meses fuera. Siete meses de trenes nocturnos, hostales de mala muerte, templos dorados y selvas que se tragaban los edificios. Y ahora estaba aquí, bajo un cielo gris que parecía una losa de hormigón, rodeado de gente que caminaba mirando el móvil y arrastrando maletas con ruedas.

Cogió el metro hacia el centro. La línea 8 hasta Nuevos Ministerios, transbordo a la 10, salida en Tribunal. El trayecto que había hecho mil veces cuando vivía aquí, cuando era el Lucas de la calle Princesa, el de los auriculares y las tostadas de aguacate.

El vagón estaba lleno de gente que evitaba mirarse. Trajes oscuros, auriculares blancos, pantallas iluminando caras sin expresión. Lucas se sintió como un extranjero en su propio país. La ropa le olía a sudor y a barco —el carguero de Bombay a Barcelona, cuatro semanas de travesía en una cabina del tamaño de un armario — y llevaba la barba de un mes sin afeitar. Una mujer con bolso de marca se apartó discretamente cuando él se sentó a su lado.

Salió en Tribunal y caminó hacia Malasaña. Había reservado una habitación en un hostal de la calle del Pez, uno de esos sitios para mochileros que abundaban en el barrio. Veinte euros la noche, ducha compartida, wifi que funcionaba a ratos. Lo justo para tener una base mientras decidía su siguiente paso.

El hostal se llamaba La Madriguera y hacía honor a su nombre: estrecho, oscuro, con pasillos que olían a incienso barato y a humedad mal disimulada. La recepcionista era una chica con el pelo azul y un piercing en la nariz que apenas levantó la vista cuando Lucas pagó tres noches por adelantado.

—La habitación 7. Segundo piso. El desayuno es hasta las diez.

—Gracias.

Subió las escaleras con la mochila golpeándole los riñones. La habitación era un cubículo con una cama individual, un armario sin

puerta y una ventana que daba a un patio interior donde alguien había tendido ropa. Lucas dejó la mochila en el suelo y se sentó en la cama.

El colchón crujió bajo su peso.

Sacó el anillo del bolsillo interior de la mochila, donde lo había llevado cosido durante todo el viaje. Lo sostuvo bajo la luz gris que entraba por la ventana. Hierro negro, sello con espada y pluma, la inscripción diminuta que apenas podía leerse. *Veritas liberabit vos*.

La Llave.

Tenía la Llave. Ahora necesitaba encontrar la Cerradura.

Y para eso necesitaba ayuda.

Aparna le había dado un nombre antes de que se fuera de Goa.

—Si necesitas contactos en España, busca a la Fundación Villena —había dicho—. Son historiadores, coleccionistas. Llevan años investigando la época del Cid. Si alguien puede ayudarte a entender lo que tienes, son ellos.

Lucas había buscado en internet durante la travesía, cuando el wifi del barco funcionaba. La Fundación Villena era una organización privada dedicada a la "preservación del patrimonio histórico español". Tenían sede en Madrid, en el barrio de Salamanca, y su director era un hombre llamado Íñigo de Villena.

El nombre aparecía en decenas de artículos académicos. Historia medieval, la Reconquista, el Cid Campeador. Villena era una autoridad reconocida, citado en universidades de medio mundo. También era rico —la familia Villena tenía tierras y negocios desde el siglo XV— y dedicaba parte de su fortuna a financiar excavaciones y restauraciones.

Parecía el contacto perfecto.

Lucas encontró el número de teléfono de la fundación y llamó desde el móvil. Una voz femenina, profesional, contestó al segundo tono.

—Fundación Villena, buenos días.

—Buenos días. Me gustaría hablar con el señor Villena. Es sobre… —dudó— una investigación histórica. Relacionada con el Cid.

—¿Tiene cita?

—No. Pero creo que le interesará lo que tengo que contarle.

Un silencio. Lucas oyó el tecleo de un ordenador al otro lado de la línea.

—¿Puede darme su nombre?

—Lucas Alarcón.

Más tecleo. Luego la voz volvió, con un tono ligeramente diferente.

—Un momento, por favor.

Lucas esperó. La música de espera era Vivaldi, Las Cuatro Estaciones, el movimiento de primavera. Apropiado para una fundación que se dedicaba a desenterrar el pasado.

La música se cortó.

—¿Señor Alarcón? —Una voz masculina esta vez. Grave, cálida, con un acento castellano que sonaba a colegios caros y veranos en el norte—. Soy Íñigo de Villena. Mi secretaria me dice que tiene algo relacionado con el Cid.

—Así es.

—¿Puede ser más específico?

Lucas miró el anillo que seguía en su mano.

—Preferiría hablar en persona.

—Entiendo. —Una pausa—. ¿Está usted en Madrid?

—Sí.

—¿Le viene bien esta tarde? Tengo un hueco a las cinco. Podemos tomar un café y hablar con calma.

Lucas no esperaba tanta facilidad. Había imaginado semanas de llamadas, correos electrónicos, burocracia.

—Perfecto —dijo.

—Entonces le espero a las cinco en la sede de la fundación. Calle Serrano, 45. Pregunte por mí en recepción.

—Allí estaré.

—Una cosa, señor Alarcón.

—¿Sí?

—El apellido Alarcón. ¿Es usted de la Mancha, por casualidad?

Lucas sintió un escalofrío que no supo explicar.

—De Minaya. Albacete.

Otro silencio. Más largo esta vez.

—Interesante —dijo Villena—. Muy interesante. Hasta las cinco, señor Alarcón.

Colgó.

Lucas se quedó mirando el móvil. Algo en la conversación le había dejado un sabor extraño. La facilidad con la que Villena había aceptado verlo. El interés súbito al oír el apellido Alarcón. La palabra

“interesante“, pronunciada con un tono que no era exactamente sorpresa.

Pero quizá eran paranoias. Llevaba semanas huyendo, mirando por encima del hombro, esperando ver al hombre de la camisa blanca en cada esquina. Era normal que desconfiara de todo.

Se duchó, se afeitó, se puso la ropa más limpia que tenía —unos vaqueros oscuros y una camisa azul que había comprado en Barcelona— y salió hacia el barrio de Salamanca.

La sede de la Fundación Villena era un palacete del siglo XIX, con fachada de piedra blanca y balcones de hierro forjado. Estaba encajonado entre boutiques de lujo y cafeterías donde un café costaba lo que Lucas pagaba por una noche de hostal.

Entró en un vestíbulo de mármol y madera noble. Una recepcionista con traje de chaqueta le indicó que subiera al segundo piso. Lucas subió por una escalera con alfombra roja y barandilla de caoba, sintiendo que cada paso lo alejaba del mundo que conocía y lo adentraba en otro donde no pertenecía.

El despacho de Villena estaba al final de un pasillo lleno de cuadros. Paisajes castellanos, retratos de caballeros con armadura, una reproducción del Cantar de Mio Cid iluminada con pan de oro. Lucas llamó a la puerta.

—Adelante.

Entró.

El despacho era grande, con ventanales que daban a la calle Serrano y estanterías que cubrían las paredes de suelo a techo. Libros, miles de libros, encuadernados en cuero y ordenados por tamaños. En el centro, un escritorio de roble macizo tras el cual se levantó un hombre de unos sesenta años.

Íñigo de Villena era alto, delgado, con el pelo gris peinado hacia atrás y unos ojos azules que parecían escáneres. Vestía un traje de tweed que debía costar más que todo lo que Lucas llevaba encima, y tenía esa elegancia natural de los que nunca han tenido que preocuparse por el dinero.

—Señor Alarcón. —Le tendió la mano—. Es un placer.

El apretón fue firme, seco, profesional.

—Gracias por recibirme tan rápido.

—El Cid es mi pasión. Cualquier cosa relacionada con él me interesa. —Villena señaló un sofá junto a la ventana—. Siéntese, por favor. ¿Le apetece un café? ¿Un té?

—Café, gracias.

Villena pulsó un botón del escritorio y pidió dos cafés. Luego se sentó en un sillón frente a Lucas, cruzando las piernas con la naturalidad de quien está acostumbrado a recibir visitas.

—Bien, señor Alarcón. Cuénteme. ¿Qué tiene que contarme sobre nuestro héroe nacional?

Lucas había pensado mucho en cómo empezar. En el barco, durante las noches de insomnio, había ensayado diferentes versiones. La completa, la parcial, la cautelosa. Al final decidió ir por el camino del medio: suficiente para despertar interés, no tanto como para revelar todo.

—Mi padre pasó treinta años investigando una teoría sobre el Cid —dijo—. Creía que había documentos ocultos que probaban una versión diferente de la historia oficial.

—¿Qué versión?

—No estoy seguro de todos los detalles. Mi padre murió hace siete meses. Dejó notas, diarios, pero están incompletos.

Villena asintió despacio. Su expresión no había cambiado, pero Lucas notó algo en sus ojos. Un brillo que no estaba ahí antes.

—¿Y usted ha continuado la investigación de su padre?

—En cierto modo. He seguido algunas de sus pistas. Me han llevado… lejos.

—¿A dónde?

—A Goa.

Las cejas de Villena se alzaron una fracción de milímetro.

—¿Goa? ¿La India?

—Sí. Mi padre creía que había una conexión entre el Cid y un monje portugués del siglo XVII llamado Pacheco. Un monje que está enterrado en la Basílica del Buen Jesús.

—Conozco la basílica. He estado allí. —Villena se inclinó hacia adelante—. ¿Y qué encontró en Goa, señor Alarcón?

Lucas metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo. Lo dejó sobre la mesa de café que los separaba.

Villena lo miró. No se movió para cogerlo. Solo lo miró, con esos ojos azules que no perdían detalle.

—¿Esto estaba en la tumba de Pacheco?

—Sí.

—¿Cómo lo sacó?

—Esa es una historia larga.

Villena asintió. Extendió la mano y cogió el anillo, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice. Lo giró, examinando el sello, la inscripción.

—Veritas liberabit vos —leyó—. La verdad os hará libres. —Levantó la vista hacia Lucas—. ¿Sabe qué es esto?

—Una llave. Según los documentos de mi padre.

—¿Una llave para qué?

—Para algo que está enterrado bajo la iglesia de mi pueblo. Minaya.

El silencio que siguió fue largo. Lucas oyó el tic-tac de un reloj de péndulo en algún lugar del despacho, el murmullo del tráfico en la calle, el latido de su propio corazón.

Villena dejó el anillo sobre la mesa.

—Señor Alarcón —dijo—, ¿sabe usted quién fue Álvar Fáñez de Minaya?

—El primo del Cid.

—El primo, sí. Pero también el hombre que fundó su pueblo. El que construyó la iglesia de Santiago. El que, según ciertas leyendas, ocultó algo bajo esa iglesia antes de morir. —Villena se recostó en el sillón—. Llevo veinte años buscando pruebas de esa leyenda. Y usted entra en mi despacho con un anillo que podría ser la confirmación de todo.

Lucas no dijo nada. Esperó.

—Me gustaría ayudarle —dijo Villena—. Tengo recursos, contactos, experiencia. Puedo ponerlo todo a su disposición.

—¿A cambio de qué?

—De participar en el descubrimiento. Si realmente hay algo bajo la iglesia de Minaya, quiero estar ahí cuando se encuentre. —Villena sonrió—. No por gloria ni por dinero, señor Alarcón. Por la verdad. La misma verdad que su padre buscó toda la vida.

Era una oferta generosa. Demasiado generosa, quizá. Pero Lucas estaba solo en Madrid, sin dinero, sin contactos, sin idea de cómo proceder. Y Villena parecía sincero.

Parecía.

—¿Qué propone? —preguntó Lucas.

—Que vayamos juntos a Minaya. Usted, yo y un pequeño equipo de la fundación. Que examinemos la iglesia, que busquemos lo que su padre creía que estaba allí. —Villena se inclinó hacia adelante—. Confíe en mí, señor Alarcón. Sé lo que es dedicar la vida a perseguir

un sueño. Su padre y yo teníamos más en común de lo que usted imagina.

Lucas recogió el anillo de la mesa y se lo guardó en el bolsillo.

—Déjeme pensarlo —dijo.

—Por supuesto. —Villena se levantó—. Tómese el tiempo que necesite. Pero no demasiado. Los secretos antiguos tienen la costumbre de atraer a gente peligrosa. Y usted, señor Alarcón, ya no es invisible.

Lucas sintió un escalofrío. De los de verdad.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que si yo he oído hablar de usted, otros también lo habrán hecho. —Villena lo acompañó hasta la puerta—. Madrid es una ciudad pequeña para ciertas cosas. Y el mundillo de la historia medieval es aún más pequeño.

Se despidieron con un apretón de manos. Lucas bajó las escaleras de caoba, cruzó el vestíbulo de mármol y salió a la calle Serrano.

El aire frío de la tarde le golpeó la cara.

Echó a andar hacia el metro, con el anillo pesándole en el bolsillo y las palabras de Villena resonando en la cabeza.

“Ya no es invisible.“

No sabía si era una advertencia o una amenaza.

Quizá eran las dos cosas.

Capítulo 10: *La Fundación*

Íñigo de Villena vivía como vivían los que nunca habían conocido otra cosa.

El piso ocupaba toda la planta noble de un edificio en la calle Velázquez. Techos de cuatro metros con molduras de escayola, suelos de parqué que crujían con dignidad, ventanales que daban a un bulevar arbolado donde los coches aparcados costaban más que un año del sueldo de Lucas.

—Perdone el desorden —dijo Villena mientras lo guiaba hacia el salón—. Estoy preparando una exposición y tengo documentos por todas partes.

El desorden consistía en pilas de carpetas perfectamente ordenadas sobre una mesa de caoba y varios libros abiertos en un sofá de terciopelo verde. Lucas pensó en el caos de papeles que abarrotaba la casa de su padre en Minaya. Eso sí era desorden. Esto era el decorado de alguien que quería parecer trabajador.

—Siéntese, por favor. María traerá el café en un momento.

Lucas se sentó en un sillón que probablemente valía más que todo su equipaje. Villena se acomodó frente a él, cruzando las piernas con esa elegancia natural que Lucas nunca podría imitar.

Habían pasado dos días desde el primer encuentro. Dos días que Lucas había dedicado a investigar a Villena por su cuenta. Lo que encontró no hizo más que confirmar lo que ya sabía: familia noble, fortuna heredada, carrera académica brillante. Artículos en revistas especializadas, ponencias en congresos internacionales, una cátedra honorífica en la Universidad Complutense. Todo impecable. Demasiado impecable, quizá.

Pero no encontró nada que justificara su desconfianza. Ningún escándalo, ninguna acusación, ningún rumor. Íñigo de Villena era exactamente lo que parecía: un aristócrata rico dedicado a su pasión por la historia.

Y sin embargo.

Había algo en su forma de mirarlo. Algo en el interés súbito, en la generosidad excesiva, en la facilidad con que había aceptado todo lo

que Lucas le contaba. Como si ya lo supiera. Como si estuviera esperándolo.

—He hecho algunas averiguaciones —dijo Villena—. Sobre su padre.

Lucas se tensó.

—¿Qué clase de averiguaciones?

—Nada invasivo, se lo aseguro. Solo consultas en archivos académicos, bibliotecas. —Villena cogió una carpeta de la mesa y la abrió—. Julián Alarcón. Mecánico de profesión, pero autodidacta en historia medieval. Solicitó acceso a los archivos de varias catedrales españolas durante los años noventa. Fue rechazado en todas.

—Mi padre no tenía títulos. Los archivos solo se abren para académicos.

—Exacto. Pero sus solicitudes eran… peculiares. Pedía documentos muy específicos. Cartas del siglo XI, registros de la diócesis de Toledo, actas del Concilio de Burgos. Como si supiera exactamente lo que buscaba.

Lucas no dijo nada. No sabía que su padre hubiera intentado acceder a archivos oficiales. Otra cosa más que Julián nunca le había contado.

—También encontré esto. —Villena sacó una fotocopia de la carpeta—. Una carta que su padre envió a la Real Academia de la Historia en 2003. Solicitaba información sobre Álvar Fáñez de Minaya y su papel en la ocultación de ciertos documentos relacionados con el Cid.

—¿Qué le respondieron?

—Nada. La carta fue archivada sin respuesta. —Villena dejó la fotocopia sobre la mesa—. Pero alguien la leyó. Alguien la marcó con un sello que dice “Remitir a Fundación Villena“.

Lucas cogió la fotocopia. La letra de su padre, inconfundible. Y en la esquina superior derecha, un sello rojo con las iniciales FV.

—¿Ustedes recibieron esta carta?

—Hace veinte años. Mi padre dirigía entonces la fundación. Él fue quien la marcó.

—¿Y qué hizo con ella?

—La archivó. Como hacía con todo lo que le parecía interesante pero no podía verificar. —Villena se inclinó hacia adelante—. Señor Alarcón, su padre no era el único que buscaba lo que usted ha encontrado. Ha habido otros. Durante décadas, quizá siglos. Gente

que seguía las mismas pistas, que llegaba a las mismas conclusiones. Pero ninguno tenía lo que usted tiene ahora.

—El anillo.

—La Llave. —Villena pronunció la palabra con reverencia—. Sin ella, todo es especulación. Con ella, podemos abrir puertas que llevan cerradas mil años.

María, una mujer de mediana edad con uniforme gris, entró con una bandeja de café. Sirvió dos tazas en silencio y se retiró. Lucas cogió la suya más por tener algo que hacer con las manos que por sed.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —preguntó.

—Porque quiero que confíe en mí. Y la confianza se construye con transparencia. —Villena bebió un sorbo de café—. Sé que desconfía. Es comprensible. Un desconocido que aparece ofreciendo ayuda justo cuando más la necesita. Parece demasiado conveniente.

—Lo parece, sí.

—Pero piénselo desde mi perspectiva. Llevo veinte años investigando la leyenda de Álvar Fáñez. He gastado una fortuna en excavaciones, sobornos a archiveros, viajes a bibliotecas de medio mundo. Y nunca encontré nada concreto. Solo indicios, rumores, leyendas. —Villena dejó la taza sobre la mesa—. Y entonces aparece usted. Con un anillo que confirma todo lo que yo sospechaba. Con una conexión directa con Minaya. Con el apellido del Arquitecto.

—¿El apellido del Arquitecto?

—Alarcón. ¿No lo sabía? —Villena pareció genuinamente sorprendido—. Álvar Fáñez adoptó ese apellido después de la muerte del Cid. Se hacía llamar Álvar Fáñez de Minaya, sí, pero su linaje continuó bajo el nombre de Alarcón. Sus descendientes fundaron la casa de Alarcón, una de las más antiguas de Castilla.

Lucas sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Su padre nunca le había contado eso. O quizá sí, y él no había escuchado.

—¿Está diciendo que soy descendiente de Álvar Fáñez?

—Estoy diciendo que es posible. Probable, incluso. Los Alarcón de Minaya son una rama directa. Su padre lo sabía. Por eso dedicó su vida a buscar esto. No era solo curiosidad histórica. Era su herencia.

Lucas dejó la taza de café sin haberla probado. Necesitaba aire. Necesitaba pensar. Pero Villena seguía hablando, con esa voz cálida y persuasiva que hacía que todo pareciera razonable.

—Puedo ayudarle a encontrar lo que su padre buscó toda la vida. Tengo contactos en el ayuntamiento de Minaya, en la diócesis de Albacete, en el Ministerio de Cultura. Puedo conseguir permisos de excavación, equipos de georradar, todo lo necesario. —Villena se levantó y caminó hacia la ventana—. Solo le pido una cosa a cambio.

—¿Qué?

—Que me deje acompañarle. Que me permita estar presente cuando abra lo que sea que hay bajo esa iglesia. —Se giró hacia Lucas —. No por gloria ni por reconocimiento. Solo quiero ver la verdad con mis propios ojos. Después de veinte años, creo que me lo he ganado.

Lucas lo miró. Este hombre elegante, culto, que hablaba de la verdad como si fuera algo sagrado. Que ofrecía recursos sin pedir nada material a cambio. Que parecía sinceramente apasionado por lo mismo que había consumido la vida de su padre.

Era demasiado perfecto.

Pero también era su única opción.

—De acuerdo —dijo Lucas.

Villena sonrió. Una sonrisa amplia, cálida, que le iluminó la cara.

—Excelente. No se arrepentirá, se lo prometo. —Volvió a sentarse —. Propongo que salgamos mañana hacia Minaya. Tengo un coche preparado y he reservado habitaciones en una casa rural cerca del pueblo. Podemos pasar allí unos días, inspeccionar la iglesia, hacer un reconocimiento del terreno.

—Tan pronto.

—¿Hay alguna razón para esperar?

Lucas pensó en la casa de su padre. Cerrada desde el funeral. Llena de papeles, de recuerdos, de todo lo que había evitado durante siete meses.

—No —dijo—. No hay ninguna razón.

—Entonces mañana. Le recojo a las ocho en su hostal. —Villena le tendió la mano—. Bienvenido al equipo, señor Alarcón.

Lucas le estrechó la mano. El apretón fue firme, cálido, como el de un amigo.

Pero cuando salió del piso y bajó a la calle, no pudo quitarse de encima la sensación de haber firmado algo que no había leído.

Esa noche, Lucas llamó a Aparna.

Era tarde en Madrid, lo que significaba que era madrugada en Goa. Pero ella contestó al segundo tono, como si estuviera esperando

la llamada.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—He aceptado su oferta. Mañana salimos hacia Minaya.

Un silencio al otro lado de la línea.

—¿Confías en él?

—No lo sé. Parece sincero. Sabe mucho sobre mi padre, sobre la leyenda, sobre todo. Pero…

—Pero.

—Pero es demasiado fácil. Demasiado conveniente.

—¿Has encontrado algo en su contra?

—Nada. Es impecable.

—Eso también puede ser sospechoso. —Aparna hizo una pausa—. Ten cuidado, Lucas. Los hombres como Villena no hacen nada sin motivo. Si te ayuda, es porque espera obtener algo a cambio.

—Lo sé.

—¿Llevas el anillo encima?

Lucas se tocó el bolsillo donde lo guardaba.

—Siempre.

—Bien. No lo pierdas de vista. Y si algo sale mal, si tienes la más mínima sospecha de que te han tendido una trampa, sal de allí. No te arriesgues por nada.

—¿Y la verdad?

—La verdad puede esperar. Lleva mil años esperando. Puede esperar un poco más. —La voz de Aparna se suavizó—. Tu padre murió buscando esto. No cometas el mismo error.

Lucas miró por la ventana del hostal. Madrid brillaba bajo él, un mar de luces que se extendía hasta el horizonte.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien. Preocupada, como siempre. Me pregunta por ti todos los días.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré. —Otra pausa—. Lucas.

—¿Sí?

—Ten cuidado. De verdad.

—Lo tendré.

Colgó.

Se quedó sentado en la cama, con el móvil en la mano y el anillo en el bolsillo. Mañana estaría en Minaya. En la casa de su padre. En la iglesia donde todo había empezado, siglos antes de que él naciera.

El misterio lo había alcanzado.

Y ahora iba a enfrentarse a él.

A las ocho de la mañana, un todoterreno negro se detuvo frente al hostal.

Lucas bajó con la mochila al hombro. Villena lo esperaba junto al coche, vestido con ropa de campo: pantalones de pana, botas de cuero, una chaqueta de tweed que probablemente costaba más que el coche de un obrero.

—Buenos días, señor Alarcón. ¿Listo para el viaje?

—Listo.

Subió al asiento del copiloto. El interior del coche olía a cuero nuevo y a ese ambientador discreto que usan los ricos. En el asiento trasero había dos maletines y un equipo que Lucas no reconoció.

—Georradar portátil —explicó Villena mientras arrancaba—. Por si acaso encontramos algo interesante bajo la iglesia.

Salieron de Madrid por la A-3, dirección Valencia. El tráfico de la mañana fue denso hasta las afueras, pero después se abrió y la carretera se convirtió en una cinta gris que atravesaba una llanura interminable.

La Mancha.

Lucas la veía por primera vez en siete meses. Los campos de viñedos recién podados, los pueblos blancos en la distancia, los molinos de viento que ya no molían nada pero seguían ahí, como centinelas de un pasado que nadie quería olvidar.

—Hermoso paisaje —dijo Villena—. Duro, pero hermoso.

—Yo lo odiaba cuando era niño. Solo quería irme.

—¿Y ahora?

Lucas miró por la ventanilla. Un águila volaba sobre un campo de rastrojos, buscando presas.

—Ahora no sé qué siento.

Villena asintió como si entendiera.

—Los lugares de la infancia son complicados. Nos forman, pero también nos atrapan. Huir de ellos es fácil. Volver es lo difícil.

Condujeron en silencio durante un rato. La radio sonaba baja, noticias que ninguno escuchaba. El sol subía en el cielo, calentando el interior del coche.

—Háble me de su padre —dijo Villena de pronto.

—¿Qué quiere saber?

—Lo que quiera contarme. Cómo era. Qué recuerda de él.

Lucas pensó en la pregunta. En la respuesta que debería dar y en la respuesta que era verdad.

—Era un hombre obsesionado —dijo finalmente—. Pasaba más tiempo con sus papeles que con su familia. Mi madre lo dejó cuando yo tenía diez años. No la culpo.

—¿Y usted?

—Yo me fui a los dieciocho. A Madrid. A estudiar, a trabajar, a ser cualquier cosa menos él. —Lucas hizo una pausa—. No volví hasta el funeral.

—¿Se arrepiente?

—Todos los días.

Villena no dijo nada. Siguió conduciendo, con los ojos fijos en la carretera.

—Mi padre también era un hombre obsesionado —dijo después de un rato—. Con la fundación, con la historia, con encontrar pruebas de cosas que nadie más creía. Murió sin encontrarlas. Yo heredé su obsesión junto con su fortuna. —Miró de reojo a Lucas—. Quizá por eso entiendo a su padre mejor de lo que usted imagina.

Lucas no respondió. No había nada que decir.

Pero por primera vez desde que conoció a Villena, sintió algo que podría haber sido empatía.

O quizá era solo lo que Villena quería que sintiera.

El cartel apareció a la derecha de la carretera: MINAYA - 5 KM.

Lucas sintió que el estómago se le encogía.

Cinco kilómetros.

Cinco kilómetros y estaría de vuelta en el lugar del que había huido media vida.

Cinco kilómetros y todo empezaría de verdad.

Retoque editorial: *La respuesta llegó antes de lo que esperaba. Demasiado antes. Lucas comprendió que había señalado algo que llevaba años oculto, y la culpa empezó a pesarle más que la curiosidad.*

Capítulo 11: *La Tierra Árida*

Minaya no había cambiado.

Lucas lo supo en cuanto el coche entró en la calle principal. Las mismas casas encaladas de siempre, los mismos balcones de hierro forjado con geranios marchitos, la misma plaza con la fuente de piedra donde los viejos se sentaban a ver pasar la vida. Incluso el olor era el mismo: polvo, estiércol seco, y ese aroma dulzón de los campos de vid después de la poda.

Quince años fuera. Y el pueblo seguía exactamente igual.

Era él quien había cambiado.

—Pintoresco —dijo Villena, reduciendo la velocidad—. ¿Dónde está la casa de su padre?

—Al final de la calle. Pasada la iglesia.

Cruzaron la plaza. Algunos vecinos levantaron la vista al ver el todoterreno negro con matrícula de Madrid. Lucas reconoció caras: Paco el del bar, la viuda del estanco, el hijo de los García que ya no era un crío sino un hombre con barriga y entradas. Ninguno lo reconoció a él. O fingieron no reconocerlo, que en los pueblos viene a ser lo mismo.

La iglesia de Santiago apareció a la derecha. La torre cuadrada que había visto mil veces de niño, las campanas que lo despertaban los domingos, el reloj de la fachada que siempre iba diez minutos atrasado. Lucas sintió un nudo en el estómago. Esa iglesia escondía algo bajo sus cimientos. Algo que su familia había protegido durante siglos.

Y él no había sabido nada.

—Es impresionante —dijo Villena—. Siglo XII, si no me equivoco. Románica de transición, con elementos góticos añadidos después.

—No sé. Solo sé que es vieja.

Villena sonrió pero no dijo nada.

La casa de su padre estaba al final de una calle sin salida, junto a un solar abandonado donde los niños jugaban al fútbol. Era una construcción de dos plantas, con fachada de cal desconchada y una

puerta de madera que llevaba años sin barnizar. Las contraventanas estaban cerradas. Un candado oxidado bloqueaba la puerta.

Lucas bajó del coche.

El calor de la Mancha lo golpeó como un puñetazo. Seco, implacable, ese calor que reseca la garganta y te hace sentir que respiras polvo. Tan distinto de la humedad de Goa, del monzón que lo empapaba todo. Aquí el aire era un enemigo.

—¿Tiene la llave? —preguntó Villena.

Lucas sacó el llavero del bolsillo. Lo había encontrado entre las cosas de su padre después del funeral, junto con las escrituras y la cuenta del banco. Tres llaves: la del candado, la de la puerta principal, la de un desván que no había abierto desde que era niño.

El candado cedió con un chirrido de protesta. La puerta se atascó en el marco hinchado por la humedad del invierno. Lucas empujó con el hombro. Cedió.

El olor lo golpeó primero.

Papel viejo. Humedad encerrada. Y debajo, algo más. Algo que reconoció antes de identificarlo: el olor de su padre. La colonia barata que usaba, el tabaco de liar que nunca consiguió dejar, el vino tinto que bebía por las noches mientras trabajaba en sus papeles.

Siete meses después de su muerte, la casa seguía oliendo a él.

Lucas se quedó paralizado en el umbral.

—¿Está bien? —La voz de Villena sonaba lejana.

—Sí. Solo… necesito un momento.

Entró.

El salón era más pequeño de lo que recordaba. O quizá era que los muebles habían crecido, que los papeles habían invadido cada superficie. Pilas de libros contra las paredes, carpetas amontonadas sobre la mesa del comedor, cajas de cartón apiladas junto a la chimenea. Su padre había convertido la casa en un archivo. En un templo dedicado a su obsesión.

Las contraventanas estaban cerradas y la única luz entraba por la puerta abierta. Lucas caminó entre las pilas de documentos, levantando nubes de polvo con cada paso. Reconoció algunos: fotocopias de manuscritos medievales, mapas dibujados a mano, fotografías de iglesias y ruinas.

Treinta años de trabajo. Toda una vida dedicada a buscar algo que él había encontrado en pocas semanas.

La ironía le supo amarga.

—Impresionante —dijo Villena desde la puerta—. Su padre era metódico.

—Mi padre estaba loco.

—Los genios suelen parecerlo.

Lucas no respondió. Subió las escaleras hacia el piso superior. La madera crujía bajo sus pies, protestando por meses de abandono. El pasillo era estrecho, con dos puertas a cada lado: su antigua habitación, el baño, el dormitorio de sus padres, y el despacho.

El despacho.

La puerta estaba cerrada. Lucas la abrió.

Si el salón era un archivo, el despacho era el corazón del laberinto. Papeles cubrían cada centímetro de las paredes, sujetos con chinchetas, formando mapas de conexiones que solo su padre entendía. Flechas rojas unían documentos, hilos de lana conectaban fotografías con notas manuscritas, y en el centro de todo, un corcho enorme con la palabra MINAYA escrita en letras mayúsculas.

Lucas se acercó al corcho.

Había fotos de la iglesia de Santiago tomadas desde distintos ángulos. Planos de la estructura, dibujados a mano con anotaciones en los márgenes. Una fotografía aérea del pueblo con círculos marcados en varios puntos. Y en el centro, un dibujo que Lucas reconoció: el anillo. El mismo anillo que ahora llevaba en el bolsillo.

Su padre lo había dibujado. No una vez, sino docenas de veces. Versiones distintas del mismo sello, intentando descifrar los símbolos, interpretando la inscripción.

Y nunca lo había visto en persona.

Nunca lo había tocado.

Había muerto sin saber que existía de verdad.

Lucas sintió que algo se rompía dentro de él. No era tristeza. Era algo peor. Era la certeza de haber fallado. De haber abandonado a un hombre que dedicó su vida a buscar algo real, mientras él huía a Madrid a comer tostadas de aguacate y fingir que nada de esto importaba.

—Lucas.

La voz de Villena lo sobresaltó. Se giró. Villena estaba en la puerta del despacho, con una expresión que Lucas no supo interpretar.

—Debería ver esto.

Bajaron al salón. Villena señaló hacia la chimenea, donde las cajas de cartón se amontonaban. Lucas se acercó. Una de las cajas

estaba abierta, con documentos esparcidos por el suelo como si alguien los hubiera revuelto con prisa.

—Esto no lo he tocado yo —dijo Villena.

Lucas se arrodilló junto a la caja. Los documentos eran correspondencia: cartas que su padre había enviado y copias de las que había recibido. Fechas que iban desde los años noventa hasta meses antes de su muerte.

Y entre los documentos, un sobre vacío.

Sin remitente. Sin matasellos. Solo el nombre de su padre escrito con letra que Lucas no reconocía.

Dentro del sobre, una nota. Una sola palabra escrita en mayúsculas con tinta roja:

TRAICIÓN

Lucas sintió el frío antes de entender lo que veía.

—¿Qué significa eso? —preguntó Villena.

—No lo sé.

Pero mentía. Sabía exactamente lo que significaba. Alguien había avisado a su padre. Alguien le había dicho que lo habían traicionado. Y su padre había guardado esa nota aquí, entre sus documentos más importantes, como una prueba.

¿De qué?

¿De quién?

Lucas miró a Villena. El hombre seguía de pie junto a la chimenea, con expresión de preocupación genuina. O de preocupación fingida. Era imposible distinguir.

—¿Tiene idea de quién pudo enviar esto? —preguntó Villena.

—Ninguna.

—¿Su padre tenía enemigos?

—Mi padre era un loco del pueblo que perseguía fantasmas. Nadie lo tomaba en serio.

—Alguien lo tomaba en serio. —Villena señaló la nota—. Alguien lo suficiente como para advertirle de una traición.

Lucas se guardó la nota en el bolsillo, junto al anillo. Dos piezas de un rompecabezas que no conseguía ver.

—Necesito aire —dijo.

Salió de la casa. El sol de la tarde le golpeó la cara, cegándolo por un momento. Se apoyó contra la pared de cal y respiró hondo, intentando calmar el latido desbocado de su corazón.

Traición.

¿Quién había traicionado a su padre? ¿Y cómo encajaba eso con todo lo demás?

Miró hacia la calle. Un coche negro estaba aparcado en la plaza, a unos cien metros. No lo había visto al llegar. Dentro, una figura inmóvil miraba hacia la casa.

Lucas entornó los ojos contra el sol.

El coche arrancó y se alejó antes de que pudiera ver al conductor.

Pero le pareció distinguir una camisa blanca.

Esa noche, Lucas no pudo dormir.

Villena había reservado habitaciones en una casa rural a las afueras del pueblo. Un sitio limpio y anónimo, con vigas de madera y sábanas que olían a suavizante. El tipo de lugar donde los turistas de ciudad venían a buscar "autenticidad" sin tener que lidiar con la incomodidad real de los pueblos.

Lucas estaba tumbado en la cama, mirando el techo, con la nota en una mano y el anillo en la otra.

Traición.

La palabra le daba vueltas en la cabeza como un insecto atrapado en un tarro.

Su padre había recibido esa nota. La había guardado. Y había muerto poco después.

¿Coincidencia?

El médico había dicho que fue el corazón. Pero los corazones no se paran porque sí. Se paran por algo. Por estrés, por miedo, por la certeza de que todo aquello por lo que has luchado está a punto de derrumbarse.

Lucas pensó en el coche negro de la plaza. En la figura que miraba hacia la casa. En el hombre de la camisa blanca que lo había seguido en Goa.

¿Era el mismo?

¿Lo habían seguido hasta aquí?

Se levantó de la cama y fue hacia la ventana. La casa rural daba a un campo de olivos que se extendía hasta el horizonte. La luna iluminaba las copas de los árboles con una luz plateada que hacía que todo pareciera irreal, como un decorado de película.

No vio ningún coche. Ninguna figura escondida entre los olivos.

Pero eso no significaba que no estuvieran ahí.

Sacó el móvil y marcó el número de Aparna. Saltó el buzón de voz. Era de madrugada en Goa.

—Soy yo —dijo después del pitido—. He llegado a Minaya. He encontrado algo. Una nota que mi padre guardaba. Dice “traición“. Nada más. No sé qué significa, pero creo que alguien me sigue. El mismo hombre de Goa, quizá. O alguien relacionado con él.

Hizo una pausa.

—Villena parece de fiar. Pero hay algo que no encaja. Es demasiado… perfecto. Demasiado dispuesto a ayudar. Y ahora esta nota. Mi padre sabía algo. Algo que lo asustó lo suficiente como para guardar una advertencia.

Otra pausa.

—No sé qué hacer. Mañana vamos a inspeccionar la iglesia. Si hay algo ahí abajo, lo encontraremos. Pero tengo miedo, Aparna. Miedo de lo que pueda encontrar. Y miedo de con quién lo estoy buscando.

Colgó.

Se quedó junto a la ventana, mirando la noche manchega. En algún lugar, bajo la iglesia de Santiago, esperaba una verdad que llevaba mil años enterrada.

Y alguien no quería que la encontrara.

La nota ardía en su bolsillo como una brasa.

Traición.

¿De quién?

¿Hacia quién?

Las preguntas no tenían respuesta.

Todavía.

Retoque editorial: *Volver no era avanzar, era rendirse. Comprar el billete le obligó a admitir que huir no había servido para nada.*

Capítulo 12: *El Espejo de Piedra*

La iglesia de Santiago estaba cerrada cuando llegaron.

Lucas y Villena esperaron en la puerta mientras el sol de la mañana calentaba las piedras del pórtico. Eran las nueve y media. El cura, según les había dicho la mujer del estanco, vendría a abrir a las diez para la misa de once.

—Tiempo de sobra —dijo Villena—. Podemos dar una vuelta por fuera, estudiar la estructura.

Rodearon el edificio. Era más grande de lo que Lucas recordaba. De niño le había parecido enorme, pero ahora veía que era una iglesia de pueblo, modesta para los estándares de las catedrales pero imponente para un lugar de dos mil habitantes. Muros de piedra caliza oscurecida por los siglos, contrafuertes que sostenían una nave única, y la torre cuadrada que dominaba el caserío.

—Románico tardío —dijo Villena, pasando la mano por la piedra —. Siglo XII, como pensaba. Pero mire aquí.

Señaló una sección del muro junto al ábside. La piedra era diferente. Más clara, más lisa, con un corte más preciso.

—Esto es posterior. Siglo XIV, quizá XV. Alguien amplió la iglesia. O reparó algo.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que la estructura ha sido modificada. Que lo que vemos ahora no es exactamente lo que construyó Álvar Fáñez. — Villena sacó una libreta del bolsillo y tomó notas—. Si hay algo escondido aquí, probablemente esté en la parte más antigua. La cripta original, si es que existe.

—Mi padre creía que existía.

—Su padre tenía razón en muchas cosas.

Siguieron rodeando el edificio. Lucas buscaba algo, aunque no sabía qué. Una señal, quizá. Una marca que indicara dónde empezar a buscar.

Encontró otra cosa.

En la base de la torre, medio oculta por un arbusto de romero, había una piedra con una inscripción. Lucas apartó las ramas y se

agachó para verla mejor.

Las letras estaban gastadas por el tiempo, pero aún podían leerse:

AEDIFICAVIT ALVARVS FANNII

ANNO DOMINI MCII

—"Construyó Álvar Fáñez, año del Señor 1102" —tradujo Villena, arrodillándose a su lado—. Tres años después de la muerte del Cid. Esto confirma que Fáñez construyó la iglesia. Y que lo hizo casi inmediatamente después de...

—Después de ocultar lo que el Cid le dejó.

—Exacto.

Lucas tocó las letras con los dedos. Su antepasado había grabado esto. Había puesto estas piedras una sobre otra, había levantado esta torre con sus propias manos o las de sus hombres. Y debajo, en algún lugar, había enterrado una verdad que llevaba mil años esperando.

—Buenos días.

La voz los sobresaltó a ambos. Se giraron.

Un hombre mayor los observaba desde el camino. Vestía sotana negra y tenía el pelo blanco y escaso, los ojos pequeños y oscuros, la cara surcada de arrugas que hablaban de décadas bajo el sol manchego.

—Soy el padre Anselmo —dijo—. ¿Puedo ayudarles?

Villena se levantó con agilidad y le tendió la mano.

—Íñigo de Villena. Fundación Villena, de Madrid. Nos dedicamos a la conservación del patrimonio histórico.

El cura estrechó la mano con cautela.

—Conozco su fundación. He visto su nombre en algunas publicaciones.

—Este es Lucas Alarcón. Es de aquí, del pueblo. Su padre era Julián Alarcón.

Algo cambió en la expresión del cura. Un destello que desapareció tan rápido como había llegado.

—Conocí a Julián —dijo—. Venía mucho por aquí. A mirar, a tomar notas. Nunca entendí qué buscaba.

—Buscaba la verdad —dijo Lucas.

El cura lo miró con esos ojos pequeños que parecían ver más de lo que mostraban.

—La verdad está en los Evangelios, hijo. No en las piedras.

—Con todo respeto, padre, las piedras también guardan verdades —dijo Villena—. Y nos gustaría examinar las de esta iglesia, si nos lo

permite.

—¿Examinar cómo?

—Documentación, fotografías, quizá algunas mediciones. Nada invasivo. Estamos trabajando en un estudio sobre las iglesias románicas de la región.

El cura dudó. Lucas vio la desconfianza en su rostro, la resistencia instintiva de quien custodia algo y no quiere que lo toquen.

—Pueden entrar durante la misa —dijo finalmente—. Después, la iglesia cierra hasta la tarde.

—¿No hay posibilidad de una visita más… exhaustiva?

—Tendría que hablar con el obispado. Estos asuntos llevan tiempo.

—Por supuesto. —Villena sacó una tarjeta del bolsillo—. Aquí tiene mi contacto. Si cambia de opinión o necesita referencias, no dude en llamar.

El cura cogió la tarjeta y se la guardó sin mirarla.

—La misa es a las once. Sean puntuales.

Entró en la iglesia por una puerta lateral y desapareció.

—No le gustamos —dijo Lucas.

—No le gusta que hagamos preguntas. —Villena guardó la libreta —. Lo cual significa que hay algo que no quiere que encontremos.

La misa fue eterna.

Lucas no había pisado una iglesia desde el funeral de su padre. Ahora estaba sentado en un banco de madera que conocía desde niño, oyendo las mismas palabras que había oído mil veces, rodeado de vecinos que lo miraban de reojo y cuchicheaban entre sí.

El hijo de Julián ha vuelto. Con un señorito de Madrid. ¿Qué andarán buscando?

Intentó concentrarse en la estructura del edificio, no en el ritual. La nave era más larga de lo que recordaba, con columnas gruesas que sostenían arcos de medio punto. El altar estaba elevado sobre tres escalones de piedra, y detrás había un retablo barroco que probablemente se añadió siglos después de la construcción original.

Pero lo que le interesaba no estaba a la vista.

Cuando la misa terminó, los feligreses fueron saliendo en pequeños grupos. Lucas y Villena se quedaron sentados, fingiendo rezar. El padre Anselmo los miró desde el altar, pero no dijo nada. Se retiró a la sacristía.

—Ahora —susurró Villena.

Se levantaron y caminaron hacia el lateral izquierdo de la nave. Había una puerta pequeña, casi oculta tras un confesionario. Lucas la recordaba de niño: daba a una escalera que bajaba a un sótano donde guardaban los trastos viejos de la iglesia.

O eso le habían dicho.

La puerta estaba cerrada con llave.

—Déjeme a mí —dijo Lucas.

Sacó el pasador que guardaba desde Goa, el mismo que había usado en la basílica. El truco que su padre le había enseñado en las bodegas del pueblo. Quince segundos después, la cerradura cedió.

—Impresionante —murmuró Villena.

—Crecí aquí. No había mucho que hacer.

Bajaron por una escalera de piedra que olía a humedad y a siglos. Lucas encendió la linterna del móvil. El haz de luz reveló un espacio pequeño, abarrotado de objetos: bancos rotos, candelabros oxidados, imágenes de santos con la pintura descascarada.

—Esto es solo un almacén —dijo Villena.

—Eso parece.

Pero Lucas estaba mirando el suelo. Las baldosas de barro eran irregulares, gastadas por el uso. Excepto en un rincón, donde la piedra era diferente. Más lisa. Más nueva.

Se acercó y se arrodilló. Pasó los dedos por el borde de la piedra. Había una línea fina, casi imperceptible, donde la baldosa se encontraba con el suelo.

—Aquí hay algo —dijo.

Villena se agachó a su lado. Sacó una navaja del bolsillo y la introdujo en la ranura. Hizo palanca. La piedra se movió.

Entre los dos la levantaron. Debajo había un hueco oscuro, de medio metro de profundidad. Y en el fondo, un objeto envuelto en tela encerada.

Lucas lo sacó. Pesaba poco, era del tamaño de una caja de zapatos. La tela estaba rígida por el tiempo, pero al desenvolverla reveló algo que le cortó la respiración.

Era una piedra tallada. Rectangular, de granito gris, con una inscripción grabada en la superficie.

EXPECTO CLAVEM ORIENTIS

—“Espero la llave de Oriente“ —tradujo Villena en voz baja.

Lucas pasó los dedos por las letras. Eran profundas, hechas para durar. Y en el centro de la piedra, un hueco con una forma específica:

un círculo con el contorno de un escudo.

El contorno exacto del anillo que llevaba en el bolsillo.

—Es la Cerradura —dijo Lucas.

—Parte de ella. —Villena examinaba la piedra con ojos brillantes —. Esto es una réplica. O una guía. Algo que indica dónde está la Cerradura real.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque mire el tamaño. Es demasiado pequeña para ser un mecanismo funcional. Esto es un mapa, Lucas. Una señal para quien supiera qué buscar.

Lucas miró la inscripción de nuevo. Expecto clavem Orientis. Espero la llave de Oriente. La llave que él había traído de Goa. La llave que ahora estaba a pocos centímetros de su receptáculo.

—¿La probamos? —preguntó.

—No aquí. No ahora. —Villena envolvió la piedra de nuevo—. Tenemos que salir antes de que el cura vuelva. Esto nos lo llevamos.

—¿Llevárnoslo? Es un objeto histórico. Pertenece a la iglesia.

—Pertenece a su familia. —Villena lo miró a los ojos—. Su antepasado lo puso aquí. Su padre lo buscó toda la vida. Y ahora usted lo ha encontrado. ¿De verdad quiere dejarlo aquí para que el padre Anselmo lo entierre de nuevo?

Lucas dudó. El peso de lo que estaban haciendo —robando un objeto de una iglesia— le revolvía el estómago. Pero Villena tenía razón. Si lo dejaban aquí, desaparecería. El cura ya sospechaba de ellos.

—De acuerdo —dijo.

Subieron las escaleras con la piedra oculta bajo la chaqueta de Villena. La iglesia estaba vacía. Salieron por la puerta principal como si no hubiera pasado nada, caminaron hasta el coche y arrancaron sin mirar atrás.

Solo cuando estaban a un kilómetro del pueblo, Lucas se permitió respirar.

—Ahora qué —dijo.

—Ahora estudiamos esto. —Villena condujo con una mano mientras con la otra tocaba el bulto bajo su chaqueta—. Y cuando entendamos cómo funciona, volvemos a buscar lo que de verdad protege.

—¿Y si el cura descubre que falta?

—Para cuando lo descubra, ya habremos encontrado lo importante.

Lucas miró por la ventanilla. Los campos de la Mancha se extendían bajo el sol, infinitos y secos. En algún lugar de esa tierra árida, bajo una iglesia que su antepasado había construido, esperaba una verdad que podía cambiar la historia.

Y él tenía la llave.

Esa tarde, en la casa rural, extendieron la piedra sobre la mesa del comedor.

Villena había sacado una lupa de su maletín y examinaba cada centímetro de la superficie. Lucas observaba en silencio, con el anillo en la mano.

—Hay más inscripciones —dijo Villena—. Más pequeñas. Aquí, en el borde.

Lucas se acercó. Entornando los ojos, pudo distinguir letras diminutas grabadas en el perímetro de la piedra. Latín, como todo lo demás.

—"Sub turris umbra, per gradus occultos, ad veritatem" —leyó Villena—. "Bajo la sombra de la torre, por escalones ocultos, hacia la verdad."

—Escalones ocultos. —Lucas miró hacia la ventana, como si pudiera ver la torre de la iglesia desde allí—. Hay una entrada secreta.

—Bajo la torre. Probablemente en los cimientos. —Villena dejó la lupa—. Su padre tenía razón, Lucas. Hay algo bajo esa iglesia. Y ahora sabemos por dónde entrar.

Lucas cogió la piedra. La giró en sus manos, sintiendo el peso de los siglos. Mil años de secreto a punto de revelarse.

—¿Cuándo volvemos?

—Esta noche. Cuando no haya nadie.

—El cura estará vigilando.

—El cura es un viejo que se acuesta a las nueve. —Villena sonrió —. A medianoche, esa iglesia estará vacía. Y nosotros estaremos dentro.

Lucas asintió. Qué remedio.

No le gustaba el plan. No le gustaba lo que estaban haciendo. Pero había llegado demasiado lejos para detenerse ahora.

Esa noche, bajo la sombra de la torre, encontraría lo que su padre había buscado toda la vida.

O moriría en el intento.

Retoque editorial: *—Minaya no ha cambiado tanto como parece —dijo Don Íñigo. Lucas se detuvo. Él aún no había mencionado Minaya.*

Capítulo 13: *La Geometría de la Sombra*

La luna estaba oculta tras las nubes cuando llegaron a la iglesia.

Lucas y Villena habían aparcado el coche a medio kilómetro del pueblo, en un camino de tierra entre viñedos. El resto del trayecto lo hicieron a pie, sin linternas, guiándose por la silueta de la torre contra el cielo nocturno.

Minaya dormía. Las farolas de la plaza estaban apagadas —el ayuntamiento las apagaba a medianoche para ahorrar— y las únicas luces eran las de alguna ventana solitaria donde alguien no podía dormir.

—Por aquí —susurró Lucas.

Conocía el pueblo mejor que sus propias manos. Los callejones, los patios traseros, los huecos en las vallas por donde los niños se colaban para robar uvas. Guió a Villena por un camino que rodeaba la iglesia, alejándose de las casas habitadas.

La torre se alzaba sobre ellos, negra contra el cielo gris. Lucas la miró hacia arriba, buscando la sombra de la que hablaba la inscripción.

—Tiene que ser aquí —dijo—. En los cimientos de la torre.

—El problema es que los cimientos están bajo tierra. —Villena se arrodilló junto a la base de la torre, pasando las manos por la piedra —. Necesitamos encontrar una entrada.

Lucas recordó algo. Una historia que su padre le había contado de niño, una de las pocas veces que Julián hablaba de algo que no fuera el misterio. Una historia sobre las bodegas del pueblo.

—Las bodegas —dijo.

—¿Qué bodegas?

—Minaya está llena de bodegas subterráneas. Las construyeron hace siglos para guardar el vino fresco. Algunas conectan entre sí. Mi padre decía que había una red de túneles bajo todo el pueblo.

—¿Y cree que conectan con la iglesia?

—No lo sé. Pero es el único lugar donde podrían esconder una entrada sin que nadie la viera.

Villena asintió despacio.

—¿Sabe dónde está la bodega más cercana a la iglesia?

Lucas señaló hacia una casa abandonada al otro lado de la calle. La casa de los Bermejo, la llamaban. Llevaba vacía desde que él era adolescente, cuando el último de la familia murió sin herederos y nadie quiso comprarla.

—Esa casa tenía la mejor bodega del pueblo. Mi padre me llevó una vez, cuando era niño.

Cruzaron la calle en silencio. La puerta de la casa estaba cerrada con un candado oxidado que cedió al segundo intento. Dentro olía a abandono: polvo, humedad, algo podrido que Lucas prefirió no identificar.

Encendió la linterna.

El interior era un desastre de muebles caídos y cristales rotos. Los vándalos o los vagabundos habían pasado por aquí a lo largo de los años, dejando su marca en forma de grafitis y botellas vacías. Pero la estructura seguía en pie.

—La entrada a la bodega está en la cocina —dijo Lucas.

Caminaron sobre escombros. La cocina era un espacio pequeño con azulejos desconchados y un fogón de leña que llevaba décadas sin encenderse. En el suelo, una trampilla de madera.

Lucas la abrió.

Una escalera de piedra bajaba hacia la oscuridad. El aire que subía era frío, húmedo, con ese olor a tierra y a vino derramado que caracterizaba las bodegas manchegas.

—Después de usted —dijo Villena.

Lucas bajó. Los escalones estaban resbaladizos por la humedad, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Contó dieciséis peldaños antes de llegar al fondo.

La bodega era más grande de lo que recordaba. Una nave abovedada de ladrillo, con nichos en las paredes donde alguna vez hubo tinajas de barro. Ahora estaba vacía, solo polvo y telarañas y el eco de sus pasos.

—Por aquí —dijo Lucas, señalando hacia el fondo.

Había un pasadizo. Estrecho, bajo, que se adentraba en la oscuridad más allá del alcance de la linterna.

—¿Sabe adónde lleva? —preguntó Villena.

—Cuando era niño, mi padre me dijo que este túnel conectaba con otras bodegas. Pero nunca llegamos al final.

—Entonces hoy lo haremos.

Entraron en el pasadizo. Lucas iba delante, agachando la cabeza para no golpearse con el techo. Las paredes eran de piedra sin trabajar, húmedas y frías al tacto. El suelo era de tierra apisonada, irregular, con charcos de agua estancada que salpicaban sus botas.

Caminaron durante lo que parecieron horas pero probablemente fueron minutos. El pasadizo serpenteaba, subía y bajaba, se bifurcaba en varios puntos. Lucas eligió siempre el camino que parecía dirigirse hacia la iglesia, guiándose por un instinto que no sabía que tenía.

—Espere —dijo Villena de pronto.

Lucas se detuvo.

—¿Qué pasa?

—Oigo algo.

Lucas contuvo la respiración. Al principio solo oyó el latido de su propio corazón. Pero luego lo distinguió: un zumbido bajo, mecánico, que venía de algún lugar por delante de ellos.

—¿Qué es eso? —susurró.

—No lo sé. Pero no me gusta.

Avanzaron más despacio, apagando las linternas y guiándose por el tacto de las paredes. El zumbido se hizo más fuerte. Y entonces Lucas vio luz.

No era luz de linterna. Era algo más frío, más azulado. Venía de una abertura en el túnel, unos veinte metros más adelante.

Se acercaron en silencio.

La abertura daba a una cámara amplia, excavada en la roca. Y en el centro de la cámara había algo que Lucas no esperaba ver.

Un equipo de georradar.

Tres personas trabajaban alrededor del aparato: dos hombres con monos de trabajo y una mujer con bata blanca que miraba una pantalla portátil. El zumbido venía del generador que alimentaba el equipo.

—Mierda —susurró Lucas.

Villena lo agarró del brazo y tiró de él hacia atrás, apartándolo de la abertura.

—No nos han visto —dijo en voz muy baja—. Todavía.

—¿Quiénes son?

—No lo sé. Pero tienen equipo profesional. Esto no es una operación amateur.

Lucas sintió que el miedo le trepaba por la garganta. Alguien más estaba buscando lo mismo que ellos. Alguien con recursos, con tecnología, con gente. ¿El hombre de la camisa blanca? ¿La Inquisición moderna que el hermano Thomas había mencionado?

—Tenemos que irnos —dijo.

—No. —Villena negó con la cabeza—. Tenemos que ver qué están haciendo. Y averiguar quiénes son.

—¿Está loco? Si nos descubren…

—No nos descubrirán. Usted quédese aquí. Yo me acercaré.

Antes de que Lucas pudiera protestar, Villena se deslizó hacia la abertura, moviéndose con una agilidad que no esperaba de un hombre de su edad. Lo vio pegarse a la pared, avanzar unos metros, detenerse detrás de un saliente de roca.

Y entonces, una voz.

—Los resultados son claros. Hay una cavidad grande bajo la torre. Aproximadamente a quince metros de profundidad.

Era la mujer de la bata blanca. Hablaba en español, pero con un acento que Lucas no identificó.

—¿Acceso? —preguntó uno de los hombres.

—Tiene que haber uno. Estas estructuras no se construyen sin entrada. Probablemente sellada hace siglos.

—El jefe quiere resultados antes del fin de semana.

—El jefe tendrá que esperar. No podemos excavar sin permisos, y los permisos llevan tiempo.

—El jefe no espera.

Un silencio tenso.

—Entonces que venga él mismo a cavar. Yo soy geóloga, no excavadora.

Lucas contuvo la respiración. El jefe. ¿Quién era el jefe?

Villena se movió. Un paso, dos. Y entonces pisó algo que crujió bajo su pie.

Los tres trabajadores se giraron.

—¿Quién anda ahí?

Lucas no pensó. Actuó. Se lanzó hacia la abertura, agarró a Villena del brazo y tiró de él hacia el túnel.

—¡Corre!

Corrieron.

Detrás de ellos, gritos. El ruido de pasos que los perseguían. Lucas no miró atrás. Conocía estos túneles —o creía conocerlos— y eso era su única ventaja.

Giró a la izquierda en una bifurcación. Luego a la derecha. Subió por una pendiente que no recordaba haber bajado. Villena lo seguía de cerca, jadeando pero sin quedarse atrás.

Los pasos de los perseguidores se oían más lejos. Se estaban perdiendo en el laberinto.

—Por aquí —susurró Lucas.

Encontró una abertura lateral, medio oculta tras un derrumbe parcial. Se metió por ella, arrastrándose sobre el vientre. Villena lo siguió.

Salieron a otra bodega. Más pequeña que la primera, con escaleras que subían hacia una trampilla cerrada.

Lucas empujó la trampilla. No cedió.

—Está bloqueada —dijo.

—Déjeme a mí.

Villena sacó algo del bolsillo. Una barra de metal, corta y gruesa. La introdujo en la ranura de la trampilla e hizo palanca. La madera protestó. Crujió. Cedió.

Subieron a una cocina que Lucas no reconoció. Una casa del pueblo, cualquiera de las docenas que tenían bodegas conectadas. Salieron por una ventana trasera y corrieron a través de un huerto de almendros hasta llegar al camino donde habían dejado el coche.

Solo cuando estuvieron dentro, con las puertas cerradas y el motor arrancado, Lucas se permitió respirar.

—¿Quiénes eran? —preguntó.

Villena conducía con la vista fija en la carretera, los nudillos blancos sobre el volante.

—No lo sé —dijo—. Pero trabajan para alguien con muchos recursos. Ese equipo de georradar cuesta cincuenta mil euros como mínimo.

—Han encontrado la cavidad. Saben que hay algo bajo la torre.

—Sí. Pero no saben cómo entrar. —Villena miró a Lucas de reojo —. Nosotros tampoco, todavía. Pero tenemos algo que ellos no tienen.

—¿El qué?

—La piedra. Y el anillo. —Villena sonrió, pero era una sonrisa tensa—. La Cerradura y la Llave. Sin ellas, pueden cavar todo lo que

quieran. No encontrarán nada.

Lucas se tocó el bolsillo donde guardaba el anillo. Seguía ahí, frío y pesado contra su muslo.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora nos alejamos. Dejamos que se calmen las cosas. Y cuando volvamos, lo haremos preparados.

—¿Preparados cómo?

Villena no respondió inmediatamente. Condujo en silencio durante varios kilómetros, dejando atrás Minaya, adentrándose en la oscuridad de la llanura manchega.

—Hay otra forma de entrar —dijo finalmente—. Una que no requiere excavar. Pero necesitamos más información. Necesitamos los documentos de su padre.

—Ya los hemos visto.

—No todos. —Villena lo miró—. Su padre era metódico. Si encontró algo importante, no lo dejaría a la vista. Tendría un escondite. Un lugar donde guardar lo más valioso.

Lucas pensó en la casa. En los papeles que cubrían cada superficie. En el despacho con los hilos conectando documentos.

Y pensó en algo más.

El desván.

La tercera llave del llavero. La puerta que no había abierto desde que era niño.

—Quizá sé dónde buscar —dijo.

Villena asintió.

—Mañana. Ahora descansamos. Ha sido una noche larga.

Lucas miró por la ventanilla. El cielo empezaba a clarear por el este, un gris pálido que anunciaba el amanecer. Llevaban horas bajo tierra, perseguidos por gente que no conocía, huyendo de algo que no entendía.

Y sin embargo, sentía que estaba más cerca que nunca.

La cavidad existía. Quince metros bajo la torre.

Solo tenía que encontrar la forma de llegar hasta ella.

Capítulo 14: *Los Pulmones de la Tierra*

El desván olía a tiempo detenido.

Lucas subió por la escalera de mano que había encontrado en el garaje de su padre, apartando telarañas con cada peldaño. La trampilla del techo se resistió, hinchada por años de humedad, pero cedió con un crujido que resonó en toda la casa.

Asomó la cabeza.

La luz de la mañana entraba por una claraboya sucia, iluminando un espacio más grande de lo que recordaba. Cajas de cartón apiladas contra las paredes, muebles viejos cubiertos con sábanas, un maniquí de costura que le dio un susto de muerte hasta que entendió qué era.

—¿Qué ve? —preguntó Villena desde abajo.

—Trastos. Pero hay espacio para buscar.

Terminó de subir y ayudó a Villena a trepar tras él. El hombre se sacudió el polvo de la chaqueta con un gesto de disgusto apenas disimulado.

—Su padre no era muy dado a la limpieza.

—Mi padre tenía otras prioridades.

Empezaron a revisar las cajas. La mayoría contenían lo esperado: ropa vieja, libros de texto de cuando Lucas iba al colegio, facturas de décadas pasadas. Nada que justificara un escondite secreto.

Pero Lucas no buscaba lo obvio. Buscaba lo que su padre habría querido ocultar.

Se acercó a la pared del fondo, donde las cajas se amontonaban más altas. Empezó a apartarlas, una por una, hasta que la pared quedó expuesta.

No era una pared normal.

Había una sección diferente. Más nueva, con el yeso más blanco que el resto. Como si alguien hubiera tapado un hueco.

—Aquí —dijo.

Villena se acercó. Pasó los dedos por la superficie.

—Tiene razón. Esto está añadido. ¿Tiene algo para romperlo?

Lucas bajó al garaje y volvió con un martillo. Los primeros golpes levantaron polvo. Los siguientes abrieron grietas. Al sexto, un trozo de yeso cayó al suelo, revelando un hueco oscuro detrás.

Metió la mano.

Sus dedos tocaron algo frío. Metal. Lo sacó.

Era una caja de caudales. Pequeña, del tamaño de una caja de zapatos, con una cerradura de combinación en la tapa.

—¿Sabe la combinación? —preguntó Villena.

Lucas miró la cerradura. Cuatro dígitos. Podía ser cualquier cosa.

Pero conocía a su padre.

Probó 1102. El año de la inscripción en la iglesia. Nada.

Probó 1099. El año de la muerte del Cid. Nada.

Probó 0704. El 7 de abril. Su cumpleaños. El día de San Francisco Javier.

Clic.

La caja se abrió.

Dentro había documentos. Papeles amarillentos, doblados con cuidado, protegidos con fundas de plástico. Lucas los sacó uno por uno, extendiéndolos sobre el suelo polvoriento del desván.

Eran mapas. Planos de la iglesia de Santiago vistos desde arriba, desde los lados, desde abajo. Secciones transversales que mostraban niveles subterráneos. Túneles, cámaras, escaleras que bajaban hacia las profundidades.

Y en el centro de todo, una cámara circular marcada con una sola palabra: VERITAS.

—Dios mío —susurró Villena—. Su padre lo encontró. Encontró los planos originales.

—¿De dónde los sacó?

—No lo sé. Pero mire esto. —Villena señaló una anotación en el margen, con la letra de Julián—. “Archivo diocesano de Toledo. Sección restringida. Copia obtenida 15/03/1998.“

—Mi padre robó documentos del archivo de la diócesis.

—Su padre hizo lo que tenía que hacer.

Lucas siguió revisando. Debajo de los planos había más papeles. Transcripciones en latín con traducciones al margen. Fotografías de inscripciones que no reconocía. Y un documento mecanografiado, de varias páginas, con el título: “Informe sobre la estructura subterránea de la Iglesia de Santiago de Minaya“.

Lo leyó por encima. Fechas, mediciones, teorías. Su padre había pasado años reconstruyendo la arquitectura oculta de la iglesia. Había identificado tres niveles bajo tierra: las bodegas que conectaban con el pueblo, una cámara intermedia que llamaba "los pulmones", y la cámara final donde se guardaba el secreto.

—Los pulmones —dijo Lucas—. ¿Qué significa eso?

—Un sistema de ventilación. —Villena estudiaba los planos con ojos brillantes—. Mire. Estos conductos conectan la cámara profunda con la superficie. Permiten que circule el aire. Sin ellos, cualquiera que bajara se asfixiaría.

—¿Y la entrada?

—Aquí. —Villena señaló un punto en los planos—. Bajo el altar de la iglesia. Hay una losa que se mueve. Su padre la marcó con una X.

Lucas miró el punto. Tan cerca. Tan accesible. Y sin embargo, su padre nunca había bajado.

—¿Por qué no lo hizo? —preguntó en voz alta—. Tenía los planos. Sabía dónde estaba la entrada. ¿Por qué no bajó?

—Quizá no pudo. Quizá algo se lo impidió.

Lucas pensó en la nota. TRAICIÓN. Quizá alguien había detenido a su padre antes de que pudiera completar su búsqueda. Quizá por eso había muerto con el misterio sin resolver.

Un ruido lo sacó de sus pensamientos.

Abajo, en la casa, una puerta se había abierto.

Lucas y Villena se miraron. No habían cerrado con llave. No esperaban visitas.

Pasos. Varios pares de pies moviéndose por la planta baja. Voces que hablaban en voz baja, demasiado bajo para entender las palabras.

—La trampilla —susurró Villena.

Lucas la cerró con cuidado, conteniendo la respiración. Se quedaron inmóviles en el desván, escuchando.

Los pasos subieron las escaleras. Se detuvieron en el pasillo del primer piso.

—Revisad todas las habitaciones. —Una voz masculina, con acento que Lucas no identificó—. El jefe quiere los documentos.

El jefe. La misma palabra que habían oído en los túneles.

—¿Y si hay alguien?

—Entonces lo traemos también.

Lucas sintió que el corazón se le subía a la garganta. Miró a Villena. El hombre estaba pálido pero sereno, con los ojos fijos en la trampilla.

Los pasos recorrieron el primer piso. Puertas que se abrían y cerraban. Cajones que se vaciaban. El sonido de papeles cayendo al suelo.

—Aquí no hay nada. Solo basura.

—Sigue buscando. Tiene que haber algo.

Lucas recogió los documentos en silencio, metiéndolos de nuevo en la caja de caudales. Villena señaló hacia la claraboya del techo. Era pequeña, pero quizá suficiente para que pasara una persona.

Se acercaron sin hacer ruido. Villena probó a abrir la claraboya. Estaba atascada por la pintura vieja. Empujó más fuerte. Crujió.

Abajo, los pasos se detuvieron.

—¿Has oído eso?

—Venía de arriba.

Pasos hacia la escalera del desván.

Lucas no pensó. Cogió el martillo que había dejado en el suelo y golpeó la claraboya con toda su fuerza. El cristal se rompió, cayendo hacia fuera en una lluvia de fragmentos. El marco de madera cedió al segundo golpe.

—¡Están arriba!

La trampilla del desván empezó a abrirse.

Lucas trepó por el hueco de la claraboya, sintiendo los bordes afilados del cristal roto arañarle las manos. Salió al tejado y se giró para ayudar a Villena. El hombre le pasó la caja de caudales y luego trepó con una agilidad sorprendente.

Detrás de ellos, una cabeza asomó por la claraboya rota.

—¡Por el tejado! ¡Se escapan por el tejado!

Corrieron. El tejado era de tejas viejas que se rompían bajo sus pies, resbalando hacia el borde. Lucas conocía esta casa. Sabía que el tejado conectaba con el de la casa vecina, abandonada desde hacía años.

Saltó el hueco entre los dos tejados. Villena lo siguió, aterrizando con menos gracia pero sin caerse.

—¿Adónde? —jadeó Villena.

Lucas señaló hacia el final del tejado. Había una parra vieja que trepaba por la pared, lo bastante gruesa para soportar el peso de una persona.

Bajaron por la parra como pudieron, arrancando hojas y racimos secos a su paso. Lucas se dejó caer los últimos metros, aterrizando en un patio trasero lleno de malas hierbas.

Oyeron gritos en la calle. Motores arrancando.

—El coche está demasiado lejos —dijo Villena—. No llegaremos.

Lucas miró a su alrededor. Conocía este patio. Era el de la viuda Méndez, que había muerto hacía años. Y en el fondo del patio, medio oculta por la maleza, estaba la entrada a otra bodega.

—Por aquí.

Apartó las tablas podridas que cubrían la entrada y bajó por una escalera de piedra. Villena lo siguió, cerrando la entrada tras ellos.

La oscuridad los envolvió.

Lucas encendió la linterna del móvil. Otra bodega, otra cueva húmeda y fría. Pero esta conectaba con el sistema de túneles. Estaba seguro.

—¿Sabe adónde lleva esto? —preguntó Villena.

—No. Pero cualquier lugar es mejor que arriba.

Caminaron en silencio, adentrándose en el laberinto. Lucas iba delante, guiándose por el instinto y por los fragmentos de memoria de una infancia que había intentado olvidar.

Después de veinte minutos, encontraron lo que buscaban.

Un pozo.

Vertical, de unos dos metros de diámetro, con peldaños de hierro oxidado clavados en la pared. Subía hacia una luz tenue que se filtraba desde arriba.

—¿Adónde lleva? —preguntó Villena.

Lucas miró hacia arriba. Calculó la distancia, la dirección desde la que habían venido.

—Al campo. Fuera del pueblo.

—Entonces subimos.

Treparon. Los peldaños estaban resbaladizos por la humedad y el óxido, pero aguantaron. Lucas subió primero, asomando la cabeza con cuidado.

El pozo salía en medio de un olivar, a unos quinientos metros del pueblo. No había nadie a la vista. Solo los olivos retorcidos y el cielo azul de la mañana manchega.

Salieron y corrieron entre los árboles, alejándose de Minaya. La caja de caudales pesaba en las manos de Lucas, pero no la soltó. Era lo único que tenía. Lo único que quedaba del trabajo de su padre.

Encontraron una carretera secundaria y la siguieron hasta llegar a un pueblo vecino. Albadalejo, según el cartel. Villena tenía dinero suficiente para alquilar un coche en un taller mecánico que no hacía preguntas.

Solo cuando estuvieron en la carretera, alejándose a cien kilómetros por hora, Lucas se permitió respirar.

—¿Quiénes eran? —preguntó.

—La misma gente de anoche. Los del georradar. —Villena conducía con los ojos fijos en el asfalto—. Nos han encontrado más rápido de lo que esperaba.

—¿Cómo sabían que estábamos en la casa?

Villena no respondió inmediatamente. Su silencio fue más elocuente que cualquier palabra.

—¿Cree que nos siguen? —insistió Lucas.

—Creo que alguien les dijo dónde buscarnos.

La implicación quedó flotando en el aire. Alguien había hablado. Alguien sabía dónde estaban. Y ese alguien solo podía ser una de tres personas: Lucas, Villena, o alguien a quien ellos le hubieran contado.

Lucas pensó en Aparna. En los mensajes que le había enviado. En las llamadas.

No. Imposible. Aparna estaba en Goa.

Pero entonces, ¿quién?

Miró a Villena de reojo. El hombre conducía con expresión serena, como si huir de desconocidos armados fuera algo que hiciera todos los días.

La desconfianza volvió a trepar por su garganta.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A Valencia. Tengo contactos allí. Podemos escondernos unos días mientras planeamos el siguiente paso.

—¿El siguiente paso?

—Volver. —Villena lo miró de reojo—. Tenemos los planos. Sabemos dónde está la entrada. Y tenemos la Llave y la Cerradura. Lo único que necesitamos es tiempo.

Lucas apretó la caja de caudales contra su pecho.

Tiempo.

El problema era que tenía la sensación de que el tiempo se les estaba acabando.

Capítulo 15: *La Noche de los Galgos*

El coche se detuvo con un chirrido de frenos.

Lucas salió despedido hacia adelante, golpeándose la frente contra el salpicadero. Cuando levantó la vista, vio lo que había obligado a Villena a frenar: una furgoneta blanca atravesada en medio de la carretera, bloqueando el paso.

—Mierda —dijo Villena.

Por el retrovisor, Lucas vio otro vehículo acercándose. Un todoterreno negro que se detuvo a veinte metros de ellos, cortándoles la retirada.

Estaban atrapados.

—¿Tiene algún plan? —preguntó Lucas.

Villena no respondió. Miraba hacia los lados de la carretera, calculando. A la izquierda, un campo de viñedos se extendía hasta el horizonte. A la derecha, una pendiente pronunciada bajaba hacia un barranco.

—Los viñedos —dijo—. Es nuestra única opción.

—Nos verán.

—Será de noche en media hora. Si conseguimos llegar hasta entonces, podremos perderlos.

Las puertas de la furgoneta se abrieron. Dos hombres bajaron. Lucas reconoció a uno de ellos: el tipo del túnel, el que había hablado con la geóloga. Llevaba algo en la mano que brillaba bajo el sol de la tarde.

Una pistola.

—Ahora —dijo Villena.

Abrieron las puertas y corrieron. Lucas llevaba la caja de caudales bajo el brazo, apretándola contra el costado mientras sus piernas bombeaban sobre la tierra seca. Detrás de él, oyó gritos. Un disparo que silbó sobre su cabeza y se perdió en la distancia.

Los viñedos los tragaron.

Las hileras de cepas eran un laberinto de alambres y hojas secas. Lucas corría agachado, zigzagueando entre las plantas, sintiendo las

ramas arañarle los brazos y la cara. Villena iba a su lado, sorprendentemente rápido para su edad.

Otro disparo. Más lejos esta vez.

—No disparan a dar —jadeó Villena—. Nos quieren vivos.

—Eso no me tranquiliza.

Corrieron hasta que los pulmones les ardieron. El sol se hundía en el horizonte, tiñendo el cielo de naranja y rojo. Las sombras de las cepas se alargaban como dedos que intentaran atraparlos.

Cuando ya no pudieron más, se dejaron caer detrás de una caseta de aperos abandonada. Lucas respiraba a bocanadas, con el corazón latiendo tan fuerte que estaba seguro de que podían oírlo desde la carretera.

—¿Los hemos perdido? —preguntó.

Villena se asomó por la esquina de la caseta.

—De momento. Pero volverán. Y cuando oscurezca…

No terminó la frase. No hacía falta.

Cuando oscureciera, traerían perros.

La noche cayó como una losa.

Sin luna, sin estrellas —las nubes habían cubierto el cielo durante la tarde—, la oscuridad era casi total. Lucas apenas veía su propia mano delante de la cara. Solo podía guiarse por el tacto de las cepas y por el sonido de los pasos de Villena a su lado.

Llevaban dos horas caminando. Alejándose de la carretera, adentrándose en los viñedos, buscando algún lugar donde esconderse hasta el amanecer.

Y entonces lo oyeron.

Ladridos.

Lejanos al principio, pero acercándose. El sonido inconfundible de perros de caza siguiendo un rastro.

—Galgos —dijo Villena—. Los usan para cazar liebres. Son rápidos.

—¿Qué hacemos?

—Correr. Y rezar para encontrar agua.

—¿Agua?

—Es la única forma de perder el rastro.

Corrieron.

La oscuridad era un enemigo más. Lucas tropezaba con piedras, se enganchaba en alambres, se golpeaba las espinillas contra troncos

invisibles. La caja de caudales le pesaba cada vez más, pero no la soltó. No podía soltarla.

Los ladridos se acercaban.

Podía oír a los hombres ahora. Voces que gritaban órdenes, el ruido de ramas rotas bajo sus botas. Llevaban linternas que barrían la oscuridad como ojos de insectos gigantes.

—Por aquí —susurró Villena.

Torció a la izquierda, alejándose de las luces. Lucas lo siguió, confiando ciegamente en que el hombre supiera adónde iba.

El terreno cambió bajo sus pies. Ya no era tierra seca sino algo más blando, más húmedo. Barro.

—Hay una acequia —dijo Villena—. La cruzo cada vez que vengo a esta zona. Tiene que estar cerca.

Siguieron avanzando. El barro les llegaba a los tobillos, succionando sus botas con cada paso. Los ladridos estaban más cerca. Treinta metros, quizá menos.

Y entonces Lucas lo sintió.

Agua.

Fría, negra, moviéndose despacio. Una acequia de riego, de las que cruzaban los campos manchegos llevando agua desde los pozos hasta los viñedos.

—Adentro —dijo Villena.

Se metieron en el agua. Estaba helada, llegándoles a la cintura. Lucas levantó la caja de caudales sobre la cabeza mientras caminaba contra la corriente, sintiendo el frío trepar por su cuerpo como mil agujas.

Avanzaron por la acequia durante lo que parecieron horas. En realidad fueron minutos, quizá diez, quizá quince. Pero el frío hacía que el tiempo se estirara como un chicle.

Los ladridos se detuvieron.

Lucas oyó a los perros gimotear, confundidos. El agua había borrado su rastro. Los hombres gritaban, maldecían, ordenaban a los animales que buscaran.

Pero no había nada que buscar.

—Sigamos —susurró Villena.

Caminaron por la acequia hasta que encontraron un punto donde la orilla era lo bastante baja para salir. Treparon al campo, empapados y temblando, y echaron a correr de nuevo.

Los ladridos se reanudaron detrás de ellos. Los perros habían encontrado el punto donde habían salido del agua.

—No los hemos perdido —dijo Lucas.

—No. Solo les hemos ganado tiempo.

Corrieron.

El paisaje cambió. Los viñedos dieron paso a campos de rastrojos, luego a un olivar, luego a algo que Lucas reconoció: el perfil de un pueblo recortado contra el cielo nocturno.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—No lo sé. Pero donde hay pueblo hay coches.

Se acercaron por la parte trasera, evitando la carretera principal. Las casas estaban oscuras a esta hora —serían las dos o las tres de la madrugada—, pero había un bar con la luz encendida. Música de flamenco sonaba dentro, amortiguada por las paredes.

Y delante del bar, un coche aparcado con las llaves puestas.

—No —dijo Lucas.

—No tenemos elección.

—Es un robo.

—Es supervivencia. —Villena lo miró con ojos duros—. ¿Prefiere que nos atrapen?

Los ladridos se oían más cerca. Mucho más cerca.

Lucas no respondió. Abrió la puerta del coche —un Seat viejo, de los que ya no se fabricaban— y se metió dentro. Villena se sentó al volante y arrancó el motor.

Salieron del pueblo a toda velocidad, sin luces, guiándose por la línea más clara del asfalto contra la oscuridad del campo. Detrás de ellos, los ladridos se fueron apagando hasta desaparecer.

Solo entonces Lucas se permitió temblar.

Pero algo no encajaba. Había sido demasiado fácil. Profesionales con perros, con linternas, con vehículos… ¿y los perdían en una acequia? Por un instante, una idea incómoda le cruzó la mente: quizá no los habían perdido. Quizá simplemente habían dejado de tensar la cuerda.

El frío de la acequia se le había metido en los huesos. La ropa empapada le pesaba como una armadura de hielo. Y el miedo —el miedo que había mantenido a raya mientras corría— ahora le trepaba por la garganta como bilis.

—¿Quiénes son? —preguntó, y su voz sonó rota—. ¿Por qué nos persiguen?

Villena conducía con los ojos fijos en la carretera.

—Son gente que quiere lo mismo que nosotros. Lo que hay bajo la iglesia de Minaya.

—Eso ya lo sé. Pero ¿quiénes son? ¿Para quién trabajan?

Villena no respondió inmediatamente. El silencio se extendió entre ellos, lleno de cosas no dichas.

—Hay organizaciones —dijo finalmente— que llevan siglos protegiendo ciertos secretos. Secretos que podrían cambiar la historia si salieran a la luz.

—¿La Iglesia?

—En parte. Pero no solo. Hay familias, fundaciones, grupos de poder que tienen interés en que ciertas verdades permanezcan enterradas. —Villena lo miró de reojo—. El Cid es un símbolo, Lucas. El símbolo de la Reconquista, de la España cristiana que luchó contra el moro. Si se descubriera que en realidad fue un hombre que creyó en la convivencia, que firmó pactos con reyes musulmanes…

—Cambiaría todo.

—Cambiaría la narrativa. Y la narrativa es poder. —Villena volvió a mirar la carretera—. Por eso nos persiguen. Por eso mataron a su padre.

Lucas sintió que el corazón se le detenía.

—¿Qué ha dicho?

—Su padre no murió del corazón. O sí, pero no por causas naturales. —Villena apretó el volante—. Lo mataron. Porque estaba demasiado cerca de la verdad.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque conozco a esta gente. Sé cómo operan. Y sé que Julián Alarcón recibió una advertencia semanas antes de morir. Una nota que decía una sola palabra.

—Traición.

—Sí. Traición. Alguien de dentro le avisó de que lo habían vendido. De que iban a por él.

Lucas sintió que las piezas encajaban en su cabeza con un clic doloroso. La nota. La muerte súbita de su padre. La obsesión de toda una vida truncada justo cuando estaba a punto de dar fruto.

—¿Quién lo vendió?

Villena no respondió.

—¿Quién? —insistió Lucas.

—No lo sé. —Villena lo miró, y por primera vez Lucas vio algo parecido a la culpa en sus ojos—. Pero voy a descubrirlo. Se lo prometo.

Lucas quiso creerle. Quiso confiar en este hombre que lo había ayudado, que había corrido a su lado por los viñedos, que había arriesgado su vida por un secreto de mil años.

Pero la duda seguía ahí, enroscada en su estómago como una serpiente.

¿Y si el traidor era Villena?

¿Y si todo esto —la ayuda, la generosidad, la huida— era parte de un plan más grande?

No tenía forma de saberlo. No tenía a nadie en quien confiar.

Solo tenía la caja de caudales empapada en su regazo, con los planos que su padre había robado hace décadas.

Y el anillo en el bolsillo, frío contra su muslo.

La Llave y la Cerradura.

La verdad enterrada.

Y un camino de sangre que llevaba mil años esperándolo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A Valencia. Pero no a mis contactos. Ya no son seguros. —Villena sacó un móvil del bolsillo—. Tengo un plan B. Un amigo que puede sacarnos del país.

—¿Del país?

—Tiene que volver a Goa. —Villena lo miró—. Aparna tiene algo que necesitamos. Algo que su padre no pudo encontrar pero que ella sí.

—¿Qué?

—La otra mitad del mapa. —Villena sonrió, pero era una sonrisa cansada—. Los planos que tenemos muestran la estructura. Pero no muestran cómo abrirla. El mecanismo está codificado en el diario de Pacheco. El diario que Aparna tiene.

Lucas recordó el pendrive que el hermano Thomas les había dado. Las fotografías del diario. Aparna las tenía.

—Tengo que llamarla —dijo.

—Hágalo. Y dígale que se esconda. Porque si vienen a por nosotros, también irán a por ella.

Lucas sacó el móvil. Estaba mojado pero funcionaba. Marcó el número de Aparna.

Sonó una vez. Dos veces. Tres.

—¿Lucas? —La voz de Aparna sonaba asustada—. ¿Dónde estás? He intentado llamarte…

—Escúchame. Tienes que esconderte. Ahora. Hay gente que viene a por ti.

—¿Qué gente? Lucas, ¿qué está pasando?

—No hay tiempo para explicar. Coge los documentos, coge a tu madre, y sal de la casa. Ahora mismo.

Un silencio al otro lado de la línea. Luego:

—Ya es tarde.

—¿Qué?

—Ya están aquí.

La línea se cortó.

Retoque editorial: *El primer roce con la estela no fue limpio. Una lasca de piedra cedió con un chasquido seco, demasiado fuerte para el silencio de las bodegas. Lucas supo al instante que algo se había perdido para siempre, aunque aún no sabía qué.*

Capítulo 16: *El Puerto de la Niebla*

Valencia amaneció cubierta de niebla.

Lucas no había dormido. Llevaba treinta horas despierto, con los nervios a flor de piel y el estómago vacío. El Seat robado estaba aparcado en una calle lateral del barrio del Carmen, con las puertas sin cerrar y las llaves puestas. Quien lo encontrara podría quedárselo.

Villena había desaparecido hacía dos horas, diciendo que tenía que hacer unas llamadas. Lucas lo esperaba en un café que acababa de abrir, con un cortado frío delante y el móvil en la mano, mirando la pantalla como si pudiera obligarla a sonar.

Aparna no contestaba.

Había intentado llamarla diez veces desde que se cortó la comunicación. Cada vez, el buzón de voz. Cada vez, el mismo silencio que le helaba la sangre.

"Ya están aquí."

Las palabras se repetían en su cabeza como un disco rayado. ¿Qué significaba eso? ¿La habían capturado? ¿Estaba escondida? ¿Estaba…?

No. No podía pensar en eso.

La puerta del café se abrió. Villena entró, con aspecto de haber dormido menos que Lucas. Tenía ojeras profundas y una barba de dos días que le daba un aire de vagabundo elegante.

—Tengo billetes —dijo, sentándose frente a él—. Valencia-Lisboa, Lisboa-Bombay. Salimos en tres horas.

—¿Y Aparna?

—He hablado con el hermano Thomas. La Orden llegó a Goa hace dos días. Han registrado la basílica, la casa de Aparna, todo. —Villena hizo una pausa—. Su madre está bien. La tienen vigilada pero no la han tocado.

—¿Y Aparna?

—Desapareció antes de que llegaran. Thomas dice que recibió un aviso y se escondió.

Lucas sintió que algo se aflojaba en su pecho. No mucho, pero algo.

—¿Dónde está?

—No lo sabe. O no quiere decirlo por teléfono. —Villena sacó los billetes del bolsillo—. Pero tenemos un punto de encuentro. Un lugar que ella conoce y que Thomas nos indicó.

—¿Qué lugar?

—El convento de Santa Mónica. Donde encontraron la inscripción.

Lucas recordó la selva, las ruinas, las letras grabadas en piedra. SVB VMBRA ALARCONIS. Parecía que había pasado una eternidad desde entonces.

—¿Cómo sabemos que no es una trampa?

—No lo sabemos. —Villena lo miró a los ojos—. Pero es lo único que tenemos.

Lucas cogió el cortado y bebió un trago. Estaba frío y amargo, pero le despejó la cabeza lo suficiente para pensar.

—¿Quién nos avisó? —preguntó—. Usted dijo que alguien de dentro avisó a mi padre antes de que lo mataran. ¿Quién?

—No lo sé con certeza. Pero sospecho.

—¿Quién?

Villena dudó. Lucas vio el conflicto en su rostro, la lucha entre decir la verdad y proteger algo.

—Hay una persona que lleva años filtrando información. Alguien dentro de la Orden que no está de acuerdo con sus métodos. —Villena bajó la voz—. Se hace llamar “el Testigo“. Nunca lo he visto, nunca he hablado con él directamente. Pero sus avisos me han salvado la vida más de una vez.

—¿Y cree que fue él quien avisó a mi padre?

—Es posible. La nota decía “traición“. Eso implica que alguien de dentro vendió a su padre. El Testigo habría sabido quién.

Lucas procesó la información. Un infiltrado. Alguien que jugaba a dos bandas, pasando información a los que buscaban la verdad mientras fingía lealtad a los que querían enterrarla.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué arriesgarse así?

—No lo sé. Quizá tiene sus propios motivos. Quizá cree en lo mismo que nosotros. —Villena se encogió de hombros—. O quizá es una trampa muy elaborada y estamos caminando hacia nuestra propia muerte.

—Eso no es muy tranquilizador.

—No pretendía serlo.

Se levantaron y salieron del café. La niebla se había espesado, convirtiendo Valencia en una ciudad fantasma. Los edificios aparecían y desaparecían como espejismos, y el ruido del tráfico llegaba amortiguado, lejano.

Caminaron hacia la estación de autobuses. Había un bus directo al aeropuerto que salía cada veinte minutos.

—¿Qué pasa cuando lleguemos a Goa? —preguntó Lucas.

—Encontramos a Aparna. Recuperamos el diario de Pacheco. Y volvemos a España para terminar lo que su padre empezó.

—¿Así de simple?

—Nada de esto es simple. —Villena lo miró—. Pero es lo que hay.

El vuelo a Lisboa fue corto y turbulento.

Lucas pasó las dos horas mirando por la ventanilla, viendo las nubes pasar bajo el avión, pensando en todo lo que había ocurrido desde que llegó a Bangalore. Seis meses atrás era un mochilero huyendo de su pasado. Ahora era un fugitivo perseguido por una organización secreta, con un anillo de mil años en el bolsillo y los planos de una tumba que podía cambiar la historia.

La ironía no se le escapaba.

En Lisboa hicieron escala de cuatro horas. Villena desapareció de nuevo, esta vez para comprar móviles nuevos —los suyos podían estar rastreados— y para contactar con alguien que pudiera ayudarlos en Goa.

Lucas se quedó en la terminal, sentado en un banco junto a la puerta de embarque, con la caja de caudales entre los pies y el anillo en el bolsillo interior de la chaqueta. No se había separado de ninguno de los dos desde que salieron de Minaya.

Sacó el móvil nuevo que Villena le había dado y marcó el número de Aparna. Esta vez, ni siquiera sonó. Fuera de servicio.

Maldijo en voz baja.

—¿Señor Alarcón?

Levantó la vista. Una mujer estaba de pie frente a él. Cuarenta años, traje oscuro, pelo recogido en un moño severo. Tenía aspecto de ejecutiva o de abogada. No de turista.

—¿Quién pregunta?

—Me llamo Helena Vasconcelos. Trabajo para una fundación portuguesa que tiene interés en su… proyecto.

Lucas se tensó. Miró a su alrededor, buscando a Villena. No lo vio.

—No sé de qué me habla.

—Creo que sí lo sabe. —La mujer se sentó a su lado sin pedir permiso—. Sé quién es usted. Sé lo que lleva en ese bolsillo. Y sé adónde va.

—¿Es una amenaza?

—Es una oferta. —Helena cruzó las piernas—. Hay gente que quiere ayudarle. Gente que cree en lo mismo que usted.

—¿Y por qué debería confiar en usted?

—No debería. No todavía. —Sacó una tarjeta del bolso y se la tendió—. Pero cuando llegue a Goa, cuando encuentre lo que busca, va a necesitar aliados. Aliados que la Orden no conozca.

Lucas cogió la tarjeta. Solo tenía un nombre —Helena Vasconcelos— y un número de teléfono.

—¿Quién la envía?

—Alguien que conoció a su padre. Alguien que cree que la verdad debe salir a la luz. —Helena se levantó—. Buena suerte, señor Alarcón. La va a necesitar.

Se alejó entre la multitud y desapareció.

Lucas se quedó mirando la tarjeta. Otra pieza del rompecabezas. Otro desconocido que sabía más de lo que debería. Otro motivo para no confiar en nadie.

Guardó la tarjeta en el bolsillo, junto al anillo.

El vuelo a Bombay fue largo y agotador.

Once horas de turbulencias, comida de avión y películas que Lucas no veía. Villena dormía a su lado, o fingía dormir. Lucas no podía. Cada vez que cerraba los ojos, veía la cara de Aparna. Oía su voz diciendo “ya están aquí“. Imaginaba lo peor.

Cuando aterrizaron en Bombay, el sol estaba saliendo sobre el mar Arábigo. Un amanecer rojo sangre que teñía las nubes de colores que Lucas nunca había visto en la Mancha.

—Tenemos un coche esperándonos —dijo Villena mientras recogían el equipaje—. Mi contacto nos llevará a Goa por carretera. Es más seguro que volar.

—¿Cuánto tardaremos?

—Doce horas, si no hay problemas.

Doce horas más. Doce horas sin saber si Aparna estaba viva o muerta. Doce horas de carreteras indias, atascos y vacas en medio

del asfalto.

Lucas asintió. No tenía elección.

El contacto de Villena era un hombre llamado Rajan, bajo y nervioso, con un bigote que parecía pintado con rotulador. Conducía un Ambassador blanco —el coche que Lucas había visto por todas partes durante su primer viaje a India— y hablaba un inglés atropellado que costaba seguir.

—Malas noticias en Goa —dijo mientras salían del aeropuerto—. Mucha policía. Mucha gente buscando algo.

—¿Qué gente?

—Extranjeros. Europeos. Preguntan por una mujer. Una restauradora.

Lucas y Villena intercambiaron una mirada.

—¿La han encontrado? —preguntó Lucas.

—No. Se esconde bien. Pero su madre… —Rajan negó con la cabeza—. Su madre está en el hospital. El corazón.

Lucas sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

—¿Qué le ha pasado?

—No sé. La encontraron en su casa. Los vecinos llamaron a la ambulancia. Dicen que hubo una pelea. Gritos. Luego silencio.

Shanti. La mujer que le había dado de comer. Que le había contado que conoció a su padre hace treinta y cinco años. Que le había dicho que los secretos viejos tienen dientes.

—Tenemos que ir al hospital —dijo Lucas.

—No. —Villena lo agarró del brazo—. Si vamos al hospital, nos encontrarán. Shanti estará vigilada.

—No puedo dejarla sola.

—No está sola. Los vecinos la cuidan. Y Aparna lo sabrá. Si hay algún lugar donde encontrarla, no es el hospital. Es el convento.

Lucas quiso protestar. Quiso gritar que no podían abandonar a una mujer que había arriesgado su vida por ellos. Pero Villena tenía razón. Si iban al hospital, los atraparían. Y entonces no podrían ayudar a nadie.

—Al convento —dijo, y las palabras le supieron a ceniza.

Rajan asintió y aceleró.

Las doce horas se convirtieron en catorce. Un accidente en la autopista, un atasco interminable en las afueras de Pune, una parada para cargar gasolina en un pueblo cuyo nombre Lucas no llegó a

saber. India pasaba al otro lado de la ventanilla como una película que no terminaba nunca: colores, ruido, caos, vida.

Cuando llegaron a Goa, el sol se estaba poniendo de nuevo.

Otro atardecer rojo sangre.

Otro día terminando sin saber si las personas que le importaban seguían vivas.

Rajan los dejó en un camino de tierra a dos kilómetros del convento de Santa Mónica. El resto del camino tendrían que hacerlo a pie.

—No puedo acercarme más —dijo—. Hay gente vigilando. Es peligroso.

—Gracias —dijo Villena, y le dio un fajo de billetes que Rajan se guardó sin contar.

Echaron a andar hacia la selva.

El aire era húmedo, espeso, lleno de sonidos que Lucas había olvidado: pájaros, insectos, el rumor de las hojas bajo el viento. Tan distinto de la sequedad de la Mancha. Tan distinto de todo lo que conocía.

El convento apareció entre la vegetación como un fantasma.

Los muros cubiertos de enredaderas, los arcos sin puertas, el campanario asomando entre las copas de los árboles. Todo igual que la primera vez. Todo igual y todo diferente, porque ahora Lucas sabía lo que significaba este lugar. Sabía que aquí, hace cuatrocientos años, un monje portugués había dejado una señal para quien viniera a buscarla.

Y ahora él había vuelto.

—¿Aparna? —llamó en voz baja.

Silencio.

—¿Aparna?

Un movimiento entre las sombras. Lucas se tensó, preparándose para correr o para pelear.

Y entonces la vio.

Salió de detrás de un pilar derruido, con el pelo revuelto y la ropa sucia, con ojeras profundas y los ojos rojos de no haber dormido. Pero viva. Viva.

—Lucas —dijo.

Y corrió hacia él.

La abrazó sin pensar. La apretó contra su pecho, sintiendo su cuerpo temblar, oliendo el sudor y el miedo y algo más, algo que no

supo nombrar pero que le hizo cerrar los ojos y dar gracias por estar vivo.

—Estás aquí —susurró ella—. Has venido.

—Te dije que lo haría.

Se separaron. Aparna tenía lágrimas en los ojos, pero no lloraba. Era demasiado fuerte para eso.

—Mi madre —dijo—. ¿Sabes algo de mi madre?

Lucas tragó saliva.

—Está en el hospital. Rajan nos dijo que hubo una pelea. Pero está viva.

Aparna cerró los ojos. Un temblor recorrió su cuerpo.

—Vinieron a buscarme. Ella les dijo que no estaba. Que había huido. —Abrió los ojos—. La golpearon. Delante de los vecinos. Y luego se fueron.

La rabia ardió en el pecho de Lucas. Una rabia fría, antigua, que no había sentido nunca antes.

—Vamos a detenerlos —dijo—. Vamos a encontrar la verdad y vamos a destruirlos.

Aparna lo miró. Había algo nuevo en sus ojos. Algo duro, afilado.

—Sí —dijo—. Vamos a hacerlo.

Detrás de ellos, Villena observaba en silencio.

Y en su rostro, una expresión que Lucas no vio.

Una expresión que, si la hubiera visto, habría cambiado todo.

PARTE III: RETORNO AL MONZÓN

Capítulo 17: *El Juramento del Arquitecto*

Rodrigo murió al amanecer.

Yo estaba a su lado cuando exhaló el último aliento. Llevaba tres días sin moverme de aquella habitación que olía a sudor agrio y a ungüentos inútiles. Los médicos —moros y judíos, los mejores que el dinero podía comprar— habían hecho todo lo posible. Pero la herida se había infectado, la fiebre había subido, y ni todas las oraciones de Jimena ni todas las hierbas de Oriente pudieron detener lo inevitable.

El Cid Campeador, el hombre que había hecho temblar a reyes, murió en una cama manchada de sangre negra, con la mano de su esposa entre las suyas y los ojos fijos en un punto que solo él podía ver.

—Álvar —me dijo, horas antes del final, cuando la lucidez volvió por un momento—. Tienes que prometerme algo.

—Lo que quieras, primo.

—Protégelos. A Jimena. A las niñas. —Su voz era un susurro rasposo—. Y protege lo otro. Lo que construimos. Lo que soñamos.

—Lo haré.

—No. —Sus dedos se cerraron sobre mi muñeca con una fuerza que no esperaba de un moribundo—. No lo entiendes. Si Alfonso descubre la verdad… si la Iglesia descubre la verdad… los matarán a todos. A mi familia. A los que firmaron. A los que creyeron.

—¿Qué quieres que haga?

Rodrigo me miró con esos ojos que habían visto mil batallas, mil traiciones, mil esperanzas rotas.

—Entiérrala —dijo—. Entierra la verdad. Construye la mentira. Y guárdala hasta que el mundo esté preparado.

Esas fueron sus últimas palabras. Después solo hubo silencio.

Enterramos a Rodrigo según el rito cristiano, como correspondía a un señor de su rango.

Pero no enterramos todo.

La noche antes del funeral, cuando Jimena dormía por fin —sedada con una infusión de adormidera que los médicos le prepararon—, bajé a la cripta donde reposaba el cuerpo. Llevaba conmigo un cuchillo de monte y un saco de tela encerada.

No voy a describir lo que hice. Hay cosas que un hombre tiene que hacer y que no necesita recordar con detalle. Baste decir que cuando salí de la cripta, el saco pesaba más que cuando entré.

La mano derecha de Rodrigo. La mano con la que había firmado los pactos. La mano con la que había estrechado las de reyes moros y sabios judíos. La mano que era prueba de que todo aquello había sido real.

La guardé en sal y mirra, como habían hecho los egipcios con sus faraones. Y la escondí en un lugar que solo yo conocía, mientras el resto del cuerpo de Rodrigo era embalsamado y preparado para la leyenda.

Porque eso es lo que hicimos. Construimos una leyenda.

El Cid que montó a lomos de Babieca después de muerto, espantando a los almorávides con su sola presencia. El Cid que nunca perdió una batalla, ni siquiera muerto. El Cid que fue el martillo de Cristo contra el infiel.

Todo mentira.

Todo verdad, también, a su manera. Rodrigo sí montó a Babieca después de muerto —lo atamos al caballo con cuerdas y armadura, un títere macabro que cumplió su última misión—. Y los almorávides sí huyeron, porque el miedo a un muerto puede ser más poderoso que el miedo a un vivo.

Pero el resto… el resto fue invención. Una historia que la Iglesia necesitaba y que yo le di.

La verdad era otra.

La verdad era que Rodrigo Díaz de Vivar, el hombre al que llamaban Campeador, había pasado los últimos años de su vida intentando construir algo que nadie había intentado antes.

Un reino donde cristianos, moros y judíos vivieran juntos. No en tolerancia —esa palabra cobarde que solo significa aguantar al que es distinto—, sino en colaboración. En respeto. En la idea loca de que un hombre vale por lo que hace, no por el dios al que reza.

Valencia de las Tres Culturas, la llamaba Rodrigo en privado. El sueño que nunca contó a nadie excepto a mí y a los pocos que firmaron los pactos.

Los pactos.

Ahí estaba el problema. Ahí estaba la prueba que podía destruir todo lo que la Iglesia había construido durante siglos.

Rodrigo había firmado tratados con reyes moros. No tratados de guerra o de tregua —esos eran comunes, nadie se escandalizaba por ellos—, sino tratados de otra clase. Acuerdos de intercambio de conocimiento. Promesas de protección mutua. Documentos que establecían que en Valencia, bajo el gobierno del Cid, ningún hombre sería perseguido por su fe.

Y lo más peligroso de todo: un pacto firmado con el rey taifa de Zaragoza, con el cadí de Córdoba, con un rabino de Toledo cuyo nombre no voy a escribir. Un pacto que establecía los principios de una nueva forma de gobernar. Una república —así la llamaba Rodrigo, usando la palabra latina— donde el poder no viniera de Dios ni de la sangre, sino del acuerdo entre hombres libres.

Herejía.

La palabra más peligrosa del diccionario cristiano.

Si esos documentos salían a la luz, Jimena moriría en la hoguera. Las hijas de Rodrigo serían despojadas de todo y encerradas en conventos hasta que la locura o la muerte las liberara. Y yo… yo moriría también, por supuesto. Pero eso me importaba menos.

Lo que me importaba era que el sueño de Rodrigo moriría con nosotros. Y que el hombre que había sido mi primo, mi señor, mi amigo, sería recordado como un hereje en lugar de como un visionario.

No podía permitirlo.

Pasé las semanas siguientes preparando la mentira.

Hablé con los obispos. Les conté historias de batallas contra el moro, de cruces brillando en el cielo, de milagros que nunca ocurrieron. Les di lo que querían oír: un héroe cristiano, un campeón de la fe, un santo guerrero que había muerto luchando contra los enemigos de Dios.

Escribí cartas a Alfonso, el rey que había desterrado a Rodrigo dos veces. Le aseguré que Valencia seguía siendo leal a Castilla, que Jimena gobernaría en nombre de la corona, que los pactos con los moros habían sido solo estratagemas de guerra.

Y mientras la mentira crecía, yo trabajaba en secreto para preservar la verdad.

Los documentos originales —los pactos, las cartas, los tratados— los reuní todos en un arcón de madera de cedro. Junto a ellos puse la mano de Rodrigo, sellada en un relicario de plata que había pertenecido a su madre. Y añadí algo más: un pergamino donde escribí todo lo que sabía, todo lo que había visto, todo lo que Rodrigo me había contado durante las noches de campaña cuando el vino aflojaba la lengua y los sueños salían a pasear.

La verdad completa.

Ahora necesitaba un lugar donde esconderla.

Valencia no era seguro. Tarde o temprano, los almorávides volverían. O Alfonso enviaría a sus hombres a tomar la ciudad. O la Iglesia empezaría a hacer preguntas incómodas.

Necesitaba un lugar alejado, olvidado, donde nadie pensara en buscar.

Pensé en mis tierras.

Minaya. Un pueblo perdido en la llanura manchega, tan lejos de Valencia como de Toledo, tan insignificante que ni los reyes ni los obispos se molestaban en mirarlo. Había heredado aquellas tierras de mi padre, pero nunca había hecho nada con ellas. Solo había polvo, viñedos raquíticos y campesinos que malvivían arrancando trigo a una tierra que no quería darlo.

El lugar perfecto.

Volví a Castilla en otoño, cuando las lluvias convirtieron los caminos en ríos de barro. Llevaba conmigo el arcón con los documentos, escondido en un carro de provisiones que nadie se molestó en registrar. Y llevaba un plan.

Iba a construir una iglesia.

No una iglesia cualquiera. Una fortaleza disfrazada de templo. Con muros gruesos, torres de vigilancia, y debajo —muy debajo, donde nadie pensaría en mirar— una red de cámaras y túneles donde la verdad pudiera dormir en paz.

Contraté a los mejores alarifes que pude encontrar. Moros de Toledo, que sabían construir como nadie en el mundo cristiano. Les pagué en oro y en silencio. Y durante tres años, mientras el mundo seguía girando y las guerras seguían matando, levantamos piedra sobre piedra el monumento a mi mentira.

La iglesia de Santiago.

Un nombre irónico, si lo piensas. Santiago Matamoros, el santo patrón de los que mataban infieles. Bauticé con su nombre el templo

que guardaba la prueba de que el mayor héroe de España había querido vivir en paz con ellos.

Rodrigo habría apreciado la ironía.

Cuando la iglesia estuvo terminada, bajé solo a las cámaras profundas.

Llevaba el arcón en brazos, como si fuera un niño dormido. Lo deposité en el centro de la última cámara, la que estaba a quince metros bajo tierra, más allá de los túneles falsos y las trampas que habían diseñado los alarifes.

Y entonces hice algo que no había planeado.

Me arrodillé.

No para rezar. Hacía años que había dejado de creer en el Dios de los obispos, el Dios que bendecía matanzas y condenaba a hombres buenos por pensar diferente. Me arrodillé para hablar con Rodrigo.

—Está hecho, primo —dije—. La verdad está a salvo. Dormirá aquí hasta que el mundo esté preparado para oírla.

El silencio de la cámara fue mi única respuesta.

—No sé cuánto tiempo pasará. Quizá siglos. Quizá nunca. Pero mientras haya alguien de nuestra sangre, habrá alguien que guarde el secreto. Alguien que recuerde lo que quisiste construir.

Me levanté. Saqué del bolsillo un anillo que había mandado forjar en Toledo. Un sello de hierro con el escudo de nuestra familia y una inscripción que pocos sabrían leer.

Veritas liberabit vos.

La verdad os hará libres.

Lo dejé sobre el arcón, junto a una carta que explicaba cómo encontrar este lugar y cómo abrirlo. Una carta que solo tendría sentido para quien supiera qué buscar.

Y luego subí las escaleras, cerré las puertas, y sellé la entrada con piedras que parecían parte del suelo.

Viví treinta años más.

Vi morir a Jimena, de vejez y de tristeza, sin saber nunca que la verdad sobre su esposo dormía bajo una iglesia manchega. Vi casarse a sus hijas con nobles castellanos que nunca supieron que su suegro había sido un hereje. Vi crecer la leyenda del Cid hasta convertirse en algo más grande que el hombre.

Y guardé el secreto.

Lo pasé a mi hijo antes de morir, y él lo pasó al suyo, y así durante generaciones. Cambié nuestro nombre —de Fáñez a Alarcón, para

que nadie nos conectara con el Cid— y establecí la regla que nos gobernaría durante siglos: guardar, proteger, esperar.

Esperar a que el mundo estuviera preparado.

No sé si alguna vez lo estará. Los hombres son crueles, y el miedo es más fuerte que la esperanza. Pero Rodrigo creía que un día, en algún momento del futuro, alguien entendería lo que él había intentado hacer. Alguien valoraría el sueño más que la mentira.

Yo le prometí que ese día llegaría.

Y un Alarcón siempre cumple sus promesas.

Estas palabras las escribo en el año del Señor de 1132, treinta y tres años después de la muerte de Rodrigo. Soy viejo, estoy enfermo, y pronto me reuniré con mi primo en el lugar donde van los que hicieron lo que tenían que hacer.

Si lees esto, eres de mi sangre. Eres un guardián, como lo fui yo. Y tienes una decisión que tomar.

La verdad duerme bajo la iglesia de Santiago, en el pueblo que lleva mi nombre. La Llave está con ella, esperando. La Cerradura está en la piedra del altar, oculta a la vista de todos.

Cuando llegue el momento —y sabrás cuándo es el momento—, baja a las profundidades. Abre el arcón. Lee los documentos. Y decide.

Decide si el mundo está preparado.

Decide si la verdad debe salir a la luz.

Decide si el sueño de Rodrigo merece vivir.

Yo hice mi parte. Ahora te toca a ti hacer la tuya.

Álvar Fáñez de Minaya, llamado Alarcón.

Guardián del Pacto.

Arquitecto de la Mentira.

Retoque editorial: *La estela respondió, pero no como esperaba. Parte de la inscripción quedó ilegible, erosionada por una decisión tomada con prisa. Lucas entendió entonces que la historia que buscaba ya no podría reconstruirse completa, y la culpa fue inmediata.*

Capítulo 18: *El Regreso del Fantasma*

El convento olía a lluvia inminente.

Lucas, Aparna y Villena estaban sentados en lo que quedaba del claustro mayor, rodeados de muros cubiertos de enredaderas y columnas que el tiempo había vuelto grises. El cielo se había oscurecido durante la última hora, cargándose de nubes negras que prometían monzón.

—Cuéntanos qué pasó —dijo Lucas.

Aparna tenía las manos apretadas sobre las rodillas. No había soltado a Lucas desde que se encontraron, como si temiera que fuera a desaparecer si lo dejaba ir.

—Fue hace cuatro días —empezó—. Estaba en la basílica, trabajando en la restauración del techo de la sacristía. Llegaron sin avisar. Tres hombres con trajes oscuros. Preguntaron por mí.

—¿Cómo te enteraste?

—El hermano Thomas me avisó. Tiene un teléfono que guarda para emergencias. Me llamó y me dijo que saliera por la puerta de atrás, que no mirara atrás, que corriera.

—Y corriste.

—Corrí. —Aparna tragó saliva—. Fui a casa primero. Mi madre estaba allí. Le dije que se escondiera en casa de los vecinos, pero no quiso. Dijo que nadie iba a echarla de su propia casa.

La voz de Aparna se quebró. Lucas le apretó la mano.

—¿Qué pasó después?

—Me fui. Me escondí en casa de un amigo de la universidad, en Panjim. Pasé dos días sin saber nada. Luego los vecinos llamaron. Dijeron que habían venido hombres, que habían preguntado por mí, que mi madre les había dicho que no sabía dónde estaba.

—Y la golpearon.

—La golpearon. —Las lágrimas corrían por las mejillas de Aparna, pero su voz era firme—. Tiene sesenta años. Le rompieron dos

costillas. Y el corazón… el médico dice que el estrés le provocó una arritmia. Está estable, pero…

No terminó la frase. No hacía falta.

Villena se levantó y caminó hacia uno de los arcos, mirando hacia la selva.

—¿El diario? —preguntó sin girarse—. ¿Las fotografías que te dio el hermano Thomas?

Aparna se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Están a salvo. Las escondí antes de huir.

—¿Dónde?

—En la basílica. En un lugar que solo yo conozco.

Lucas frunció el ceño.

—¿En la basílica? Pero si está vigilada…

—Lo sé. Por eso no he podido recuperarlas. —Aparna lo miró—. El pendrive está en un hueco detrás de un panel de madera, en la capilla lateral izquierda. Lo puse ahí hace meses, cuando empecé a sospechar que alguien me seguía. Un escondite de emergencia.

—¿Sospechabas que te seguían? —preguntó Lucas—. ¿Desde cuándo?

—Desde que empezamos a investigar el diario de Pacheco. Notaba cosas. Un coche que pasaba demasiadas veces por mi calle. Un hombre que veía en lugares distintos. Pensé que era paranoia, pero…

—No era paranoia.

—No. —Aparna negó con la cabeza—. Era real.

El viento cambió de dirección, trayendo el olor del mar mezclado con tierra mojada. El monzón estaba cerca. Lucas lo sentía en la piel, en la forma en que el aire se volvía más denso, más eléctrico.

—Tenemos que recuperar ese pendrive —dijo Villena, girándose hacia ellos—. Sin él, no tenemos el mecanismo de apertura. Los planos de Julián muestran la estructura, pero no cómo activarla.

—¿Y cómo propone que lo hagamos? —preguntó Lucas—. La basílica está vigilada. Aparna es buscada. Y nosotros probablemente también.

—Entramos de noche. —Villena volvió a sentarse—. Conozco la basílica. Estuve allí hace años, cuando financié una restauración del mausoleo de Francisco Javier. Hay formas de entrar que no aparecen en los planos oficiales.

—¿Qué formas?

—El sistema de drenaje. La basílica está construida cerca del río Mandovi. Tiene canales subterráneos que evacuan el agua durante el monzón. Son estrechos, pero transitables.

Aparna negó con la cabeza.

—Los conozco. Trabajo allí, ¿recuerdas? Esos canales están cerrados con rejas desde hace décadas. Después de que unos ladrones intentaran usarlos para robar reliquias.

—Las rejas se pueden cortar.

—Y las alarmas se pueden activar. Hay sensores en todo el sistema de drenaje. Si alguien entra, salta la alarma y la policía está allí en cinco minutos.

Villena frunció el ceño. Era la primera vez que Lucas lo veía sin respuesta.

—Hay otra forma —dijo Aparna después de un momento.

—¿Cuál?

—El hermano Tomás. Es el sacristán. Lleva treinta años trabajando en la basílica. Conoce cada piedra, cada puerta, cada pasadizo. Y me debe un favor.

—¿Qué clase de favor?

—Hace dos años, encontré unos documentos que lo habrían metido en problemas. Registros de donaciones que no cuadraban. Nada grave, pero suficiente para que el hermano Anand lo expulsara. No dije nada. —Aparna se encogió de hombros—. Tomás es un buen hombre. Solo intentaba ayudar a su familia.

—¿Crees que nos ayudará?

—Creo que no tiene elección. Si le cuento lo que está pasando, si le explico quiénes son los que vigilan la basílica… —Aparna hizo una pausa—. Tomás odia a la gente que usa la religión para hacer daño. Y estos hombres han hecho mucho daño.

Lucas miró a Villena. El hombre asintió despacio.

—De acuerdo. ¿Cómo contactamos con él?

—No podemos ir a la basílica. Pero Tomás vive en Fontainhas, a tres calles de la casa de mi madre. Puedo llegar hasta allí sin que me vean. Si voy de noche, con la lluvia…

—Es peligroso.

—Todo es peligroso. —Aparna se levantó—. Pero no tenemos otra opción.

La lluvia empezó a caer al atardecer.

No fue un comienzo gradual, como en Europa. Fue un golpe. Un muro de agua que cayó del cielo sin previo aviso, convirtiendo el mundo en un caos de ruido y movimiento.

Lucas nunca había visto llover así. En la Mancha, la lluvia era un visitante raro y tímido. Aquí era un ejército invasor que no pedía permiso.

—El monzón —dijo Aparna, mirando hacia el cielo desde el refugio del claustro—. Llegó temprano este año.

—¿Es bueno o malo para nosotros?

—Bueno. La lluvia dificulta la vigilancia. Las cámaras no funcionan bien con tanta agua. Y la gente no mira a la calle cuando llueve así.

Esperaron a que oscureciera del todo. Villena había encontrado comida en algún lugar —fruta, pan, queso que sabía a cartón— y comieron en silencio, escuchando el tamborileo de la lluvia sobre las piedras.

A las nueve, Aparna se levantó.

—Es hora.

—Voy contigo —dijo Lucas.

—No. Fontainhas está vigilado. Dos personas llaman más la atención que una. —Aparna le puso una mano en el hombro—. Confía en mí. Sé moverme por mi propio barrio.

Lucas quiso protestar, pero sabía que tenía razón. Aparna conocía Goa como él conocía Minaya. Cada callejón, cada atajo, cada sombra donde esconderse.

—Ten cuidado —dijo.

—Lo tendré.

Se fue sin más ceremonia, desapareciendo entre la lluvia como un fantasma.

Lucas y Villena se quedaron solos en el convento.

El silencio se extendió entre ellos, roto solo por el ruido del agua. Lucas miraba hacia la oscuridad donde Aparna había desaparecido, con el estómago encogido por la preocupación.

—Volverá —dijo Villena.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque es fuerte. Más fuerte que nosotros. —Villena sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió, protegiendo la llama de la lluvia —. Las mujeres como ella no se rinden.

Lucas lo miró. A la luz del cigarrillo, el rostro de Villena parecía más viejo, más cansado.

—¿Por qué hace esto? —preguntó Lucas—. De verdad. No me venga con discursos sobre la verdad y la historia. ¿Por qué está usted aquí, arriesgando su vida por algo que pasó hace mil años?

Villena dio una calada larga.

—¿Quiere la verdad?

—La quiero.

—Mi padre era como el suyo. Obsesionado con el secreto del Cid. Pasó toda su vida buscándolo. Y cuando murió, me dejó dos cosas: una fortuna que no me había ganado y una pregunta que no podía responder.

—¿Qué pregunta?

—Si lo que buscaba era real o era una fantasía. —Villena exhaló el humo hacia la lluvia—. Durante veinte años, he intentado responder esa pregunta. He gastado millones, he viajado por medio mundo, he comprado documentos y sobornado archiveros. Y nunca encontré nada concreto. Hasta que apareció usted.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que era real. Los planos de su padre. El anillo de Pacheco. La inscripción del convento. —Villena lo miró—. Todo era real. Mi padre no estaba loco. El suyo tampoco.

Lucas pensó en eso. En dos hombres que nunca se conocieron, separados por generaciones y por kilómetros, persiguiendo el mismo fantasma.

—¿Y si lo que encontramos no vale la pena? —preguntó—. ¿Y si después de todo esto, lo que hay bajo la iglesia de Minaya es solo… polvo?

—Entonces al menos sabremos. —Villena apagó el cigarrillo contra la piedra mojada—. A veces, saber es suficiente.

Lucas no respondió. No estaba seguro de estar de acuerdo.

Aparna volvió a las dos de la madrugada.

Estaba empapada, cubierta de barro hasta las rodillas, pero sonreía.

—Lo tengo —dijo, levantando un papel doblado—. Tomás nos ayudará. Mañana a medianoche, nos abrirá la puerta de la sacristía. Tendremos quince minutos antes de que pase la ronda de seguridad.

—¿Quince minutos?

—Es todo lo que puede darnos. —Aparna se quitó el agua del pelo —. Pero es suficiente. Sé exactamente dónde está el pendrive. Entro, lo cojo, salgo. Cinco minutos como mucho.

—¿Y los otros diez?

—Por si algo sale mal.

Lucas cogió el papel. Era un dibujo a mano, un plano de la basílica con una ruta marcada en rojo. La puerta de la sacristía, el pasillo hacia la capilla lateral, el panel de madera donde estaba escondido el pendrive.

—Parece sencillo —dijo.

—Las cosas sencillas son las más difíciles. —Aparna se sentó junto a él—. Pero lo conseguiremos.

—¿Cómo está Tomás?

—Asustado. Pero dispuesto. Dice que ha visto a los hombres que vigilan la basílica. Que no son policías ni funcionarios. Que tienen pinta de… —Aparna buscó la palabra—. De mercenarios.

—La Orden —dijo Villena.

—Probablemente. —Aparna miró hacia la lluvia—. También me dio noticias de mi madre.

—¿Cómo está?

—Estable. Los médicos dicen que se recuperará. Pero… —Su voz se quebró—. Pero pregunta por mí. Todos los días. Y yo no puedo ir a verla.

Lucas le pasó un brazo por los hombros. Ella se apoyó contra él, temblando de frío y de algo más.

—Cuando esto termine —dijo Lucas—, podrás verla. Podrás contarle todo.

—¿Y si no termina bien?

—Terminará bien.

—No lo sabes.

—No. —Lucas la apretó contra su cuerpo—. Pero tengo que creerlo. Es lo único que me mantiene en pie.

Aparna no respondió. Pero Lucas sintió cómo se relajaba un poco, cómo el temblor se calmaba.

Afuera, la lluvia seguía cayendo.

El monzón había llegado.

Y con él, la cuenta atrás había empezado.

Retoque editorial: *Cuando comprendió la traición, no sintió rabia, sino una certeza fría: había sido utilizado porque era previsible. El atentado no lo dejó herido por fuera, pero desde ese momento el espacio cerrado de las bodegas empezó a faltarle el aire.*

Capítulo 19: *La Garganta del Mandovi*

El río estaba crecido.

Lucas lo vio desde la orilla, una masa negra que arrastraba ramas y basura hacia el mar. El monzón había convertido el Mandovi en un monstruo, un animal hambriento que rugía en la oscuridad.

—Por aquí —susurró Aparna.

Caminaban por un sendero de tierra que bordeaba el río, ocultos entre la vegetación. La basílica estaba a doscientos metros, su silueta recortada contra el cielo nocturno como un gigante dormido. Las luces de seguridad brillaban en el perímetro, pero la lluvia las convertía en manchas borrosas, inútiles.

Eran las once y cuarenta y cinco. Quince minutos para la cita con Tomás.

Villena había insistido en quedarse en el convento. "Tres personas son demasiadas", había dicho. "Dos pueden pasar desapercibidas. Tres son una multitud." Lucas no había discutido. En el fondo, se alegraba de tener a Aparna para él solo.

Llegaron a un muro bajo que separaba el sendero de los jardines de la basílica. Aparna se detuvo y miró el reloj.

—Cinco minutos.

—¿Cómo sabremos que Tomás ha abierto?

—Veremos una luz. En la ventana de la sacristía. Tres parpadeos.

Esperaron. La lluvia caía con fuerza, empapándoles la ropa, chorreando por sus caras. Lucas apenas podía ver a Aparna a su lado, apenas podía distinguir la basílica entre las cortinas de agua.

Entonces vio la luz.

Un parpadeo. Dos. Tres.

—Ahora —dijo Aparna.

Saltaron el muro y corrieron a través del jardín. El suelo estaba convertido en barro que les succionaba los pies. Lucas resbaló una vez, se levantó, siguió corriendo. La puerta de la sacristía apareció ante ellos, una sombra más oscura en la pared oscura.

Estaba entreabierta.

Entraron.

El interior era un alivio después de la lluvia. Olía a incienso y a humedad antigua, ese olor de las iglesias que llevan siglos absorbiendo oraciones. La oscuridad era casi total, pero Aparna conocía el camino.

—Por aquí —susurró, cogiéndole la mano.

Lo guió a través de un pasillo estrecho, pasando junto a armarios de madera y estanterías llenas de objetos litúrgicos. Lucas entreveía formas en la penumbra: un crucifijo, un cáliz, la silueta de un santo con los brazos extendidos.

Llegaron a una puerta que daba a la nave principal.

Aparna se detuvo.

—La capilla lateral está a la derecha. Veinte pasos. El panel está junto al segundo banco, a la altura de la rodilla.

—¿Y los guardias?

—La ronda pasa cada treinta minutos. Tomás nos ha dado una ventana de quince. —Aparna apretó su mano—. Vamos.

Abrió la puerta.

La nave de la basílica se extendía ante ellos, inmensa y silenciosa. La única luz venía de unas velas eléctricas junto al altar, que proyectaban sombras danzantes sobre las columnas. El mausoleo de Francisco Javier brillaba tenuemente al fondo, un bloque de mármol blanco que parecía flotar en la oscuridad.

Caminaron pegados a la pared, evitando el pasillo central. Sus pasos resonaban a pesar de que intentaban ser silenciosos. Cada crujido del suelo sonaba como un disparo.

La capilla lateral apareció a la derecha. Un espacio pequeño, con un altar dedicado a algún santo que Lucas no reconoció y bancos de madera alineados frente a él.

Aparna se arrodilló junto al segundo banco.

—Aquí —susurró.

Lucas la vio palpar la pared, buscando algo que él no podía ver. Sus dedos encontraron una hendidura, un borde donde el panel de madera se separaba ligeramente de la piedra.

Tiró.

El panel se abrió con un chasquido suave.

Aparna metió la mano en el hueco y sacó algo pequeño, del tamaño de un pulgar. El pendrive.

—Lo tengo.

Lucas exhaló. No se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Vámonos.

Se levantaron. Aparna guardó el pendrive en el bolsillo interior de su chaqueta, junto al corazón. Empezaron a caminar hacia la sacristía.

Y entonces oyeron la voz.

—Alto.

Lucas se congeló.

Un hombre estaba de pie en el pasillo central, bloqueándoles el paso hacia la sacristía. Era grande, con hombros de boxeador y una linterna en la mano que los cegó cuando la apuntó hacia ellos.

—Las manos donde pueda verlas.

Lucas levantó las manos. A su lado, sintió que Aparna hacía lo mismo.

—Date la vuelta. Despacio.

Se giraron. El hombre se acercó, con pasos que resonaban en el silencio de la basílica. Lucas vio que llevaba algo en la otra mano. Una pistola.

—Vaya, vaya. —El hombre sonrió—. La restauradora fugitiva. Y su amigo español. El jefe va a estar muy contento.

—¿Quién es el jefe? —preguntó Lucas.

—Cierra la boca. —El hombre se acercó más—. Ahora vais a venir conmigo. Sin ruido, sin tonterías. Si intentáis algo, os disparo. ¿Entendido?

Lucas asintió. Su mente trabajaba a toda velocidad, buscando una salida. Estaban atrapados. Sin armas, sin opciones, a merced de un hombre con pistola.

Entonces oyó otro sonido.

Un golpe sordo, como de algo pesado cayendo al suelo.

El guardia se giró.

Y Tomás apareció detrás de él, con un candelabro de bronce en las manos.

El golpe alcanzó al guardia en la nuca. El hombre se tambaleó, la linterna cayó al suelo, la pistola se disparó hacia el techo. Tomás golpeó de nuevo, y esta vez el guardia cayó y no se movió.

—Corred —dijo Tomás—. Hay más. Vienen.

No esperaron. Corrieron hacia la sacristía, saltando sobre el cuerpo inconsciente del guardia. Tomás los seguía, jadeando, con el candelabro todavía en la mano.

Salieron por la puerta de la sacristía. La lluvia los recibió como una bofetada.

—Por el río —dijo Aparna—. Es la única forma de perderlos.

Corrieron hacia el Mandovi. Lucas oía gritos detrás de ellos, el ruido de puertas abriéndose, el ladrido de órdenes. Pero la lluvia lo ahogaba todo, los envolvía, los escondía.

Llegaron a la orilla. El río rugía a sus pies, negro y furioso.

—Hay una barcaza —dijo Tomás, señalando hacia la izquierda—. Cien metros río abajo. Los pescadores la usan para cruzar cuando el puente está cerrado.

—¿Sabes manejarla?

—Sé remar.

Corrieron por la orilla, resbalando en el barro, tropezando con raíces invisibles. Lucas oía los pasos de sus perseguidores acercándose, el haz de linternas barriendo la oscuridad.

La barcaza apareció ante ellos. Una embarcación plana, de madera podrida, amarrada a un poste con una cuerda deshilachada. No parecía capaz de flotar, pero era todo lo que tenían.

—Subid —dijo Tomás.

Saltaron a la barcaza. Tomás desató la cuerda y cogió el remo. Empujó contra la orilla y la embarcación se deslizó hacia la corriente.

El río los atrapó inmediatamente.

Lucas sintió cómo la barcaza giraba, cómo la corriente la arrastraba hacia el centro del Mandovi. Tomás remaba con fuerza, intentando mantener el rumbo, pero el río era más fuerte que él.

En la orilla, las linternas se detuvieron. Gritos. Alguien disparó, pero las balas se perdieron en la oscuridad, en la lluvia, en el rugido del agua.

—¡Agachaos! —gritó Tomás.

Se agacharon en el fondo de la barcaza. El agua entraba por las rendijas de la madera, empapándolos, helándolos. Lucas abrazó a Aparna, sintiendo su cuerpo temblar contra el suyo.

Más disparos. Más lejos ahora.

—Los hemos perdido —dijo Tomás—. Por ahora.

Lucas levantó la cabeza. La orilla era una línea oscura en la distancia. Las linternas parecían luciérnagas, pequeñas e inofensivas.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Río abajo. Hasta el mar. —Tomás seguía remando, luchando contra la corriente—. Conozco un lugar donde podemos escondernos. Una aldea de pescadores. Nadie nos buscará allí.

La barcaza se sacudió cuando pasaron sobre algo sumergido. Lucas se agarró al borde, sintiendo la madera crujir bajo sus dedos.

—¿El pendrive? —preguntó.

Aparna se tocó el bolsillo.

—Está aquí. A salvo.

Lucas cerró los ojos. El río rugía a su alrededor, la lluvia caía sin descanso, y en algún lugar detrás de ellos había hombres con pistolas que querían matarlos.

Pero tenían el pendrive.

Tenían la información que necesitaban.

Y estaban vivos.

Por ahora, era suficiente.

Llegaron a la aldea al amanecer.

Era un puñado de casas de barro y paja, amontonadas en una playa gris donde las olas rompían con pereza. Redes de pesca colgaban de postes de madera, y el olor a sal y a pescado lo impregnaba todo.

Tomás los guió hasta una casa al final del pueblo. Una mujer vieja los recibió sin hacer preguntas, les dio ropa seca y sopa caliente, y los dejó solos en una habitación con el suelo de tierra y las paredes de barro.

—Es mi tía —explicó Tomás—. No habla inglés. No entiende lo que está pasando. Pero sabe que necesitáis ayuda.

—Gracias —dijo Lucas—. Por todo. El guardia… podrías haber muerto.

—Podría. —Tomás se encogió de hombros—. Pero hay cosas peores que morir. Como vivir sabiendo que no hiciste nada cuando podías hacer algo.

Se fue, dejándolos solos.

Aparna sacó el pendrive del bolsillo y lo miró.

—Esto es lo que mi madre casi murió por proteger —dijo—. Más vale que valga la pena.

—Lo valdrá.

—¿Cómo lo sabes?

Lucas no respondió. No lo sabía. Solo lo esperaba.

Se tumbaron en el suelo de tierra, exhaustos, empapados, temblando de frío. Lucas pasó un brazo alrededor de Aparna y ella se acurrucó contra él, buscando calor.

—Deberíamos dormir —dijo ella.

—Sí.

—Pero no puedo. Cada vez que cierro los ojos, veo a mi madre en el hospital.

Lucas le acarició el pelo, apartándole un mechón húmedo de la cara.

—Tu madre es fuerte. Como tú.

—No soy fuerte. Tengo miedo todo el tiempo.

—El coraje no es no tener miedo. Es hacer lo que hay que hacer a pesar del miedo.

Aparna levantó la cabeza y lo miró. Sus ojos brillaban en la penumbra del amanecer.

—¿De dónde has sacado eso?

—De una galleta de la fortuna. En un restaurante chino de Bangalore.

Aparna se rió. Una risa pequeña, rota, pero real.

—Eres idiota.

—Lo sé.

Se miraron. El momento se extendió, cargado de algo que ninguno de los dos quería nombrar.

Y entonces Aparna cerró los ojos y apoyó la cabeza en su pecho.

—Duerme —dijo—. Mañana pensaremos en lo que viene después.

Lucas cerró los ojos también.

Afuera, el sol empezaba a asomar entre las nubes del monzón.

Y en algún lugar de Goa, los hombres que los perseguían seguían buscando.

Pero por ahora, estaban a salvo.

Por ahora, era suficiente.

Capítulo 20: *El Guardián del Subsuelo*

Villena llegó al mediodía.

Lucas lo vio aparecer por el camino de la playa, con la ropa arrugada y el pelo revuelto, tan distinto del aristócrata impecable que había conocido en Madrid. Detrás de él venía Tomás, que había ido a buscarlo al convento de Santa Mónica.

—Estáis vivos —dijo Villena, y había algo parecido al alivio en su voz—. Cuando oí los disparos anoche, pensé lo peor.

—Casi lo peor —dijo Lucas—. Pero Tomás nos salvó.

Villena miró al sacristán, evaluándolo.

—Gracias. Le debo una.

—No me debe nada. —Tomás se sentó en una roca junto a la puerta de la casa—. Hice lo que tenía que hacer.

Entraron. La tía de Tomás había preparado más sopa y un plato de arroz con pescado que olía a especias que Lucas no conocía. Comieron en silencio, con el hambre de los que llevan demasiado tiempo huyendo.

Cuando terminaron, Aparna sacó el pendrive.

—Es hora de ver qué tenemos.

Tomás había traído un portátil viejo, de los que usaban los pescadores para consultar el tiempo y los precios del mercado. La pantalla tenía grietas y el teclado estaba pegajoso de sal, pero funcionaba.

Aparna insertó el pendrive.

Setenta y tres archivos. Fotografías del diario de Pacheco, tal como el hermano Thomas les había dado hacía semanas. Pero ahora tenían tiempo para estudiarlas con calma.

—Busca las páginas sobre el mecanismo —dijo Villena—. Pacheco tuvo que escribir cómo se abre la cámara.

Aparna fue pasando las imágenes. Latín eclesiástico, letra apretada, dibujos en los márgenes. Lucas reconocía algunas palabras, pero el significado se le escapaba.

—Aquí —dijo Aparna de pronto.

La imagen mostraba una página diferente a las demás. En lugar de texto, había un dibujo técnico. Un círculo con líneas que irradiaban hacia fuera, como los rayos de un sol. Y en el centro, una forma que Lucas reconoció inmediatamente.

El anillo.

—Es un esquema —dijo Aparna—. Mira. El anillo encaja en este hueco central. Y cuando gira, activa estos… ¿engranajes? —Amplió la imagen—. Es un mecanismo de relojería. Medieval, pero sofisticado.

—¿Cómo funciona?

—Según esto, el anillo tiene que insertarse en la cerradura y girarse en una secuencia específica. —Aparna leyó las anotaciones en latín—. "Tres veces hacia el sol, dos veces hacia la luna, una vez hacia la estrella." Es una metáfora.

—¿De qué?

La ayuda llegó, pero no salió gratis. Perdieron tiempo, una pista quedó atrás y alguien dejó de responder al teléfono. No era un fracaso. Era una advertencia.

—Derecha, izquierda, derecha. —Aparna lo miró—. Sol es derecha, porque sale por el este. Luna es izquierda, porque la asociaban con el oeste. Y estrella… estrella es el norte. Arriba. Un último giro vertical.

—¿Y eso abre la puerta?

—Eso activa el mecanismo. Según Pacheco, hay un sistema hidráulico bajo la iglesia. Cisternas de agua que alimentan contrapesos. Cuando el mecanismo se activa, el agua fluye y los contrapesos bajan. Y la puerta se abre.

Lucas intentó imaginarlo. Una máquina de mil años, diseñada por alarifes moros que sabían de ingeniería lo que Europa tardaría siglos en aprender. Durmiendo bajo una iglesia manchega, esperando a que alguien encontrara la llave.

—¿Sigue funcionando? —preguntó—. Después de tanto tiempo.

—No lo sabremos hasta que lo intentemos. —Villena se inclinó sobre la pantalla—. ¿Hay algo más? ¿Algo sobre lo que encontraremos dentro?

Aparna pasó más páginas. Se detuvo en una que mostraba otro dibujo: una cámara circular con nichos en las paredes y un pedestal en el centro.

—“La Biblioteca del Silencio“ —tradujo—. Así la llama Pacheco. Dice que contiene “los testimonios de la verdad, guardados para quien venga a buscarlos“. Y menciona… —Se detuvo.

—¿Qué?

—La mano. —Aparna leyó en voz baja—. “La mano del Campeador, conservada como prueba de que el hombre existió y de que sus pactos fueron reales. La carne que firmó los tratados, preservada en sal y mirra, esperando el día del juicio.“

El silencio cayó sobre la habitación.

Lucas pensó en Álvar Fáñez, arrodillado junto al cadáver de su primo, cortando la mano que había empuñado espadas y firmado documentos. Un acto de barbarie que era también un acto de fe. La creencia de que algún día, alguien necesitaría esa prueba.

—ADN —dijo Villena de pronto.

—¿Qué?

—Si la mano está conservada, podemos extraer ADN. Compararlo con los restos del Cid en la catedral de Burgos. Probar científicamente que es auténtica.

—Los restos de Burgos están mezclados con los de Jimena —dijo Aparna—. No sé si sería posible…

—Sería complicado, pero no imposible. Y aunque no pudiéramos hacer la comparación, el carbono 14 datería los tejidos. Podríamos probar que son del siglo XI.

Lucas los escuchaba hablar de ADN y datación como si fueran procedimientos rutinarios. Para él, todo aquello seguía siendo irreal. Una mano cortada hace mil años, documentos que podían cambiar la historia, una máquina hidráulica esperando bajo una iglesia de pueblo.

Y él en medio de todo, con un anillo de hierro en el bolsillo.

—¿Cuándo volvemos? —preguntó.

Villena y Aparna lo miraron.

—¿Volver? —dijo Villena.

—A España. A Minaya. Tenemos todo lo que necesitamos. El anillo, los planos, las instrucciones para abrir el mecanismo. ¿Qué sentido tiene quedarnos aquí?

—El sentido es que aquí estamos a salvo —dijo Aparna—. En España nos buscan. La Orden tiene gente en todas partes. Si volvemos…

—Si nos quedamos, no conseguimos nada. —Lucas se levantó—. Mi padre murió buscando esto. Tu madre está en el hospital por esto. Tomás arriesgó su vida por esto. ¿Y vamos a escondernos en una aldea de pescadores mientras la verdad sigue enterrada?

—Lucas tiene razón —dijo Villena—. No podemos quedarnos indefinidamente. Y cuanto más esperemos, más tiempo tienen ellos para encontrar otra forma de entrar.

—Ya tienen georradar —añadió Lucas—. Saben que hay una cavidad. Es cuestión de tiempo que encuentren la entrada. Y cuando lo hagan…

No terminó la frase. No hacía falta.

Aparna miró el portátil, luego a Lucas, luego a Villena.

—Mi madre —dijo—. No puedo irme sin verla.

—Es peligroso.

—Me da igual. —Aparna cerró el portátil—. Si vamos a volver a España, si vamos a terminar esto, necesito despedirme. Necesito decirle que la quiero. Por si…

No terminó la frase.

Lucas asintió. Qué remedio.

—Iremos al hospital. De noche, cuando haya menos vigilancia.

—Es una locura —dijo Villena.

—Todo esto es una locura. —Lucas lo miró—. Pero es la locura correcta.

Esperaron a que cayera la noche.

Tomás consiguió un coche prestado —un Ambassador desvencijado que tosía cada vez que cambiaba de marcha— y los llevó hasta las afueras de Panjim. El hospital estaba en el centro de la ciudad, un edificio blanco de tres plantas que brillaba bajo las farolas.

—Hay guardias en la entrada principal —dijo Tomás—. Pero conozco a alguien que trabaja en la cocina. Puede meteros por la puerta de servicio.

—¿Otra persona a la que le debes un favor?

—Goa es pequeño. Todo el mundo debe favores a todo el mundo.

Esperaron en el coche mientras Tomás iba a hablar con su contacto. Volvió diez minutos después con una mujer de mediana edad que llevaba un uniforme de cocina manchado de salsa.

—Os dará cinco minutos —dijo Tomás—. Habitación 217. Segundo piso, ala este. No hagáis ruido.

Siguieron a la mujer por un callejón lateral hasta una puerta metálica que daba a las cocinas. El olor a comida de hospital —grasa recalentada, verduras hervidas— les golpeó la cara. Pasaron junto a fogones apagados y neveras industriales, subieron por una escalera de servicio, y salieron a un pasillo iluminado con luz fluorescente.

—Por ahí —dijo la mujer, señalando hacia la izquierda—. Rápido.

Caminaron deprisa, con la cabeza baja, evitando mirar a las enfermeras que pasaban. La habitación 217 estaba al final del pasillo.

Aparna se detuvo ante la puerta.

—Espera aquí —le dijo a Lucas—. Necesito hacer esto sola.

Lucas asintió. Qué remedio.

Aparna entró.

Él se quedó en el pasillo, apoyado contra la pared, mirando el suelo de linóleo gastado. Oyó voces al otro lado de la puerta. La voz de Aparna, rota, susurrando palabras que no pudo entender. Y otra voz, más débil, que solo podía ser Shanti.

El tiempo se estiró.

Dos minutos. Tres. Cuatro.

Lucas empezó a ponerse nervioso. Tomás había dicho cinco minutos. El contacto de la cocina estaría esperando.

Y entonces la puerta se abrió.

Aparna salió. Tenía los ojos rojos y las mejillas mojadas, pero su expresión era firme.

—Vámonos —dijo.

—¿Cómo está?

—Débil. Pero luchando. —Aparna se limpió las lágrimas—. Me ha dicho que encuentre la verdad. Que la encuentre y la cuente al mundo. Que eso es lo que habría querido mi padre.

Lucas no sabía que el padre de Aparna había muerto. Nunca había preguntado.

—¿Tu padre?

—Murió cuando yo tenía quince años. Era historiador. Estudiaba el colonialismo portugués en Goa. —Aparna esbozó una sonrisa triste —. Quizá por eso me convertí en restauradora. Para estar cerca de la historia que él amaba.

Caminaron de vuelta hacia las escaleras de servicio. El pasillo seguía vacío, las enfermeras ocupadas en otras alas.

—Mi madre me ha dado algo —dijo Aparna.

—¿Qué?

Aparna metió la mano en el bolsillo y sacó un papel doblado. Lo abrió.

Era una carta. Vieja, amarillenta, con los bordes rotos por el tiempo. Y al final, una firma que Lucas reconoció.

Julián Alarcón.

—Tu padre escribió a mi madre —dijo Aparna—. Hace treinta y cinco años. Le contó lo que buscaba. Le pidió que guardara algo para él.

—¿Qué cosa?

—No lo sé. Mi madre dice que está en casa, en una caja que mi padre escondió antes de morir. —Aparna lo miró—. Otra pieza del rompecabezas. Otra conexión que no conocíamos.

Lucas cogió la carta. La letra de su padre, temblorosa, escribiendo a una mujer que vivía al otro lado del mundo. Pidiendo ayuda para guardar un secreto.

¿Cuántas piezas más había? ¿Cuántas conexiones ocultas, cuántas personas que habían dedicado sus vidas a proteger esta verdad?

—Tenemos que encontrar esa caja —dijo.

—Lo haremos. Pero primero, España. —Aparna guardó la carta—. Mi madre tiene razón. Hay que encontrar la verdad. Y hay que contarla.

Bajaron las escaleras de servicio y salieron por la cocina. Tomás los esperaba en el coche, con el motor encendido.

—¿Todo bien?

—Todo bien —dijo Aparna.

Se metieron en el coche y arrancaron. Panjim quedó atrás, con sus luces y su ruido, y la carretera se abrió ante ellos, oscura e interminable.

Villena los esperaba en la aldea de pescadores. Había conseguido billetes para un vuelo a Bombay que salía al amanecer. De Bombay a Dubai. De Dubai a Madrid.

Treinta horas de viaje.

Treinta horas para planear cómo entrar en una iglesia vigilada, activar un mecanismo de mil años, y sacar a la luz una verdad que podía cambiar la historia.

Lucas miró por la ventanilla del coche. Las estrellas brillaban entre las nubes del monzón, frías y lejanas.

En algún lugar, bajo esas mismas estrellas, estaba Minaya.

Y bajo Minaya, la verdad esperaba.

Capítulo 21: *La Celda del Silencio*

No llegaron a tomar el vuelo.

Los encontraron en el aeropuerto de Bombay.

Lucas los vio primero: dos hombres con trajes oscuros que se movían entre la multitud con la precisión de tiburones. No miraban a nadie en particular, pero lo miraban todo. Profesionales.

—Villena —susurró.

—Los veo.

Estaban en la cola del control de seguridad, a veinte metros de la salvación. Los billetes en el bolsillo, los pasaportes en la mano. Tan cerca.

—Hay más —dijo Aparna—. A la derecha. Junto a la tienda de souvenirs.

Lucas giró la cabeza con disimulo. Otros dos hombres, con la misma ropa, la misma actitud. Formando un perímetro.

—¿Cómo nos han encontrado? —preguntó.

—No lo sé. —Villena miraba hacia las salidas—. Pero no podemos quedarnos aquí.

—Si corremos, nos verán.

—Si no corremos, nos atraparán.

La cola avanzó. Diez metros para el control de seguridad. Los hombres de traje se acercaban, estrechando el cerco.

Y entonces sonó la alarma.

No una alarma de seguridad. Una alarma de incendios. Un aullido ensordecedor que llenó la terminal, seguido de luces rojas parpadeantes y una voz mecánica que ordenaba la evacuación.

El caos fue instantáneo.

Miles de personas empezaron a moverse a la vez, empujándose hacia las salidas, gritando en docenas de idiomas. Los hombres de traje desaparecieron entre la multitud, arrastrados por la marea humana.

—¡Ahora! —gritó Villena.

Corrieron. No hacia las salidas de emergencia, donde todo el mundo iba, sino hacia una puerta lateral que Lucas no había visto.

Una puerta de servicio, sin marcar, que Villena abrió con una tarjeta que sacó del bolsillo.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Lucas.

—Contactos. —Villena los guió por un pasillo estrecho—. Siempre hay que tener un plan B.

Salieron a una zona de carga, llena de contenedores y vehículos de equipaje. El sol de la mañana les golpeó la cara, cegador después de la penumbra del pasillo.

—Por aquí —dijo Villena.

Corrieron entre los contenedores hasta llegar a una valla que separaba la zona de carga de un aparcamiento. La saltaron y aterrizaron junto a un coche que esperaba con el motor encendido.

Rajan estaba al volante.

—Entrad —dijo—. Rápido.

Se metieron en el coche. Rajan arrancó antes de que cerraran las puertas, saliendo del aparcamiento a toda velocidad.

—¿La alarma? —preguntó Lucas.

—Yo —dijo Rajan—. El señor Villena me llamó anoche. Me dijo que quizá necesitaríais una distracción.

Lucas miró a Villena. El hombre tenía una expresión indescifrable.

—¿Sabías que nos estarían esperando?

—Lo sospechaba. —Villena se aflojó la corbata—. Alguien nos ha traicionado, Lucas. Alguien sabe cada movimiento que hacemos.

—¿Quién?

—No lo sé. Pero voy a descubrirlo.

Lucas se quedó mirando el tráfico por la ventanilla. Cuatro hombres en el aeropuerto. Un perímetro profesional. Y habían escapado gracias a una alarma de incendios y una puerta de servicio. Demasiado conveniente. Como si alguien quisiera que llegaran exactamente hasta aquí… pero no más lejos de lo necesario.

El coche se alejó del aeropuerto, adentrándose en el tráfico caótico de Bombay. Lucas miraba por la ventanilla, viendo pasar la ciudad como una mancha de colores y ruido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Aparna—. No podemos volar. Nos estarán esperando en todos los aeropuertos.

—No volaremos. —Villena sacó el móvil—. Iremos por mar.

El carguero se llamaba *Esperanza del Sur*.

Era un barco viejo, de bandera panameña, que hacía la ruta entre Bombay y Róterdam con escalas en Omán, el Canal de Suez y varios puertos del Mediterráneo. Villena había conseguido pasaje para los tres a cambio de una cantidad de dinero que Lucas prefirió no preguntar.

—Cuatro semanas —dijo el capitán, un griego llamado Stavros que olía a tabaco y a aceite de motor—. Quizá cinco, si hay tormentas en el Índico.

—Cuatro semanas —repitió Lucas.

—Es lo más seguro. —Villena subía por la pasarela—. Por mar no pueden rastrearnos. Y llegamos a Europa sin pasar por ningún control de pasaportes.

El camarote era pequeño, con dos literas y un ojo de buey que daba al mar. Aparna y Lucas compartían uno; Villena tenía otro al final del pasillo.

—Cuatro semanas —dijo Aparna, dejándose caer en la litera inferior—. Cuatro semanas en este barco.

—Podría ser peor.

—¿Cómo?

Lucas no tenía respuesta.

El *Esperanza del Sur* zarpó con la marea de la tarde. Lucas se quedó en cubierta, viendo cómo India se alejaba, primero los edificios de Bombay, luego la costa, luego solo una línea oscura en el horizonte.

Aparna se acercó y se apoyó en la barandilla a su lado.

—¿En qué piensas?

—En mi padre. —Lucas no apartó la vista del horizonte—. Él nunca salió de España. Pasó toda su vida en Minaya, estudiando mapas de lugares que nunca vería. Y yo estoy aquí, cruzando océanos, persiguiendo el mismo sueño.

—Quizá por eso te pidió que vinieras. Porque sabía que tú llegarías donde él no pudo.

—O quizá solo quería que entendiera lo que él había sentido. La obsesión. La necesidad de saber.

—¿Y lo entiendes?

Lucas pensó en la pregunta.

—Empiezo a entenderlo.

El sol se hundió en el mar, tiñendo el agua de naranja y rojo. Lucas sintió la mano de Aparna buscando la suya. La cogió sin

mirarla.

—Cuatro semanas —dijo ella.

—Cuatro semanas.

—¿Qué vamos a hacer durante cuatro semanas?

Lucas se giró hacia ella. Sus ojos brillaban con la luz del atardecer.

—Prepararnos —dijo—. Estudiar los planos, memorizar las instrucciones, planear cada paso. Para que cuando lleguemos a Minaya, no haya margen de error.

—¿Y si hay margen de error?

—Entonces improvisaremos.

Aparna sonrió. Era una sonrisa pequeña, cansada, pero real.

—Se te da bien improvisar.

—He tenido práctica.

Se quedaron en cubierta hasta que las estrellas aparecieron. El mar estaba en calma, un espejo negro que reflejaba el cielo. El único sonido era el ronroneo del motor y el chapoteo del agua contra el casco.

Por primera vez en semanas, Lucas sintió algo parecido a la paz.

Las cuatro semanas pasaron más rápido de lo que esperaba.

Durante el día, estudiaban. Los planos de Julián extendidos sobre la litera, las fotografías del diario de Pacheco en el portátil, las notas que iban tomando en un cuaderno que Aparna había comprado en Bombay. Memorizaron la estructura de los túneles, la ubicación de las trampas, la secuencia para activar el mecanismo.

Por las noches, hablaban.

Aparna le contó su infancia en Goa, las tardes en la playa con su padre, los veranos en casa de sus abuelos en Kerala. Lucas le contó la suya: los campos de vid, las bodegas frescas donde se escondía del calor, las noches de verano mirando las estrellas desde el tejado de su casa.

Y entre las historias, algo más.

Roces que duraban un segundo más de lo necesario. Miradas que decían cosas que ninguno se atrevía a pronunciar. La tensión de dos personas que se conocían cada vez mejor y que sabían que quizá no había un después.

Una noche, en algún lugar del mar Arábigo, Aparna se acercó a él en cubierta.

—Lucas.

—¿Sí?

—Si no salimos de esto… si algo sale mal en Minaya…

—Nada va a salir mal.

—Pero si sale. —Aparna lo miró a los ojos—. Quiero que sepas que no me arrepiento. De nada. De buscarte en la basílica, de ayudarte, de estar aquí. Ha sido la aventura más loca de mi vida. Y no cambiaría nada.

Lucas sintió algo apretarse en su pecho.

—Aparna…

—No digas nada. —Ella puso un dedo sobre sus labios—. Solo… recuérdalo. Pase lo que pase.

Se alejó antes de que él pudiera responder.

Lucas se quedó solo en cubierta, con el viento salado en la cara y el corazón latiendo demasiado rápido.

No había dicho lo que quería decir.

Quizá nunca lo diría.

Llegaron a Róterdam un martes gris de lluvia.

El puerto era un bosque de grúas y contenedores, tan distinto de la India que Lucas sintió como si hubiera viajado a otro planeta. El aire era frío, limpio, sin el peso húmedo del monzón.

Europa.

Estaba de vuelta en Europa.

Villena había organizado el transporte desde el barco. Un coche los esperaba en el muelle, conducido por un hombre silencioso que no dijo su nombre. Los llevó a través de la ciudad, por autopistas grises bajo un cielo gris, hacia el sur.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lucas.

—A una casa segura. En Bélgica, cerca de la frontera francesa. —Villena miraba por la ventanilla—. Descansaremos un día, conseguiremos documentos nuevos, y luego cruzaremos a España.

—¿Documentos nuevos?

—Nuestros pasaportes están marcados. Si intentamos cruzar la frontera con ellos, nos detendrán.

Lucas asintió. Otra línea que cruzar. Otra ley que romper.

Ya había perdido la cuenta de cuántas llevaba.

La casa segura era una granja abandonada en medio de campos de cultivo. Paredes de ladrillo, tejado de pizarra, ventanas que no habían sido limpiadas en años. Pero dentro había calefacción, agua caliente y camas limpias.

—Descansad —dijo Villena—. Mañana será un día largo.

Lucas se tumbó en la cama sin quitarse la ropa. Cerró los ojos y durmió durante doce horas seguidas.

Cuando despertó, el sol se estaba poniendo.

Aparna estaba sentada junto a la ventana, mirando los campos.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Mucho. —Ella se giró hacia él—. Villena ha salido. Dice que volverá con los documentos y un plan para cruzar la frontera.

—¿Confías en él?

Aparna dudó.

—No lo sé. A veces pienso que sí. Otras veces… —Negó con la cabeza—. Hay algo que no me cuadra. La forma en que siempre tiene un plan B. La forma en que siempre sabe más de lo que dice.

—Yo siento lo mismo.

—¿Y qué hacemos?

Lucas se levantó y fue hacia la ventana. Los campos se extendían hasta el horizonte, planos y verdes, tan distintos de la Mancha y tan parecidos a la vez.

—Lo usamos —dijo—. Mientras nos sea útil. Y cuando deje de serlo…

—¿Qué?

—Ya veremos.

No era un plan. Era apenas una esperanza.

Pero era todo lo que tenían.

Capítulo 22: *La Frontera de Hielo*

Villena regresó al amanecer.

Lucas lo oyó antes de verlo: el crujido de la grava bajo las ruedas, el motor apagándose, la puerta del coche cerrándose con un golpe seco. Se levantó de la cama y fue a la ventana. Fuera, la niebla cubría los campos como un sudario.

Villena entró sin llamar. Traía un maletín de cuero y una expresión que Lucas no supo interpretar.

—Tenemos problemas —dijo.

Aparna apareció en la puerta, con el pelo revuelto y los ojos aún hinchados de sueño.

—¿Qué clase de problemas?

Villena dejó el maletín sobre la mesa y lo abrió. Dentro había tres pasaportes, un fajo de billetes y un teléfono móvil.

—La Orden ha movido ficha. Han comprado a alguien en el gobierno español. —Sacó uno de los pasaportes y lo abrió—. Nuestros nombres están en todas las listas de vigilancia. Si cruzamos cualquier frontera oficial, nos detendrán en el acto.

Lucas cogió el pasaporte. La foto era suya, pero el nombre decía "Marco Ibáñez Ruiz".

—¿Y estos?

—Limpios. Por ahora. —Villena se sentó en una silla—. Pero no durarán. La Orden tiene recursos. Tarde o temprano descubrirán estas identidades también.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Días. Quizá una semana.

Aparna se acercó a la mesa y examinó su pasaporte. "Priya Menon", decía. La foto era de hacía años, de alguna base de datos que prefería no imaginar.

—¿Cómo cruzamos? —preguntó.

—Por carretera. —Villena desplegó un mapa sobre la mesa—. Bélgica, Francia, y entramos en España por La Junquera. Es el paso más transitado. Más fácil perderse entre el tráfico.

—¿Y si nos paran?

—No nos pararán. —Villena señaló un punto en el mapa—. Tengo un contacto en la aduana francesa. Nos dejará pasar sin control.

Lucas miró el mapa. La distancia entre Bélgica y Minaya era de más de mil kilómetros. Dos días de viaje, quizá tres si querían pasar desapercibidos.

—¿Y una vez en España?

—Eso es lo complicado. —Villena sacó el teléfono móvil del maletín y lo encendió. En la pantalla apareció una imagen aérea—. Minaya.

Lucas se inclinó para ver mejor. El pueblo parecía el mismo de siempre: las calles estrechas, la plaza, la iglesia con su torre. Pero había algo diferente. Vehículos que no reconocía. Estructuras que no estaban antes.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando una mancha gris junto a la iglesia.

—Equipamiento de excavación. —Villena amplió la imagen—. La Orden ha tomado el pueblo. Oficialmente, es un proyecto arqueológico financiado por el Ministerio de Cultura. Extraoficialmente…

—Están buscando la Biblioteca.

—Llevan dos semanas excavando. Han vaciado el pueblo. Los vecinos han sido "reubicados temporalmente" por "razones de seguridad".

Lucas sintió algo frío instalarse en su estómago. Su casa. La casa de su padre. Las bodegas donde había jugado de niño.

—¿Y mi familia? —La pregunta salió antes de que pudiera detenerla—. ¿Los primos de mi padre, los vecinos…?

—Todos reubicados. Nadie ha resultado herido. —Villena lo miró con algo que podría haber sido compasión—. Pero el pueblo está vacío, Lucas. Solo quedan los hombres de la Orden.

Aparna puso una mano en su hombro. Lucas no la apartó.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Entre veinte y treinta. Guardias de seguridad, técnicos, arqueólogos. Y al menos una docena de mercenarios.

—¿Mercenarios?

—La Orden no se arriesga. —Villena apagó el teléfono—. Saben que vendrás. Te están esperando.

El silencio llenó la habitación. Fuera, un pájaro cantó en algún lugar de la niebla.

—Entonces no vamos —dijo Aparna.

Lucas se giró hacia ella.

—¿Qué?

—Si nos están esperando, es una trampa. Ir sería un suicidio.

—No podemos dejar que encuentren la Biblioteca. Si lo hacen…

—Si lo hacen, destruirán las pruebas. Lo sé. —Aparna cruzó los brazos—. Pero ¿de qué sirve que lleguemos si nos atrapan antes de encontrar nada?

—Tiene razón —dijo Villena.

Lucas lo miró con sorpresa.

—¿Ahora estás de su lado?

—Estoy del lado de no morir inútilmente. —Villena se levantó y fue hacia la ventana—. Pero hay otra opción.

—¿Cuál?

—No entrar por arriba. Entrar por abajo.

Lucas frunció el ceño.

—¿Por abajo?

Villena se giró hacia él con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Tu padre no era el único que conocía los túneles, Lucas. Yo también los estudié. Durante años. —Se acercó al maletín y sacó un papel doblado—. Hay una entrada que ni siquiera la Orden conoce. A tres kilómetros del pueblo, en una finca abandonada.

Lucas cogió el papel. Era un mapa, dibujado a mano, con anotaciones en una caligrafía que reconoció al instante.

—Esto es de mi padre.

—Me lo envió hace cinco años. Antes de que las cosas se complicaran. —Villena señaló un punto en el mapa—. La Finca del Molino. Perteneció a tu familia hasta los años sesenta. Tu abuelo la vendió cuando se secó el pozo.

—Pero el pozo no estaba seco.

—No. El pozo conectaba con la red de túneles. Tu abuelo lo selló cuando descubrió adónde llevaba. Tenía miedo de lo que había abajo.

Lucas estudió el mapa. La finca estaba al norte del pueblo, en una zona de colinas bajas cubiertas de encinas. Si el pozo realmente conectaba con los túneles…

—¿Cómo sabes que sigue siendo accesible?

—No lo sé. —Villena se encogió de hombros—. Pero es nuestra única opción.

Salieron de Bélgica esa misma tarde.

Villena conducía. Un Peugeot gris, anónimo, con matrícula francesa. Lucas iba en el asiento del copiloto; Aparna, detrás, con el portátil abierto sobre las rodillas.

La autopista atravesaba campos de cultivo interminables. Cielo gris, tierra marrón, el verde ocasional de algún bosque. Europa en invierno, pensó Lucas. Todo parecía dormido.

—El contacto de la aduana se llama Dupont —dijo Villena sin apartar la vista de la carretera—. No hables con él. No lo mires. Solo dame el pasaporte cuando te lo pida y espera.

—¿Confías en él?

—Le debo dinero. Eso es mejor que la confianza.

Cruzaron a Francia sin incidentes. Dupont era un hombre gordo con bigote que ni siquiera levantó la vista cuando Villena le tendió los pasaportes. Los selló mecánicamente y les hizo un gesto para que siguieran.

—Demasiado fácil —murmuró Aparna.

—La facilidad tiene un precio —dijo Villena—. Se lo cobraré más adelante.

Condujeron toda la noche. Se turnaron al volante mientras los otros dormían. Lucas soñó con su padre, con la casa de Minaya, con el olor a tierra húmeda de las bodegas. Se despertó con el sabor del polvo en la boca.

Amanecieron en algún lugar del sur de Francia. Pararon en una gasolinera para repostar y comprar café. Lucas se quedó junto al coche, estirando las piernas, mirando las montañas que se alzaban al sur.

Los Pirineos.

España estaba al otro lado.

—¿Listo? —preguntó Aparna, tendiéndole un vaso de café.

—No lo sé. —Lucas bebió un sorbo. El café estaba aguado y demasiado caliente—. Llevo seis meses huyendo de ese lugar. Y ahora vuelvo.

—No estás huyendo. Estás volviendo a terminar algo.

—¿Y si no puedo terminarlo?

Aparna no respondió. No hacía falta.

Cruzaron la frontera por La Junquera a media mañana.

El tráfico era denso: camiones, coches, autobuses de turistas. Villena mantuvo el coche en el carril central, ni demasiado rápido ni demasiado lento. Invisible.

Los controles de la Guardia Civil eran aleatorios. Lucas vio cómo paraban a un furgón blanco tres coches por delante. El conductor bajó la ventanilla, mostró los papeles, respondió a unas preguntas. El guardia asintió y lo dejó pasar.

—Respira —dijo Villena—. Pareces un fugitivo.

—Soy un fugitivo.

—Pero no tienes que parecerlo.

El guardia les hizo un gesto para que avanzaran. Lucas sintió el corazón latiendo en las sienes. El coche se detuvo junto a la caseta.

—Buenos días —dijo el guardia—. ¿Documentación?

Villena le tendió los tres pasaportes. El guardia los abrió, miró las fotos, miró sus caras. Lucas mantuvo la expresión neutra. Aparna, detrás, fingía estar dormida.

Diez segundos. Veinte. El guardia frunció el ceño.

—¿Motivo del viaje?

—Turismo —dijo Villena—. Vamos a ver la Alhambra.

El guardia los miró otra vez. Lucas contuvo la respiración.

Y entonces el guardia cerró los pasaportes y se los devolvió.

—Buen viaje.

Villena arrancó sin prisa. Cien metros después, cuando la caseta había desaparecido por el retrovisor, soltó el aire que había estado conteniendo.

—Bienvenido a casa, Lucas.

Lucas miró por la ventanilla. Las colinas catalanas se extendían hacia el oeste, secas y amarillas bajo el sol de invierno. El aire olía diferente. Más seco. Más familiar.

España.

Estaba de vuelta.

Llegaron a las afueras de Minaya al anochecer del día siguiente.

No entraron en el pueblo. Villena detuvo el coche en un camino de tierra, a dos kilómetros de las primeras casas, detrás de una loma que los ocultaba de cualquier observador.

—Desde aquí vamos a pie —dijo.

Lucas bajó del coche y miró hacia el pueblo. Las luces estaban encendidas, pero había algo extraño en ellas. Demasiado uniformes. Demasiado frías. Focos de obra, no lámparas de hogar.

—Es como un escenario de cine —dijo Aparna—. Un pueblo fantasma con iluminación artificial.

—Eso es exactamente lo que es. —Villena sacó una mochila del maletero—. Un escenario. Y nosotros somos los actores que no estaban en el guion.

Caminaron campo a través, siguiendo el mapa de Julián. La noche era clara y fría, con una luna menguante que daba luz suficiente para ver el camino. Lucas reconocía el paisaje: las encinas retorcidas, los muros de piedra seca, el olor a tomillo y a tierra.

Cuántas veces había caminado por estos campos de niño. Cuántas veces había soñado con escapar de ellos.

Y ahora volvía.

La Finca del Molino apareció entre los árboles como un fantasma. Una casa de piedra con el tejado hundido, un corral vacío, y junto a él, el brocal de un pozo cubierto de hiedra.

—Ahí está —dijo Villena.

Lucas se acercó al pozo. El brocal era de granito, desgastado por siglos de uso. La hiedra lo cubría casi por completo, pero debajo se adivinaba algo: una tapa de hierro, oxidada, con un candado que se había fundido con el metal.

—Esto no se ha abierto en décadas —dijo.

—Entonces tendremos que abrirlo. —Villena sacó una palanca de la mochila—. Aparta.

El candado cedió al tercer intento. La tapa chirriaba al moverse, un sonido que pareció resonar en todo el valle. Lucas contuvo el aliento, esperando que alguien los hubiera oído.

Pero el silencio siguió siendo silencio.

Debajo de la tapa, la oscuridad era absoluta. Lucas encendió la linterna del móvil y apuntó hacia abajo. El pozo descendía unos diez metros hasta un fondo de piedra. Pero en la pared, a mitad de camino, había una abertura. Un túnel.

—Tu padre tenía razón —dijo Villena—. El pozo era una entrada.

Lucas miró la abertura. Era estrecha, apenas lo suficiente para que pasara una persona. Y más allá, solo oscuridad.

—¿Cuánto hay hasta la Biblioteca? —preguntó.

—Según el mapa, unos dos kilómetros. —Villena empezó a montar una cuerda de rappel—. Llegaremos al amanecer.

Aparna se asomó al pozo y luego miró a Lucas.

—¿Estás seguro de esto?

Lucas pensó en su padre. En los años que había pasado estudiando estos túneles, soñando con lo que había al final. En la

promesa que le había hecho.

—No —dijo—. Pero voy a hacerlo de todas formas.

Se agarró a la cuerda y empezó a descender hacia la oscuridad.

Retoque editorial: *Lucas no contó toda la verdad. Omitió el daño ya causado, la parte de la estela perdida. Mientras hablaba, Aparna notó el hueco, aunque aún no supo nombrarlo.*

Retoque editorial: *—No me has traído aquí para protegerme —dijo Aparna—. Me has traído porque te hacía falta. El silencio posterior fue más pesado que cualquier reproche.*

Capítulo 23: *El Vientre de la Tierra*

El túnel olía a siglos.

Lucas aterrizó en un suelo de piedra irregular, con la cuerda todavía entre las manos. La linterna del móvil iluminaba un pasadizo estrecho que se perdía en la oscuridad. Las paredes eran de roca viva, talladas a mano, con marcas de herramientas que parecían medievales.

—Despejado —dijo hacia arriba.

Aparna descendió a continuación, ágil y silenciosa. Luego Villena, más torpe, con la mochila golpeando contra las paredes del pozo.

—Impresionante —susurró Aparna, pasando los dedos por la roca —. Esto tiene al menos ochocientos años.

—Novecientos —dijo Villena—. Según los documentos de tu padre, Lucas, estos túneles fueron excavados entre 1110 y 1140. Justo después de la muerte del Cid.

Lucas no respondió. Estaba mirando las marcas en la pared. No eran aleatorias. Formaban un patrón.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Villena se acercó con su linterna.

—Instrucciones. —Señaló una serie de símbolos grabados a la altura de los ojos—. Los constructores dejaron un código para los que vinieran después. Tu padre pasó años descifrándolo.

—¿Y qué dice?

Villena estudió los símbolos.

—"El camino del sol lleva a la luz. El camino de la luna lleva a la muerte."

—Muy reconfortante —murmuró Aparna.

El túnel se bifurcaba unos metros más adelante. Dos pasadizos idénticos, igualmente oscuros, igualmente silenciosos. Lucas miró a Villena.

—¿Cuál es el camino del sol?

—El de la derecha. Siempre hacia el este.

Tomaron el pasadizo derecho. El suelo comenzó a descender gradualmente, una pendiente suave pero constante que los llevaba

cada vez más profundo bajo la tierra. Lucas contó los pasos. Cien. Doscientos. El aire se volvía más frío, más húmedo.

—¿A qué profundidad estamos? —preguntó Aparna.

—Treinta metros, quizá cuarenta. —Villena consultaba el mapa de Julián con una pequeña linterna de mano—. Según esto, el túnel principal desciende hasta los sesenta metros antes de nivelar.

—Sesenta metros bajo tierra.

—La Biblioteca tenía que estar protegida de todo. Terremotos, incendios, invasiones. —Villena guardó el mapa—. Álvar Fáñez no construyó un escondite. Construyó una fortaleza.

El túnel se ensanchó de pronto. Lucas se detuvo en seco.

Estaban en una cámara circular, de unos diez metros de diámetro. El techo se alzaba en una cúpula perfecta, cubierta de inscripciones en latín, árabe y hebreo. En el centro de la sala, un pedestal de piedra sostenía una esfera de metal oxidado.

—Dios mío —susurró Aparna.

Se acercó a las paredes, iluminando las inscripciones con su linterna. Lucas la vio mover los labios mientras leía, traduciendo mentalmente.

—Es una declaración de intenciones —dijo—. "Aquí descansa la verdad que los reyes quisieron enterrar. Aquí vive la memoria que los sacerdotes quisieron quemar. Quien busque con corazón limpio, encontrará. Quien busque con codicia, perecerá."

—Poético —dijo Villena—. Y probablemente literal.

Lucas se acercó al pedestal. La esfera de metal tenía grabados los mismos símbolos que había visto en el túnel: soles, lunas, estrellas. Y en el centro, una hendidura circular del tamaño exacto de…

—El anillo —dijo.

Aparna se acercó.

—¿Crees que encaja ahí?

—Solo hay una forma de saberlo.

Lucas sacó el anillo del bolsillo interior de su chaqueta. Lo había llevado encima desde Goa, sin separarse de él ni un momento. El metal estaba caliente del contacto con su cuerpo.

Lo insertó en la hendidura.

Durante un segundo, no pasó nada.

Y entonces la esfera comenzó a girar.

El movimiento fue lento al principio, casi imperceptible. Pero fue acelerando, y a medida que giraba, los grabados de la superficie

empezaron a alinearse. Soles con soles. Lunas con lunas. Estrellas con estrellas.

Un clic resonó en la cámara.

Y el suelo comenzó a moverse.

—¡Atrás! —gritó Villena.

Pero no era una trampa. El suelo no se hundía. Se abría. Como una flor de piedra, los segmentos del pavimento se separaron hacia los lados, revelando una escalera de caracol que descendía hacia las profundidades.

Lucas recuperó el anillo de la esfera. El mecanismo se detuvo, pero la escalera permaneció abierta.

—Ingeniero hidráulico —dijo Aparna, asomándose al hueco—. El peso de la esfera girando activa un sistema de contrapesos. Cuando se detiene, el suelo queda abierto hasta que alguien lo resetee desde abajo.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque es exactamente lo que haría un ingeniero del siglo XII que hubiera estudiado con los árabes. —Aparna sonrió—. La restauración de monumentos tiene sus ventajas.

Descendieron por la escalera. Los peldaños eran estrechos y gastados por el uso, con surcos donde miles de pies habían pisado antes que ellos. Lucas intentó imaginar quiénes habían bajado por aquí a lo largo de los siglos. Guardianes. Protectores. Su padre, quizá, en algún momento que nunca le había contado.

La escalera terminó en otro túnel, más ancho que el anterior. Y más trabajado. Las paredes estaban revestidas de azulejos de cerámica, azules y blancos, con motivos geométricos que Lucas reconoció.

—Esto es arte mudéjar —dijo—. Del siglo XIII o XIV.

—Las generaciones posteriores fueron añadiendo capas —explicó Villena—. Cada siglo dejó su marca. Los Alarcón no fueron los únicos guardianes. Hubo otros linajes, otras familias. Todos contribuyeron a proteger el secreto.

El túnel se curvaba hacia la izquierda. Lucas oyó algo. Un sonido débil, como un susurro. Agua.

—¿Oís eso?

—Un río subterráneo —dijo Villena—. El mapa lo menciona. Es el último obstáculo antes de la Biblioteca.

Llegaron al río unos minutos después.

No era grande, quizá tres metros de ancho, pero corría con fuerza entre paredes de roca negra. El agua era oscura y fría, imposible saber qué profundidad tenía. Al otro lado, el túnel continuaba.

—¿Cómo cruzamos? —preguntó Aparna.

Villena iluminó las paredes con su linterna. A la derecha, medio oculto por las sombras, había un mecanismo oxidado: una rueda de madera conectada a una serie de poleas y cadenas.

—Un transbordador —dijo—. Antiguo, pero debería funcionar.

Lucas se acercó a la rueda. Estaba atascada por siglos de desuso, pero cedió cuando aplicó todo su peso. Con un chirrido que resonó en el túnel, una plataforma de madera emergió del agua al otro lado del río y comenzó a deslizarse hacia ellos, suspendida de cables que cruzaban el techo.

—Increíble —murmuró Aparna—. Lleva aquí novecientos años y todavía funciona.

—Los árabes construían para la eternidad —dijo Villena—. Nosotros construimos para el próximo trimestre fiscal.

La plataforma llegó a su orilla con un golpe sordo. Era pequeña, apenas cabían los tres, pero parecía sólida. Se subieron con cuidado, sintiendo la madera crujir bajo su peso.

Lucas accionó la rueda del otro lado. La plataforma comenzó a moverse, deslizándose sobre el agua negra. A mitad de camino, algo rozó el fondo de la madera.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Aparna.

—Nada —dijo Villena—. Probablemente una roca.

Pero Lucas había visto algo en el agua. Una sombra pálida, alargada, que se movía bajo la superficie.

No dijo nada. No había nada que decir.

Llegaron al otro lado sin más incidentes. Lucas saltó de la plataforma con más prisa de la necesaria y se alejó del borde del agua.

—Estamos cerca —dijo Villena, consultando el mapa—. Según tu padre, la entrada a la Biblioteca está a menos de cien metros.

El túnel final era diferente a los anteriores. Las paredes estaban cubiertas de frescos, desvaídos por el tiempo pero todavía visibles. Escenas de batalla. Jinetes con turbantes. Guerreros con cruces en el pecho. Y en el centro de todo, una figura que Lucas reconoció: un hombre a caballo, con barba y armadura, blandiendo una espada.

El Cid.

—Esto es historia —susurró Aparna—. Historia real, no la versión oficial. Mira, ahí está luchando junto a los musulmanes, no contra ellos.

—Eso es exactamente lo que la Orden quiere destruir —dijo Villena—. La prueba de que el héroe nacional de España era más complejo que el mito.

Lucas se detuvo frente al último fresco. Mostraba al Cid en su lecho de muerte, rodeado de figuras que lloraban. Y detrás de él, casi oculto en las sombras, un hombre más joven con el mismo rostro. Su primo. Álvar Fáñez.

—Aquí es donde empezó todo —dijo Lucas—. El momento en que Álvar decidió proteger la verdad.

El túnel terminaba en una puerta.

No era una puerta normal. Era un muro de piedra con la forma de una fachada de iglesia, tallada directamente en la roca. Columnas, arcos, capiteles con figuras de santos y demonios. Y en el centro, donde debería estar la entrada, una losa de granito sin ninguna marca visible.

—La Iglesia Invertida —dijo Villena—. Tu padre la mencionaba en sus cartas. Decía que era la última defensa.

—¿Cómo se abre? —preguntó Aparna.

Lucas estudió la fachada. Los capiteles mostraban escenas bíblicas, pero había algo extraño en ellas. En una, Adán ofrecía la manzana a Eva, no al revés. En otra, David huía de Goliat. Todo estaba invertido. Al revés.

—La Iglesia Invertida —repitió—. No es solo un nombre.

Se acercó a la losa central y presionó la parte inferior, donde normalmente estaría el suelo.

La piedra cedió con un clic.

Y la fachada entera comenzó a girar sobre un eje invisible, revelando lo que había detrás.

Lucas contuvo el aliento.

Era una sala inmensa, tan grande que la linterna no alcanzaba a iluminar el fondo. Pero lo que sí iluminaba era suficiente para dejarlo sin palabras.

Estanterías. Cientos de estanterías de madera, que se alzaban desde el suelo hasta perderse en la oscuridad. Y en cada estantería, libros. Pergaminos. Documentos. Cajas de metal. Cofres de madera.

La Biblioteca del Silencio.

Novecientos años de verdades ocultas, esperando a ser encontradas.

—Lo conseguimos —susurró Aparna—. Lucas, lo conseguimos.

Pero Lucas no respondió. Estaba mirando algo al fondo de la sala, donde la oscuridad era más densa.

Una luz.

Alguien más estaba allí.

Retoque editorial: *Aparna consideró marcharse. No lo dijo en voz alta, pero Lucas lo supo. Por primera vez desde que se conocían, avanzar juntos dejó de ser una certeza.*

Capítulo 24: *La Traición de los Guardianes*

La luz se movió.

Lucas levantó la mano para detener a los otros. Aparna se quedó inmóvil a su lado. Villena, detrás, no dijo nada.

—Alguien nos ha seguido —susurró Aparna.

—No —dijo una voz desde la oscuridad—. Alguien os estaba esperando.

La luz se acercó. No era una linterna. Era una antorcha, de las antiguas, con llama real. Y quien la sostenía era un hombre viejo, vestido con una sotana negra, con el pelo blanco y los ojos hundidos en un rostro que parecía tallado en madera.

—Bienvenido a casa, Lucas Alarcón —dijo el hombre—. Te hemos esperado mucho tiempo.

Lucas dio un paso atrás.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Tomás Fáñez. —El viejo sonrió, mostrando dientes amarillentos—. Soy el último guardián.

—Fáñez —repitió Lucas—. Como Álvar Fáñez.

—Mi familia ha custodiado este lugar durante novecientos años. Generación tras generación, esperando el día en que alguien viniera a reclamar lo que es suyo.

Lucas miró a su alrededor. Ahora que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, podía ver más detalles. Las estanterías se extendían en filas interminables, como en una catedral de papel y pergamino. Y entre ellas, más antorchas. Más figuras que se movían en las sombras.

—No estás solo —dijo.

—Nunca lo estuve. —Tomás alzó la antorcha—. Somos doce. Los últimos de un linaje que comenzó con el propio Álvar. Hemos nacido aquí abajo, hemos vivido aquí abajo, y moriremos aquí abajo. Es nuestro deber. Nuestra maldición.

—¿Por qué no habéis sacado los documentos a la luz? —preguntó Aparna—. ¿Por qué mantenerlos ocultos?

—Porque no era el momento. —Los ojos de Tomás se clavaron en ella—. El mundo no estaba preparado. Pero ahora… ahora las cosas han cambiado.

—¿Qué ha cambiado?

Tomás no respondió. Estaba mirando a Villena.

—Has tardado mucho en volver, Íñigo.

Lucas sintió que el suelo se hundía bajo sus pies.

Se giró lentamente.

Villena —el hombre que los había ayudado a escapar de Bombay, que los había guiado a través de Europa, que los había traído hasta aquí— estaba sonriendo. Pero no era la sonrisa de antes. Era otra cosa. Algo frío. Algo calculado.

—Tomás —dijo Villena—. Sigues vivo. Impresionante.

—No gracias a ti.

Lucas dio un paso atrás, poniendo distancia entre él y Villena.

—¿Íñigo? —Su voz sonó extraña, como si viniera de muy lejos—. ¿Íñigo de Villena?

—Don Íñigo de Villena, si quieres ser formal. —Villena se quitó la chaqueta con un gesto casual—. Duodécimo Preceptor de la Orden de la Espada Velada. A tu servicio.

Lucas comprendió entonces que Villena nunca había estado huyendo con él. Había estado llevándolo exactamente donde quería.

Aparna retrocedió hasta quedar junto a Lucas.

—Nos has estado usando —dijo—. Desde el principio.

—Usando es una palabra fea. Prefiero "guiando". —Villena caminó hacia las estanterías, pasando los dedos por los lomos de los libros—. ¿Creéis que podríais haber llegado hasta aquí sin mí? ¿Sin mis contactos, mis recursos, mi conocimiento?

—Los hombres del aeropuerto —dijo Lucas—. Eran tuyos.

—Por supuesto. Teníamos que daros una razón para confiar en mí. Nada une más que un enemigo común. —Villena sacó un libro de la estantería y lo abrió—. Tu padre lo entendió al final. Por eso me envió el mapa.

—Mi padre nunca habría…

—¿Traicionado el secreto? —Villena cerró el libro con un golpe seco—. Tu padre era un hombre práctico, Lucas. Sabía que no podía

proteger esto solo. Sabía que la Orden lo encontraría tarde o temprano. Así que hizo un trato.

—Mientes.

—El mapa que os trajo hasta aquí. La entrada por el pozo. —Villena volvió a sonreír—. ¿De verdad crees que tu padre me lo envió por amistad? Me lo envió porque no tenía otra opción. Le dimos a elegir: el mapa o tu vida.

Lucas sintió que algo se rompía dentro de él. No quería creerlo. No podía creerlo.

Pero tenía sentido. Todo tenía un sentido horrible y perfecto.

—¿Qué quieres? —preguntó—. ¿Destruir los documentos? ¿Quemar la Biblioteca?

—Destruir. —Villena pronunció la palabra como si le supiera amarga—. ¿Crees que soy un bárbaro? La Orden no destruye la historia, Lucas. La controla.

—¿Controlarla?

—La verdad sobre el Cid. Sobre el Pacto de Valencia. Sobre la convivencia de las tres culturas. —Villena extendió los brazos, abarcando la inmensidad de la Biblioteca—. Todo esto tiene un valor incalculable. Lo que puede decir. Con los documentos correctos, publicados en el momento correcto, podemos reescribir la historia. Podemos decidir qué fue España y qué debe ser.

—Eso es una locura.

—Eso es política. —Villena bajó los brazos—. El mito del Cid construyó una nación. Un nuevo mito puede reconstruirla. O destruirla. Todo depende de quién cuente la historia.

Tomás dio un paso adelante.

—No permitiré que profanes este lugar.

—Tú no permitirás nada, viejo. —Villena sacó algo del bolsillo. Una pistola, pequeña y negra—. Tus guardianes son doce ancianos con antorchas. Mis hombres son treinta profesionales con armas automáticas. Están arriba, en el pueblo, esperando mi señal.

—¿Cómo van a bajar? —preguntó Aparna—. No conocen el camino.

—No necesitan conocerlo. —Villena señaló hacia el techo—. Cuando dé la orden, volarán el suelo de la iglesia. Hay cargas explosivas colocadas desde hace una semana. En diez minutos, este lugar estará lleno de mis hombres.

Lucas miró a su alrededor, buscando una salida, un arma, cualquier cosa. Pero no había nada. Solo libros y sombras y el brillo frío de la pistola de Villena.

—¿Por qué nos has traído hasta aquí? —preguntó—. Podrías haber volado el suelo sin nosotros.

—Porque necesitaba el anillo.

Lucas sintió el peso del metal en su bolsillo.

—El mecanismo de la esfera —continuó Villena—. No sabíamos cómo funcionaba. Vuestro padre nos dio el mapa, pero no las instrucciones. Así que os dejamos hacer el trabajo. Abrir las puertas, desactivar las trampas. Habéis sido muy eficientes.

—Y ahora que hemos llegado, ya no te servimos.

—Ahora que habéis llegado, sois testigos. —Villena levantó la pistola—. Y los testigos son un problema.

El disparo resonó en la Biblioteca como un trueno.

Pero no fue Villena quien disparó.

La bala le alcanzó en el hombro, haciéndole girar y caer contra una estantería. Libros y pergaminos llovieron a su alrededor mientras gritaba de dolor.

Lucas se giró.

Aparna sostenía una pistola. Pequeña, negra, igual que la de Villena. La había sacado de algún lugar —del bolso, del abrigo, Lucas no sabía de dónde— y la mantenía firme, apuntando al hombre caído.

—Tú también tienes secretos —dijo.

—Aparna… —Lucas no encontraba las palabras.

—Mi padre no era solo un historiador, Lucas. —Aparna no apartó la vista de Villena—. Trabajó para el gobierno indio. Inteligencia. Cuando murió, me dejó algo más que recuerdos.

—¿Sabías quién era Villena?

—Sospechaba. Desde Bombay. —Aparna se acercó al hombre herido—. La forma en que siempre tenía un plan. La forma en que siempre sabía demasiado. Pero necesitaba estar segura.

Villena se reía, a pesar de la sangre que empapaba su camisa.

—Impresionante. La restauradora tiene garras. —Tosió—. Pero no cambia nada. Mis hombres están arriba. Cuando no reciban mi señal, bajarán de todas formas.

—Entonces tenemos que irnos —dijo Lucas.

—No. —Tomás avanzó hacia ellos, su sotana rozando el suelo—. Tenemos que terminar lo que empezamos. Hay otra salida, un pasadizo que lleva al exterior, a cinco kilómetros del pueblo. Pero antes…

El viejo se detuvo frente a una estantería y sacó una caja de madera oscura. Dentro, envuelto en seda amarillenta, había un pergamino.

—El Pacto de Valencia —dijo—. El documento original. Firmado por Rodrigo Díaz de Vivar y los reyes de las taifas. La prueba de que el Cid soñó con un mundo diferente.

Lucas cogió el pergamino con manos temblorosas. El papel era frágil, casi translúcido, cubierto de una caligrafía elegante en latín y árabe. Al final, varios sellos de cera y firmas que habían sobrevivido novecientos años.

—Y esto. —Tomás sacó otra cosa de la caja. Un objeto envuelto en tela—. La última prueba.

Lucas desenvolvió la tela.

Era una mano.

Una mano humana, momificada, ennegrecida por el tiempo. En el dedo anular, un anillo de hierro idéntico al que Lucas llevaba en el bolsillo.

—La mano del Cid —susurró—. La cortaron antes de enterrarlo. Para que siempre hubiera una prueba de su identidad.

—Con esto —dijo Tomás—, nadie podrá negar la autenticidad del Pacto. El ADN coincidirá con los descendientes conocidos. La historia tendrá que reescribirse.

Un ruido llegó desde arriba. Lejano, pero inconfundible. Explosiones.

—Se nos acaba el tiempo —dijo Aparna.

Lucas envolvió la mano y el pergamino en su chaqueta.

—¿Por dónde?

Tomás señaló hacia el fondo de la Biblioteca, donde las estanterías se perdían en la oscuridad.

—Seguidme. Y no miréis atrás.

Corrieron.

Detrás de ellos, Lucas oyó a Villena gritar órdenes, arrastrándose hacia algún dispositivo de comunicación. Más explosiones resonaron sobre sus cabezas. El techo comenzó a temblar, y polvo de siglos empezó a caer como nieve negra.

La Biblioteca del Silencio estaba a punto de dejar de ser un secreto.

Y Lucas corría con la verdad en los brazos, sin saber si lograría sacarla a la luz.

Capítulo 25: *El Derrumbe*

El túnel temblaba.

Lucas corría detrás de Tomás, con el pergamino y la mano del Cid apretados contra el pecho. Aparna iba a su lado, la pistola todavía en la mano, mirando hacia atrás cada pocos segundos.

—¿Cuánto falta? —gritó Lucas.

—Demasiado —respondió Tomás sin detenerse.

Otra explosión resonó sobre sus cabezas. Esta vez más cerca. El techo soltó una lluvia de piedras y polvo que los obligó a cubrirse la cara.

—Están volando el pueblo entero —dijo Aparna—. No les importa destruir la Biblioteca con tal de atraparnos.

—La Biblioteca ya está perdida. —La voz de Tomás sonaba rota—. Novecientos años de conocimiento. Desaparecerán en una hora.

Lucas pensó en las estanterías interminables, los miles de documentos que nunca nadie leería. Tratados de medicina árabe. Poesía hebrea. Mapas de rutas comerciales olvidadas. Todo enterrado bajo toneladas de escombros.

Pero no podía detenerse a llorar lo que se perdía. Solo podía correr.

El túnel se estrechó. Tuvieron que avanzar en fila india, con los hombros rozando las paredes. Lucas sentía la roca vibrar bajo sus dedos, como si la tierra misma estuviera agonizando.

—Aquí —dijo Tomás.

Se detuvo frente a un muro que parecía igual que los demás. Pero cuando presionó una piedra a la altura de su cabeza, una sección de la pared se deslizó hacia dentro, revelando otro pasadizo.

—Los constructores previeron que algún día habría que huir —explicó mientras entraban—. Este túnel sale a la superficie en el Cerro del Águila, a cinco kilómetros del pueblo.

—¿Por qué no lo usasteis antes? —preguntó Aparna—. ¿Por qué quedarse encerrados bajo tierra durante generaciones?

Tomás la miró con algo parecido a la compasión.

—Porque éramos guardianes, no fugitivos. Nuestro deber era proteger, no escapar. —Reanudó la marcha—. Pero ahora ya no hay nada que proteger.

El nuevo túnel era más primitivo que los anteriores. Sin azulejos, sin frescos, solo roca viva y raíces que atravesaban el techo como venas negras. El suelo estaba húmedo, resbaladizo, cubierto de un musgo que brillaba débilmente con luz propia.

—Bioluminiscencia —murmuró Aparna—. Hongos. Llevan aquí tanto tiempo que han desarrollado su propio ecosistema.

Lucas no respondió. Estaba escuchando.

Los temblores se habían detenido.

—¿Por qué han parado las explosiones? —preguntó.

Tomás se detuvo. Ladeó la cabeza, escuchando.

—Porque ya no las necesitan —dijo—. Han abierto un acceso. Están bajando.

Como para confirmar sus palabras, un sonido nuevo llegó desde atrás. Voces. Lejanas, pero acercándose. Y el eco metálico de botas sobre piedra.

—Corred —dijo Tomás.

Corrieron.

El túnel ascendía ahora, una pendiente pronunciada que les quemaba los pulmones. Lucas sentía el peso de la chaqueta con los documentos, cada vez más pesada, como si la historia misma quisiera arrastrarlo hacia abajo.

Las voces se acercaban.

—¡Alto! —gritó alguien detrás de ellos—. ¡Deteneos o disparamos!

Una bala silbó junto a la cabeza de Lucas y se incrustó en la pared. Fragmentos de roca le cortaron la mejilla.

Aparna se giró y disparó dos veces hacia la oscuridad. Los gritos de los perseguidores se detuvieron un momento, lo suficiente para ganar unos metros.

—¿Cuántas balas te quedan? —preguntó Lucas.

—Tres. Quizá cuatro.

No era suficiente. Ambos lo sabían.

El túnel se bifurcó de nuevo. Tomás tomó el pasadizo de la izquierda sin dudar.

—¿Estás seguro? —preguntó Aparna.

—Conozco estos túneles mejor que mi propia cara. —Tomás tropezó con una raíz pero siguió adelante—. Crecí aquí abajo. Jugaba

en estos pasillos cuando era niño.

Otra bifurcación. Esta vez a la derecha.

Y entonces Lucas lo vio: luz. No la luz de las linternas, no el brillo de los hongos. Luz real. Luz del exterior.

—La salida —jadeó.

Pero Tomás se había detenido.

El viejo estaba apoyado contra la pared, con una mano en el pecho. Su respiración era irregular, entrecortada. Bajo la tenue luz, Lucas vio que su rostro estaba gris.

—No puedo… —Tomás tosió—. El corazón. Llevo años…

—Te ayudaremos —dijo Aparna, acercándose a él.

—No. —Tomás la apartó con un gesto débil—. Sois más rápidos sin mí. Y alguien tiene que detenerlos.

—No puedes detener a treinta hombres armados.

—No necesito detenerlos. —Tomás sonrió, y por un momento Lucas vio al niño que había sido, jugando en estos túneles hace setenta años—. Solo necesito retrasarlos.

Señaló hacia el techo. Lucas miró hacia arriba y vio algo que no había notado antes: una red de grietas que atravesaba la roca, convergiendo en un punto sobre sus cabezas.

—Los constructores también previeron esto —dijo Tomás—. Una última defensa. Si golpeo esa piedra… —señaló una roca que sobresalía de la pared— …todo esto se viene abajo.

—Morirás.

—Ya estoy muerto, hijo. Morí el día que perdí la Biblioteca. —Tomás le puso una mano en el hombro—. Pero tú llevas la verdad. Llévala al mundo. Haz que novecientos años de sacrificio signifiquen algo.

Las voces de los perseguidores estaban más cerca. Lucas podía ver el brillo de sus linternas en la última curva del túnel.

—Gracias —dijo. Era lo único que podía decir.

—No me des las gracias. Dame una promesa. —Los ojos de Tomás brillaban—. Prométeme que el Cid será recordado como lo que fue. No como un matamoros. No como un cruzado. Como un hombre que intentó construir algo mejor.

—Te lo prometo.

Tomás asintió. Luego los empujó hacia la luz.

—Corred. Y no miréis atrás.

Lucas corrió. Aparna corrió a su lado. Veinte metros hasta la salida. Diez. Cinco.

Salieron al exterior justo cuando el mundo explotó detrás de ellos.

El ruido fue ensordecedor. Una avalancha de piedra y tierra que selló el túnel como si nunca hubiera existido. Una nube de polvo los envolvió, cegándolos, ahogándolos.

Lucas cayó de rodillas, tosiendo, con los ojos llenos de lágrimas. Pero seguía sujetando la chaqueta. Seguía sujetando la verdad.

Cuando el polvo se asentó, miró a su alrededor.

Estaban en una ladera, entre encinas y rocas. El cielo era gris, con las primeras luces del amanecer asomando por el este. A lo lejos, una columna de humo se alzaba sobre lo que debía ser Minaya.

El pueblo de su infancia. Ardiendo.

Aparna se sentó a su lado, respirando con dificultad.

—¿Estás bien?

—No. —Lucas se limpió la sangre de la mejilla—. Pero estoy vivo.

—Tomás…

—Lo sé.

Se quedaron en silencio un momento, mirando el humo en el horizonte. Lucas pensó en el viejo guardián, en los doce ancianos que habían dedicado su vida a proteger un secreto que el mundo no quería conocer. Todos muertos ahora. Enterrados con la Biblioteca que habían jurado defender.

—¿Y ahora qué? —preguntó Aparna.

Lucas abrió la chaqueta y miró el pergamino, la mano momificada. Las pruebas que podían cambiar la historia. O que podían hacer que los mataran.

—Ahora encontramos a alguien que pueda autenticar esto. Alguien fuera del alcance de la Orden.

—¿Quién?

Lucas pensó. Villena tenía contactos en el gobierno español. Probablemente en otros gobiernos también. Las universidades podían estar infiltradas. Los medios de comunicación podían ser comprados.

Pero había un lugar donde la Orden no tenía poder. Un lugar donde la verdad todavía importaba.

—Londres —dijo—. Hay un profesor en Oxford. Arthur Blackwood. Mi padre lo mencionaba en sus cartas. Decía que era el

único historiador en el que confiaba completamente.

—¿Cómo llegamos a Londres? No tenemos pasaportes, no tenemos dinero, y media España nos está buscando.

Lucas miró hacia el oeste, donde el sol empezaba a teñir las nubes de naranja.

—Un paso a la vez —dijo—. Primero salimos de aquí. Luego encontramos un coche. Luego cruzamos la frontera.

—¿Y luego?

—Luego cambiamos la historia.

Se levantó y le tendió la mano a Aparna. Ella la aceptó y se puso de pie a su lado.

Juntos, empezaron a caminar hacia el amanecer.

Encontraron una carretera secundaria dos kilómetros más adelante.

Era poco más que un camino de tierra, pero llevaba hacia el norte, lejos de Minaya, lejos del humo y de los hombres que los buscaban. Caminaron durante una hora sin ver a nadie, solo campos de olivos y viñedos dormidos bajo el frío de la mañana.

El primer coche que pasó no se detuvo. El segundo tampoco. El tercero era una furgoneta vieja, conducida por un hombre mayor con boina y cara de pocos amigos.

Se detuvo junto a ellos y bajó la ventanilla.

—¿Qué hacéis aquí a estas horas? —preguntó con acento manchego.

—Nuestro coche se averió —dijo Lucas—. A unos kilómetros. ¿Puede llevarnos al pueblo más cercano?

El hombre los miró con suspicacia. Lucas era consciente de su aspecto: la ropa sucia, la sangre en la cara, el bulto sospechoso de la chaqueta.

—¿Qué lleváis ahí?

—Papeles —dijo Aparna—. Documentos de trabajo. Somos… arqueólogos.

El hombre frunció el ceño.

—Arqueólogos. —Miró hacia el sur, donde el humo de Minaya todavía era visible—. ¿Tiene algo que ver con lo que está pasando allí?

—No —mintió Lucas—. No sabemos nada de eso.

El hombre los estudió un momento más. Luego suspiró y desbloqueó las puertas.

—Subid. Os llevo hasta Villarrobledo. Pero si sois terroristas o algo así, os juro que os tiro en la primera cuneta.

—No somos terroristas —dijo Lucas, subiendo a la furgoneta—. Solo somos historiadores.

El hombre arrancó sin responder. La furgoneta olía a gasolina y a lana de oveja. En la radio, un locutor hablaba de un incendio en un pueblo de Albacete, posiblemente provocado por una fuga de gas.

Lucas y Aparna intercambiaron una mirada.

La Orden ya estaba controlando la narrativa.

Tenían que llegar a Londres antes de que fuera demasiado tarde.

Retoque editorial: *El plan funcionó, pero no sin testigos. Un restaurador quedó señalado por un error que no era suyo. Lucas lo vio y no dijo nada. Ganar el anillo significó perder a alguien que nunca sabría por qué.*

Capítulo 26: *La Geografía del Olvido*

Villarrobledo era un pueblo como mil otros en la Mancha.

Calles anchas, casas blancas, una plaza con una iglesia y un bar donde los viejos jugaban al dominó. El pastor los dejó junto a la estación de autobuses y se alejó sin despedirse, probablemente arrepintiéndose de haberlos recogido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Aparna.

Lucas miró el panel de salidas. Había un autobús a Madrid en dos horas. Otro a Valencia en tres. Ninguno a ningún sitio donde quisiera ir.

—Necesitamos dinero —dijo—. Y ropa limpia. Y documentos.

—Nuestros pasaportes falsos siguen en el coche. En Minaya.

—Entonces necesitamos pasaportes nuevos.

Aparna se sentó en un banco y se frotó los ojos. Llevaban despiertos más de veinticuatro horas. El agotamiento empezaba a hacer mella.

—Conozco a alguien —dijo—. En Valencia. Un contacto de mi padre. Puede conseguirnos documentos y sacarnos del país.

—¿Confías en él?

—Confío en que le debo dinero. Como decía Villena, eso es mejor que la confianza.

Lucas casi sonrió. Casi.

—Valencia está a tres horas. ¿Cómo llegamos sin documentos?

—En autobús no piden identificación. Solo el billete.

Fueron al bar de la plaza. Lucas pidió dos cafés y preguntó si podía usar el baño. Dentro, se lavó la cara y examinó el corte de la mejilla. No era profundo, pero necesitaría puntos o dejaría cicatriz.

Otra marca. Otra historia que contar.

Cuando salió, Aparna estaba hablando por teléfono. Un móvil de prepago que había comprado en el estanco de al lado.

—Sí. Valencia. Esta noche. —Escuchó un momento—. Lo sé. Te pagaré el doble. —Otra pausa—. Gracias, Vikram.

Colgó y guardó el teléfono.

—Hecho. Nos espera en el puerto a medianoche. Tiene un barco que sale hacia Marsella mañana por la mañana.

—¿Marsella?

—Desde allí podemos tomar un tren a París, y de París a Londres. Sin controles de pasaportes gracias a Schengen.

—Pero necesitamos pasaportes para entrar en Reino Unido.

—Vikram se encargará. —Aparna bebió un sorbo de café—. Es lo que hace. Mover gente y cosas de un sitio a otro sin que nadie pregunte.

Lucas la miró. La restauradora de monumentos que resultó ser hija de un espía, que llevaba una pistola en el bolso, que tenía contactos en el mundo del contrabando.

—¿Quién eres realmente? —preguntó.

Aparna sostuvo su mirada.

—Soy exactamente quien dije que era. Una mujer que restaura cosas rotas. —Dejó la taza sobre la mesa—. Solo que algunas cosas están más rotas que otras.

El autobús a Valencia salió a las once de la mañana.

Lucas se sentó junto a la ventanilla, con la chaqueta que contenía los documentos sobre el regazo. Aparna iba a su lado, con los ojos cerrados pero sin dormir. El autobús estaba medio vacío: jubilados, estudiantes, un par de comerciales con maletines.

Nadie que pareciera de la Orden.

El paisaje pasaba al otro lado del cristal. Viñedos. Olivos. Pueblos blancos que aparecían y desaparecían como espejismos. Lucas pensó en su padre, en cuántas veces habría recorrido estas carreteras, soñando con lo que había bajo tierra.

¿Había sabido Julián que Villena lo traicionaría? ¿Había enviado el mapa sabiendo que algún día su hijo tendría que terminar lo que él había empezado?

Las preguntas no tenían respuesta. Y quizá nunca la tendrían.

A mitad de camino, el autobús se detuvo en una estación de servicio. Lucas bajó a estirar las piernas y comprar agua. En la tienda, una televisión mostraba las noticias.

Se quedó helado.

En la pantalla, imágenes aéreas de Minaya. O lo que quedaba de Minaya. El pueblo parecía un cráter, con la iglesia hundida en el

centro como un barco naufragando. Los titulares hablaban de “explosión de gas“, “evacuación preventiva“, “sin víctimas mortales“.

—Terrible, ¿verdad? —dijo el dependiente—. Dicen que había una bolsa de gas bajo el pueblo. Llevaba siglos acumulándose.

Lucas asintió sin decir nada.

La versión oficial. Limpia, creíble, imposible de contradecir. La Orden había borrado Minaya del mapa y lo había hecho parecer un accidente.

Volvió al autobús con el estómago revuelto.

—Lo he visto —dijo Aparna cuando se sentó—. Están cubriendo sus huellas.

—No solo cubriendo. Reescribiendo. —Lucas miró por la ventanilla—. Dentro de una semana, nadie recordará que Minaya existió. Será solo otro pueblo abandonado de la España vacía.

—Por eso tenemos que llegar a Londres. Por eso tenemos que contar la verdad.

—¿Y si nadie nos cree?

Aparna no respondió. No hacía falta.

Llegaron a Valencia al atardecer.

La ciudad era un contraste brutal con la Mancha: húmeda, verde, llena de vida. El autobús los dejó en la estación del norte, a pocos kilómetros del puerto. Caminaron por las calles evitando las avenidas principales, manteniéndose en las sombras.

El punto de encuentro era un almacén abandonado junto a los muelles. Vikram los esperaba dentro, sentado sobre una caja de madera, fumando un cigarrillo que olía a clavo.

Era un hombre pequeño, de piel oscura y ojos inteligentes. Llevaba un traje que había sido elegante hace veinte años y una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Aparna. —Se levantó y la besó en ambas mejillas—. Estás igual que tu padre. Metiéndote en líos imposibles.

—Vikram. —Aparna no devolvió el beso—. ¿Tienes lo que necesitamos?

—Siempre tan directa. —Vikram se volvió hacia Lucas—. Y tú debes ser el español. El que lleva algo que mucha gente quiere.

Lucas no dijo nada.

—Tranquilo, amigo. No me interesa lo que llevas. Solo me interesa el dinero. —Vikram sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta—. Dos pasaportes británicos. Nombres falsos, pero los

documentos son reales. Robados de una oficina de correos en Birmingham hace seis meses. Nadie los ha denunciado.

Aparna cogió el sobre y examinó los pasaportes. Luego asintió.

—¿Y el barco?

—El *Santa Clara*. Carguero con bandera liberiana. Sale mañana a las seis de la mañana, llega a Marsella pasado mañana por la noche. —Vikram apagó el cigarrillo—. Os he conseguido un camarote. Pequeño, pero privado. Nadie os molestará.

—¿Cuánto?

—Diez mil euros. Cinco ahora, cinco cuando lleguéis.

Lucas abrió la boca para protestar, pero Aparna lo detuvo con un gesto.

—No tenemos diez mil euros.

—Lo sé. —Vikram sonrió—. Pero tienes algo mejor. Información.

—¿Qué clase de información?

—Hay gente buscándoos. Gente con mucho dinero y muy malas intenciones. —Vikram se acercó a ellos—. Quiero saber quiénes son. Y quiero saber qué lleváis que les importa tanto.

Lucas sintió que Aparna se tensaba a su lado.

—Eso no forma parte del trato —dijo ella.

—El trato ha cambiado. —Vikram ya no sonreía—. Hace dos horas, alguien ofreció cien mil euros por información sobre dos fugitivos que viajan hacia la frontera. Un hombre español y una mujer india. ¿Te suena?

El silencio se espesó en el almacén.

—¿Vas a vendernos? —preguntó Lucas.

—Todavía no lo he decidido. —Vikram los miró a ambos—. Convencedme de que no debería.

Aparna dio un paso adelante.

—Mi padre te salvó la vida en Karachi. En el 94. Cuando los servicios secretos paquistaníes te buscaban por el asunto de los misiles.

—Tu padre está muerto.

—Pero su hija está viva. Y te está pidiendo un favor.

Vikram la estudió durante un largo momento. Lucas contuvo la respiración.

—Un favor —repitió Vikram—. ¿Sabes cuánto vale un favor en mi mundo?

—Sé cuánto valía para mi padre. Todo.

Algo cambió en los ojos de Vikram. Algo viejo, enterrado, que salió a la superficie por un instante.

—Suresh era un buen hombre —dijo en voz baja—. El mejor que he conocido.

—Entonces honra su memoria.

Otro silencio. Más largo que el anterior.

Finalmente, Vikram suspiró.

—El barco sale a las seis. Estad en el muelle doce a las cinco. —Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta—. Y Aparna… después de esto, estamos en paz. La deuda de tu padre queda saldada.

—Entendido.

Vikram se detuvo en el umbral.

—Una última cosa. Sea lo que sea que lleváis, más os vale que merezca la pena. Porque la gente que os busca no se detendrá hasta encontraros.

Salió sin esperar respuesta.

Lucas soltó el aire que había estado conteniendo.

—Ha estado cerca.

—Demasiado. —Aparna guardó los pasaportes—. Tenemos que movernos. Si Vikram sabe que nos buscan, otros también lo saben.

—¿Adónde vamos hasta las cinco?

—Conozco un sitio. Un hostal en el Cabanyal. El dueño no hace preguntas.

Salieron del almacén y se perdieron en la noche de Valencia.

Detrás de ellos, el mar brillaba bajo la luna, negro y silencioso, esperando llevarlos hacia lo desconocido.

Retoque editorial: *La huida fue limpia solo en apariencia. Aparna no dejó de mirar atrás, sabiendo que la consecuencia no había terminado allí. El silencio entre ellos fue la primera grieta real.*

Capítulo 27: *El Mar de los Nombres Perdidos*

El *Santa Clara* era un barco que había conocido tiempos mejores.

Casco oxidado, cubierta manchada de óxido, una chimenea que escupía humo negro como si el motor tosiera. Pero flotaba, y eso era lo único que importaba.

Lucas y Aparna subieron a bordo a las cinco de la mañana, cuando el puerto todavía dormía. Un marinero filipino los guió hasta su camarote sin decir una palabra. La habitación era del tamaño de un armario: dos literas, un lavabo, una portilla que daba al mar.

—Hogar, dulce hogar —murmuró Aparna.

Se dejó caer en la litera inferior y cerró los ojos. En segundos, estaba dormida.

Lucas no podía dormir.

Se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared, y sacó el pergamino de la chaqueta. A la luz grisácea que entraba por la portilla, estudió las firmas, los sellos, la caligrafía elegante que había sobrevivido novecientos años.

El Pacto de Valencia.

Lo leyó despacio, traduciendo el latín en su cabeza. No era solo un tratado de paz. Era una declaración de principios. Una visión de lo que podría haber sido España si la historia hubiera tomado otro camino.

"Nosotros, Rodrigo Díaz de Vivar, señor de Valencia, y los reyes de las taifas de Zaragoza, Tortosa y Denia, acordamos ante Dios y ante los hombres que la convivencia de las tres fes es posible y deseable. Que el conocimiento no tiene religión. Que la sangre derramada en nombre de la fe es sangre perdida…"

Lucas sintió un nudo en la garganta.

El Cid había soñado con un mundo diferente. Un mundo donde musulmanes, cristianos y judíos pudieran vivir juntos, aprender juntos, construir juntos. Y ese sueño había sido enterrado durante

novecientos años porque amenazaba el mito que España necesitaba para existir.

El barco se sacudió. El motor había arrancado.

Lucas guardó el pergamino y subió a cubierta.

Valencia se alejaba en el horizonte, sus luces parpadeando en la bruma del amanecer. El Mediterráneo se extendía ante ellos, gris y plano, sin una ola que rompiera la monotonía.

—No deberías estar aquí arriba.

Lucas se giró. El capitán del barco estaba detrás de él, un hombre griego con barba canosa y ojos que habían visto demasiado.

—Necesitaba aire.

—El aire es peligroso. —El capitán se acercó a la barandilla—. Vikram me dijo que os buscan. Gente importante. Gente con satélites y drones.

—¿Nos entregarás?

—Si quisiera entregaros, ya lo habría hecho. —El capitán encendió un cigarrillo—. Pero no me gustan los hombres que compran gobiernos. Y me gustan menos los que destruyen pueblos para ocultar sus secretos.

Lucas lo miró con sorpresa.

—¿Sabes lo de Minaya?

—Sé muchas cosas. El mar habla, si sabes escuchar. —El capitán exhaló humo hacia el cielo—. Mi abuelo era de un pueblo griego que ya no existe. Los turcos lo quemaron en 1922. Dijeron que había sido un accidente. —Se encogió de hombros—. Los pueblos que desaparecen siempre son accidentes.

El silencio se extendió entre ellos, roto solo por el ronroneo del motor.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lucas.

—Kostas. Kostas Papadopoulos. —El capitán tiró el cigarrillo al mar—. Llevo cuarenta años navegando por este mar. He transportado de todo: armas, drogas, personas. Cosas que los gobiernos no quieren que existan. —Miró a Lucas—. ¿Qué llevas tú que sea tan importante?

—La verdad.

—La verdad. —Kostas sonrió, mostrando dientes amarillos—. Eso es lo más peligroso de todo.

La travesía duró dos días.

Dos días de cielo gris y mar gris y el olor constante a gasóleo y sal. Lucas pasó la mayor parte del tiempo en el camarote, estudiando el pergamino, memorizando cada palabra, cada firma, cada detalle que pudiera ser importante.

Aparna dormía, despertaba, volvía a dormir. El agotamiento de las últimas semanas la había alcanzado finalmente. Lucas la observaba a veces, preguntándose quién era realmente esta mujer que había aparecido en su vida como un terremoto.

La segunda noche, ella despertó y lo encontró sentado en el suelo, con el pergamino en las manos.

—¿Cuánto llevas sin dormir? —preguntó.

—No lo sé. ¿Un día? ¿Dos?

—Vas a matarte.

—Hay cosas peores que morirse.

Aparna se sentó a su lado, con la espalda contra la litera.

—¿Cómo qué?

—Como fallar. —Lucas enrolló el pergamino con cuidado—. Mi padre pasó toda su vida protegiendo este secreto. Tomás y los suyos murieron por él. Si llego a Londres y nadie me cree, si la Orden consigue enterrar esto otra vez…

—No lo harán.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no voy a permitirlo. —Aparna le quitó el pergamino de las manos y lo guardó en la chaqueta—. Y ahora vas a dormir. Aunque tenga que noquearte.

Lucas casi sonrió.

—¿Sabes hacer eso?

—Mi padre me enseñó muchas cosas.

Se tumbó en la litera superior, demasiado cansado para discutir. El balanceo del barco era hipnótico, un vaivén constante que lo mecía como a un niño.

—Aparna.

—¿Sí?

—Gracias. Por todo.

—No me des las gracias todavía. Espera a que salgamos de esto.

—¿Y si no salimos?

El silencio duró tanto que Lucas pensó que se había dormido.

—Entonces habrá valido la pena de todas formas —dijo ella finalmente—. Algunas verdades merecen morir por ellas.

Lucas cerró los ojos. A veces es lo único que puedes hacer.

Por primera vez en días, durmió sin soñar.

Llegaron a Marsella al anochecer del segundo día.

El puerto era un caos de grúas, contenedores y barcos de todos los tamaños. El *Santa Clara* atracó en un muelle secundario, lejos de las terminales principales, donde nadie hacía preguntas.

Kostas los despidió en la pasarela.

—El tren a París sale de la Gare Saint-Charles. Está a una hora en taxi. —Les tendió un papel con una dirección—. Si necesitáis un lugar donde pasar la noche, id aquí. Decid que os envía el griego.

—Gracias —dijo Lucas.

—No me des las gracias. —Kostas lo miró con algo parecido al respeto—. Solo asegúrate de que esa verdad tuya llegue a donde tiene que llegar. El mundo necesita menos mentiras.

Hizo una pausa y encendió otro cigarrillo.

—Pero que sepas una cosa: alguien preguntó por vosotros en Suez. Un hombre con acento inglés y dinero suficiente para comprar silencios. No le vendí nada, pero eso no significa que no haya comprado a otros. —Exhaló humo—. Ahora sois visibles. Actuad en consecuencia.

Bajaron del barco con el peso de esa advertencia en los hombros.

Marsella olía a pescado, a gasolina, a humanidad apretada. Las calles junto al puerto eran estrechas y oscuras, llenas de bares y tiendas que vendían de todo. Lucas caminaba con la chaqueta apretada contra el pecho, consciente de cada mirada, cada sombra.

—El tren a París sale a las diez de la mañana —dijo Aparna, consultando el móvil—. Llegamos a las tres de la tarde. Y el Eurostar a Londres sale a las seis.

—Eso nos deja mucho tiempo muerto.

—Tiempo para que nos encuentren.

—O tiempo para desaparecer.

Encontraron la dirección que Kostas les había dado: un hotel de mala muerte en el Panier, el barrio más antiguo de Marsella. La recepcionista era una mujer argelina que no levantó la vista del teléfono cuando entraron.

—Una habitación —dijo Aparna—. Nos envía el griego.

La mujer asintió, les dio una llave y volvió a su teléfono.

La habitación estaba en el tercer piso, con vistas a un callejón lleno de basura. Pero tenía una cama, una ducha y una puerta que se

cerraba con llave. Era suficiente.

Lucas se duchó primero. El agua caliente era un lujo que había olvidado que existía. Se quedó bajo el chorro hasta que la piel le ardió, dejando que el agua se llevara la suciedad, el miedo, el agotamiento.

Cuando salió, Aparna estaba sentada en la cama, mirando las noticias en el móvil.

—¿Algo? —preguntó.

—Nada sobre nosotros. Pero mucho sobre Minaya. —Le mostró la pantalla—. Están diciendo que fue un terremoto. Han cambiado la versión.

—¿Un terremoto?

—Magnitud 4.2, epicentro bajo el pueblo. "Los expertos dicen que la actividad sísmica en la zona es inusual pero no imposible".

Lucas se sentó a su lado y leyó el artículo. Fotos del cráter, declaraciones de geólogos, testimonios de vecinos evacuados que hablaban de un "ruido terrible" antes de que todo se hundiera.

—Lo han pensado en todo —dijo—. Han comprado geólogos, periodistas, testigos.

—No a todos. —Aparna señaló un párrafo al final del artículo—. Mira esto.

Era una cita de un profesor de historia de la Universidad de Murcia. «Es curioso que el terremoto haya destruido precisamente la iglesia de Santiago, que según algunos historiadores locales estaba construida sobre estructuras mucho más antiguas. Uno casi diría que alguien quería borrar algo».

—Hay gente que sospecha —dijo Lucas.

Aparna siguió leyendo en voz alta.

—«La Guardia Civil ha acordonado la zona y restringido el acceso a investigadores independientes. El Instituto Geográfico Nacional no ha publicado datos sismográficos detallados. Un portavoz del Ministerio de Cultura ha declarado que "no hay evidencia de patrimonio histórico afectado"». —Levantó la vista—. ¿No hay evidencia? Una iglesia del siglo XII.

—El seísmo existió —dijo Lucas—. Pero no explica ciertas cosas.

—No. No las explica. —Aparna apagó el móvil—. Necesitamos pruebas. Y las tenemos.

Lucas miró la chaqueta que colgaba de la silla. El pergamino. La mano. Novecientos años de verdad, esperando ser contada.

—Mañana —dijo—. Mañana estaremos en Londres.

—Mañana.

Se tumbaron en la cama, cada uno en un lado, sin tocarse. El ruido de la ciudad entraba por la ventana: coches, voces, música lejana.

—Lucas —dijo Aparna en la oscuridad.

—¿Sí?

—Cuando esto termine… si es que termina… ¿qué vas a hacer?

Lucas pensó en la pregunta. No tenía respuesta. Su casa ya no existía. Su pueblo ya no existía. Su padre estaba muerto. Todo lo que había sido su vida había desaparecido.

—No lo sé —dijo—. ¿Tú?

—Tampoco lo sé. —Aparna se giró hacia él—. Pero quizá… quizá podríamos no saberlo juntos.

Lucas sintió que algo se aflojaba en su pecho. Algo que llevaba apretado desde hacía semanas.

—Me gustaría eso —dijo.

—A mí también.

No dijeron nada más. No hacía falta.

Fuera, Marsella seguía viviendo su noche eterna. Dentro, dos fugitivos dormían espalda contra espalda, soñando con un futuro que quizá nunca llegaría.

Pero por primera vez, el futuro parecía posible.

Retoque editorial: *Cuando cruzaron el control final, Lucas entendió que ya no podían deshacer lo hecho. El anillo pesaba menos que la decisión de no detenerse cuando aún podía.*

Capítulo 28: *La Niebla de Albión*

El Eurostar atravesó el Canal de la Mancha en veinte minutos.

Lucas miraba por la ventanilla, pero no había nada que ver. Solo oscuridad. El túnel bajo el mar era como un limbo, un espacio entre mundos donde nada existía.

Apropiado, pensó. Eso era exactamente lo que él era ahora: alguien entre mundos, sin país, sin hogar, sin identidad.

—Faltan cuarenta minutos para Londres —dijo Aparna, consultando el reloj—. ¿Has pensado qué le diremos a Blackwood?

—La verdad.

—La verdad es complicada.

—Por eso necesitamos a alguien que sepa escucharla.

El tren salió del túnel y la luz gris de Inglaterra llenó el vagón. Campos verdes, granjas, pueblos que parecían sacados de una postal. Todo tan ordenado, tan civilizado, tan diferente de la España que habían dejado atrás.

—¿Has estado en Londres antes? —preguntó Aparna.

—Una vez. De adolescente. Mi padre me trajo a un congreso de historia medieval. —Lucas sonrió al recordarlo—. Pasamos tres días visitando bibliotecas. Ni siquiera vimos el Big Ben.

—Suena a tu padre.

—Era su forma de mostrar amor. Compartir lo que le apasionaba.

El tren redujo la velocidad. Los suburbios de Londres aparecieron al otro lado del cristal: casas de ladrillo rojo, estaciones de metro, parques envueltos en niebla.

—Lucas. —Aparna bajó la voz—. No mires ahora, pero hay un hombre tres filas detrás que nos ha estado observando desde París.

Lucas sintió un escalofrío. De los de verdad.

—¿Estás segura?

—Llevo vigilándolo una hora. Cada vez que me giro, aparta la vista.

—¿Cómo es?

—Cuarenta y tantos. Traje gris. Pelo rubio. Parece británico.

—Podría ser cualquiera.

—Podría. Pero no lo es.

El tren entró en la estación de St Pancras. Lucas se levantó despacio, cogiendo la chaqueta con los documentos. Aparna hizo lo mismo.

—Cuando bajemos, caminamos rápido pero sin correr —dijo ella —. Nos mezclamos con la multitud. Si nos sigue, lo perdemos en el metro.

—¿Y si no podemos perderlo?

—Entonces improvisamos.

Bajaron del tren y se sumergieron en el caos de la estación. St Pancras era una catedral victoriana de hierro y cristal, llena de viajeros, turistas, vendedores ambulantes. Lucas caminaba con la cabeza baja, siguiendo a Aparna entre la multitud.

No miró atrás. No hacía falta. Podía sentir los ojos del hombre clavados en su espalda.

Aparna lo guió hacia las escaleras mecánicas que bajaban al metro. King's Cross estaba conectada, un laberinto de túneles y andenes que podía confundir a cualquiera.

—Línea Northern —dijo ella—. Dirección sur. Bajamos en Bank y cambiamos a la Central.

—¿Adónde vamos?

—A ningún sitio. Solo a perderlo.

Saltaron al primer tren que llegó. Las puertas se cerraron justo cuando el hombre del traje gris aparecía en el andén. Lucas vio su cara a través del cristal: frustración, rabia contenida.

El tren arrancó.

—Lo hemos perdido —dijo.

—Por ahora. —Aparna no parecía aliviada—. Pero si nos han encontrado en el Eurostar, saben que estamos en Londres. Es cuestión de tiempo.

—Entonces tenemos que movernos rápido.

Cambiaron de línea tres veces, subiendo y bajando en estaciones aleatorias, asegurándose de que nadie los seguía. Finalmente emergieron en Paddington, la estación desde la que salían los trenes a Oxford.

—El próximo tren sale en quince minutos —dijo Aparna, mirando el panel de salidas—. Llegamos a Oxford en una hora.

—¿Sabes dónde encontrar a Blackwood?

—Trinity College. Mi padre lo mencionaba en sus cartas. Decía que era el único académico occidental que entendía la verdadera historia del Mediterráneo medieval.

Compraron billetes con efectivo y subieron al tren. Este era más pequeño que el Eurostar, más íntimo, lleno de estudiantes y profesores que volvían a la universidad.

Lucas se permitió respirar por primera vez en horas.

—¿Crees que Blackwood nos ayudará? —preguntó.

—Creo que es nuestra única esperanza.

Oxford era como un sueño de piedra y hiedra.

Llegaron al anochecer, cuando las farolas empezaban a encenderse y los estudiantes cruzaban las calles en bicicleta. Las torres de los colleges se alzaban contra el cielo gris, antiguas y solemnes, como guardianes de un conocimiento que el mundo había olvidado.

Trinity College estaba en Broad Street, detrás de una puerta de roble que parecía no haber cambiado en quinientos años. Lucas tocó el timbre y esperó.

Un portero de uniforme abrió.

—¿Puedo ayudarles?

—Buscamos al profesor Arthur Blackwood —dijo Lucas—. Es urgente.

—El profesor Blackwood no recibe visitas sin cita previa.

—Dígale que venimos de parte de Julián Alarcón. De Minaya.

El portero frunció el ceño, pero algo en la expresión de Lucas debió convencerlo. Desapareció dentro del edificio, dejándolos en el umbral.

Cinco minutos después, volvió.

—Síganme.

Los guió a través de un patio cuadrado, rodeado de edificios góticos, hasta una escalera de piedra que subía a un segundo piso. Al final del pasillo, una puerta con una placa de latón: “Prof. A. Blackwood - Historia Medieval“.

El portero llamó y se apartó.

—Adelante —dijo una voz desde dentro.

Lucas abrió la puerta.

El despacho era exactamente lo que esperaba: estanterías hasta el techo, mapas antiguos en las paredes, una chimenea encendida, y en el centro, un escritorio sepultado bajo montañas de papeles. Detrás

del escritorio, un hombre de unos setenta años, con pelo blanco y gafas redondas, los miraba con curiosidad.

—Julián Alarcón —dijo el profesor Blackwood—. Hace diez años que no oigo ese nombre. —Se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo—. Creía que había muerto.

—Mi padre murió hace seis meses —dijo Lucas—. Yo soy su hijo. Lucas.

Blackwood lo estudió durante un largo momento.

—Tienes sus ojos. —Se levantó y rodeó el escritorio—. Julián me escribió sobre ti. Decía que eras terco como una mula y curioso como un gato. Una combinación peligrosa.

—Tenía razón.

—Siempre la tenía. —Blackwood señaló dos sillas frente a la chimenea—. Sentaos. Y contadme por qué habéis venido a verme en mitad de la noche, con cara de no haber dormido en una semana.

Lucas y Aparna se sentaron. El fuego crepitaba, lanzando sombras danzantes sobre las paredes.

—Es una historia larga —dijo Lucas.

—Tengo tiempo.

—Y difícil de creer.

—Llevo cincuenta años estudiando cosas difíciles de creer. —Blackwood se sentó frente a ellos—. Ponedme a prueba.

Lucas miró a Aparna. Ella asintió.

Entonces sacó la chaqueta y la abrió sobre la mesa.

El pergamino. La mano momificada con el anillo de hierro. Novecientos años de secretos, expuestos bajo la luz de las lámparas de Oxford.

Blackwood se quedó inmóvil.

—Dios mío —susurró.

—Es el Pacto de Valencia —dijo Lucas—. El original. Firmado por Rodrigo Díaz de Vivar y los reyes de las taifas. Y esa es la mano del Cid. La cortaron para que siempre hubiera una prueba de identidad.

Blackwood se acercó a la mesa con movimientos lentos, como si temiera que los objetos fueran a desaparecer si se movía demasiado rápido. Se puso las gafas y examinó el pergamino, pasando los dedos sobre el papel sin tocarlo.

—La caligrafía es correcta —murmuró—. Latín del siglo XI, con influencias mozárabes. Y estos sellos… —Se inclinó más cerca—. Este es el sello de Al-Mustain II de Zaragoza. Y este… este podría ser…

—El sello personal del Cid —completó Lucas—. Mi padre lo identificó hace años.

Blackwood se enderezó. Sus ojos brillaban, no con incredulidad, sino con algo parecido al asombro.

—¿De dónde habéis sacado esto?

—De una biblioteca subterránea bajo el pueblo de Minaya. Una biblioteca que ya no existe.

—La Biblioteca del Silencio. —Blackwood pronunció las palabras como si fueran sagradas—. Julián me habló de ella. Creía que era una leyenda.

—Era real. Hasta hace tres días.

Lucas le contó todo. Goa, el anillo, la persecución, Villena, la Orden de la Espada Velada, la destrucción de Minaya, la muerte de Tomás y los guardianes. Blackwood escuchó sin interrumpir, con las manos cruzadas sobre el regazo.

Cuando Lucas terminó, el silencio llenó el despacho.

—Es una historia extraordinaria —dijo Blackwood finalmente.

—¿Nos cree?

—Creo lo que veo. —Blackwood señaló el pergamino—. Y lo que veo es un documento que, si es auténtico, cambiaría todo lo que sabemos sobre la Reconquista, sobre el Cid, sobre la identidad de España.

—Necesitamos autenticarlo. Pruebas de carbono-14, análisis de ADN de la mano, comparación caligráfica. Todo lo necesario para que nadie pueda negar su autenticidad.

—Eso llevará tiempo.

—No tenemos tiempo. —Aparna habló por primera vez—. La Orden nos está buscando. Tienen recursos, contactos, dinero. Si nos encuentran antes de que podamos hacer público esto…

—Os matarán —dijo Blackwood—. Y los documentos desaparecerán para siempre.

—Exacto.

Blackwood se levantó y fue hacia la ventana. Fuera, Oxford dormía bajo la niebla, ajena al drama que se desarrollaba en aquel despacho.

—Hay una forma —dijo sin volverse—. Tengo un colega en el Laboratorio de Radiocarbono. Le debo un favor. Podría hacer las pruebas preliminares en cuarenta y ocho horas.

—¿Y el ADN?

—Más complicado. Pero conozco a alguien en el Instituto Sanger que podría ayudar. —Se giró hacia ellos—. El problema no es la ciencia. El problema es mantenerlo en secreto hasta que tengamos resultados.

—¿Puede hacerlo?

Blackwood los miró. Luego miró el pergamino sobre la mesa. Luego volvió a mirarlos a ellos.

—Julián fue mi amigo —dijo—. El mejor historiador que he conocido. Dedicó su vida a proteger esta verdad. —Hizo una pausa—. Lo menos que puedo hacer es ayudar a su hijo a revelarla.

Se acercó a Lucas y le tendió la mano.

—Bienvenido a Oxford, Lucas Alarcón. Vamos a cambiar la historia.

Capítulo 29: *La Tinta de la Verdad*

Las siguientes cuarenta y ocho horas fueron las más largas de la vida de Lucas.

Blackwood los instaló en una habitación de invitados del college, un cuarto pequeño con dos camas y una ventana que daba al patio interior. Les pidió que no salieran, que no usaran sus teléfonos, que no hablaran con nadie.

—Oxford está lleno de ojos —dijo—. Y algunos de esos ojos trabajan para gente que preferiría que esta verdad siguiera enterrada.

El primer día, Blackwood llevó el pergamino al Laboratorio de Radiocarbono. Lucas quiso acompañarlo, pero el profesor se negó.

—Cuanta menos gente os vea, mejor. Además, Margaret es... particular. No le gustan los extraños.

Margaret resultó ser la doctora Margaret Chen, una mujer de sesenta años que dirigía el laboratorio con mano de hierro y que, según Blackwood, era la mejor especialista en datación de documentos antiguos del mundo.

—Le he dicho que es un pergamino medieval de procedencia desconocida —explicó Blackwood cuando volvió esa noche—. No le he dado más detalles. Pero ha accedido a hacer las pruebas.

—¿Cuándo tendremos resultados?

—Mañana por la tarde. El carbono-14 requiere al menos veinticuatro horas.

El segundo día fue peor.

Lucas no podía dormir, no podía comer, no podía hacer nada excepto caminar de un lado a otro de la pequeña habitación. Aparna intentó calmarlo, pero ella tampoco estaba tranquila.

—¿Y si el pergamino es falso? —preguntó Lucas—. ¿Y si mi padre se equivocó?

—Tu padre no se equivocaba.

—Todo el mundo se equivoca.

—Lucas. —Aparna lo cogió por los hombros y lo obligó a mirarla —. Tu padre dedicó su vida a esto. Generaciones de guardianes

murieron protegiendo estos documentos. Si fuera una falsificación, alguien lo habría descubierto hace siglos.

—¿Y si la Orden lo falsificó? ¿Y si todo esto es una trampa?

—¿Una trampa de novecientos años? —Aparna casi sonrió—. Eso sería impresionante incluso para ellos.

Lucas se dejó caer en la cama.

—Lo siento. Es solo que… todo depende de esto. Si el pergamino no es auténtico, no tenemos nada. Solo una historia increíble y ninguna prueba.

—Entonces esperemos a que Margaret haga su trabajo.

Esperaron.

Blackwood volvió a las seis de la tarde con una expresión que Lucas no supo interpretar.

—¿Y bien? —preguntó, levantándose de un salto.

El profesor cerró la puerta y se apoyó contra ella.

—El pergamino es auténtico.

Lucas sintió que las rodillas le fallaban.

—¿Estás seguro?

—Margaret está segura, y eso es lo que importa. —Blackwood sacó un papel del bolsillo—. Datación por carbono-14: entre 1085 y 1110. Perfectamente consistente con la fecha del Pacto. La tinta es de origen vegetal, típica del período. El pergamino es piel de oveja tratada según métodos andalusíes.

—Dios mío.

—Hay más. —Blackwood se sentó frente a ellos—. Margaret encontró algo que no esperaba. Marcas de agua invisibles a simple vista, solo detectables con luz ultravioleta. Símbolos que aparecen en otros documentos de la época, documentos que sabemos que son auténticos.

—¿Qué clase de símbolos?

—El emblema personal del Cid. Una espada cruzada con una media luna. Solo se conocen tres documentos en el mundo con ese emblema. Ahora hay cuatro.

Aparna se llevó las manos a la boca.

—Entonces es real. Todo es real.

—Todo es real. —Blackwood los miró con una mezcla de asombro y solemnidad—. Tenéis en vuestras manos la prueba de que el héroe nacional de España firmó tratados de paz y convivencia con reyes

musulmanes. De que la Reconquista, tal como nos la han contado, es una mentira.

El silencio llenó la habitación. Lucas sintió el peso de novecientos años cayendo sobre sus hombros.

—¿Y el ADN? —preguntó finalmente.

—Mi contacto en el Instituto Sanger ha accedido a analizar la mano. Pero llevará más tiempo. Al menos una semana para tener resultados preliminares.

—No tenemos una semana.

—Lo sé. Por eso he pensado en otra cosa. —Blackwood se inclinó hacia adelante—. El ADN es importante, pero no es imprescindible. Con la datación del pergamino, el análisis de la tinta, los símbolos ultravioleta y la comparación caligráfica con otros documentos del Cid, tenemos suficiente para hacer una presentación pública.

—¿Presentación pública?

—Una rueda de prensa. Aquí, en Oxford. Invitamos a historiadores, periodistas, representantes de universidades. Presentamos el documento, mostramos las pruebas, y dejamos que el mundo saque sus conclusiones.

Lucas negó con la cabeza.

—La Orden lo impedirá. Tienen contactos en todas partes. Comprarán a los periodistas, desacreditarán a los expertos, harán desaparecer el pergamino antes de que nadie pueda verlo.

—No si lo hacemos público primero.

—¿Cómo?

Blackwood sonrió.

—Vivimos en la era digital, Lucas. No necesitamos una rueda de prensa para difundir información. Necesitamos internet.

Esa noche, Blackwood los llevó a su despacho.

Sobre el escritorio había un ordenador portátil, una cámara de alta resolución y un escáner profesional.

—Vamos a digitalizar todo —explicó—. El pergamino, los sellos, las firmas, las marcas ultravioleta. Cada detalle. Y luego vamos a subirlo a todas partes: repositorios académicos, redes sociales, servidores en la nube. Vamos a hacer que sea imposible de borrar.

—La Orden intentará eliminarlo —dijo Aparna.

—Que lo intenten. —Blackwood encendió el ordenador—. Una vez que algo está en internet, es para siempre. Pueden cerrar un sitio

web, pero no pueden cerrar mil. Pueden borrar un archivo, pero no pueden borrar un millón de copias.

Lucas miró el pergamino sobre la mesa. Novecientos años de secreto, a punto de convertirse en conocimiento público.

—Hagámoslo —dijo.

Trabajaron toda la noche.

Blackwood escaneó el pergamino con una precisión obsesiva, capturando cada fibra, cada mancha, cada imperfección. Lucas fotografió la mano momificada desde todos los ángulos, documentando el anillo, los dedos ennegrecidos, la textura de la piel preservada.

Aparna se encargó de la parte técnica. Creó cuentas en una docena de plataformas diferentes, configuró servidores espejo, preparó archivos comprimidos que pudieran descargarse y compartirse.

A las cuatro de la madrugada, todo estaba listo.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Lucas—. Una vez que lo subamos, no hay vuelta atrás.

—No hay vuelta atrás desde que entraste en esa biblioteca —dijo Blackwood—. Lo único que podemos hacer ahora es avanzar.

Lucas miró a Aparna. Ella asintió.

—Hazlo.

Aparna pulsó una tecla.

En segundos, los archivos comenzaron a subirse. Primero a los repositorios académicos. Luego a las redes sociales. Luego a servidores anónimos en una docena de países.

El Pacto de Valencia estaba saliendo a la luz.

—Ahora viene la parte difícil —dijo Blackwood—. Hacer que la gente lo vea.

Su teléfono sonó. Lo miró y frunció el ceño.

—Es el portero del college. Dice que hay hombres en la puerta principal. Dicen que son de la policía, pero no tienen identificación.

Lucas sintió el frío familiar del miedo.

—La Orden.

—Eso parece. —Blackwood se levantó—. Tenemos que sacaros de aquí.

—¿Por dónde? Si están en la puerta principal…

—Oxford es una ciudad de túneles y pasadizos secretos, Lucas. Los colleges se construyeron para sobrevivir a asedios. —Blackwood

abrió un armario y apartó los abrigos que colgaban dentro. Detrás había una puerta pequeña, casi invisible—. Este pasadizo lleva a la Bodleian Library. Desde allí podéis salir a Radcliffe Square.

—¿Y tú?

—Yo me quedo. Alguien tiene que entretenerlos. —Blackwood les tendió un papel—. Esta es la dirección de un amigo en Londres. Periodista del Guardian. Se llama David Okonkwo. Decidle que os envío yo. Él os ayudará a dar el siguiente paso.

Lucas cogió el papel.

—Gracias. Por todo.

—No me des las gracias. —Blackwood abrió la puerta del pasadizo —. Dale las gracias a tu padre. Él empezó esto. Tú solo lo estás terminando.

Se abrazaron brevemente. Luego Lucas y Aparna desaparecieron en la oscuridad del túnel.

Detrás de ellos, oyeron golpes en la puerta del despacho y voces exigiendo que abrieran.

La caza había comenzado de nuevo.

Capítulo 30: *El Claustro de las Sombras*

El túnel olía a polvo y a libros viejos.

Lucas avanzaba a tientas, con una mano en la pared y la otra sujetando la chaqueta con los documentos originales. Aparna iba detrás, tan cerca que podía sentir su respiración en la nuca.

—¿Cuánto falta? —susurró ella.

—No lo sé. Blackwood dijo que salíamos en la Bodleian.

El pasadizo era estrecho, apenas lo suficiente para una persona. Las paredes eran de piedra antigua, húmeda, con raíces que se filtraban entre las grietas. De vez en cuando, Lucas tropezaba con escalones que subían o bajaban sin aviso.

Oxford sobre sus cabezas. Siglos de conocimiento, de secretos, de verdades enterradas.

Como Minaya, pensó. Como todas las ciudades construidas sobre los huesos de otras ciudades.

El túnel terminó en una puerta de madera. Lucas la empujó y salieron a un sótano lleno de estanterías metálicas. Libros por todas partes, apilados del suelo al techo, con etiquetas amarillentas que nadie había leído en décadas.

—Los archivos de la Bodleian —susurró Aparna—. Debe haber millones de documentos aquí abajo.

—Y nosotros necesitamos encontrar la salida.

Subieron por una escalera de caracol hasta una puerta que daba a un pasillo de mármol. Silencio absoluto. La biblioteca estaba cerrada a estas horas, las luces apagadas, solo la claridad de la luna entrando por las ventanas.

Lucas consultó el móvil. Las cinco de la madrugada. El primer tren a Londres salía a las seis.

—Por aquí —dijo Aparna, señalando un cartel que indicaba la salida.

Cruzaron la sala de lectura principal, una catedral de madera y cristal donde generaciones de estudiantes habían descifrado los

misterios del mundo. Lucas sintió una punzada de nostalgia por una vida que nunca había tenido: tardes tranquilas entre libros, sin persecuciones, sin muertes, sin verdades que podían matarte.

La salida daba a Radcliffe Square.

Se asomaron con cuidado. La plaza estaba vacía, bañada por la luz amarillenta de las farolas. La Radcliffe Camera se alzaba en el centro, redonda y solemne, como un templo pagano.

—No veo a nadie —dijo Aparna.

—Eso no significa que no estén ahí.

Salieron pegados a las paredes, moviéndose de sombra en sombra. La estación de tren estaba a quince minutos a pie, pero quince minutos podían ser una eternidad.

Cruzaron Broad Street sin incidentes. Luego Cornmarket, la calle comercial desierta a estas horas. Lucas empezaba a pensar que lo habían conseguido cuando Aparna lo agarró del brazo.

—Espera.

Delante de ellos, junto a la entrada de la estación, había dos hombres. No llevaban uniforme, pero su postura los delataba: piernas separadas, manos cerca del cuerpo, ojos que escaneaban cada movimiento.

—Nos están esperando —dijo Lucas.

—Han cubierto la estación. Sabían que intentaríamos coger un tren.

—¿Y ahora qué?

Aparna miró a su alrededor. A la derecha, una calle lateral desaparecía entre edificios antiguos.

—Autobuses —dijo—. La estación de autobuses está en Gloucester Green. A cinco minutos.

—Si han cubierto los trenes, habrán cubierto los autobuses.

—Quizá no. Los trenes son más rápidos, más obvios. Los autobuses son para estudiantes sin dinero y turistas despistados.

No tenían otra opción.

Se desviaron por la calle lateral, alejándose de la estación de tren. Lucas caminaba rápido, resistiendo el impulso de correr. Correr atraía la atención. Correr era admitir que huías.

Gloucester Green apareció ante ellos: una plaza amplia rodeada de cafeterías y tiendas, con la estación de autobuses en un extremo. Había un autobús esperando, con el motor encendido y el cartel de “London Victoria“ en la parte delantera.

—Ese es el nuestro —dijo Aparna.

Se acercaron con calma fingida. El conductor estaba fumando junto a la puerta, mirando el móvil.

—¿A qué hora sale? —preguntó Lucas.

—Cinco y media. Quedan diez minutos.

—Dos billetes a Londres.

El conductor los miró con curiosidad pero no dijo nada. Les vendió los billetes y volvió a su cigarrillo.

Subieron al autobús. Estaba casi vacío: una mujer mayor dormitando en la parte de atrás, un estudiante con auriculares, una pareja de turistas con mochilas enormes.

Lucas se sentó junto a la ventanilla, donde pudiera ver la plaza. Aparna se sentó a su lado.

—¿Crees que Blackwood estará bien? —preguntó ella.

—No lo sé. —Lucas miraba la plaza, buscando movimiento—. La Orden no suele dejar testigos.

—Pero él es un profesor de Oxford. No pueden simplemente…

—Pueden hacer lo que quieran. Tienen dinero, tienen poder, tienen gente en todas partes. —Lucas se giró hacia ella—. Por eso tenemos que llegar a Londres. Por eso tenemos que hacer público esto antes de que puedan silenciarnos.

El conductor subió al autobús y cerró las puertas. El motor rugió.

Y entonces Lucas los vio.

Dos hombres cruzando la plaza a paso rápido. Los mismos que había visto en la estación de tren, o quizá otros. A esta distancia era imposible saberlo.

—Vámonos —murmuró—. Vámonos ya.

El autobús comenzó a moverse. Los hombres echaron a correr, pero era demasiado tarde. El vehículo salió de la plaza y se perdió entre las calles de Oxford.

Lucas soltó el aire que había estado conteniendo.

—Ha estado cerca.

—Demasiado cerca. —Aparna se recostó en el asiento—. ¿Cuánto dura el viaje?

—Hora y media, quizá dos.

—Entonces descansemos. Algo me dice que no vamos a tener muchas más oportunidades.

Londres los recibió con lluvia.

Victoria Station era un hormiguero de gente incluso a las ocho de la mañana: ejecutivos con paraguas, turistas con maletas, mendigos pidiendo monedas en los pasillos. Lucas y Aparna se mezclaron con la multitud, dos rostros más entre miles.

El papel que Blackwood les había dado tenía una dirección en Islington: "David Okonkwo, 47 Chapel Market, segundo piso".

Tomaron el metro hasta Angel y caminaron bajo la lluvia hasta Chapel Market. Era una calle de mercado, con puestos de fruta y verdura que empezaban a abrir, y edificios de ladrillo rojo con apartamentos encima de las tiendas.

El número 47 era una puerta verde junto a una carnicería. Lucas llamó al timbre del segundo piso.

Silencio.

Volvió a llamar.

—¿Quién es? —Una voz con acento británico-nigeriano salió del interfono.

—Nos envía Arthur Blackwood. De Oxford.

Pausa.

—Subid.

La puerta se abrió con un zumbido. Subieron por una escalera estrecha hasta un apartamento que olía a café recién hecho y a tinta de impresora.

David Okonkwo los esperaba en la puerta. Era un hombre de cuarenta y tantos años, alto y delgado, con gafas de pasta y una camiseta del Arsenal que había conocido tiempos mejores.

—¿Sois los del pergamino? —preguntó sin preámbulos.

—¿Ya lo sabes?

—Todo el mundo lo sabe. —Okonkwo los hizo pasar—. Está en todas partes. Twitter, Reddit, los foros de historia. Un documento medieval que demuestra que el Cid era un pacifista multicultural. La mitad de la gente piensa que es una broma, la otra mitad piensa que es el descubrimiento del siglo.

El apartamento era pequeño pero acogedor, lleno de libros y periódicos apilados en cada superficie. En una mesa, tres monitores mostraban feeds de noticias y redes sociales.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó Lucas.

—Pienso que Arthur Blackwood no me llamaría a las cinco de la mañana si fuera una broma. —Okonkwo les sirvió café sin preguntar —. También pienso que hay gente muy poderosa intentando que esto

desaparezca. Los primeros enlaces ya están siendo borrados. Las cuentas que subieron los archivos están siendo suspendidas.

—Pero dijeron que era imposible de borrar.

—De borrar completamente, sí. Pero pueden dificultar el acceso, sembrar dudas, controlar la narrativa. —Okonkwo se sentó frente a sus monitores—. La guerra no es por la verdad, es por la atención. Si consiguen que la gente pierda interés antes de que se verifique el documento, habrán ganado.

—¿Qué podemos hacer?

—Darle una cara a la historia. —Okonkwo se giró hacia ellos—. Ahora mismo, el Pacto de Valencia es un archivo anónimo en internet. No tiene contexto, no tiene emoción, no tiene personas. Es solo un documento viejo.

—¿Y qué propones?

—Una entrevista. Vosotros, contando vuestra historia. La persecución, la Orden, la destrucción de Minaya, la muerte de los guardianes. Todo. —Okonkwo los miró fijamente—. La gente no se emociona con pergaminos. Se emociona con personas. Si conseguís que os vean como héroes, como víctimas, como luchadores por la verdad, entonces la historia cobra vida.

Lucas miró a Aparna. Ella asintió.

—¿Cuándo? —preguntó Lucas.

—Ahora mismo. —Okonkwo cogió una cámara de una estantería —. Mi editor lleva toda la mañana llamándome. El Guardian quiere la exclusiva. Si grabamos ahora, puede estar online en dos horas.

—¿Y si la Orden nos encuentra?

—Si la Orden os encuentra, estaréis más seguros siendo famosos que siendo anónimos. —Okonkwo encendió la cámara—. Es más difícil matar a alguien cuando todo el mundo está mirando.

Lucas pensó en su padre, que había vivido en las sombras, protegiendo un secreto que nadie conocía. Pensó en Tomás, muriendo bajo toneladas de piedra sin que nadie supiera su nombre. Pensó en todos los guardianes que habían sacrificado sus vidas por una verdad que nunca verían la luz.

—Hazlo —dijo—. Cuéntale al mundo quiénes somos.

Okonkwo sonrió y pulsó el botón de grabar.

—Perfecto. Empecemos por el principio. ¿Quién es Lucas Alarcón y por qué la gente más poderosa de España quiere verlo muerto?

Lucas respiró hondo.

Y empezó a contar su historia.

Capítulo 31: *El Algoritmo de Dios*

La entrevista duró tres horas.

Lucas habló de todo: de su padre, de Minaya, de los años de secreto. Habló de Goa y del anillo, de Aparna y la basílica, de la persecución a través de dos continentes. Habló de Villena y de la traición, de Tomás y de los guardianes que murieron bajo tierra. Habló hasta quedarse sin voz, hasta que las palabras dejaron de tener significado y solo quedaba la verdad desnuda.

Aparna habló también. De su padre el espía, de los documentos que había visto en la cripta, de la ingeniería medieval que había protegido el secreto durante novecientos años. Habló como la académica que era, con precisión y detalle, dando credibilidad a lo que de otra forma habría parecido una fantasía.

Cuando terminaron, Okonkwo apagó la cámara y se quedó en silencio un largo momento.

—Esto es… —Negó con la cabeza—. No tengo palabras.

—¿Nos crees? —preguntó Lucas.

—Os creo. Y cuando esto se publique, el mundo también os creerá. —Okonkwo se levantó y fue hacia sus monitores—. Dame una hora para editar. Luego lo subimos.

La hora más larga de la vida de Lucas.

Se sentó junto a la ventana, mirando Chapel Market despertar bajo la lluvia. Los puestos abrían, la gente caminaba con paraguas, los autobuses pasaban salpicando agua. Un día normal en Londres. Un día que estaba a punto de cambiar.

Aparna se sentó a su lado.

—¿En qué piensas?

—En mi padre. —Lucas no apartó la vista de la calle—. Pasó toda su vida protegiendo esto. Creyendo que el mundo no estaba preparado para saberlo. Y ahora…

—Ahora lo sabrán.

—¿Y si tenía razón? ¿Y si el mundo no está preparado?

—El mundo nunca está preparado para la verdad. —Aparna le cogió la mano—. Pero la verdad no espera a que estemos listos.

Okonkwo apareció en la puerta.

—Está listo. ¿Queréis verlo antes de que lo suba?

Lucas negó con la cabeza.

—No. Si lo veo, querré cambiarlo. Querré añadir cosas, quitar cosas. Súbelo ya.

Okonkwo asintió. Volvió a su mesa, tecleó algo, y pulsó enter.

—Hecho. Está en la web del Guardian. Y en YouTube. Y en todas las plataformas donde tenemos presencia.

Lucas sintió que el estómago se le encogía.

—¿Y ahora?

—Ahora esperamos.

No tuvieron que esperar mucho.

En la primera hora, el video tuvo diez mil visualizaciones. En la segunda, cien mil. Para la tercera, había superado el millón y seguía subiendo.

Okonkwo monitorizaba las redes con una mezcla de asombro y preocupación.

—Es tendencia en Twitter. En España, en Reino Unido, en Estados Unidos. —Señaló uno de sus monitores—. Mira esto: historiadores de todo el mundo están analizando el pergamino. El Museo Británico ha emitido un comunicado pidiendo acceso a los documentos originales.

—¿Y los medios españoles? —preguntó Lucas.

—Divididos. Los grandes periódicos apenas lo mencionan, pero las redes están ardiendo. —Okonkwo frunció el ceño—. Hay una campaña coordinada para desacreditaros. Bots, cuentas falsas, artículos de opinión que aparecen de la nada. Alguien está gastando mucho dinero.

—La Orden.

—Probablemente. Pero no están ganando. La historia es demasiado buena, tiene demasiados detalles que se pueden verificar. Cada vez que alguien intenta desmentir algo, aparecen tres expertos confirmándolo.

El teléfono de Okonkwo sonó. Lo miró y palideció.

—¿Qué pasa? —preguntó Aparna.

—Es un número español. Desconocido.

—No contestes.

—Tengo que hacerlo. Podría ser importante.

Okonkwo aceptó la llamada y la puso en altavoz.

—¿Sí?

—Señor Okonkwo. —La voz era fría, educada, inconfundible—. Soy Íñigo de Villena. Creo que tiene algo que me pertenece.

Lucas sintió que la sangre se le helaba.

—No tengo nada suyo —dijo Okonkwo.

—Tiene a dos fugitivos buscados por la justicia española. Un hombre y una mujer acusados de robo de patrimonio histórico, destrucción de propiedad y, desde esta mañana, asesinato.

—¿Asesinato?

—El profesor Arthur Blackwood fue encontrado muerto en su despacho hace dos horas. La policía de Oxford busca a Lucas Alarcón como principal sospechoso.

Lucas se levantó de un salto.

—Es mentira. Nosotros no…

—Cállate —susurró Aparna, tapándole la boca.

—Señor Okonkwo —continuó Villena—, le aconsejo que colabore con las autoridades. Entregar a estos criminales es su deber cívico. De lo contrario, podría verse implicado en un caso muy desagradable.

—¿Me está amenazando?

—Le estoy informando. Las amenazas vendrán después, si es necesario. —Una pausa—. Tiene hasta medianoche para entregar a Alarcón y a la mujer. Después de eso, las consecuencias serán… irreversibles.

La línea se cortó.

El silencio llenó el apartamento.

—Blackwood —susurró Lucas—. Han matado a Blackwood.

—Y te están culpando a ti —dijo Okonkwo—. Es brillante, en un sentido retorcido. Si te arrestan, dejas de ser un héroe y te conviertes en un asesino. Toda la historia se desmorona.

—Pero el video ya está ahí fuera. Millones de personas lo han visto.

—Y millones de personas verán los titulares de mañana: “El hombre del Pacto de Valencia, acusado de matar al profesor que lo ayudó“. —Okonkwo se pasó las manos por la cara—. La verdad no importa si nadie quiere creerla.

Aparna se acercó a los monitores.

—¿Cuántas visualizaciones tiene el video ahora?

—Casi tres millones.

—¿Y cuántas tendrá mañana a esta hora?

—Si sigue a este ritmo… diez millones. Quizá más.

—Entonces tenemos que hacer que siga. —Aparna se giró hacia Lucas—. Tenemos que dar otra entrevista. Ahora. Respondiendo a las acusaciones.

—¿Estás loca? —dijo Okonkwo—. Si aparecéis en cámara, la policía sabrá exactamente dónde estáis.

—La policía ya sabe dónde estamos. Villena acaba de llamarte. —Aparna lo miró fijamente—. La única protección que tenemos es la atención pública. Cuanta más gente nos mire, más difícil será hacernos desaparecer.

Lucas entendió lo que quería decir.

—Tiene razón. Si nos escondemos, pareceremos culpables. Si damos la cara, pareceremos inocentes.

—O pareceremos estúpidos —murmuró Okonkwo.

—Quizá. Pero es lo único que tenemos.

Okonkwo los miró a ambos. Luego miró sus monitores, donde los números seguían subiendo: tres millones y medio, tres millones setecientos mil…

—Está bien —dijo finalmente—. Pero si vamos a hacer esto, lo hacemos bien. Nada de video casero. Quiero una transmisión en directo, con la cara de Lucas en todas las pantallas del mundo.

—¿Cómo?

—Conozco a alguien en la BBC. Si le ofrezco una exclusiva, nos dará tiempo en antena. —Okonkwo cogió el teléfono—. Pero tenéis que estar preparados. Esto no será una entrevista amistosa. Os harán preguntas difíciles. Os acusarán de cosas horribles. Y tendréis que mantener la calma mientras millones de personas os juzgan.

Lucas miró a Aparna. Ella asintió.

—Estamos preparados.

—Eso espero. —Okonkwo empezó a marcar—. Porque no habrá una segunda oportunidad.

La BBC aceptó en quince minutos.

Querían la entrevista esa misma noche, en directo, en el programa de noticias de máxima audiencia. Un coche vendría a recogerlos a las siete para llevarlos al estudio.

Eso les daba seis horas.

Lucas pasó las primeras tres preparándose. Okonkwo le hizo preguntas incómodas, le gritó, le acusó de cosas que no había hecho.

Aparna hacía de abogada del diablo, buscando agujeros en su historia, inconsistencias que pudieran explotar.

—¿Por qué fuiste a Goa? —preguntaba Okonkwo.

—Por una promesa a mi padre.

—¿Una promesa de qué?

—De visitar la tumba del Beato Pacheco.

—¿Un mochilero español cruza medio mundo para visitar una tumba? Suena a mentira.

—Era importante para mi padre.

—Tu padre está muerto. ¿Cómo sabemos que no te inventaste toda esta historia?

—Porque hay pruebas. El pergamino, los análisis científicos, los testimonios…

—Pruebas que tú proporcionaste. Pruebas que podrías haber falsificado.

—No las falsifiqué.

—Eso es lo que diría un falsificador.

Y así durante horas, hasta que Lucas sintió que la cabeza le iba a explotar. Pero cuando terminaron, estaba preparado. Sabía lo que dirían, sabía cómo responder, sabía cómo mantener la calma cuando lo acusaran de asesino.

A las seis, Okonkwo les dio ropa limpia. Una camisa blanca para Lucas, una blusa azul para Aparna. Colores que transmitían confianza, inocencia, honestidad.

—En televisión, la imagen importa tanto como las palabras —explicó—. Tenéis que parecer víctimas, no criminales.

A las siete, el coche llegó.

Era una furgoneta negra con el logo de la BBC en el lateral. Un productor los recibió en la puerta y los guió al interior. Dentro había asientos de cuero, monitores, y un silencio que parecía cargado de electricidad.

—¿Nerviosos? —preguntó el productor.

—Aterrados —admitió Lucas.

—Bien. El miedo se ve auténtico. La confianza se ve falsa.

La furgoneta arrancó y se adentró en el tráfico londinense.

Lucas miró por la ventanilla. Las luces de la ciudad pasaban como estrellas fugaces, cada una un testigo potencial, un juez, un verdugo.

En una hora, estaría en directo ante millones de personas.

En una hora, el mundo decidiría si era un héroe o un asesino.

En una hora, todo habría terminado.
O todo estaría a punto de empezar.

Capítulo 32: *El Juicio de las Pantallas*

El estudio de la BBC olía a maquillaje y a miedo.

Lucas estaba sentado en una silla de plástico mientras una mujer le empolvaba la cara. A su lado, Aparna recibía el mismo tratamiento, con los ojos cerrados y la mandíbula apretada.

—Cinco minutos —dijo alguien con un walkie-talkie.

El plató era más pequeño de lo que Lucas había imaginado. Un escritorio semicircular, tres sillas, un fondo azul con el logo del programa. Cámaras por todas partes, como ojos mecánicos esperando para juzgarlo.

La presentadora se acercó a saludarlos. Se llamaba Sarah Thornton, una mujer de cincuenta años con pelo gris y una reputación de no dejar títere con cabeza.

—Señor Alarcón, señorita Deshmukh. —Les estrechó la mano con firmeza—. Quiero que sepan que no voy a ser amable. Mi trabajo es hacer preguntas difíciles. El de ustedes es responderlas.

—Lo entendemos —dijo Lucas.

—Bien. —Thornton los miró a ambos—. También quiero que sepan que he visto el video. Y que he leído los informes de los expertos. Personalmente, creo que dicen la verdad. Pero eso no cambia nada. En televisión, la verdad no importa. Lo que importa es cómo la cuentas.

—Dos minutos —dijo la voz del walkie-talkie.

Thornton fue hacia su asiento. Lucas y Aparna ocuparon los suyos, frente a ella, con el escritorio entre medias.

—¿Estás bien? —susurró Aparna.

—No.

—Yo tampoco.

Las luces se encendieron. Los focos eran cegadores, tan brillantes que Lucas apenas podía ver más allá del escritorio. Sabía que había gente detrás de las cámaras, técnicos, productores, pero no podía verlos. Solo sentía sus miradas.

—Treinta segundos.

Lucas respiró hondo. Pensó en su padre, en Tomás, en todos los que habían muerto para que este momento llegara. No podía fallarles. No podía.

—Diez segundos.

La música del programa empezó a sonar. Thornton se enderezó en su silla, mirando directamente a la cámara principal.

—Cinco, cuatro, tres…

Los últimos números fueron en silencio. Solo dedos.

Y entonces estaban en el aire.

—Buenas noches. Soy Sarah Thornton y esto es Newsnight. —La presentadora no sonreía—. Esta noche tenemos una exclusiva mundial. A mi lado están Lucas Alarcón y Aparna Deshmukh, los protagonistas de la historia que ha sacudido internet en las últimas veinticuatro horas. Una historia de documentos medievales, sociedades secretas y, según la policía española, asesinato.

La palabra quedó flotando en el aire.

—Señor Alarcón, empecemos por lo obvio. Hace tres horas, la policía de Oxford anunció que es usted el principal sospechoso en la muerte del profesor Arthur Blackwood. ¿Mató usted al profesor Blackwood?

—No. —Lucas mantuvo la voz firme—. El profesor Blackwood era nuestro amigo. Nos ayudó a autenticar los documentos. La última vez que lo vi estaba vivo, despidiéndose de nosotros mientras huíamos de los hombres que lo mataron.

—¿Qué hombres?

—Hombres de la Orden de la Espada Velada. La organización que lleva novecientos años ocultando la verdad sobre el Cid.

Thornton alzó una ceja.

—Una organización secreta de novecientos años. Suena a novela de Dan Brown.

—También suena a novela el hecho de que un pueblo entero desaparezca de la noche a la mañana. Pero Minaya ya no existe. Puede comprobarlo.

—Lo he comprobado. Las autoridades españolas dicen que fue un terremoto.

—Las autoridades españolas mienten.

El silencio fue eléctrico. Lucas sabía que acababa de cruzar una línea, pero no le importaba.

—Esa es una acusación muy grave —dijo Thornton.

—La verdad suele serlo.

La presentadora cambió de táctica.

—Hablemos del documento. El llamado Pacto de Valencia. Usted afirma que es un tratado firmado por el Cid y varios reyes musulmanes, demostrando que el héroe nacional de España no era un cruzado sino un defensor de la convivencia. ¿Tiene pruebas de eso?

—La doctora Margaret Chen, del Laboratorio de Radiocarbono de Oxford, analizó el pergamino. Datación: entre 1085 y 1110. La tinta es de origen vegetal, consistente con el período. Las marcas de agua coinciden con otros documentos del Cid cuya autenticidad nadie discute.

—La doctora Chen no ha hecho declaraciones públicas.

—Pregúntele. Estoy seguro de que confirmará todo lo que he dicho.

Thornton miró sus notas.

—Hay historiadores que cuestionan la autenticidad del documento. El profesor Martínez de la Universidad Complutense ha dicho, y cito, que "tiene toda la apariencia de una falsificación sofisticada diseñada para desestabilizar la identidad nacional española".

—El profesor Martínez trabaja para una fundación financiada por la familia Villena. La misma familia que lidera la Orden de la Espada Velada.

—¿Tiene pruebas de esa conexión?

—Búsquelo. La Fundación Villena para la Preservación del Patrimonio Histórico. Está en el registro público.

Thornton se quedó callada un momento. Lucas vio algo cambiar en sus ojos: no convicción, pero sí curiosidad.

—Señorita Deshmukh —dijo, girándose hacia Aparna—. Usted es restauradora de monumentos en Goa. ¿Cómo acabó involucrada en todo esto?

—El señor Alarcón llegó a la Basílica del Buen Jesús buscando respuestas sobre un anillo que había pertenecido a su familia. Yo le ayudé a investigar. Lo que encontramos nos llevó a una conspiración que abarca siglos.

—¿Y qué encontraron exactamente?

Aparna habló durante diez minutos. Describió el anillo, la cripta de Pacheco, los manuscritos que conectaban Goa con España. Habló con la precisión de una académica, citando fuentes, fechas, detalles técnicos que nadie podría inventar.

Cuando terminó, Thornton parecía genuinamente impresionada.

—Es una historia extraordinaria —admitió.

—Es la verdad —dijo Aparna—. Y la verdad suele ser extraordinaria.

—Pero hay un problema. —Thornton se inclinó hacia adelante—. Todo lo que han contado depende de documentos que ustedes proporcionaron. ¿Cómo sabemos que no los falsificaron?

—Porque falsificar un pergamino de novecientos años es prácticamente imposible —dijo Lucas—. El carbono-14 no miente. La composición química de la tinta no miente. Las marcas de agua no mienten. La única forma de falsificar todo eso sería tener acceso a tecnología que no existe.

—O tener acceso a un pergamino auténtico y escribir encima.

—Los expertos habrían detectado eso. No lo detectaron.

—Los expertos también pueden equivocarse.

—Pueden. Pero cuando diez expertos independientes dicen lo mismo, la probabilidad de que todos se equivoquen es prácticamente cero.

Thornton asintió lentamente.

—Una última pregunta, señor Alarcón. Si todo lo que dice es verdad, ¿por qué? ¿Por qué alguien querría ocultar esta información durante novecientos años?

Lucas pensó la respuesta antes de hablar.

—Porque la identidad de España se construyó sobre un mito. El mito de la Reconquista, de la cruzada cristiana contra el infiel. El Cid es el símbolo de ese mito: el guerrero que expulsó a los moros, que luchó por la fe, que nunca se rindió.

—¿Y el Pacto de Valencia destruye ese mito?

—El Pacto de Valencia demuestra que el Cid era otra cosa. Un hombre que creía en la convivencia, que firmaba tratados con reyes musulmanes, que soñaba con un mundo donde las tres religiones pudieran vivir juntas. —Lucas miró directamente a la cámara—. Ese no es el Cid que España necesitaba para construirse. Así que lo enterraron. Lo convirtieron en lo que querían que fuera. Y cualquiera que amenazara esa mentira… desaparecía.

—Como los guardianes de Minaya.

—Como mi padre. Como el profesor Blackwood. Como todos los que han muerto para que esta verdad pudiera salir a la luz.

El silencio se extendió.

Thornton miró a la cámara.

—Esto ha sido Newsnight. La historia del Pacto de Valencia continuará. Les mantendremos informados.

Las luces se apagaron.

Lucas soltó el aire que había estado conteniendo.

—¿Lo hemos conseguido? —susurró.

—Lo habéis conseguido —dijo una voz detrás de él.

Se giró. Okonkwo estaba en el borde del plató, con el móvil en la mano y una sonrisa enorme.

—Doce millones de espectadores en directo. Es el programa más visto en la historia de Newsnight. Y las redes están explotando.

—¿En qué sentido?

—En el bueno. —Okonkwo les mostró la pantalla—. Mira esto: #PactoDeValencia es tendencia mundial. Historiadores de todo el planeta están pidiendo acceso a los documentos. El Museo Británico ha emitido un comunicado apoyando la autenticación. Y la policía española acaba de anunciar que "revisará las pruebas" contra ti.

—¿Qué significa eso?

—Significa que están recibiendo presión. Mucha presión. —Okonkwo guardó el teléfono—. Habéis hecho lo imposible. Habéis puesto a la Orden contra las cuerdas.

Lucas miró a Aparna. Ella le devolvió la mirada, con los ojos brillantes de algo que podría ser esperanza.

—Todavía no ha terminado —dijo Lucas.

—No. Pero por primera vez, estamos ganando.

Salieron del estudio bajo un cielo nocturno lleno de estrellas.

Por primera vez en semanas, Lucas sintió que podía respirar.

Capítulo 33

No estaban intentando detenerlo. Estaban comprobando hasta dónde llegaría solo.

La Sombra de 1099

Valencia, julio de 1099

El Cid murió un domingo.

Álvar Fáñez estaba a su lado cuando ocurrió, sosteniendo la mano de su primo mientras la vida se le escapaba entre los dedos. Fuera, Valencia ardía bajo el sol del verano, ajena a lo que sucedía en aquella habitación en penumbra.

—Álvar —susurró Rodrigo—. Acércate.

Álvar se inclinó sobre el lecho. El hombre que había sido el terror de los ejércitos, el conquistador de reinos, el guerrero invicto, ya no era más que un saco de huesos envuelto en sábanas empapadas de sudor.

—Estoy aquí, primo.

—Los documentos. —Rodrigo tosió, y un hilo de sangre le manchó la barba—. El Pacto. Tienes que protegerlo.

—Lo haré.

—No lo entiendes. —Los ojos del Cid brillaron con una intensidad que Álvar no había visto en semanas—. Si Alfonso se entera de lo que firmé, destruirá Valencia. Matará a Jimena, a mis hijas. Borrará todo lo que construí.

—El rey no se atreverá…

—El rey se atreverá a todo. —Rodrigo le apretó la mano con una fuerza sorprendente—. La convivencia que soñé, las tres fes viviendo juntas… eso muere conmigo. El mundo no está preparado. Quizá nunca lo esté.

Álvar sintió las lágrimas correr por sus mejillas.

—Entonces, ¿para qué luchamos?

—Para que algún día alguien lo esté. —Rodrigo cerró los ojos—. Esconde la verdad, Álvar. Escóndela donde nadie pueda encontrarla. Y cuando llegue el momento… cuando el mundo esté listo… deja que salga a la luz.

—¿Cómo sabré cuándo es el momento?

—No lo sabrás. Tus hijos tampoco. Ni los hijos de tus hijos. —Una sonrisa triste cruzó el rostro del Cid—. Pero algún día, alguien lo sabrá. Y entonces todo habrá valido la pena.

Rodrigo Díaz de Vivar, el Campeador, el Cid, cerró los ojos por última vez.

Álvar Fáñez se quedó junto a él hasta que el cuerpo se enfrió.

Los días siguientes fueron un torbellino de decisiones imposibles.

Jimena quería enterrar a su esposo en Valencia, en la catedral que él había convertido en mezquita y luego de nuevo en iglesia. Pero Álvar sabía que eso era imposible. Los almorávides estaban a las puertas, y Valencia no resistiría mucho tiempo sin el Cid.

—Tenemos que irnos —le dijo a Jimena—. Llevar el cuerpo a Castilla, a San Pedro de Cardeña. Allí estará seguro.

—¿Y Valencia?

—Valencia está perdida. Lo ha estado desde que Rodrigo enfermó.

La viuda lloró, pero asintió. Conocía la verdad tan bien como él.

Antes de partir, Álvar hizo algo que solo tres personas en el mundo sabían. Entró en la cámara secreta bajo el alcázar, donde Rodrigo guardaba sus documentos más preciados. Allí estaban: el Pacto de Valencia, firmado por el Cid y los reyes de las taifas. Los tratados de convivencia. Los mapas de una utopía que nunca existiría.

Y algo más.

Álvar desenrolló el último pergamino. Era una carta, escrita en la caligrafía temblorosa de un hombre moribundo.

"A quien encuentre esto:

Soy Rodrigo Díaz de Vivar, y he vivido una mentira. La historia me recordará como el matador de moros, el cruzado, el campeón de la fe cristiana. Pero la verdad es otra.

Amé a musulmanes tanto como a cristianos. Aprendí de sus sabios, luché junto a sus guerreros, goberné sobre ellos con justicia. El Pacto que firmé con los reyes de las taifas no era un tratado de paz. Era una declaración de principios: que las tres fes pueden convivir, que el conocimiento no tiene religión, que la guerra santa es una blasfemia contra todo lo sagrado.

Si lees esto, es porque el mundo está preparado para la verdad. O porque ya no importa.

Que Dios, Alá y Yahvé te protejan.

Rodrigo“

Álvar enrolló el pergamino con manos temblorosas.

No podía destruirlo. Pero tampoco podía dejarlo aquí, donde los almorávides o los hombres de Alfonso lo encontrarían.

Tenía que esconderlo.

Tenía que esconderlo para siempre.

El viaje a Castilla duró tres semanas.

Llevaban el cuerpo del Cid en un carro cubierto, rodeado de la guardia más leal. Jimena viajaba en una litera, con sus hijas a su lado. El resto del ejército marchaba en silencio, derrotado no por el enemigo sino por la muerte de su líder.

Álvar cabalgaba al frente, con los documentos ocultos bajo su armadura.

Cada noche, cuando acampaban, se alejaba del campamento y estudiaba los pergaminos a la luz de una vela. El Pacto de Valencia. Los tratados. La carta. Cada palabra era dinamita, capaz de destruir reinos y cambiar la historia.

¿Dónde esconderlo?

San Pedro de Cardeña era el destino oficial, donde enterrarían al Cid con honores de héroe. Pero Álvar no confiaba en los monjes. No confiaba en nadie.

La respuesta le llegó una noche, mientras miraba las estrellas.

Minaya.

Su pueblo. Sus tierras. El lugar donde había nacido, donde su familia llevaba generaciones cultivando la vid y guardando secretos.

Si iba a esconder la verdad, la escondería en casa.

Llegaron a San Pedro de Cardeña a finales de agosto.

El funeral fue grandioso. Obispos, nobles, caballeros de toda Castilla vinieron a despedir al Cid. El rey Alfonso envió representantes, aunque no vino en persona. Hipócrita hasta el final, pensó Álvar.

Jimena lloró durante tres días. Las hijas del Cid, Cristina y María, permanecieron en silencio, con la mirada perdida de quienes han visto morir un mundo.

Cuando todo terminó, Álvar pidió permiso para retirarse.

—Vuelvo a Minaya —le dijo a Jimena—. Mis tierras me necesitan.

—¿Volverás?

—Siempre.

No le dijo que llevaba los documentos consigo. No le dijo que iba a construir una tumba bajo su pueblo, una biblioteca secreta donde la verdad dormiría durante siglos. Algunas cargas no podían compartirse.

El viaje a Minaya duró una semana.

Cuando llegó, reunió a los hombres de confianza de su familia: su hermano menor, su primo, tres artesanos que sabían guardar secretos. Les contó lo que necesitaba, pero no por qué.

—Una cámara subterránea —dijo—. Bajo la iglesia. Profunda, oculta, imposible de encontrar sin saber dónde buscar.

—¿Para qué? —preguntó su hermano.

—Para guardar algo que el mundo no está preparado para ver.

Los hombres no hicieron más preguntas. Conocían a Álvar. Confiaban en él.

La excavación duró seis meses.

Trabajaban de noche, cuando el pueblo dormía. Sacaban la tierra en carretas cubiertas, la vertían en los campos, la mezclaban con el suelo para que nadie notara la diferencia. Construyeron pasillos, cámaras, trampas para los intrusos. Álvar diseñó cada detalle, inspirándose en las fortalezas árabes que había visto en Valencia.

Cuando terminaron, la Biblioteca del Silencio estaba lista.

Álvar bajó solo, con una antorcha en una mano y los documentos en la otra. Colocó el Pacto de Valencia en una urna de piedra. Los tratados en estanterías de roble. La carta del Cid en un cofre de hierro.

Y junto a ellos, algo más.

La mano derecha de Rodrigo, cortada del cadáver antes del funeral. Nadie lo había visto. Nadie lo sabía. Pero Álvar necesitaba una prueba irrefutable de que los documentos eran auténticos. Una prueba que nadie pudiera negar.

—Perdóname, primo —susurró en la oscuridad—. Pero algún día, alguien necesitará esto.

Selló la biblioteca y subió a la superficie.

Los años pasaron.

Álvar murió en 1114, quince años después que el Cid. Para entonces, había establecido un sistema: una red de guardianes, familias leales que protegerían el secreto de generación en generación. Les dio instrucciones, códigos, mapas que solo ellos podían descifrar.

—No abráis la biblioteca hasta que el mundo esté preparado —les dijo antes de morir—. Y si no sabéis cuándo es eso, esperad. Siempre es mejor esperar.

Sus descendientes cumplieron.

Durante novecientos años, los guardianes de Minaya protegieron la verdad. Algunos murieron por ella. Otros la olvidaron y sus hijos tuvieron que redescubrirla. Hubo momentos en que la biblioteca estuvo a punto de ser encontrada: durante la Inquisición, durante la Guerra Civil, durante las excavaciones arqueológicas del siglo XX.

Pero siempre, en el último momento, alguien la protegió.

Hasta que llegó Julián Alarcón.

Hasta que llegó su hijo Lucas.

Hasta que el mundo, finalmente, estuvo preparado.

Londres, tiempo presente

Lucas despertó con el sabor de la historia en la boca.

Había soñado con Álvar Fáñez, con la biblioteca, con el momento en que su antepasado decidió enterrar la verdad. No sabía si era un sueño o un recuerdo, si la sangre podía transmitir memorias a través de los siglos.

Pero sabía una cosa.

Álvar había esperado novecientos años para que alguien contara la verdad.

Lucas no iba a defraudarlo.

Capítulo 34: *La Semana de Cristal*

El mundo despertó diferente. O eso pareció durante siete días.

Lucas lo vio en las pantallas del apartamento de Okonkwo, en los titulares que se sucedían sin pausa, en los hashtags que escalaban posiciones como si tuvieran vida propia.

#PactoDeValencia. #ElCidVerdadero. #MinayaGate.

La entrevista para The Guardian acumuló tres millones de visitas en las primeras doce horas. La aparición en la BBC, ocho millones en veinticuatro. Los clips cortados para redes sociales —Lucas hablando de su padre, Aparna explicando los mecanismos de la Biblioteca— se compartieron en treinta y siete idiomas. Hubo memes, por supuesto. Un fotomontaje del Cid con turbante que se hizo viral en media hora. Otro de Villena convertido en el villano de una película de James Bond. Internet hacía lo que siempre hacía: transformar todo en espectáculo.

Pero debajo del ruido, algo se movía.

—Mira esto —dijo Okonkwo, girando el monitor hacia ellos.

Era un artículo de El País. Historiadores de la Universidad de Salamanca pedían acceso a los documentos. La Real Academia de la Historia solicitaba una comisión de verificación. El Ministerio de Cultura español emitía un comunicado ambiguo que no confirmaba ni negaba nada, pero que usaba la palabra “investigar” tres veces en cuatro párrafos.

—Están interesados —dijo Aparna.

—Están nerviosos —corrigió Okonkwo—. Que no es lo mismo.

Lucas se acercó a la ventana. Chapel Market bullía con su mercadillo matutino, ajeno a todo: frutas, verduras, flores cortadas, gente que compraba naranjas sin saber que casi un milenio de historia estaba siendo reescrito a doscientos metros de distancia.

O quizá sí lo sabían y les importaba exactamente lo que le importa a la gente lo que pasa en las pantallas: mucho durante tres minutos, nada a los cuatro.

—¿Cuándo contactamos al Museo Británico? —preguntó Lucas.

—Ya lo he hecho —dijo Okonkwo—. Tienen las copias digitales. Pero quieren los originales.

—Los originales están aquí. —Lucas señaló la caja fuerte portátil que habían comprado en una ferretería de Islington—. Y aquí se quedan hasta que haya garantías.

—¿Garantías de qué?

—De que los analizarán en serio. No quiero entregarlos y que desaparezcan en un almacén durante veinte años mientras un comité decide si vale la pena abrir la caja.

Okonkwo asintió despacio.

—Conozco a alguien en el departamento de Historia Medieval. Margaret Chen. Es seria, rigurosa, y odia las presiones políticas. Si alguien puede llevar esto de forma limpia, es ella.

—Hazlo.

Las llamadas empezaron esa misma tarde.

No solo de periodistas. También de abogados. El gobierno español quería saber bajo qué autoridad habían extraído documentos de suelo nacional. La policía de Oxford seguía considerando a Lucas persona de interés en la muerte de Blackwood. Y un bufete de Madrid, que según Okonkwo representaba intereses cercanos a la Fundación Villena, había presentado una demanda civil por difamación.

—Bienvenido al circo —dijo Okonkwo—. Cuando destapas algo grande, los primeros en llamar nunca son los que quieren la verdad. Son los que quieren controlar el daño.

Aparna, sentada en el sofá con las piernas cruzadas y un cuenco de arroz sobre las rodillas, no había dicho nada en una hora. Miraba su teléfono con una concentración que Lucas conocía: no estaba leyendo noticias. Estaba leyendo algo peor.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Ella giró el teléfono hacia él.

Era un hilo en un foro académico de restauración y conservación. El gremio al que ella pertenecía. Los comentarios eran quirúrgicos. Nadie la llamaba mentirosa directamente; eso habría sido demasiado burdo. En su lugar, usaban palabras como “cuestionable”, “protocolo irregular”, “ausencia de cadena de custodia”. Un profesor de la Sorbona sugería que la participación de Aparna en la “supuesta” autenticación comprometía cualquier análisis futuro, dado su “evidente conflicto de interés emocional”.

Conflicto de interés emocional. La forma elegante de decir que se había acostado con el protagonista de la historia, aunque ni siquiera fuera verdad.

—Hijos de puta —murmuró Lucas.

—Es normal. —Aparna dejó el teléfono boca abajo—. Cuando no pueden atacar los datos, atacan a las personas.

—¿Y eso no te preocupa?

—Me preocupa más que nadie del British Museum haya respondido todavía.

Tenía razón. Okonkwo había enviado tres correos a Margaret Chen. Tres correos en tres días. Silencio.

—Dale tiempo —dijo Okonkwo—. Las instituciones se mueven despacio. Es su naturaleza.

—O es que están esperando a ver de qué lado sopla el viento —dijo Aparna.

Lucas salió a caminar. Necesitaba aire que no oliera a pantallas y a café recalentado.

Chapel Market estaba cerrando. Los vendedores recogían los puestos, doblaban los toldos, cargaban cajas en furgonetas que habían visto tiempos mejores. Una mujer barría hojas de lechuga frente a una frutería. Un perro atado a una farola esperaba a su dueño con la paciencia infinita de los que no tienen elección.

Lucas caminó sin rumbo. Pasó frente a un quiosco y se detuvo. En la portada del Evening Standard, una foto suya —sacada de la entrevista de la BBC— con el titular: “Spanish Indiana Jones Claims Medieval Cover-Up”.

Indiana Jones.

Lo habían convertido en un personaje. En un meme con piernas.

Compró el periódico y lo leyó sentado en un banco de Islington Green. El artículo era largo, detallado, razonablemente preciso en los hechos. Pero el tono era el de un cuento de aventuras exóticas: el mochilero español que encontró un tesoro en la India, que descubrió una sociedad secreta, que escapó de persecuciones por media Europa. Le faltaba poco para mencionar serpientes y trampas de piedra.

En ningún momento el artículo se detenía en lo que decían los documentos. En lo que significaba el Pacto de Valencia. En la posibilidad de que la historia de España — la Reconquista, los reyes

católicos, la identidad nacional construida sobre la guerra contra el moro— estuviera basada en una simplificación deliberada.

Eso no vendía periódicos. Lo que vendía periódicos era el mochilero con cara de no haber dormido en tres meses.

Volvió al apartamento al anochecer.

Okonkwo estaba al teléfono, hablando en voz baja. Cuando vio a Lucas, colgó con una expresión que no le gustó.

—¿Qué?

—Margaret Chen. Ha respondido por fin.

—¿Y?

—Dice que el Museo Británico "no puede pronunciarse sobre la autenticidad de documentos que no han sido sometidos a los protocolos estándar de verificación". —Okonkwo hizo comillas en el aire—. Dice que estarían "encantados de iniciar un proceso formal de evaluación, sujeto a las condiciones habituales de cesión temporal".

—Eso suena bien.

—No has oído la segunda parte. —Okonkwo se sentó—. Me ha llamado después de enviar el correo oficial. Off the record. Dice que hay presión. No sabe de dónde viene exactamente, pero alguien con influencia está sugiriendo que el Museo se mantenga al margen hasta que "el panorama se aclare".

—¿Villena?

—No lo sabe. O no quiere decirlo.

Lucas se dejó caer en el sofá junto a Aparna.

—Están esperando —dijo ella, sin levantar la vista del libro que fingía leer.

—¿Esperando a qué?

—A ver si nos hundimos solos. Es más fácil que ensuciarse las manos.

El séptimo día, Lucas entendió que tenía razón.

El séptimo día, tres catedráticos de Oxford, Cambridge y la Sorbona publicaron un comunicado conjunto. Treinta líneas que cambiaron todo.

No se lo dijo Okonkwo. Lo leyó él mismo, a las seis de la mañana, en la pantalla del móvil, con los ojos todavía pegados por el sueño.

La frase clave estaba en el segundo párrafo: "En ausencia de una cadena de custodia verificable y de un proceso de autenticación supervisado por instituciones independientes, los documentos

presentados por el señor Alarcón carecen del rigor necesario para ser considerados material histórico legítimo.”

No decían que fuera falso. No hacían falta. Bastaba con decir que no estaba demostrado.

Y en el mundo académico, lo no demostrado es lo mismo que lo inventado.

Lucas dejó el móvil en la mesilla de noche y se quedó mirando el techo.

La semana de cristal se había roto.

Y los pedazos caían sin hacer ruido.

Capítulo 35: *El Veredicto de los Sabios*

El comunicado de los tres catedráticos fue solo el principio.

En las cuarenta y ocho horas siguientes, Lucas vio cómo se desmontaba su historia con la precisión de un relojero desensamblando un mecanismo. Pieza a pieza, sin prisa, sin pausa, con la calma letal de quien sabe que el tiempo juega a su favor.

Primero fueron los historiadores.

El profesor James Whitfield, de la cátedra de Estudios Medievales de Oxford, publicó un artículo de doce páginas en la web del Bodleian. No era un ataque frontal; era peor. Un análisis metódico, razonable, casi amable, que desmontaba la plausibilidad histórica del Pacto de Valencia punto por punto. El Cid no habría firmado un tratado con reyes de taifas porque en 1099 las taifas ya no existían como entidades políticas independientes. La caligrafía del documento, según las imágenes disponibles, presentaba "inconsistencias estilísticas compatibles con una falsificación del siglo XVII o XVIII". Y la mano conservada —la prueba de ADN irrefutable, el as en la manga de Lucas— era "un elemento más propio de la reliquia medieval que de la evidencia científica, y debería tratarse como tal hasta que un laboratorio acreditado lo analice bajo condiciones controladas".

Cada frase era un bisturí. Cada párrafo dejaba la herida un poco más abierta.

—Es brillante —dijo Aparna, dejando el artículo sobre la mesa de la cocina—. No dice que sea falso. Dice que no hay forma de saber si es verdadero. Y planta suficientes dudas técnicas como para que cualquier institución seria se lo piense dos veces antes de tocar esto.

—¿Tiene razón? —preguntó Lucas—. Lo de las taifas, lo de la caligrafía…

—Lo de las taifas es una simplificación. Las estructuras de poder locales seguían funcionando aunque el término político fuera otro. Pero en un artículo académico, la simplificación tiene más peso que

el matiz. —Aparna se frotó los ojos—. Y lo de la caligrafía… no se puede analizar caligrafía medieval a partir de fotografías de alta resolución. Necesitas el original bajo lupa, con luz rasante, con análisis de la composición de la tinta. Él lo sabe. Pero también sabe que la mayoría de la gente que lea su artículo no lo sabe.

—¿Y quién es este Whitfield?

—Es bueno. Es serio. Lleva treinta años en Oxford. —Aparna lo miró—. No es de la Orden, si es lo que estás pensando. Es algo peor. Es un académico que protege su territorio.

Okonkwo apareció en la puerta con el teléfono en la mano y la cara de alguien que lleva tres horas recibiendo malas noticias.

—El Guardian acaba de publicar una nota editorial. "Matización de cobertura". Dicen que quieren "ser responsables" y que van a esperar al dictamen de expertos antes de seguir publicando material sobre los documentos.

—¿Matización?

—Es la forma elegante de decir que se echan atrás. —Okonkwo se sentó—. Les ha llegado una carta del bufete de Villena amenazando con una demanda por difamación si no corrigen la cobertura. Y otra del consejo de administración del propio periódico "sugiriendo prudencia".

—¿El consejo del Guardian?

—Hay dinero viejo en esos consejos, Lucas. Gente que fue a los mismos colegios que los miembros de la Orden. No hace falta que sean cómplices. Basta con que sean prudentes. Y la prudencia, en estos casos, siempre favorece al silencio.

La BBC fue más directa.

Esa misma noche, Newsnight emitió un segmento de seguimiento. Sarah Thornton, la presentadora que una semana antes los había tratado con dureza profesional pero con respeto, esta vez invitó a tres expertos a un debate sobre "la autenticidad de los documentos del Cid". Lucas y Aparna no fueron invitados.

Vieron el programa en el sofá de Okonkwo, con el volumen bajo, como si hablar más alto fuera a hacer que las palabras dolieran menos.

Los tres expertos eran equilibrados. Dos historiadores y un paleógrafo. Ninguno los llamó mentirosos. Ninguno los llamó nada, en realidad. Simplemente usaron expresiones como "extraordinariamente improbable", "difícil de sostener sin

corroboración independiente" y "compatible con un patrón conocido de falsificaciones históricas del periodo romántico".

La frase que Lucas no pudo quitarse de la cabeza la dijo el paleógrafo, un hombre calvo con gafas gruesas y voz de conferenciante aburrido:

—Sin ánimo de cuestionar la buena fe del señor Alarcón, hay que recordar que la historia está llena de personas que creyeron sinceramente haber descubierto algo extraordinario. La sábana santa, los diarios de Hitler, los mapas de Vinlandia. La sinceridad no es prueba de autenticidad.

La sábana santa. Los diarios de Hitler.

Lo habían puesto en la categoría de los falsificadores. No como criminal, sino como ingenuo. Algo peor: como víctima de sus propias ilusiones. El hijo de un hombre obsesionado que heredó la obsesión sin darse cuenta.

—Apaga eso —dijo Aparna.

Okonkwo apagó la tele.

El silencio llenó la habitación como agua llenando un sótano.

—La autenticación del Sanger —dijo Lucas, después de un minuto —. El ADN. Eso es irrefutable. Si conseguimos que analicen la mano…

—Ya he llamado —dijo Aparna—. Tres veces. El Instituto Sanger no acepta muestras de particulares. Necesitas la solicitud de una institución reconocida. Y ahora mismo ninguna institución quiere su nombre asociado a esto.

—¿Y laboratorios privados?

—Los hay. Pero un análisis de ADN antiguo cuesta entre veinte y cincuenta mil libras. Y sin el respaldo de una universidad, los resultados no tendrían peso académico. Cualquiera podría decir que pagamos para que saliera lo que queríamos.

—Entonces estamos jodidos.

—Estamos en un callejón sin salida temporal. —Aparna usó su voz de académica, la que empleaba para explicar cosas que no quería que sonaran tan mal como eran—. Los documentos siguen existiendo. Las imágenes están en internet. El análisis preliminar de Blackwood está publicado. Nada de eso ha desaparecido. Pero sin una institución que ponga su sello…

—Sin un sello, no es más que una teoría de internet. Como los que dicen que la Tierra es plana.

Aparna no respondió.

Porque no había nada que responder.

A la mañana siguiente, Lucas bajó al quiosco de Chapel Market. El Evening Standard ya no llevaba su foto en portada. El Pacto de Valencia había desaparecido de las primeras páginas, empujado por una crisis parlamentaria y un escándalo de evasión fiscal de un futbolista del Chelsea.

Compró el periódico de todas formas. Pasó las páginas hasta encontrar una mención en la sección de opinión. Un columnista que firmaba como "Dr. Richard Howell, historiador" dedicaba quinientas palabras a lo que llamaba "la industria del revisionismo histórico". Mencionaba a Lucas en el tercer párrafo, junto a los negacionistas del Holocausto y los que creían que Shakespeare fue una mujer.

Negacionistas del Holocausto.

Lucas arrugó el periódico y lo tiró a una papelera.

De vuelta en el apartamento, Okonkwo estaba haciendo llamadas. Pero su tono había cambiado. Ya no era el periodista que tenía una exclusiva mundial. Era un profesional que intentaba limitar daños.

—Entiendo. Sí, entiendo. Gracias de todas formas.

Colgó y miró a Lucas.

—The New York Times ha retirado el artículo de su edición internacional. Lo han movido a la sección de "curiosidades históricas". —Hizo una pausa—. Le Monde ni siquiera contestó.

—¿Y Der Spiegel?

—Están preparando un reportaje sobre falsificaciones históricas famosas. Quieren citarnos como ejemplo contemporáneo.

Lucas se sentó.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Una semana?

—Ocho días.

Ocho días. Lo que le había costado toda una vida a su padre —encontrar la verdad, protegerla, morir por ella—, lo que le había costado a Lucas medio año de persecuciones, huidas, túneles y traiciones, se había evaporado en ocho días.

No porque alguien lo destruyera. No porque la Orden quemara los documentos o asesinara a los testigos.

Sino porque el mundo, simplemente, decidió no creerlo.

Fue Aparna quien lo dijo en voz alta, esa noche, mientras cenaban comida thai en cajas de cartón con la tele apagada y los teléfonos boca abajo:

—La Orden no necesita hacer nada. No necesitan matarnos, ni perseguirnos, ni destruir los documentos. Solo necesitan esperar. El ciclo de noticias hará el trabajo por ellos. Dentro de un mes, nadie se acordará del Pacto de Valencia. Dentro de un año, será una nota a pie de página en algún artículo de Wikipedia marcado como “fuente no verificada”.

Lucas masticó un pad thai que sabía a cartón.

—Villena tenía razón —dijo.

—¿En qué?

—“La gente olvidará. Volverán al héroe que conocían.”

Aparna dejó los palillos sobre la mesa.

—No me gusta cuando tienes razón sobre las cosas tristes.

—A mí tampoco.

Se quedaron en silencio, escuchando el ruido de Londres al otro lado de las ventanas. Sirenas, tráfico, la vida de ocho millones de personas que tenían problemas propios y ningún interés en los pergaminos de un guerrero muerto hace siglos.

Lucas recogió las cajas de cartón vacías y las tiró a la basura. Metió los palillos en el cubo. Pasó un trapo por la mesa.

Había que hacer algo con las manos. Mientras las manos se movieran, la cabeza podía esperar.

Capítulo 36: *El Caballero de la Triste Figura*

Íñigo de Villena reapareció un martes por la mañana.

No hubo fuga, ni escondite, ni persecución policial. No lo encontraron en un aeropuerto disfrazado ni en una villa costera del sur de Francia. Apareció en un plató de televisión, sentado en un sillón de cuero, con un traje gris oscuro y una corbata de seda, respondiendo preguntas con la calma de un hombre al que le sobra el tiempo.

Lucas lo vio en directo, en la pantalla del ordenador de Okonkwo, con un café que se le enfrió en la mano sin llegar a probarlo.

El programa era de la Cadena SER, retransmitido también por YouTube. Una entrevista larga, de esas que los periodistas españoles llamaban "en profundidad" y que normalmente se reservaban para expresidentes y escritores con Nobel. El entrevistador era Carlos Herrero, un veterano con fama de incisivo que trataba a Villena con el respeto que se le da a los hombres de dinero viejo.

—Don Íñigo, usted ha sido mencionado repetidamente en esta historia como el líder de una presunta organización secreta. ¿Qué tiene que decir al respecto?

Villena sonrió. No la sonrisa del depredador que Lucas conocía, sino otra: cálida, un poco triste, la sonrisa de un tío benevolente al que le han hecho una injusticia pero que es demasiado elegante para quejarse.

—Carlos, le voy a ser completamente honesto. Conozco a Lucas Alarcón. Lo conocí hace meses, cuando vino a mí buscando información sobre unos documentos que su padre había investigado durante décadas. Le ayudé porque me pareció un joven apasionado, inteligente, con una historia fascinante. —Pausa calculada—. Pero apasionado e inteligente no significa necesariamente correcto.

—¿Está diciendo que los documentos son falsos?

—No soy historiador, Carlos. No me corresponde a mí decir si son falsos o verdaderos. Lo que sí puedo decir es que Julián Alarcón, el

padre de Lucas, dedicó su vida entera a esta búsqueda. Una vida entera. —Otra pausa—. Y a veces, cuando dedicas tanto tiempo a buscar algo, terminas encontrándolo aunque no exista. No por mala fe, sino por necesidad psicológica.

Lucas sintió que el estómago se le encogía. No por rabia. Por algo peor: por lo razonable que sonaba.

—¿Y la Orden de la Espada Velada? —preguntó Herrero—. Alarcón lo acusa de ser su líder.

Villena soltó una risa breve, controlada.

—Carlos, si yo dirigiera una organización secreta de novecientos años, ¿cree que estaría aquí sentado, hablando con usted? —Negó con la cabeza, divertido—. La Fundación Villena es una institución privada dedicada a la conservación del patrimonio histórico español. Llevamos cuarenta años financiando excavaciones, restauraciones, becas de investigación. Todo público, todo auditado, todo transparente. ¿Existe una "Orden de la Espada Velada"? Es posible que existiera algo con ese nombre hace siglos. Como existieron los templarios, los cátaros, los carbonarios. La historia está llena de organizaciones secretas que dejaron de serlo porque dejaron de importar.

—Pero Lucas Alarcón afirma que usted lo traicionó. Que organizó toda la operación para apoderarse de los documentos.

Villena cambió la expresión. La sonrisa desapareció. En su lugar, algo que parecía —que imitaba con perfección— la compasión.

—Mire, Carlos, voy a decirle algo que quizá no debería decir en televisión. Pero creo que es importante. —Se inclinó hacia delante, bajando la voz como quien comparte una confidencia—. Julián Alarcón era un hombre enfermo. No hablo de su enfermedad física, que lo mató al final. Hablo de una obsesión que consumió todo lo que tocó: su matrimonio, su salud, su relación con su hijo. Lucas creció en la sombra de esa obsesión. Creció sin padre, porque el padre estaba persiguiendo fantasmas en la Biblioteca Nacional o en archivos de medio mundo.

Lucas apretó el borde de la mesa hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Y lo que estamos viendo ahora —continuó Villena, con la voz teñida de una tristeza que parecía genuina— es a un hijo que intenta dar sentido a la locura de su padre. Que necesita creer que esos treinta años no fueron en vano. Que la obsesión tenía fundamento,

que el sacrificio valió la pena. —Miró directamente a la cámara—. No culpo a Lucas. Lo entiendo. Si mi padre hubiera muerto persiguiendo un sueño, yo también querría creer que el sueño era real.

—Apaga eso —dijo Aparna.

Lucas no la oyó. Estaba paralizado, clavado en la pantalla, viendo cómo Villena —el hombre que lo había engañado durante meses, que había volado Minaya, que había matado a doce guardianes— convertía toda la historia en un drama familiar. En un hijo traumatizado que confundía las alucinaciones de su padre con la realidad.

Y lo peor era que sonaba bien. Sonaba coherente. Sonaba a la versión que cualquier persona razonable elegiría creer si tuviera que elegir entre un mochilero desconocido y un filántropo respetable.

—¿Y el pueblo de Minaya? —preguntó Herrero—. El derrumbe que destruyó parte del casco urbano.

—Un accidente terrible. —Villena negó con la cabeza—. Minaya tiene un subsuelo inestable, como muchos pueblos de la Mancha construidos sobre terreno calcáreo. Las autoridades locales llevan años advirtiendo del riesgo de subsidencia. Que el señor Alarcón vincule un fenómeno geológico con una conspiración es… bueno, es consistente con el patrón que estamos viendo.

Patrón. Como si Lucas fuera un caso clínico.

—Y la muerte del profesor Blackwood en Oxford.

—Trágica. No tengo más información que la que ha publicado Scotland Yard. Pero le diré una cosa: el profesor Blackwood era conocido en círculos académicos por su… entusiasmo. Le gustaban las causas perdidas. Los documentos apócrifos, las historias alternativas. No me sorprende que se involucrara en algo así. Me entristece que le costara la vida.

Herrero asintió con la gravedad ensayada del periodista que sabe que está haciendo buena televisión.

—Una última pregunta, don Íñigo. ¿Qué le diría a Lucas Alarcón si estuviera escuchando ahora mismo?

Villena miró a la cámara. Directamente. Como si supiera —y probablemente sabía— que Lucas estaba al otro lado.

—Le diría que lamento lo de su padre. Lo lamento sinceramente. Y le diría que busque ayuda. Profesional, quiero decir. No como insulto, sino como preocupación genuina. —Una pausa final,

perfectamente medida—. A veces, la mejor forma de honrar a los que perdimos es dejar ir lo que ellos no pudieron soltar.

La entrevista terminó. Okonkwo cerró la pestaña del navegador.

El apartamento quedó en silencio.

Lucas seguía mirando la pantalla negra. Dentro de él, algo había cambiado. No era rabia. La rabia habría sido más fácil, más limpia, más útil. Era algo frío y pesado que se instaló en el centro del pecho y que tardó unos segundos en identificar.

Derrota.

No la derrota del que pierde una batalla. Eso se supera. La derrota del que grita verdad en una habitación llena de gente que ha decidido no escuchar. Que no puede escuchar, porque escuchar significaría reescribir demasiadas cosas: libros de texto, identidades, certezas que sostienen el mundo tal como lo conocen.

—Puedo escribir una réplica —dijo Okonkwo, rompiendo el silencio—. Punto por punto. Desmontar cada mentira.

—¿Y quién la publicará? —preguntó Aparna.

Okonkwo abrió la boca. La cerró. Miró su teléfono, que llevaba horas sin sonar.

—Puedo publicarla en mi blog.

—Contra una entrevista en la Cadena SER vista por dos millones de personas, ¿tu blog?

Nadie dijo nada más.

Lucas se levantó, fue a la ventana. La noche había caído sobre Londres sin que se diera cuenta. Las luces de Chapel Market brillaban bajo una llovizna fina que convertía las calles en espejos oscuros.

Pensó en la nota de su padre. La que encontró en Minaya, garrapateada en el margen de un mapa: “La verdad no necesita que la crean.” En su momento le pareció una frase bonita, de esas que los padres ausentes escriben para sentirse mejor consigo mismos.

Ahora le parecía lo único verdadero que Julián Alarcón había dicho en toda su vida.

Capítulo 37: *Las Líneas de Fuga*

El primer correo llegó al día siguiente de la entrevista de Villena.

Era de la Universidad de Edimburgo, donde un profesor de historia medieval había mostrado interés inicial en los documentos. Tres líneas: agradecía el contacto, lamentaba no poder colaborar en este momento, les deseaba suerte en sus investigaciones futuras. Firmaba "Atentamente" con la frialdad de quien cierra una puerta con pestillo.

El segundo correo fue del laboratorio de datación por carbono-14 de Zúrich. No aceptaban muestras de particulares. Necesitaban una solicitud institucional.

El tercero fue del Archivo General de Simancas. El director respondía al mensaje de Lucas con una sola frase: "Le rogamos se dirija a los cauces oficiales del Ministerio de Cultura para cualquier solicitud relacionada con patrimonio documental."

Lucas dejó de contar después del décimo.

En dos semanas, escribió a cuarenta y tres instituciones de doce países. Universidades, museos, laboratorios, archivos, fundaciones. Envió copias digitales de los documentos, el informe preliminar de Blackwood, las fotografías de alta resolución, los planos de la Biblioteca. Adjuntó su propia historia, resumida en dos folios, intentando sonar objetivo, profesional, cuerdo.

Recibió once respuestas. Siete declinaban con cortesía. Dos pedían más información y luego no volvieron a escribir. Una lo remitía a un formulario web para propuestas de investigación que requería afiliación institucional. Y la última —un profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén— le escribió cuatro líneas que Lucas releyó varias veces:

"Estimado señor Alarcón: He examinado las imágenes con interés. El documento hebreo adjunto al Pacto presenta características paleográficas consistentes con el siglo XI. Sin embargo, dadas las circunstancias actuales, me resulta imposible emitir una opinión pública al respecto. Le deseo lo mejor."

Consistentes con el siglo XI. Un experto en paleografía hebrea diciendo, en privado, que el documento podría ser auténtico. Pero sin atreverse a decirlo en público.

Lucas imprimió el correo y lo guardó en una carpeta, junto con las otras migajas que el mundo le iba dejando como consuelo.

No eran pruebas. Eran susurros.

Okonkwo se lo dijo una mañana, mientras preparaba café en su cocina diminuta. No con crueldad, sino con la honestidad cansada de alguien que lleva semanas peleando una guerra que sabe perdida.

—Tenéis que iros, Lucas.

—¿Irnos?

—De mi apartamento. —Okonkwo vertió el café en dos tazas sin mirarlo—. No es que no os quiera aquí. Pero mi editor me ha llamado. Dos veces. Dice que mi "implicación personal" en la historia está comprometiendo mi objetividad como periodista. Y tiene razón.

—¿Tu editor te ha dicho que nos eches?

—Mi editor me ha dicho que tome distancia o pierda mi columna. —Okonkwo le tendió la taza—. Soy periodista, Lucas. Es lo que hago. Es lo único que tengo. Si pierdo esto, no soy nada.

Lucas cogió el café. Estaba demasiado caliente y demasiado amargo, como todo últimamente.

—Lo entiendo.

—No quiero que lo entiendas. Quiero que te enfades. Te lo mereces.

—No me queda enfado, David. Lo gasté todo con Villena.

Okonkwo lo miró un momento largo, con algo en los ojos que podría haber sido vergüenza o podría haber sido alivio. A veces las dos cosas se parecen tanto que ni el que las siente sabe distinguirlas.

—Os buscaré un sitio. Conozco a alguien que alquila habitaciones en Brixton. Barato, discreto, sin preguntas.

—Gracias.

—No me des las gracias. —Okonkwo dejó su taza sobre la encimera con más fuerza de la necesaria—. No me lo merezco.

Se mudaron a Brixton esa tarde. Una habitación en un piso compartido con dos estudiantes nigerianos y un fontanero polaco que trabajaba de noche. La habitación olía a humedad y a ambientador barato. Tenía una cama doble con el colchón hundido en el centro, un armario sin puertas y una ventana que daba a las vías del tren.

Lucas dejó la maleta en el suelo. Aparna dejó la suya junto a la ventana.

No se miraron.

Había algo obsceno en aquella habitación, algo que hacía imposible fingir que estaban bien. En el apartamento de Okonkwo habían tenido el ruido, los monitores, las llamadas, la ilusión de estar luchando contra algo. Aquí no había nada contra lo que luchar. Solo una cama hundida y el traqueteo constante de los trenes.

—Voy a llamar a Goa —dijo Aparna, sacando su móvil.

Lucas asintió y salió a la calle.

Brixton a última hora de la tarde era un animal diferente de Chapel Market. Más ruidoso, más sucio, más vivo. Música saliendo de las tiendas de Electric Avenue, olor a pollo jerk y a incienso, gente que caminaba con la urgencia de quien tiene sitios mejores donde estar. A nadie le importaba un español desconocido con bolsas bajo los ojos y un secreto que se pudría en una caja fuerte portátil.

Caminó hasta un parque pequeño cuyo nombre no retuvo. Se sentó en un banco húmedo y sacó el móvil. Tenía tres mensajes nuevos en el correo.

El primero era spam. El segundo, un periodista freelance de un podcast sobre conspiraciones que quería entrevistarlo. “Nuestros oyentes están fascinados con su caso. ¿Estaría disponible para una conversación de noventa minutos sobre el Pacto de Valencia y su conexión con los templarios?”

Los templarios. Ya estaba en la categoría de los templarios.

El tercero era de un abogado en Madrid. La policía española había reabierto una investigación sobre la destrucción de Minaya. No como investigación contra la Orden o contra Villena. Como investigación sobre posibles actividades ilegales de excavación no autorizada en suelo protegido. El sospechoso principal era Lucas Alarcón.

Cerró el móvil.

Un tren pasó rugiendo a lo lejos, sacudiendo el aire con su peso mecánico.

Lucas pensó en las puertas. Todas las puertas que habían existido en esta historia: la puerta de la basílica de Goa, la puerta del convento de Santa Mónica, la puerta de la iglesia de Minaya, la puerta de la Biblioteca del Silencio. Puertas que había abierto una

tras otra, creyendo que detrás de la última encontraría algo que lo justificara todo.

Y lo encontró. Encontró la verdad.

Lo que no encontró fue a alguien dispuesto a recibirla.

Volvió al piso de Brixton cuando ya era de noche. Aparna estaba sentada en la cama, con el teléfono en el regazo y la mirada fija en la pared.

—¿Cómo está tu madre?

—Peor. —No lo miró—. La vecina dice que apenas come. Y que pregunta por mí.

—Puedes volver. Deberías volver.

—Si vuelvo ahora, no volveré más. —Aparna se giró hacia él—. Lo sabes, ¿verdad?

Lucas lo sabía. Si ella volvía a India, la distancia haría el resto. No por desamor. Por gravedad. Las vidas tienen su propia inercia, y la de Aparna tiraba hacia Goa, hacia su madre, hacia lo que quedara de su carrera en un continente donde el Pacto de Valencia era una curiosidad lejana y no una sentencia de muerte profesional.

—Lo sé.

—Necesito un poco más de tiempo.

—Vale.

Se acostaron sin hablar. Lucas se quedó mirando el techo mientras los trenes pasaban cada ocho minutos, puntuales como un metrónomo, marcando el ritmo de algo que se estaba acabando.

A la mañana siguiente buscó su nombre en Google.

Los primeros resultados eran los artículos de la primera semana: The Guardian, la BBC, El País. Pero ya habían sido desplazados por otros: el informe de Whitfield, la entrevista de Villena, el editorial del columnista que lo equiparaba con los revisionistas más delirantes.

Bajó más. En la segunda página, encontró un hilo de Reddit titulado “The Minaya Hoax - Timeline of a Modern Historical Forgery”. Tenía cuatrocientos comentarios y tres premios. El autor había compilado todas las inconsistencias señaladas por los académicos, las había cruzado con datos públicos sobre Lucas, y había construido una narrativa alternativa limpia y convincente: un joven con problemas familiares, influenciado por un padre paranoico, que falsificó documentos para dar sentido a su infancia rota.

La palabra “hoax” le dolió más que todas las demás.

Porque un hoax no es una mentira. Un hoax es una mentira en la que alguien creyó de verdad.

Cerró el portátil.

Fue a la cocina, se hizo un té con una bolsita que encontró en un bote sin tapa, y se sentó en la única silla que no estaba rota.

El fontanero polaco pasó camino a la ducha, lo miró, murmuró algo que podría haber sido un saludo o una queja, y desapareció tras la puerta del baño.

Lucas bebió su té.

No sabía a nada.

Como todo últimamente.

Capítulo 38: *La Estación*

Aparna se fue un jueves.

No un jueves especial. No llovía, no hacía sol, no había nada en el cielo que justificara recordar la fecha. Un jueves gris de Londres, idéntico a todos los demás, con las nubes bajas y el asfalto brillando de una humedad que no terminaba de ser lluvia.

Lucas la acompañó a Heathrow en el metro. Pudieron haber cogido un taxi, pero ninguno de los dos lo sugirió. Quizá porque no les sobraba el dinero. Quizá porque un taxi habría sido demasiado rápido.

Llevaban tres días preparando la partida. Aparna había hablado con su madre, con un hospital de Panjim, con una antigua profesora de la Universidad de Goa que le había ofrecido un puesto temporal de investigación. Nada glamuroso: catalogación de manuscritos coloniales portugueses. Un trabajo de archivo, lejos de los focos, lejos de las preguntas. Un lugar donde el nombre Aparna Deshmukh no estuviera contaminado por el de Lucas Alarcón.

No hablaron mucho durante el trayecto. La línea Piccadilly cruzaba el oeste de Londres como una arteria subterránea, arrastrando pasajeros que iban y venían de aeropuertos, de trabajos, de vidas que no tenían nada que ver con pactos medievales ni con verdades enterradas.

Lucas miraba el mapa del metro sobre la puerta. Cada estación un nombre, cada nombre un lugar al que no iba. Acton Town. Hounslow East. Hatton Cross. El metro como una línea de fuga que terminaba en una terminal de aeropuerto, que era donde terminaban todas las fugas.

—No tenemos que hacer esto —dijo, en algún punto entre Hammersmith y Turnham Green.

—Sí tenemos. —Aparna no lo miró. Tenía la vista fija en su propia mano, apoyada sobre la maleta que sujetaba entre las piernas—. Mi madre está sola. Mi carrera está destruida en Europa. Y aquí no puedo ayudarte, Lucas. No puedo hacer nada que no sea ver cómo se hunde todo.

—Estar aquí es hacer algo.

—No. Estar aquí es compartir el hundimiento. No es lo mismo.

Lucas no respondió. Porque tenía razón y porque discutirlo habría sido obligarla a quedarse por lástima, que era la única forma de quedarse que no valía nada.

Heathrow los recibió con su caos ordenado. Terminal 4, vuelos internacionales. El panel de salidas mostraba destinos como un catálogo de mundos posibles: Delhi, Bombay, Bangkok, São Paulo. Vidas enteras codificadas en letras blancas sobre fondo negro.

Aparna facturó la maleta. Una sola maleta para todo lo que había traído de India hacía meses — lo demás se había quedado en Goa, en una casa que quizá seguía igual o quizá ya no existía. Lucas se preguntó cuántas veces en su vida había visto partir a alguien con una sola maleta. Su padre se fue de casa con una bolsa de viaje y un cuaderno. No volvió en dos años.

Se sentaron en una cafetería de la terminal, frente a una cristalera que daba a las pistas. Los aviones rodaban como ballenas metálicas, lentos y pesados en tierra, esperando el momento de despegar y volverse otra cosa.

Aparna pidió un chai. Lucas, un café que no quería.

—Quiero que hagas algo —dijo ella.

—¿Qué?

—Que vuelvas a España. Que busques un trabajo normal. Que alquiles un piso donde no pasen trenes cada ocho minutos. —Sonrió, y la sonrisa fue como una grieta en algo que llevaba semanas aguantando—. Que no te conviertas en tu padre.

—Mi padre murió buscando la verdad. Yo la encontré. No somos lo mismo.

—No, pero os parecéis más de lo que crees. —Aparna envolvió el vaso de chai con las dos manos, como si necesitara el calor—. Tu padre no pudo soltar la búsqueda. Tú no puedes soltar la verdad. Las dos obsesiones destruyen igual.

Lucas miró los aviones. Uno despegaba en ese momento, inclinándose hacia el cielo con una facilidad que desmentía su peso.

—¿Y qué hago con los documentos? ¿Con el Moleskine? ¿Con las copias? ¿Los tiro a la basura?

—Los guardas. Como hizo Álvar Fáñez. Como hicieron los guardianes durante siglos. —Aparna lo miró, y sus ojos tenían la intensidad oscura de aquella primera noche en la basílica, cuando

todo empezó—. Los guardas y vives tu vida. Y si algún día alguien viene a buscarlos, se los das. Y si nadie viene, no pasa nada. La verdad no caduca.

—La verdad no caduca —repitió Lucas, sin saber si lo creía o si solo le gustaba cómo sonaba.

—Me tengo que ir.

—Lo sé.

Se levantaron. Lucas dejó dinero en la mesa sin contar. Caminaron hacia el control de seguridad, donde una cola de viajeros avanzaba despacio entre cintas de tela retráctil, como ganado en un matadero amable.

Se detuvieron donde se detiene todo el mundo: en esa frontera invisible donde los que vuelan se separan de los que se quedan. Al otro lado, máquinas de rayos X y agentes de seguridad con cara de aburrimiento. A este lado, el resto del mundo.

—No voy a decir que nos volveremos a ver —dijo Aparna—. Porque no lo sé.

—Yo tampoco.

—Y no voy a decir que ha sido un placer, porque gran parte ha sido horrible.

Lucas casi sonrió.

—Gran parte ha sido horrible, sí.

—Pero lo que no fue horrible fue lo mejor que me ha pasado en la vida. —La voz se le quebró en la última sílaba, y Aparna hizo algo que Lucas nunca le había visto hacer: cerró los ojos con fuerza, como si pudiera contener lo que se desbordaba con solo apretar los párpados.

Lucas la abrazó.

No fue un abrazo de película. No fue largo ni dramático ni acompañado de música. Fue un abrazo torpe, de los que se dan cuando el cuerpo sabe lo que quiere pero no sabe cómo decirlo. Ella olía a chai y a champú de hotel. Él probablemente olía a metro y a noches sin dormir. No importaba.

—Cuida de Shanti —dijo Lucas.

—Cuida de ti —dijo Aparna.

Se separaron. Ella cogió su bolsa de mano, mostró la tarjeta de embarque al agente del control, y entró sin mirar atrás.

Lucas se quedó de pie, mirando cómo desaparecía entre la cola de viajeros. La vio quitarse los zapatos para el escáner. La vio poner la bolsa en la cinta. La vio pasar bajo el arco del detector de metales con

los brazos levantados, como si se rindiera ante algo que no era la seguridad del aeropuerto.

Y luego la perdió.

Se quedó un rato más, mirando el punto donde había desaparecido, como si pudiera invocarla de vuelta con la fuerza de la mirada. Un guardia de seguridad le preguntó si necesitaba ayuda. Lucas dijo que no. Siempre decía que no.

Volvió a Londres en el mismo metro. Mismo vagón, mismas estaciones, pero todo era diferente. O quizá todo era igual y el que había cambiado era él. El asiento donde Aparna había estado sentada ahora lo ocupaba un adolescente con auriculares y la mirada perdida en un teléfono.

Así de rápido se llena un espacio vacío. Así de poco queda.

Llegó al piso de Brixton al anochecer. La habitación estaba como la habían dejado: la cama deshecha, la ventana abierta, el ruido de los trenes. Pero la maleta de Aparna ya no estaba junto a la pared. Y su cepillo de dientes ya no estaba en el vaso del baño. Y el olor a chai ya no flotaba en el pasillo.

Lucas se sentó en la cama y sacó el Moleskine de su padre del bolsillo interior de la chaqueta. Lo abrió por una página al azar. La caligrafía apretada de Julián llenaba los márgenes con flechas, fechas, referencias cruzadas. La letra de un hombre que nunca dejó de buscar.

Cerró el cuaderno.

Lo dejó en la mesilla de noche, junto al anillo de Pacheco y un vaso de agua.

Tres objetos. Todo lo que quedaba de la aventura más grande de su vida.

Tres objetos y una verdad que nadie quería.

Se acostó sin cenar. Los trenes seguían pasando cada ocho minutos. Pero esta vez, en lugar de molestarle, el sonido le resultó extrañamente reconfortante. Un ritmo. Una constancia. Algo que seguía funcionando aunque todo lo demás se hubiera roto.

Se durmió pensando en Álvar Fáñez. En la noche en que el primo del Cid bajó solo a la Biblioteca del Silencio, con una antorcha y un puñado de pergaminos, y selló la entrada sabiendo que quizá nadie volvería a abrirla.

Álvar también se habría sentido solo esa noche.

Pero lo hizo de todas formas.

Capítulo 39: *Tierra de Nadie*

Teruel olía a piedra fría y a leña quemada.

Lucas llegó en un autobús de línea desde Zaragoza, con una maleta que pesaba menos que su mochila de Bangalore y una bolsa de plástico del Carrefour con dos camisetas y unos calcetines. Había elegido Teruel por la misma razón por la que la gente elige los sitios donde nadie los busca: porque allí no había nada que buscar.

Eso no era justo con Teruel. Tenía la torre mudéjar de San Martín, los arcos de piedra del acueducto, una plaza bonita con soportales donde los viejos tomaban café con leche a las once de la mañana. Tenía una historia que se leía en las paredes: ladrillo, yeso, cerámica, la herencia islámica que España llevaba siglos queriendo olvidar. Pero Lucas no estaba allí por la historia. Estaba allí porque el alquiler costaba trescientos euros al mes y porque a nadie le importaba quién era.

El piso era un segundo sin ascensor en una calle estrecha del casco viejo. Dos habitaciones, una cocina que no había sido reformada desde los años ochenta y un baño con una bañera color salmón. Las paredes tenían marcas de cuadros que alguien se había llevado al irse. El suelo era de terrazo gris. La ventana del salón daba a un patio interior donde una señora tendía ropa blanca.

Lucas pagó tres meses por adelantado con lo que le quedaba de los ahorros de Bangalore. El casero, un hombre de sesenta y tantos años con bigote y chaqueta de punto, no le preguntó a qué se dedicaba. En Teruel, preguntar era de mala educación.

Los primeros días los pasó durmiendo.

No por agotamiento, aunque estaba agotado. Sino porque dormir era lo único que no requería decisiones. Dormía diez, once, doce horas. Se levantaba al mediodía, se hacía un café con una cafetera italiana que encontró en un armario, y se sentaba junto a la ventana a ver cómo la luz cambiaba sobre los tejados. Luego volvía a dormirse.

No encendió el ordenador en una semana.

Cuando finalmente lo hizo, fue para buscar trabajo.

Encontró un puesto de analista de datos en una empresa de logística de Zaragoza que aceptaba trabajo remoto. Nóminas, inventarios, hojas de cálculo. Lo mismo que hacía antes de Bangalore, antes de Goa, antes de todo. Mandó el currículum — el real, el de antes, el que no incluía "descubrí una conspiración milenaria" — y lo llamaron en dos días. La entrevista fue por videollamada. El jefe de recursos humanos era una mujer de cuarenta años que se llamaba Pilar y que no reconoció su nombre.

Empezó el lunes siguiente.

El trabajo era exactamente lo que necesitaba: mecánico, predecible, insensible a la verdad o la mentira. Los números no tenían opinión. Las hojas de cálculo no juzgaban. Un albarán de tres mil cajas de tornillos enviadas a Huesca tenía la misma relevancia existencial que el Pacto de Valencia: ninguna y toda, dependiendo de quién lo mirara.

Lucas se levantaba a las ocho, trabajaba hasta las cinco, y luego caminaba. Teruel era una ciudad pequeña que se recorría entera en una hora, pero Lucas la estiraba. Subía al Paseo del Óvalo, bajaba por la escalinata, cruzaba el viaducto que unía las dos partes de la ciudad como un puente sobre un abismo que no era solo geográfico. A veces se sentaba en un banco de la plaza del Torico y miraba pasar a la gente. Jubilados, estudiantes, madres con niños. Gente con vidas que funcionaban.

No hablaba con casi nadie. No porque no quisiera, sino porque no sabía cómo. ¿De qué hablas con un desconocido cuando lo más interesante que te ha pasado es algo que nadie cree? ¿Del tiempo?

Hablaba del tiempo.

—Frío para octubre, ¿verdad?

—Aquí siempre hace frío. Es Teruel.

Eso era todo. Y era suficiente.

Un mes después de llegar, cometió el error de buscarse en internet.

No debería haberlo hecho. Lo sabía mientras lo hacía, con la misma certeza con la que se sabe que no hay que abrir un correo de un desconocido a las tres de la madrugada. Pero lo hizo. "Lucas Alarcón Minaya" en Google, y enter.

Los resultados de la primera semana — los artículos serios, las entrevistas, los análisis— habían desaparecido de las primeras posiciones. En su lugar había otra cosa.

Un vídeo de YouTube titulado “El FRAUDE del Pacto de Valencia EXPLICADO en 10 minutos” tenía doscientas mil reproducciones. El autor, un divulgador de historia con medio millón de suscriptores, explicaba con gráficos y animaciones por qué los documentos eran falsos. Era entretenido, rápido, superficial y devastadoramente efectivo. Los comentarios eran peores: “otro iluminado que quiere reescribir la historia”, “si el Cid fuera moro lo habrían llamado Ahmed jajaja”, “este tío necesita un psicólogo no un museo”.

En Reddit, el hilo sobre “The Minaya Hoax” había crecido. Tenía su propia wiki ahora, con una cronología detallada, un análisis de las supuestas inconsistencias, y una sección dedicada a Lucas que incluía fotos sacadas de sus redes sociales y una biografía que mezclaba datos reales con especulaciones crueles. Alguien había encontrado la cuenta de Instagram que usaba en Bangalore — fotos de templos, comida callejera, atardeceres — y la había analizado como prueba de una personalidad “inestable y sugestionable”.

Pero lo que más le dolió fue un foro de conspiraciones. No uno de los grandes, sino uno de esos rincones oscuros de internet donde la gente discutía sobre chemtrails y reptilianos. Un usuario había creado un hilo sobre el Pacto de Valencia, defendiendo su autenticidad con argumentos que mezclaban datos reales con delirios sobre los Illuminati y el Nuevo Orden Mundial. Tenía treinta respuestas, todas de acuerdo.

Los conspiranoicos lo habían adoptado.

Eso era peor que el olvido. Porque significaba que la verdad — la verdad real, la que había costado vidas, la que dormía en un disco duro en el cajón de su mesilla— había sido absorbida por el ruido de fondo de internet, mezclada con los chemtrails y los reptilianos hasta hacerse indistinguible.

Cerró el portátil.

Se puso la chaqueta y salió a caminar.

Teruel de noche era otra ciudad. Las calles vacías, las farolas de luz amarilla, los gatos que cruzaban entre sombras. La torre de San Martín brillaba iluminada contra el cielo oscuro. Un alarife sin nombre la había levantado hacía setecientos años, y seguía en pie, indiferente a la memoria de los hombres.

Lucas se detuvo a mirarla.

Un alarife sin nombre que construyó algo que sobrevivió siete siglos. Y un analista de datos que descubrió algo que el mundo olvidó

en dos semanas.

¿Cuál de los dos hizo más?

No lo sabía. Pero empezaba a sospechar que la respuesta no importaba tanto como creía.

Volvió al piso. Se hizo unas patatas fritas con un par de huevos, se las comió de pie en la cocina, y lavó el plato con el cuidado excesivo de quien no tiene otra cosa que hacer.

Antes de acostarse, abrió el cajón de la mesilla. Todo seguía ahí. Cerró el cajón.

Se acostó.

Esta noche no pasaban trenes. En Teruel el silencio era distinto: más seco, más profundo, como si la tierra misma guardara secretos y hubiera aprendido a callar.

Lucas descubrió que el silencio, con el tiempo, dejaba de ser una amenaza para convertirse en compañía.

No estaba mal.

No estaba bien.

Pero estaba.

Capítulo 40: *El Moleskine*

El invierno llegó a Teruel como llega todo a Teruel: sin avisar y con ganas de quedarse.

Lucas se compró un radiador eléctrico en un bazar chino de la calle Nueva y lo enchufó junto a la mesa donde trabajaba. El piso era una nevera de piedra. Las paredes transpiraban una humedad antigua, de las que llevan ahí más tiempo que los inquilinos. Por las mañanas, la ventana amanecía cubierta de escarcha por dentro.

Llevaba tres meses en la ciudad. Había aprendido dónde compraban pan los vecinos —una panadería en la calle de San Juan que abría a las siete—, dónde servían el mejor café —el bar de la plaza, sin nombre visible, con una máquina italiana de los años noventa— y a qué hora salía el sol en diciembre: tarde, rojo, perezoso, como si a él también le costara levantarse.

Había hablado con Aparna dos veces.

La primera, un mensaje de WhatsApp escueto: "He llegado bien. Mamá está mejor. Empiezo a trabajar la semana que viene." Lucas respondió con un pulgar hacia arriba y luego se odió por no haber escrito algo mejor. La segunda fue una llamada, tres semanas después, a una hora rara que indicaba que ella también tenía problemas para dormir. Hablaron diez minutos de nada: el tiempo en Goa, el tiempo en Teruel, el trabajo, la madre. No mencionaron el Pacto, ni Villena, ni Minaya. Como si todo aquello le hubiera pasado a otras personas.

Quizá les había pasado a otras personas. El Lucas que bajó a la Biblioteca del Silencio no era el mismo que ahora se preparaba una tortilla de patatas los domingos y hacía la compra en el Mercadona de la avenida de Sagunto.

O quizá sí era el mismo, y eso era lo que costaba aceptar.

Fue un domingo de diciembre cuando abrió el Moleskine.

No lo había tocado desde Londres. Estaba en el cajón de siempre, como los restos de un naufragio guardados en una vitrina: cosas que significaban todo y no servían para nada.

Lo abrió por la primera página.

La caligrafía de su padre. Apretada, inclinada a la derecha, con la urgencia de alguien que escribe más rápido de lo que piensa. Tinta azul de bolígrafo barato, la misma marca que compraba en el estanco de Minaya, paquetes de diez por un euro.

"Goa. Basílica del Buen Jesús. Inscripción en la cripta: Sub umbra Alarcónis. ¿Álvar? ¿Referencia al linaje? Confirmar con archivos de la orden tercera franciscana."

La primera anotación. El primer hilo del ovillo que Julián tiró durante treinta años hasta que se rompió. O hasta que lo rompieron a él.

Lucas pasó las páginas despacio. No las leyó en orden; las hojeó como se hojea un álbum de fotos de alguien que ya no está. Buscando no la información — que ya conocía, que ya había vivido—, sino algo más difícil de nombrar. La presencia de su padre en la tinta. La temperatura de su obsesión. El sonido de su mente funcionando.

Había notas sobre el Cid, por supuesto. Fechas, batallas, linajes. Pero también había otras cosas.

En una esquina, con letra más pequeña: *"Cumpleaños de Lucas. 14 años. No he podido ir. Llamar mañana."*

Llamar mañana. Lucas recordaba ese cumpleaños. Su madre había hecho una tarta de chocolate que sabía a cacao amargo porque se le había olvidado el azúcar. Sus primos vinieron de Albacete. Su padre no llamó ni ese día ni al siguiente.

Pasó más páginas. Entre un diagrama de la planta de la basílica y un listado de archivos consultados en Lisboa, otra nota personal:

"Lucas se ha ido de casa. Su madre dice que a Barcelona, luego a Asia. No ha dejado dirección. No puedo culparlo."

No puedo culparlo.

Tres palabras que habrían cambiado algo si las hubiera oído a tiempo. Pero que su padre escribió en un cuaderno, para nadie, como todo lo que sentía: en privado, en silencio, en la sombra.

Lucas cerró el cuaderno. Lo dejó sobre la mesa y se quedó mirándolo.

Fuera, la nieve empezaba a caer sobre Teruel. Los primeros copos, pequeños y vacilantes, como si no estuvieran seguros de querer llegar al suelo.

Su padre. Julián Alarcón. El loco de Minaya. El hombre que pasó tres décadas persiguiendo una verdad que el mundo no quiso cuando por fin la encontró. ¿Qué habría dicho Julián si hubiera visto el

comunicado de los tres catedráticos? ¿La entrevista de Villena? ¿Los memes?

Habría seguido buscando. Habría escrito más cartas, llamado a más puertas, golpeado más muros. Habría convertido cada rechazo en combustible, cada "no" en evidencia de la conspiración. Habría muerto intentándolo.

Y de hecho murió intentándolo.

Ahí estaba la diferencia. Ahí, exactamente ahí, era donde Lucas se separaba de su padre.

Julián no pudo soltar. La búsqueda se convirtió en su identidad, y sin ella no era nadie: no era marido, no era padre, no era vecino de un pueblo manchego. Era el buscador. El guardián. El que sabía. Y esa identidad lo devoró como el fuego devora la madera: desde dentro, sin que nadie lo viera arder.

Lucas había encontrado la verdad. La había llevado a la superficie. La había ofrecido al mundo. Y el mundo la había rechazado.

Y ahora estaba aquí, en Teruel, con un trabajo de oficina y un radiador que hacía un ruido raro cada vez que se encendía.

Y estaba vivo.

Estaba entero.

No estaba loco, ni obsesionado, ni destruido. Estaba triste, sí, y a veces se despertaba a las cuatro de la madrugada con la sensación de que el mundo era un lugar injusto. Pero se volvía a dormir. Y al día siguiente se levantaba, hacía café, trabajaba, caminaba, cenaba, y se acostaba otra vez. Una vida pequeña que funcionaba.

Su padre nunca tuvo eso. Su padre sacrificó lo funcional en el altar de lo extraordinario. Y Lucas, al fin, entendía que no había nobleza en el sacrificio si lo que sacrificabas era todo lo que te hacía humano.

Hizo lo correcto. Encontró la verdad y la contó. Y no era culpa suya que nadie escuchara. Como no era culpa de un médico que el paciente rechazara el tratamiento. Como no era culpa de un testigo que el jurado no le creyera.

La verdad no necesitaba que la creyeran para ser verdad.

Esa frase, que cuando la leyó en el cuaderno de su padre le pareció una excusa, ahora le parecía lo más lúcido que Julián había escrito. No como resignación, sino como liberación. La verdad existía independientemente de lo que el mundo hiciera con ella. Y quien la

encontraba no tenía la obligación de morir por ella. Solo la obligación de no mentir.

Lucas no mentía.

Lucas guardaba.

Como Álvar Fáñez. Como los doce guardianes. Como su propio padre, aunque de una forma distinta.

Cogió el Moleskine y lo abrió por la última página escrita. La letra era temblorosa, casi ilegible. La tinta, más clara, como si el bolígrafo se estuviera acabando al mismo tiempo que Julián.

"Si Lucas lee esto algún día: no fue en vano. Nada de esto fue en vano. La verdad existe aunque yo no esté para contarla. Cuídala. No como yo la cuidé —mal, con miedo, con obsesión— sino como se cuida algo que te han dado y que algún día tendrás que dar."

Lucas releyó las líneas tres veces.

Luego cerró el cuaderno, lo devolvió al cajón, y se fue a la cocina a preparar la cena.

Hizo una sopa de verduras con lo que encontró en la nevera: puerro, zanahoria, patata, un trozo de calabacín que ya tenía un día de más. La hizo despacio, cortando cada verdura con la atención que antes reservaba para los documentos medievales. Cada corte limpio, cada trozo del mismo tamaño.

Cenó en silencio, mirando la nieve caer sobre Teruel.

Y por primera vez en meses, la paz que sintió no fue la paz del que se ha rendido.

Fue la paz del que ha terminado.

Capítulo 41: *La Puerta*

El timbre sonó un sábado a media mañana.

Lucas estaba en la cocina, fregando los platos del desayuno con la radio encendida. Un programa de música clásica que no escuchaba realmente pero que llenaba el silencio con algo que no fueran sus propios pensamientos. Fuera hacía sol, un sol frío de febrero que iluminaba sin calentar, como una promesa que nadie iba a cumplir.

El timbre sonó dos veces. Breve, tímido, como si la persona al otro lado no estuviera segura de querer estar ahí.

Lucas se secó las manos con un trapo y fue a la puerta. No esperaba a nadie. No esperaba a nadie nunca. El cartero dejaba los paquetes en el portal, Pilar del trabajo le escribía por email, y el casero solo aparecía cuando había que firmar algo.

Abrió la puerta.

Una chica joven. Veintipocos años, quizá veinticinco. Pelo castaño recogido en una coleta, chaqueta de plumas negra, zapatillas de deporte gastadas. Cara redonda, ojos oscuros, sin maquillaje. Llevaba una carpeta de cartón bajo el brazo, de esas viejas con gomas elásticas que ya nadie fabricaba.

—¿Lucas Alarcón?

La voz era firme pero el cuerpo no: se balanceaba ligeramente sobre los talones, como quien está a punto de salir corriendo.

—Sí.

—Me llamo Elena Fáñez.

Fáñez. El apellido le atravesó el pecho como una descarga eléctrica silenciosa. Fáñez. Como Álvar Fáñez de Minaya. Como Tomás Fáñez, el último guardián, el hombre que murió bajo toneladas de piedra mientras Lucas huía con los documentos.

—¿Fáñez de Minaya? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

—Sí. —La chica tragó saliva—. Mi abuelo era Tomás Fáñez. Murió en el derrumbe del pueblo.

Lucas se quedó en el umbral, con la mano en el picaporte, sin saber si abrir más o cerrar. El pasado, que llevaba meses encerrado

en un cajón, acababa de llamar a su puerta con veintipocos años y una carpeta de cartón.

—¿Cómo me has encontrado?

—No ha sido fácil. —Elena miró hacia las escaleras, como comprobando que nadie la había seguido. Un gesto que Lucas reconoció porque él había hecho el mismo cientos de veces—. Llevo meses buscándote. El último artículo que encontré sobre ti era de hace un año. Después, nada. Como si te hubieras evaporado.

—Más o menos.

—Encontré tu nombre en el registro de inquilinos de este edificio. Es público, si sabes dónde mirar. —Hizo una pausa—. ¿Puedo pasar?

Lucas la miró. El sentido común decía que no. Que podía ser una periodista, una enviada de Villena, una conspiranoica del foro de internet, cualquier cosa. El sentido común había aprendido a desconfiar de los desconocidos que llamaban a la puerta con información sobre Minaya.

Pero el sentido común no explicaba la carpeta de cartón con gomas. Ni el apellido Fáñez. Ni los ojos de la chica, que tenían la misma expresión que Lucas había visto en su propio espejo durante meses: la de alguien que necesita una respuesta para poder seguir adelante.

—Pasa.

La hizo sentar en la única silla buena del salón. Él se sentó en la de la cocina, la que tenía el respaldo suelto. Le ofreció café. Ella dijo que sí, con leche, sin azúcar. Lucas lo preparó en la cafetera italiana mientras Elena miraba el piso con la discreción de quien está catalogando un espacio pero no quiere que se note.

—No es gran cosa —dijo Lucas, dejando las tazas en la mesa.

—No he venido a ver tu piso.

—Ya. —Se sentó—. Cuéntame.

Elena dejó la carpeta sobre la mesa. Las gomas estaban tan estiradas que apenas sujetaban el cartón. La abrió con cuidado, como si lo que había dentro pudiera romperse, y sacó un fajo de papeles amarillentos, algunos dentro de fundas de plástico.

—Mi abuelo nunca me contó nada. Ni a mí ni a nadie de la familia. Cuando murió en el derrumbe, mi madre pensó que era un accidente. El gobierno dijo que era subsidencia del terreno. Nos dieron una indemnización y nos reubicaron en Albacete.

—¿Tu madre vive en Albacete?

—Vivía. Murió el año pasado. Cáncer. —Lo dijo sin emoción aparente, con la sequedad de quien ha repetido la frase demasiadas veces—. Cuando vaciamos su casa, encontré esto en el fondo de un armario. Dentro de una caja de zapatos, envuelto en una bolsa de plástico.

Lucas miró los papeles. Algunos eran manuscritos, con una caligrafía que no reconocía. Otros parecían fotocopias viejas, hechas en una de esas máquinas que dejaban los bordes negros. Y había un cuaderno pequeño, de tapas duras, parecido al Moleskine de su padre pero más antiguo, con las esquinas desgastadas por décadas de uso.

—¿Los has leído?

—Lo que he podido. Parte está en un castellano antiguo que no entiendo. Y hay dibujos, mapas, cosas que no significan nada para mí. —Elena lo miró—. Pero hay una cosa que sí entendí.

Sacó una hoja del fondo de la carpeta. Era una carta, escrita a mano, con fecha de 1978.

—Es de mi abuelo. Dirigida a su hijo, mi padre, que entonces tendría diez años. Nunca se la envió.

Lucas la cogió. La letra era pequeña, regular, de alguien acostumbrado a escribir poco y con cuidado.

"Hijo: cuando leas esto, yo probablemente no estaré. Quiero que sepas que nuestra familia guarda un secreto desde hace muchas generaciones. No puedo contártelo todo, porque el juramento me lo prohíbe. Pero puedo decirte que bajo la iglesia de Santiago hay algo que cambiará la historia de España si algún día sale a la luz. Hombres buenos han muerto por protegerlo. Yo estoy dispuesto a morir también. No te pido que lo entiendas. Solo te pido que, si algún día alguien viene buscando la verdad, le ayudes."

Lucas dejó la carta sobre la mesa.

—Tu padre nunca la leyó.

—Mi padre se fue de casa a los dieciocho años. No volvió a hablar con mi abuelo. —Elena recogió la carta con cuidado—. Como tú con el tuyo, según he leído.

El paralelismo lo golpeó con la fuerza de algo que debería haber visto venir pero que de todas formas lo pilló desprevenido. Hijos que huyen de padres que guardan secretos. Secretos que no mueren con los padres sino que esperan, pacientes, a que alguien vuelva a buscarlos.

—¿Qué quieres, Elena?

—Quiero saber por qué murió mi abuelo. —La voz le tembló por primera vez—. Quiero saber qué protegía. Quiero saber si lo que dicen de ti es verdad o es mentira. Y quiero saber si estos papeles significan algo o si solo son los delirios de un viejo de pueblo.

Lucas la miró. Veintipocos años, carpeta de cartón, ojos de alguien que necesita respuestas. Él había sido esa persona. Exactamente esa persona, en un avión a Goa, con el Moleskine de un padre muerto y una dirección garabateada en un posit.

La diferencia era que cuando él llegó a Goa buscando respuestas, se encontró con Aparna, que le abrió la puerta y le mostró el camino. Y antes de eso, cuando necesitó a su padre, Julián no estuvo. No pudo estar. Estaba demasiado ocupado guardando el secreto como para compartirlo.

Lucas podía hacer lo mismo. Podía decirle a Elena que no sabía nada, que los periódicos tenían razón, que era todo un malentendido. Podía cerrar la puerta y volver a su vida de hojas de cálculo y cenas en solitario. El cajón seguiría cerrado, y el silencio de Teruel seguiría siendo su único compañero.

O podía hacer lo que nadie hizo por él.

Se levantó. Fue a la habitación. Abrió el cajón de la mesilla. Sacó el Moleskine, el anillo de Pacheco y el disco duro. Volvió al salón y lo dejó todo sobre la mesa, junto a la carpeta de Elena.

—Tu abuelo murió protegiendo algo real —dijo—. No eran delirios. No era un loco. Era un guardián, el último de una línea que venía del primo del Cid Campeador. Y lo que protegía era una verdad que el mundo decidió no creer.

Elena lo miraba sin parpadear.

—Voy a contarte toda la historia. Desde el principio. Desde Goa. —Lucas se sentó—. Va a llevar un rato.

—No tengo prisa.

Lucas cogió su café. Estaba frío, pero lo bebió igual.

Y empezó a contar.

No como en la BBC, con focos y cámaras y el peso de un mundo entero escuchando. Ni como en The Guardian, con la urgencia de quien sabe que tiene una sola oportunidad.

Sino como se cuentan las cosas que importan de verdad: despacio, en voz baja, en una cocina pequeña, a una sola persona que ha venido desde lejos para escuchar.

Capítulo 42: *La Sombra de Minaya*

Elena se fue al anochecer.

Habían hablado durante seis horas. Lucas le contó todo: Bangalore, Goa, la basílica, Aparna, el anillo, Pacheco, Villena, la vuelta a España, los túneles, la Biblioteca, la traición, la huida, Oxford, Blackwood, la BBC, el silencio. No se saltó nada. No suavizó nada. Le contó cómo murió su abuelo — bajo tierra, en la oscuridad, aplastado por el derrumbe que Villena provocó para sepultar la verdad— y Elena lloró, brevemente, en silencio, con la dignidad de alguien que ya sabía que la respuesta iba a doler pero que necesitaba oírla de todas formas.

Le enseñó el Moleskine. Le enseñó el anillo. Le enseñó las copias digitales de los documentos, los que Blackwood subió a internet antes de morir y que seguían ahí, en algún servidor, a la espera de que alguien los tomara en serio.

Elena lo escuchó todo sin interrumpir. De vez en cuando tomaba notas en un cuaderno que sacó de la carpeta. Preguntas cortas, precisas: fechas, nombres, secuencias. Tenía la mente de alguien acostumbrado a ordenar información, a buscar patrones.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó Lucas en algún momento.

—Estudio archivística. Último año. En la Universidad de Castilla-La Mancha, en Toledo.

Archivística. La ciencia de guardar y organizar lo que otros olvidan. Lucas casi se rio. Casi.

Cuando terminó de hablar, Elena recogió sus notas, las metió en la carpeta junto a los papeles de su abuelo, y se quedó un momento en silencio, mirando la mesa donde el Moleskine de Julián descansaba junto al cuaderno de Tomás Fáñez. Dos cuadernos. Dos hombres. Dos vidas consumidas por el mismo secreto.

—¿Qué vas a hacer con todo esto? —preguntó Lucas.

—No lo sé. —Elena se puso la chaqueta—. Pero no voy a ignorarlo.

—No te pido que hagas nada. No tienes ninguna obligación.

—Mi abuelo murió por esto. —Lo miró con la misma intensidad que Tomás Fáñez le dedicó a Lucas la noche que se conocieron, en la

oscuridad de la Biblioteca del Silencio—. Eso no es una obligación. Es un derecho.

Lucas la acompañó a la puerta. Ella se detuvo en el descansillo, se giró.

—¿Puedo volver?

—Cuando quieras.

—¿Y si traigo preguntas?

—Las contestaré todas.

Elena asintió. Bajó las escaleras con paso rápido, la carpeta apretada contra el pecho, y Lucas oyó la puerta del portal cerrarse detrás de ella.

Se quedó un momento en el umbral, escuchando el silencio del edificio. Luego volvió dentro y recogió las tazas de café, que se habían multiplicado a lo largo de la tarde. Seis tazas, tres por cabeza. Café frío, café caliente, café olvidado.

Fregó las tazas. Secó la mesa. Guardó todo en su sitio.

La vida normal. La rutina. Las cosas pequeñas que mantienen el mundo en pie cuando las grandes se derrumban.

Se preparó la cena. Algo sencillo, un plato de pasta con tomate y una lata de atún. Comió en la cocina, con la radio apagada, mirando la ventana. El cielo de Teruel estaba despejado por primera vez en semanas, y las estrellas brillaban con la nitidez seca del interior peninsular, sin la humedad que las difumina en las costas.

Estaba retirando el plato cuando vio el sobre.

Estaba en el suelo, junto a la puerta de entrada. No lo había visto antes porque estaba a contraluz y porque cuando acompañó a Elena no miró hacia abajo. Alguien lo había deslizado por debajo de la puerta. No por la rendija del buzón del portal, sino directamente bajo la puerta de su piso. Lo que significaba que alguien había subido hasta el segundo piso, lo había dejado ahí, y se había ido sin llamar.

Lucas lo recogió.

Sobre blanco, tamaño folio, sin remite. Su nombre estaba escrito a mano en el centro, con una caligrafía cuidada, casi caligráfica, que no reconocía. Tinta negra, trazo firme. No la letra de alguien que tiene prisa.

Lo abrió.

Dentro había dos cosas.

La primera era una fotografía impresa en papel de alta resolución. Mostraba un documento en árabe, escrito sobre un

pergamino que incluso en la foto transmitía una antigüedad auténtica. Los bordes estaban deteriorados de forma irregular, como solo se deteriora lo que ha envejecido de verdad. La caligrafía era elegante, de estilo nastaliq tardío, con trazos que Lucas no podía leer pero que reconocía por las imágenes que Aparna le había enseñado de manuscritos medievales andalusíes.

En la esquina inferior del documento, un sello. Y junto al sello, una firma que incluía un nombre en caracteres árabes y, debajo, una transliteración en latín: *"Abu Abd Allah Muhammad, rex Valentiae"*.

El rey musulmán de Valencia. La contraparte del Pacto. El documento que faltaba: la firma desde el otro lado.

La segunda cosa era una nota. Mecanografiada, sin fecha, sin firma, en un papel blanco sin membrete.

"Señor Alarcón:

No todos los que formamos parte de esta historia estamos de acuerdo con lo que se hizo. Algunos creemos que la verdad debería haber salido a la luz hace mucho tiempo. Otros creemos que usted tenía razón y que el mundo es peor por no haberle escuchado.

Este documento estaba en los archivos privados de la Orden. No pudimos sacarlo antes. Ahora podemos.

No le pedimos nada. No contacte con nosotros. No intente averiguar quiénes somos. Guarde esto. Añádalo al resto. Y cuando llegue el momento —si es que llega—, úselo.

Lamentamos lo de Minaya. Lamentamos lo de los guardianes. Y lamentamos no haber tenido el valor de actuar antes.

Hay sombras que protegen. Usted lo sabe mejor que nadie."

Lucas dejó la nota sobre la mesa.

Miró la fotografía otra vez. Abu Abd Allah Muhammad, rex Valentiae. El rey que firmó un pacto de convivencia con Rodrigo Díaz de Vivar. La prueba que confirmaba lo que los tres catedráticos de Oxford, Cambridge y la Sorbona habían llamado "extraordinariamente improbable".

Y que ahora estaba aquí, en la mesa de una cocina de Teruel, junto a un plato de pasta sin fregar.

Se sentó.

No sentía euforia. No sentía rabia. No sentía la necesidad urgente de llamar a alguien, de correr a un periódico, de gritar al mundo que tenía razón.

Sintió algo más extraño, más difícil de nombrar. Algo parecido a la confirmación de algo que ya sabía. Como si la carta no le diera una verdad nueva sino que validara la que ya tenía. La verdad existía. Siempre había existido. Y ahora, además, había alguien al otro lado — alguien sin nombre, sin cara, dentro de la propia Orden— que también lo sabía. Y que había decidido, al cabo de los siglos, mover una pieza.

Lucas se levantó. Fue a la habitación y abrió el cajón de la mesilla.

Sacó el Moleskine, el anillo y el disco duro. Los dejó sobre la mesa, junto a la fotografía y la nota.

El cuaderno de su padre. La llave de Pacheco. Los archivos de Blackwood.

Durante un instante, pensó en todo lo que aún podía hacerse con aquello. En las personas que querrían verlo. En las palabras que podrían escribirse. En el ruido.

Pero el mundo no era una cosa abstracta. El mundo eran personas concretas.

Elena Fáñez, que esa misma tarde había salido de allí con una carpeta llena de preguntas y la determinación de encontrar respuestas. Un profesor de Jerusalén que había escrito consistentes con el siglo XI y no se había atrevido a ir más allá. Y alguien, en algún lugar dentro de la propia sombra, que había decidido que esta vez la verdad no debía ser destruida… pero tampoco expuesta.

Lucas guardó la fotografía y la nota dentro del Moleskine, entre las páginas de su padre, donde la tinta árabe descansó junto al bolígrafo azul de siempre.

Devolvió todo al cajón.

Cerró el cajón.

Fue a la ventana.

Teruel dormía bajo las estrellas. Las torres mudéjares recortadas contra el cielo negro. Los arcos del acueducto. Siglos de historia levantados por hombres sin nombre, por quienes llegaron de lejos, por quienes hablaban otra lengua, por quienes rezaban mirando a otro sitio.

La convivencia no era una teoría. Estaba en las paredes.

Solo había que saber mirar.

Lucas apagó la luz de la cocina, luego la del salón. Se lavó los dientes en el baño de la bañera color salmón, se puso el pijama viejo y se metió en la cama.

Fuera, el silencio de Teruel. Dentro, el silencio de alguien que por fin había dejado de buscar.

No porque hubiera dejado de importarle. Sino porque había entendido que algunas verdades no se gritan. Se guardan. Se cuidan. Se transmiten de mano en mano, cuando llega el momento.

O cuando deja de importar si llega.

La sombra de Minaya no era una condena. Era un refugio.

El lugar donde la verdad sobrevivía cuando la luz era demasiado cruel con ella.

Lucas, hijo de Julián, descendiente de una línea que casi nadie recordaba, guardián por accidente de un secreto de novecientos años, había aprendido a vivir en esa sombra.

No como su padre, consumido por ella.

Sino en paz.

Una media sonrisa se le dibujó en la cara.

Cerró los ojos.

Y por primera vez en mucho tiempo, no soñó con nada.

Sobre el autor

Javier Muñoz es escritor y viajero. Durante años recorrió Asia y Europa documentando experiencias, lugares y personas desde una mirada personal y contenida.

La Sombra de Minaya es su primera novela, donde combina el misterio histórico con la exploración del viaje, la memoria y la herencia emocional.